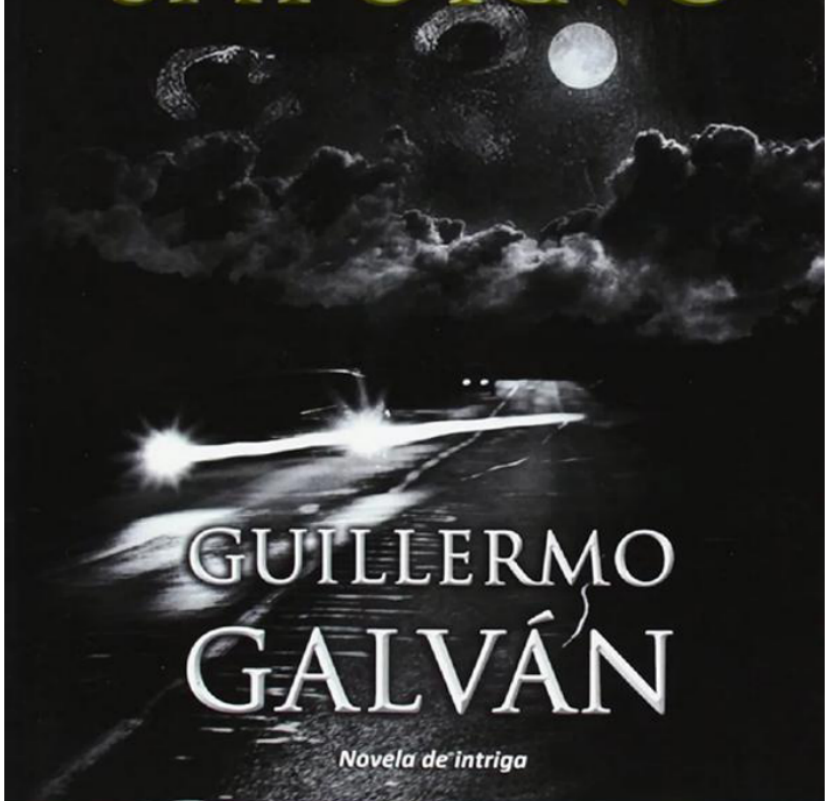
LA MIRADA DE SATURNO



GUILLERMO GALVÁN

Novela de intriga

En las semanas previas a la muerte de Franco, el joven periodista Ricardo Asensi descubre que no es huérfano desde los ocho años, tal y como creía. Su padre, oficialmente muerto en un accidente de aviación, acaba de fallecer en un psiquiátrico, y esta noticia trastoca por completo su vida cotidiana y la percepción de su propia historia personal. El inesperado hallazgo lo sumerge en una vertiginosa investigación en busca de la verdadera historia paterna, con giros sorpresivos y a través de una trama que se complica a medida que avanza en sus pesquisas. «La Mirada de Saturno» fue galardonada con el premio Tiflos en 1999 y ahora, en edición revisada, se publica por cuarta vez.

Guillermo Galván

La mirada de Saturno

ePub r1.0
Titivillus 27-10-2023

Guillermo Galván, 1999

Editor digital: Titivillus
Escaneo y OCR: matro
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
La mirada de Saturno
Nota del autor
  Puerto de Somosierra, 30 de noviembre de 1808
  Madrid, 13 de noviembre de 1975
  Kabisuaar, verano de 99 a. C.
  Segovia, 19 de noviembre de 1975
  Madrid, 16 de diciembre de 1936
  París, 21 de noviembre de 1975
    18-I-60
    7-II-60
    23-IV-60
    7-VII-60
    26-IX-60
    10-IV-61
    29-IV-61
    7-I-62
    16-II-62
    2-VI-62
    12-VIII-65
    25-VI-67
    18-VII-68
  Tebtunis, 948 a. C.
  Madrid, 22 de noviembre de 1975
Autor

LA MIRADA DE SATURNO

Guillermo Galván

Un jurado integrado por Luis Mateo Díez,
Almudena Grandes, Felipe Ponce Rodríguez,
Ana Rosetti y Ángel García López
otorgó a LA MIRADA DE SATURNO
el XIII Premio Tiflos de Novela.

A Concha y Claudio, por regalarme un pasado feliz,
Alicia, por mostrarme siempre la mirada más dulce del presente,
Ana y Guillermo, por invitarme a un futuro que merece ser vivido.

NOTA DEL AUTOR:

PARA la redacción de breves pasajes de esta novela (referencias históricas), he utilizado, convenientemente adaptados, fragmentos de:

Camilo Berneri. Entre la revolución y las trincheras. Folleto anónimo, 1973.

Los sacerdotes egipcios. Miguel Ángel Molinero.

Tuve miedo
y me regresé de la locura.
Tuve miedo de ser
una rueda
un color
un paso.
Porque mis ojos eran niños.
Y mi corazón
un botón más
de mi camisa de fuerza.

CARLOS OQUENDO DE AMAT
Poema del manicomio, 1923

Puerto de Somosierra, 30 de noviembre de 1808

Hacía horas que esperaban y aún quedaba un buen rato para el amanecer. Pablo Cañas estaba aterido, atrapado en la panza de una niebla que no permitía ver más allá de cuatro o cinco compañeros a derecha e izquierda. La noche había sido fría, larga, tediosa, sin autorización para hacer fuego y con órdenes estrictas de no romper la línea y mantener la boca cerrada. El sargento, al principio, los había animado, recorriendo la unidad entre la mísera vegetación y los guijarros, contando historietas presuntamente divertidas. Hasta que se le acabó la labia. Luego, como uno más, se sentó sobre la ladera húmeda y arisca a la espera del momento. Ahora, cada hombre se encontraba solo consigo mismo, sumergido en sus aflicciones personales, sus sueños o sus recuerdos.

Pablo Cañas pensaba en Aranjuez, nueve meses antes, con la primavera apenas asomada entre las ramas. Qué buenos días aquéllos a la ribera del Tajo, con un trabajo fácil y bien remunerado: jornal de nueve reales y medio por armar barullo en las calles a las órdenes del conde de Montijo, que aparecía por cualquier esquina disfrazado de patán y bajo el alias de tío Pedro; labor muy distinta a la que hacía a diario en los andurriales de Madrid con una cuchillada de vez en cuando como único salario. Aranjuez había sido muy fácil, y además, en los descansos entre tanta algarada y pedrea, el vino gratuito corría a discreción en la taberna de Los Pajares o en la del tío Malayerba. Cañas sonrió al recordar el día que atraparon a Godoy, y cómo el muy choricero consiguió salvar el pellejo por la intervención de la Guardia Real. Lástima que aquel chollo durase tan poco.

Es de ley que los buenos tiempos no duran en casa del pobre. De vuelta a Madrid, las malas noticias llegaban en riada, con los gabachos pavoneándose como damiselas por las calles y el lechuguino de Murat convertido en dueño y señor del lugar. Nunca había sido cómodo merodear por las callejas madrileñas en busca de pitanza; menos con los franceses hurgando la herida. Él sabía

arreglárselas desde chico, aunque ya le decía su padre que el más avispado tiene un resbalón y que los deslices se pagan, de modo que una absurda pelea en el baratillo de la calle Toledo lo llevó ante el juez, y éste a la prisión de la villa.

Estaba encerrado, pero no había rejas para las noticias. Cuando el rey Fernando viajó a Francia a primeros de abril ya hubo apuestas sobre el mal fario que este asunto habría de traer. Y aumentaron los envites cuando su papaíto Carlos, ese pelele en manos de Godoy, tomó el mismo camino. El segundo día de mayo, al escucharse de mañana las primeras descargas, todos sabían que los pesimistas ganarían las apuestas. Algunos presos pidieron permiso a los carceleros para salir a por el francés, con el juramento de regresar más tarde. Franquearon la puerta a medio centenar que no sufrían condena por delitos graves, entre ellos el propio Pablo. Apenas en la calle, y antes de llegar a la plaza Mayor, dieron buena cuenta de un grupo que intentaba disparar una pieza de artillería contra la multitud revuelta. Con ese mismo cañón barrieron a parte de la caballería francesa que ocupaba la calle Mayor. Después, cada cual a lo suyo, y si te he visto no me acuerdo.

De aquello hacía ya medio año, pero nunca iba a olvidar esas imágenes; parecía como si un fantasma enloquecido recorriera las calles y las plazas dejando tras él un rastro con olor a sangre y a pólvora. Nadie se libraba de su hálito: jóvenes y viejos, matronas y frailes, curtidores y taberneros, se fajaban en un abrazo mortal con el enemigo más próximo, fuera este francés, moro o polaco. Era una pelea sin futuro, porque muy bien sabía Pablo que no todos luchaban, que los había complacientes con el invasor y que éstos seguirían en sus poltronas cuando todo hubiese terminado. Nada ganaban él y los de su ralea, y menos si eran carne de presidio; así que, una vez consiguió abrirse paso entre el tumulto, sólo llevaba una idea en la cabeza: escapar de allí cuanto antes. En el pueblo de Fuencarral tenía un compadre de andanzas que le dio cobijo. Y allí fue donde supo de la venganza sucia que el bujarrón de Murat había decretado contra los madrileños, y de la llegada de José, el rey intruso, el único hermano de Napoleón que había aceptado un trono acosado por la rebelión. Poco le había durado la alegría al reyezuelo, porque, la víspera de su arribada a Madrid, el general Castaños los había zurrado bien en Bailén y, cuando el advenedizo

se enteró de la derrota, tuvo que rellenar sus baúles y salir por pies hasta las orillas del Ebro.

Quizá sus compañeros de filas rezaban; tal vez sembraban en aquella tierra estéril los que podrían ser últimos recuerdos para los seres queridos; puede que, simplemente, imaginasen las tripas abiertas del primer francés que se les pusiera a tiro. Pablo Cañas no estaba dispuesto a rezar y nunca en su vida había tenido a nadie en quién pensar verdaderamente o, tal y como él lo entendía, en quién pensar con un cierto sentimiento. Y en cuanto a las tripas francesas, sabía que allá abajo, agazapado entre la bruma, esperaba el ogro, el tirano de media Europa, dispuesto a vengar la vergonzosa huida de su hermano José y consolidar su codicia. Por eso estaba él allí, y no escondido en Fuencarral.

Cuando supo que Napoleón se acercaba a Madrid, se alistó en las tropas que saldrían a su encuentro. Había pasado tres días de entrenamiento en Robregordo, junto al ejército regular y una legión de voluntarios, intentando aprender a toda prisa las cuatro cosas elementales del fusil y la disciplina. La víspera, el general Benito San Juan los había reunido para explicar la importancia de su misión: defender el paso de Somosierra, un camino, según les contó, usado por romanos, godos, moros, conquistadores y reyes. Ese paso, dijo con orgullo, era la línea que une o separa el norte del sur, el camino hacia Madrid, la arteria que lleva la sangre al corazón de España. Los franceses querían ese corazón para devorarlo, y ellos iban a impedírselo. El general terminó su arenga con vivas a España y al rey Fernando. A mediodía subieron hasta el puerto y ocuparon posiciones, mientras que tres mil de ellos tomaban las alturas de Robregordo para impedir un ataque francés desde los picos. A Pablo le había tocado alinearse en el ala derecha de un contingente de seiscientos hombres, buena parte de ellos voluntarios, organizados en tres grupos en las laderas de Sierra Cebollera junto a la cascada del río Duratón, con el desfiladero a la izquierda y el alto de Somosierra detrás, donde se concentraba el grueso de las fuerzas leales. A la caída de la tarde habían podido ver a los franceses desplegarse abajo con sus enseñas y sus tiendas, justo al principio del desfiladero.

Antes de clarear se escucharon las primeras descargas, lejanas de momento. Las líneas avanzadas de los gabachos debían de haber

iniciado la ascensión por el desfiladero, y los guerrilleros apostados en la parte baja de la pendiente los hostigaban según lo previsto. Durante un tiempo, los disparos se hicieron nutridos, pero se espaciaron poco a poco hasta que sólo se escuchó el sonido ocasional de las desorientadas aves madrugadoras que aún no se habían decidido a escapar de un lugar tan poco propicio. Todos se habían puesto en pie, y un sexto sentido se avivó en Pablo y en cada uno de sus compañeros, intentando descubrir entre la niebla lo que ni vista ni oído podían determinar. El sargento recorrió las posiciones y ordenó a la primera fila mantenerse rodilla en tierra. El día se desperezaba con lentitud, y la cerrada negrura dejaba paso a un gris velado que anunciaba entre sus deshilachados filamentos un tiempo eterno.

Fue como la aparición de una manada de espectros. A menos de diez metros, una fila de cazadores de la Guardia Imperial ascendía penosamente el repecho. El sargento ordenó disparar a la primera línea con un grito que debió de escucharse en lo alto del paso. Pablo Cañas obedeció imitando el alarido de su jefe y vio a los gabachos retroceder, tanto por la potencia de fuego como por la sorpresa, dejando tras ellos un rastro de cuerpos malheridos y quejumbrosos entre los matorrales. Otras andanadas se escucharon a cierta distancia y todos supieron que la batalla estaba abierta. No hubo tiempo para el respiro; mientras recargaban sus armas, aquella presencia oscura volvió a surgir de entre la niebla y sus disparos causaron las primeras bajas alrededor. Una nueva descarga de los defensores provocó una carnicería a pocos metros. Alguien gritó que también llegaban por la izquierda: el grupo defensivo del centro debía de haber sido barrido y estaban a punto de verse rodeados. El sargento ordenó formar en escuadra mientras los atacantes lanzaban una nueva ofensiva que les hizo muchos heridos. Su respuesta provocó otro retroceso en los franceses, pero el sargento sabía como ellos que la superioridad enemiga los aplastaría en la siguiente oleada. Sólo había dos posibilidades: una retirada pendiente arriba con el fuego enemigo a sus espaldas, o intentar romper sus líneas. Tenía que elegir entre una necedad y una locura. Ordenó calar bayonetas y cargar cuesta abajo.

Los franceses retrocedieron ante la avalancha de un escaso centenar de fieras que galopaban dispersas y gritaban como

endemoniados, disparando o acuchillando entre la débil espesura. Algunos atravesaron la desorganizada formación atacante, pero la sorpresa duró poco y varias descargas se cebaron en ellos. Pablo Cañas corría enloquecido hacia su derecha, alejándose de los uniformes azules mientras percibía fugazmente, a su alrededor, cómo sus compañeros caían, uno tras otro.

Napoleón estaba seguro del éxito: sus hombres doblaban al menos, en número y profesionalidad, a los defensores, cuya única ventaja era la altura; pero necesitaba la claridad del día para consumar una nueva victoria. Hasta entonces bastaba la maniobra envolvente para sacar de sus escondrijos a las unidades de las alas, protegidas por la niebla. Hacía dos horas que los del 96.º habían iniciado su ascenso por el camino, pero los hostigadores los habían detenido al alcanzar el puente sobre el Duratón, una posición donde no merecía la pena desgastar a la vanguardia porque la corriente era vadeable. Al fuego defensivo de fusilería se le habían sumado ahora las baterías españolas que, instaladas más arriba, diezmaban impunemente las filas de la infantería imperial.

El Emperador se mostraba muy molesto con estas dificultades. Le irritaba aquel país atrasado y bárbaro, con gentes igualmente torpes, ajenas cuando no enemigas acérrimas de su idea de una Europa unida; un populacho que lo había obligado a desplazarse personalmente para poner las cosas en su sitio.

No era la primera vez que pensaba si no habría sido mejor nombrar rey de España a su cuñado Joachim Murat, que supo acabar en su día con las veleidades patrioteras y retrógradas de esos necios y preparar un asiento mullido para su hermano José. Joachim era brillante y, además, había tenido la osadía de sugerírselo cuando aún era el mariscal de su ejército en España, apelando a su fidelidad y a los vínculos que los unían. Era un plan sencillo: hacer reinar a Fernando para luego cambiar de dinastía y dar a España un rey de la familia Bonaparte. Obviamente, ese rey sería el propio Murat. Por supuesto que le había respondido con merecida severidad, dejándole muy claro que sus obligaciones eran estrictamente militares y que los asuntos políticos quedaban fuera de su incumbencia. Sí, Joachim era ambicioso, aunque muy eficiente. Pero el trono de España era para José y, cuando su cuñado, ofendido, le pidió su relevo al mando de las tropas, hubo

de satisfacerlo con el reino de Nápoles. Si hubiese hecho el reparto al revés, quizá en ese momento no tendría que estar allí parado, frente a un macizo lleno de palurdos dispuestos a retrasar su paseo triunfal.

La voz de uno de sus ayudantes de campo lo obligó a salir de sus reflexiones.

—Sire: hemos progresado por las alas, con el 9.º y el 24.º, pero en el centro son más fuertes, protegidos por el desfiladero. Sus baterías son muy superiores y casi han acabado con las nuestras. El 96.º ha sido frenado en el camino tras cruzar el río. Sin apoyo artillero, está a merced de sus cañones.

—Ya lo veo —refunfuñó el césar de Europa—. Haced venir al comandante Kozietulski.

Kozietulski era un polaco grande y rubicundo, con un sentido del humor poco habitual entre los oficiales que rodeaban al Emperador. No formaba parte de las fuerzas veteranas que habían combatido con él en las grandes victorias europeas. Esos polacos se habían unido al ejército imperial tras la creación del Gran Ducado de Varsovia, una más de las entidades políticas nacidas al abrigo de la nueva idea europea controlada por Francia. Era gente joven sin experiencia militar, muchos de ellos voluntarios; pero desde que, apenas un mes antes, cruzaron con Napoleón el Bidasoa, habían demostrado valor y disciplina equiparables a las de las tropas más fogueadas. Dependían orgánicamente del general Montbrun, pero Kozietulski y su regimiento de caballería cubrían ahora su turno de guardia en el puesto de mando, y la decisión que Bonaparte había tomado debía comunicarla de militar a militar, directamente al comandante de los lanceros. Cuando el polaco descabalgó, el Emperador evitó preámbulos y, a pesar de la diferencia de estatura, le habló directamente a los ojos.

—Galopad ladera arriba, comandante, y quitadnos esos cañones de en medio.

—De inmediato, Sire, pero os sugiero que avancéis un poco vuestra posición para no perder detalle de la matanza que vamos a sufrir hasta llegar a aquella primera batería.

—Raramente se cumple la regla de que los más insolentes sean los más valerosos —torció el gesto Napoleón—, pero en vuestro caso, estimado Kozietulski, se unen ambos atributos. —El

Emperador cambió su tono agrio por otro más solemne—: Soy consciente del sacrificio que os exijo, pero tened por cierto que vuestros hombres alcanzarán hoy la gloria en esa cima.

—Creedme, Sire, que dentro de doscientos años sólo a vos os quedará la gloria. Nosotros habremos de conformarnos con el infierno y su recuerdo.

El polaco saludó disciplinadamente, volvió a montar y regresó con los suyos.

Pablo Cañas había alcanzado la base de la ladera en su enloquecida carrera monte abajo. Ya no se escuchaban los gritos decididos de los franceses, y ahora podía ver bien a las tropas de reserva del ejército invasor. Eran muchos, acaso el doble que los defensores, calculó, pero la artillería española creaba un embarazoso caos en la infantería que se había aventurado por el desfiladero. La bruma se había disipado y tan sólo ocultaba ya la parte más alta de las cimas. Escuchó nítido un toque de corneta y vio lanzarse al galope a las dos primeras líneas de caballería, tal vez unos doscientos jinetes. Saltaba de gozo en su refugio cada vez que un proyectil acertaba en el grueso de los polacos. Los efectivos atacantes se reducían poco a poco y sus restos quedaban esparcidos entre la vegetación, pero algunos lanceros consiguieron llegar hasta la primera batería y la tomaron. Tras un segundo toque de carga, una nueva avalancha galopó pendiente arriba entre zumbidos de plomo. Un tercer toque, y avanzó el resto de la caballería. Progresivamente, el cañoneo se hizo menos intenso y la infantería francesa abandonó sus escondrijos para reanudar su marcha hacia la cumbre.

No le gustaba lo que veía, de modo que prosiguió su retirada sin otro objetivo que alejarse del lugar de la batalla. Se negaba a mirar atrás. Tomó una vereda que avanzaba paralela al camino y anduvo por ella durante largo rato hasta que, agotado, se sentó a darse un respiro. Sí que miró entonces: el humo de los disparos se había desplazado casi hasta la cima y apenas se oían ya como rumores secos en la distancia. Eso significaba, ni más ni menos, que se había perdido el camino entre el norte y el sur, que José iba a poder dormir de nuevo en Madrid y que sus calles volverían a oler a mierda de caballo gabacho. Y él quería estar lo más lejos posible de allí cuando eso sucediera. Se incorporó, dispuesto a marchar de

nuevo, y el corazón le dio un brinco hasta la garganta: un jinete francés se le venía encima, al trote. No había posibilidad de esconderse, porque lo había visto y ya desenvainaba el sable. Al apoyar la culata del fusil en el hombro, Pablo creyó que éste sería el último gesto de su existencia; cuando disparó y aquel hombre cayó inerte a tierra, tuvo la sensación de que había vuelto a nacer. Sus piernas le pedían salir corriendo, pero no había nadie más a la vista y sacó valor para acercarse al cuerpo inmóvil mientras el caballo detenía su carrera unos metros más allá.

Puede que fuera un oficial, o un correo; en cualquier caso, lo que llevase encima le vendría muy bien para la miserable suerte que a partir de ese momento se barruntaba. Despojó a su víctima de la cartera de cuero que portaba en bandolera y la registró a fondo: sólo había un fajo de documentos y un par de paquetes con las insignias de Bonaparte. Si alguien lo sorprendía con aquello en los bolsillos ya podía darse por muerto, pero el mero hecho de haberle afanado algo personal al ogro invencible, aunque no sirviera para engañar al estómago, lo colmaba de euforia. Con la talega al hombro, y alejándose del camino, tomó rumbo hacia el norte.

Madrid, 13 de noviembre de 1975

Cada noche, al salir de la emisora, me juraba organizar mejor mi vida a partir del día siguiente. Mi tiempo era una entrega casi exclusiva a una empresa empeñada en una aventura más o menos esquizoide. Así, al menos, veía yo ese intento de competir con las grandes cadenas radiofónicas del país a base de un esquema dislocado, un modelo que fluctuaba entre la producción de programas destinados a la audiencia selecta y moderna —tal y como la definía la gerencia— y la distribución, sin el menor asomo de sonrojo, de basura suficientemente asequible para el llamado oyente medio, cuya cara nunca llegábamos a conocer. Para la empresa era la única forma de obtener un apoyo publicitario que permitiera la subsistencia; para mí, un tormento cotidiano.

Después de dos años allí y tras breves, aunque intensas, experiencias en un diario y en una agencia de noticias, me creía plenamente capacitado para llevar la jefatura de redacción sin la necesidad de quedarme a vivir en aquel minúsculo despacho. Y todas las noches, cerca de las diez, me sorprendía a mí mismo enmarañado en ese millón de pequeñas cosas que es preciso atar para que las veinticuatro horas siguientes no se conviertan en una batería de despropósitos.

Sobre la mesa, el resumen del día. Franco había sido intubado mientras se le sometía a una nueva sesión de hemodiálisis en La Paz; una vez más, el parte señalaba extrema gravedad: nada nuevo. Buenas perspectivas en la negociación con Marruecos sobre el Sahara, una vez retirada la Marcha Verde y ahuyentados los sólidos fantasmas de una guerra insensata; las buenas perspectivas eran, especialmente, para los marroquíes. El Gobierno Civil de Barcelona había rizado el rizo de la represión al suspender una colecta de la organización diocesana Justicia y Paz a favor de las familias de treinta mineros fallecidos días antes por una avalancha en la localidad barcelonesa de Figols. Y más allá, la Unión Soviética insistía en no conceder permiso de salida a Andrei Sajarov para que recogiese en Estocolmo su Premio Nobel de la Paz.

Las noticias no acababan con el día; mutaban cada hora y generaban nuevas proyecciones y reseñas paralelas. Cualquier periodista lo sabía, pero nosotros, además, sabíamos que buena parte de ese trabajo se convertiría después en alimento de papeleras, en un pozo de frustración a causa del monopolio informativo de la Dictadura. En mi caso, debía ocuparme igualmente de que nada quedara en el vacío: organizar turnos, preparar pautas de programación, asegurar las coberturas informativas… Todo, en definitiva, dispuesto una noche más para llegar tarde a cualquier cita para cenar o impedir una escapada al cine.

Cuando atravesé la redacción camino de la salida, Tomás Ciges —su rostro extático y casi oculto entre las gafitas redondas y los auriculares, la mirada fija en un cielo insonorizado— abordaba la última parte de su programa, el momento en que, durante treinta minutos y con la coartada de las novedades internacionales, podía explayarse y poner la música que le gustaba. Todo un lujo, después de hora y media de interminable monserga de discos dedicados que él consideraba los noventa minutos más reaccionarios de su jornada laboral. Ciges, según propia confesión, sólo se sentía responsable de esa media hora final; el resto era, simplemente, el precio que debía pagar para comer.

Todos allí teníamos un precio que pagar; al menos en eso no nos considerábamos muy distintos al resto de los ciudadanos. Y cada cual lo pagaba a su manera para sobrevivir en un mundillo en el que casi todo venía marcado por un juego implícito de intereses; aunque, a los veinticinco años, semejante boceto de la vida parezca inventado para ser roto. Sin duda había otros modos de sobrevivir, pero mi severa educación ética no me permitía acceder a alguno de ellos por seductores que aparecieran ante mis ojos. Por ejemplo, Susana Quiroga. Allí estaba, a la espera del comienzo de su programa, «La Hora Oscura», junto a un par de invitados.

Ella era otra alternativa, otra forma, posibilista y fascinante, de superar en la práctica las contradicciones del sistema: el braguetazo perfecto. Tenía casi dos años más que yo, y era una pelirroja muy atractiva —una golosina, para ser justo—, inteligente, de buena familia y emancipada. En la emisora se dedicaba a lo que le apetecía: hablar sobre cualquier cosa que nada tuviera que ver con

el sentido común; y lo haría, si fuera necesario, sin cobrar un duro por ello. Susana lo tenía todo, y durante los últimos meses la había considerado una posibilidad muy tentadora; aunque también había en ella algo que me asustaba: quizá su independencia, o su concepto tan extravagante de la realidad; tal vez fuera el hecho de que yo le gustase y Susana no mostrara el menor recato a la hora de hacerlo notar en cualquier situación. Como ahora, cuando al pasar junto a ella y sus invitados, me cortó el paso con uno de sus pícaros guiños.

—Mañana tengo que ver a Antonio Ribera —casi susurró, como si se tratase de un secreto—. Espero que te apuntes.

—¿Ribera?

—Sí, hombre; uno de los investigadores del caso Ummo. Ya sabes: el ovni de San José de Valderas, el profesor Sesma y toda esa apasionante aventura de los documentos extraterrestres.

En un intento rápido de hallar una coartada contra semejante ataque frontal alegué que el día siguiente iba a ser muy complicado, con un Consejo de Ministros que se presumía duro.

—Todo está muy complicado desde hace siglos, y no por eso renunciamos a disfrutar de lo que tenemos a mano, bobo. Terminaré trayéndote a mi terreno, ya verás —anunció, con evidente segunda intención.

Había logrado esbozar una despedida sin comprometerme a nada, una verdadera victoria ante interlocutora tan tenaz, cuando me avisaron de una llamada telefónica. De vuelta al despacho, maldecía en voz baja los minutos perdidos que, una vez más, me revalidarían como el eterno informal, el amigo que nunca llega a la hora prevista para cenar. Siempre quedaban flecos sobre la mesa, y aunque hubiera pasado la noche allí todavía habría asuntos pendientes que generaban nuevos asuntos pendientes, y así sucesivamente. Cogí el aparato con desgana.

—¿Ricardo Asensi? —apenas me dio tiempo a responder—. Apunte este número de teléfono.

El tipo no se identificó, pero ya estábamos acostumbrados a recibir citas anónimas para convocatorias clandestinas. Y no importaba tanto quién las hiciera como el hecho de que se hicieran. Tomé buena nota en mi agenda, dejando las eventuales explicaciones para el final.

—Quitapesares. Pregunte por Andrés Lago. Señor Asensi: su

padre acaba de morir allí.

No existía respuesta adecuada para una afirmación tan absurda.

—Creo que se equivoca. ¿Quién es usted?

—Nada de eso; usted es Ricardo Asensi.

—Lo soy, pero probablemente haya más de un Ricardo Asensi y yo, desde luego, no puedo ser el que busca.

—Sé muy bien con quién hablo.

—Imposible. Mi padre murió hace casi veinte años.

—Si eso es lo que cree, lleva casi veinte años engañado. Su padre, Carlos Asensi, murió hace tres días en Quitapesares.

—¿Cómo puedes hacer bromas de este tipo? —grité indignado mientras colgaba—. ¡Maldito gilipollas!

La indignación debió de dejarme un sello evidente en la cara porque, al salir del despacho, Susana ni siquiera se atrevió a despedirme. Y ella sabía muy bien cuándo tenía que estar a tono con las circunstancias.

Apenas probé bocado con los amigos. Cuando llegué, ya habían acabado el primer plato y no fui capaz de integrarme; me sentía ridículamente furioso, o quizá no era furia sino la ebullición silenciosa de una idea abstracta, inconcreta, la misma sensación que pueda producir un intenso olor a tierras removidas. Aquel tipo me había tocado una fibra herida que creía cicatrizada desde tiempo atrás, una veta amortajada, oculta de forma consciente a todo mi entorno cotidiano. Recurrí a la excusa del cansancio, al tópico del día duro, para regresar a casa poco después de las once y media. Tomé una copa y puse algo de música para intentar relajarme antes de ir a la cama, pero aquel cabrón me había dado la noche y resultaba estéril el esfuerzo por reprimir lo que, pura y llanamente, era una sobredosis de mala leche. Una hora más tarde, me decidí a buscar entre las sábanas un refugio donde olvidar.

Olía a tomillo, las libélulas hacían veloces pasadas alrededor y el sol del verano picaba en la espalda; el agua bajaba limpia, fresca, a pequeños y estrechos trompicones, formando pocitas según el capricho del terreno. Tenía una habilidad especial para cazar renacuajos. Bastaba con deslizar la mano lentamente por detrás de ellos y, zas, quedaban atrapados. Más difíciles eran los que ya tenían dos patas, pero también algunos de ellos caían en mis diligentes manos de cazador-pescador. Mi padre me miraba desde

arriba; bueno, él estaba ni más ni menos que sentado sobre la orilla, pero a mí me parecía enorme con su pelo negro y ondulado, su cara de ojos pequeños que, al sonreír, imitaban alegres saltimbanquis llenos de viveza; y su fino bigote de Errol Flynn hacía divertidas muecas de aprobación.

Me pidió hacer una pausa en mi cacería y, mientras ponía en mis manos una onza de chocolate y un buen trozo de pan de hogaza, sugirió que mirase detenidamente la poza.

—¿Has visto qué parecidos son los renacuajos y los peces? —Le dije que sí, apenas un murmullo de mi boca llena de merienda—. Tan parecidos, pero tan distintos. ¿Cómo crees que ven los peces el mundo?

—De agua. —Era evidente.

Y me imaginé ser un pez; naturalmente, un pequeño pez, deslizándome cerca de mis vecinos, acercándome a mis amigos y escapando velozmente de toda la gente antipática, como aclaraaguas y otros insectos grandes, porque los pequeños debían de gustarme: me vi comiendo uno de esos bichos y me dio asco. Se lo dije.

—¡Hombre, mucho mejor el pan con chocolate! Pero fíjate: nosotros, para ellos, es como si no existiéramos.

—¿Ah, no? ¡Que tontos! ¿Y por qué?

—No, no son tontos. Es que su mundo está por debajo de la superficie. Y no hay más mundo que ése para ellos. Si algún pez decidiera salir fuera del agua se llevaría un patatús. No entendería nada de lo que le sucede.

—¿Es que no nos puede ver?

—Sí que nos ve, pero no sabe lo que está viendo. Todo a su alrededor, todo lo que para nosotros es normal, sería para él un mundo loco.

—Entonces, no me extraña que no salgan del agua.

Mi padre se rió; a mí me parecía un razonamiento muy sensato el que acaba de hacer, aunque su risa sonaba sana y me contagió.

—Pero los renacuajos son distintos —aseguró—. ¿Sabes por qué?

—Se hacen ranas.

—Exacto. Mientras son renacuajos tienen el mismo mundo que los peces, y se llevan el mismo susto que ellos cuando los sacamos del agua.

Me sentí algo miserable por fabricar tantos renacuajos locos con mi pasión cazadora. Los devolvía vivos a la poza después de observarlos, coleando rabiosos en el hueco húmedo de mi mano, pero, sin duda, se movían así porque no entendían nada.

—Cuando crecen se hacen ranas —dijo mi padre— y pueden dejar atrás su mundo para venir al nuestro tantas veces como quieran. Y volver de nuevo a su mundo de agua.

Bueno, entonces no era tan grave: en cierto modo, yo les enseñaba cómo iba a ser su vida en el futuro. Mi padre parecía leer mis pensamientos.

—Tú eres para ellos una especie de mago que los transporta de repente a un mundo que conocerán más adelante, pero para el que aún no están preparados.

—¿Soy un mago?

—Pues sí, un mago muy listo.

—Pero eso no es magia. Lo puedo hacer porque soy más fuerte y más grande y más listo que ellos, y los cojo. Pero si fuera mago, haría así —dibujé una cabriola en el aire con mi mano—, y aparecerían aquí de pronto, sin tener que cazarlos.

—Entonces serías un gran mago. La inteligencia, la fuerza y el tamaño también hacen magos, normales. Pero ¿te figuras que nosotros seamos como los peces, o como los renacuajos?

Pues no. Nunca lo habría imaginado.

—Sería muy aburrido —confesé—, siempre dando vueltas en la misma poza.

—A las personas nos pasa algo parecido. Porque estamos acostumbrados a este mundo en el que vivimos, y si otro mago nos sacase de él quedaríamos tan asombrados como ellos. Pero también entre las personas las hay distintas.

—¿Las personas-pez y las personas-renacuajo?

Soltó una carcajada ante mi ocurrencia.

—¡Eso es! Hay personas que siempre se quedan en pez, que nunca saldrán del mundo que conocen. Y otras que son renacuajo y que, al crecer, pueden atreverse a dar saltos más allá del mundo que siempre habían considerado como el único posible.

Me hizo gracia la comparación, pero no entendía demasiado bien cómo se podían distinguir las personas-pez de las personas-renacuajo. Además, y en caso de que así fuera, los peces y

renacuajos vivían en un mundo que estaba ahí delante; hasta el más tonto podía verlo. Pero ¿dónde estaba el mundo que no éramos capaces de ver las personas? ¿En el cielo?

—Yo creo que ese sitio que no vemos debe de estar en las estrellas —dije convencido.

—¿Quién sabe? A lo mejor algún día las ranas serán capaces de subir hasta allí. Aunque no hay que ir tan lejos: ese sitio está aquí, delante de nuestras narices, como el nuestro está delante de las narices de los peces —aclaró mi padre, señalando al agua—. Pero hay que ser renacuajo para que un día, ya siendo rana, podamos verlo.

Era una reflexión un poco compleja, aunque íntimamente yo la sentía como cierta. El sol apretaba, y de repente noté sus efectos como un mazazo en la cabeza. Peces, renacuajos, ranas, insectos, magos y mundos empezaron a dar vueltas a mi alrededor y perdían sus formas definidas en una barahúnda ilógica hasta convertirse en una espiral primero y en una gran hélice después, parte de un cuatrimotor que caía en picado como los aviones de papel mal acabados. Mi madre contemplaba la escena con el mismo aire sereno que, según decían los mayores, me había dejado como herencia. Allí estaba su pelo caoba, su tez firme casi semítica, su nariz dominante, y aquellos ojos castaños despejados que cuando los mirabas parecías ingresar en otro mundo. ¿Sería ése el otro mundo? En todo caso, era hermoso; dulce y limpio su sabor. Ella me sonreía con esos labios carnosos y siempre sonrosados que, al besarte, transfiguraban tu piel en una tómbola de sensaciones. Podía escuchar mi nombre pronunciado por su boca como en un murmullo, una llamada tímida y lejana. Luego, la sombra del avión se agigantó hasta desplomarse sobre mí. Un segundo mazazo en la cabeza. La voz de mi padre, emergiendo desde algún lugar invisible, me insistía:

—¿Te encuentras bien, renacuajo?

Todavía no eran las cuatro de la madrugada. Un sudor frío se me había adherido al cuerpo y el pijama estaba empapado. Encendí un cigarrillo en la oscuridad. Necesitaba recuperar cada uno de los pasos y el sentido de ese sueño degradado en pesadilla, una pesadilla que escondía muchos elementos, sucesos prácticamente anegados en la memoria desde… ¡Hacía tantos años que no soñaba

con ellos! Había apartado todos esos recuerdos como el único método de resistencia que podía tener a mano un niño de ocho años, y los había sellado con paletadas de olvido. Me habría gustado en ese momento buscar una de sus fotos y enfrentarme a ellos de nuevo, tal vez hacer un esfuerzo por perdonarlos, por disculpar el daño que me hicieron desapareciendo de mi vida sin avisar. Pero no había fotos suyas en casa. Nunca había deseado su presencia.

Me sorprendí en un prolongado y morboso juego de pensamientos, apretando las tuercas de un dolor arrinconado que ahora se me antojaba añejo, de paladar seco y rasposo, y que manaba a borbotones de una espita rota a traición por algún malnacido. Así no iba a poder dormir.

Decidí ser objetivo, una vez más. Abrí la ducha con la mayor presión que podía soportar para someterme durante un buen rato al azote monocorde del agua. Sus aguijones tibios desprendieron de mi piel los últimos jirones del sueño y al fin conseguí sentirme más relajado, más en mi sitio habitual. Un café cargado ayudó a mantenerme despierto hasta las siete, enzarzado en un debate interior sobre la incoherencia de los acontecimientos. Faltaba casi una hora para el amanecer y yo seguía allí, tumbado en el sofá como un imbécil, sin poder pegar ojo y dándole vueltas a una idea absurda. No había mejor ansiolítico que afrontar la realidad y demostrarme a mí mismo que el contenido de aquella llamada no tenía otro objeto que hacer daño, aun sin saber el motivo de semejante cabronada. Marqué el número anotado en mi agenda, que tenía el prefijo de Segovia. Por un momento, estuve tentado de colgar: tal vez con mi llamada contribuía a una pesada broma que podría afectar a terceros. Sonaron cuatro timbrazos antes de que una voz femenina respondiera.

—Quitapesares. Buenos días.

Ese nombre era correcto, pero ¿ahora qué?

—Buenos días, y perdone por llamar tan temprano. En fin, la verdad es que alguien me pidió que llamase ahí para hablar con un tal Andrés Lago.

—¿Andrés Lago? ¿Quién es usted?

—Ricardo Asensi. Llamo desde Madrid y tengo razones para pensar que algún familiar mío puede haber fallecido ahí recientemente. ¿Es eso un hospital?

—Más o menos, señor. Es un centro psiquiátrico. Y Andrés, el señor Lago, falleció hace tres días. ¿Es usted familiar suyo?

Me sentía ridículo participando en un juego tan necio, pero, ya que lo había empezado, decidí seguir hasta el final. Argumenté que era probable que se tratase de un familiar lejano, aunque no podía asegurar nada sin comprobarlo antes. A pesar de mi insistencia, aquella mujer se negó a facilitar datos de ese tipo por teléfono y me sugirió que hablase personalmente con el doctor Machuca, el director del centro, a partir de las nueve. Reunidos los datos necesarios para llegar hasta allí, llamé a la emisora para anunciarles un retraso imprevisto con motivo de un asunto privado y me puse en marcha en busca de lo que presentía una macabra farsa.

Efectivamente, no tenía pérdida: poco antes de llegar a Segovia, a la derecha, se indicaba una propiedad de la Diputación Provincial. Era una extensa finca vallada, recorrida por un recto camino de casi quinientos metros, entre árboles que sólo permitían ver, al frente, un edificio de dos plantas de estilo dieciochesco.

Algunas personas, ancianas en su mayoría, se movían entre los jardines junto a la entrada principal aprovechando la temperatura relativamente suave, en tanto otras buscaban la pobre hospitalidad del sol acurrucadas en bancos. Dejé el coche junto a la puerta y, antes de que hubiera descendido de él, un hombre de edad indefinida, delgado como una hoja y barba de tres o cuatro días, se acercó a mí con paso compulsivo.

—Un cigarro, un cigarro, un cigarro… —agitaba su mano abierta frente a mi cara.

Hice intención de sacar la cajetilla del bolsillo para satisfacer la petición, pero al observar mi gesto, él progresó en su avidez.

—Dos, dos, dos cigarros…

Decidí ganarle lo que, a ese paso, tenía la pinta de una escaramuza interminable.

—Dos no —le dije sonriente—: tres.

Cuando los puse en su mano, supe que había vencido a su enloquecida dialéctica. Se desentendió de mí y, con urgencia obsesiva, empezó a recoger del suelo trocitos de rama, palos secos o cualquier otra cosa que se pareciera a un cigarrillo. Una señora que nos observaba desde su banco me advirtió de que tuviese cuidado: el gesto casi clandestino de sus dedos sugería la afición por lo ajeno

de aquel pobre tipo.

El doctor Ramón Machuca tenía su despacho en el piso alto y no me hizo esperar. Parecía afable tras sus gafas de espesa concha negra y, aunque debía de haber superado ya los cincuenta, ningún rastro de canas adulteraba su cabello negro ni su barba pulcra y recortada. Mientras intercambiábamos nuestras tarjetas profesionales, y entre los saludos tópicos para romper el hielo, me contó que dirigía el internado desde hacía nueve años, e inmediatamente, antes de que yo lo interrogase al respecto, admitió que el nombre de Quitapesares no era nada apropiado para un lugar como aquél. En realidad, el centro se llamaba Nuestra Señora de la Fuencisla desde que, en el cuarenta y dos, se abrió el psiquiátrico. Pero la voluntad oficial de rebautizarlo no había conseguido imponerse popularmente: nadie en Segovia sabría indicar la dirección del sanatorio Nuestra Señora de la Fuencisla, aunque sí la de Quitapesares, la finca dedicada durante casi doscientos años a cobijar las jornadas de ocio y caza de la nobleza. Finalmente, el doctor Machuca me ahorró entrar en terreno tan resbaladizo como explicarle de sopetón el motivo de mi peculiar visita.

—Así que conocía usted a Andrés Lago.

—No. En fin, quiero decir que no estoy seguro. Si tuviese alguna foto, algo que pudiera identificarlo…

—Algo habrá, aunque debo confesarle que todo esto me sorprende. El señor Lago ingresó aquí hace unos siete años. Durante ese largo tiempo no hemos podido dar con su familia ni con nadie que haya tenido relación con él. Y hoy, cuando, como quien dice, apenas acabamos de darle sepultura, aparece usted.

—Tal vez sólo sea un malentendido —me excusé.

—Le confieso que deseo lo contrario. Compréndame, no pretendo que se vea usted afectado por una mala noticia. Es que Andrés, como lo llamábamos aquí, siempre ha sido un enigma para nosotros, un reto que, como profesionales, no pudimos afrontar. Sinceramente, hemos vivido la estancia de ese hombre entre nosotros como un fracaso, una frustración casi personal, una seria laguna en el currículo profesional. Y así lo hemos archivado.

Machuca sacó de un cajón de su mesa una carpeta de cartón. De ella extrajo un cuadernillo de folios grapados que me extendió. Sólo miré la foto pegada en el ángulo superior derecho. El pelo había

clareado, pero conservaba su color oscuro, mechado ahora por algunas tiras blancas. El bigote debía de haber renegado de Errol Flynn y cubría buena parte del labio superior. Y los ojos seguían siendo pequeños, pero habían desaparecido de allí los risueños saltimbanquis y su lugar estaba ocupado por profundas sombras que se proyectaban en una cara mucho más delgada. Noté una punzada en el estómago, una bilis indefinible que me trepaba hasta la tráquea.

—¿Quién era, señor Asensi? —Obviamente, mi cara debía de ser un libro abierto.

—Sí, lo conozco.

—¿Familiar suyo?

La foto seguía impresa en mis pupilas como fuego al rojo vivo en la piel de una res. Pero todo resultaba tan incongruente que no podía aceptarlo así, sin un argumento en contra, sin una réplica que permitiese abrigar al menos la esperanza de una respuesta. Aunque esta condujera al absurdo. No podía aceptarlo, al menos no públicamente.

—Era mi tío. Lejano, pero mi tío. ¿Cómo murió?

Me sentía tragicómico haciendo esa pregunta. Volviendo a hacer, diecisiete años después, la misma pregunta. Y en ambas ocasiones, entonces y ahora, con una de sus fotos ante mis ojos. Aunque la primera vez también preguntaba por mi madre, preguntaba por ambos. No hice demasiado caso a las explicaciones de Machuca, pero me pareció escucharle algo sobre un tumor cerebral.

—¿Hace mucho que no lo veía? —se interesó el doctor.

—Sí, desde que yo tenía unos ocho o nueve años.

—Pues tiene buena memoria. Pero hay algo que sigue intrigándome, señor Asensi. Todos sabíamos aquí que Andrés Lago no era su verdadero nombre.

—¿Ah, no? —me sentí atrapado como un chiquillo mentiroso.

—Indudablemente, no. Cuando nos lo trajo la Guardia Civil se hicieron todas las gestiones imaginables para dar con sus familiares, pero fue imposible, ya le digo. Y eso, por dos razones: la primera, por el propio estado de Andrés, sometido a un *shock* como nunca había visto antes, a una absoluta amnesia y a un dramático, diría yo, aislamiento funcional respecto al mundo exterior; la segunda,

porque la investigación policial dio como resultado la curiosa conclusión de que su documentación era falsa. No existía ningún Andrés Lago en la dirección que figuraba en su carné de identidad, ni había existido jamás nadie de sus características.

La situación se me iba de las manos. Pero no quería, tal vez no podía, dar ninguna explicación a nadie antes de habérmela dado a mí mismo.

—Es un episodio poco agradable para la familia —fabulé—. El tío Luis… Se llamaba Luis, Luis Mota, primo segundo de mi madre o algo así. Por lo que sé, anduvo metido en negocios nada limpios; en fin, ya me entiende, gente poco recomendable. La propia familia lo rechazó y no sabíamos de él desde hace muchos años. No me extraña nada lo que me cuenta.

—Eso lo aclara casi todo. —Machuca no parecía dispuesto a arrojar la toalla y el interrogatorio empezaba a revolverme las tripas—. Pero aun así, hay algo que no entiendo: si a usted lo avisaron de que un tal Andrés Lago había muerto aquí, es indiscutible que su interlocutor conocía esas vinculaciones. No logro imaginarme quién podía tener más información que nosotros o que la propia Guardia Civil. Y, por otra parte, ¿qué le hizo a usted asociar ese nombre con su tío?

—Escuche, doctor. No ha sido para mí un plato de gusto venir desde Madrid y enfrentarme a este incómodo enredo del pasado más oscuro de mi familia. No sé quién coño me llamó. Me dijo que preguntase por un tal Andrés Lago, de quien nunca antes había oído hablar, y que un familiar mío podía haber fallecido aquí. Nunca asoció esos dos hechos con la misma persona. Eso es todo lo que sé. Y ahora, después de confirmar una noticia así, me somete usted poco menos que a un proceso inquisitorial.

Me levanté de la silla, forzando mi imagen de ofendido.

—Lo siento, señor Asensi. —Machuca se puso en pie, azorado—. Créame que no era mi intención. No hacía sino confesarle mis dudas en voz alta. Han sido muchos años dándole vueltas al historial y a las circunstancias oscuras de Andrés… o Luis, como diablos se llamara, con perdón. Y a nadie le satisface confesar sus fracasos. Lamento que lo haya interpretado de ese modo. Siéntese, por favor. ¿Le apetece un café?

Rechacé su oferta, más por el mal cuerpo que tenía que por una

actitud de ridículo desplante, y esperé que así lo entendiera. Tomó el teléfono, hizo el pedido y mandó llamar a un tal doctor Lizarbe. Se reintegró después a nuestra conversación en tono todavía conciliador.

—Acaso usted, o su familia, tengan interés en trasladarlo a Madrid. Le facilitaré todos los datos sobre el lugar donde está enterrado.

Machuca tomó el camino de los aspectos legales y trámites administrativos mientras yo volvía a las páginas del informe. Allí figuraban los datos básicos de mi padre. Características físicas, complexión, edad aproximada. Le habían calculado sesenta y seis, siete años de más; verdaderamente, podía aparentarlos porque estaba muy envejecido, o por lo menos eso dejaba traslucir la expresión evasiva de sus ojos. Fecha del ingreso: veintiuno de julio del sesenta y ocho. ¡Más de siete años encerrado en aquella jaula! ¿Y antes? ¿Y los diez años previos desde que murió? Me reproché esa frase. Si había estado allí, si ésa era su ficha, resultaba evidente que no había muerto. Y si no había muerto… Aquello amenazaba con convertirse en un sinsentido. No me encontraba preparado para asumir la muerte de mi padre por segunda vez después de tanto tiempo, tras tantos esfuerzos por enterrarlo. Además, si él estaba, mejor dicho, si había estado vivo, ¿por qué nadie lo había sabido? Yo, al menos, no lo había sabido. ¿Y ella, mi madre, tampoco había muerto? ¿Por qué nadie me había dicho nada? ¿Por qué me habían engañado?

Rozó mis pensamientos y mi pierna al mismo tiempo. Su pantorrilla se había deslizado sobre mí durante un segundo, pegada a la falda de su vestido gris. Levanté la cabeza del documento que me tenía atrapado. Mientras ella colocaba la taza sobre la mesa de Machuca, y éste le daba las gracias, comprobé que me miraba de soslayo.

—¿De verdad que no quiere tomar nada, señor Asensi? —insistió el doctor.

Ella se volvió, dispuesta a esperar mi decisión. Sujetaba su media melena negra con una cinta oscura; su cara dejaba traslucir un desparpajo inhabitual, extraña mezcla de recato y fuego, y sus ojos verdemiel sugerían un encuentro felino en cálidas noches de luna. Rechacé de nuevo la oferta mirando a Machuca, porque tuve

la impresión de que a esa mujer no le podía decir que no. Mientras ella salía del despacho, no pude evitar que mis ojos la persiguieran como el gato a un ovillo de lana. Temí que mi admiración fuese demasiado patente y cambié de tercio.

—Aquí no dice en qué circunstancias lo encontraron —alegué cuando ella desapareció.

—Eso no es el informe médico; se trata sólo de una ficha administrativa. Por lo que recuerdo, la Guardia Civil de Cerezo lo recogió en una gasolinera de Carabias, un pueblillo junto a la carretera de Burgos, en la misma fecha que pone ahí. Rápidamente se dieron cuenta de su estado y lo trajeron aquí. Ya le digo, además de haber sufrido traumatismos de distinto tipo y diversas heridas, padecía una grave insolación. Pero lo peor era su estado psíquico, algo verdaderamente devastador, diría yo. Aunque eso, mejor se lo explicará el doctor Lizarbe.

Machuca me presentó como sobrino lejano de Andrés al recién llegado, un hombre alto y corpulento, de unos cuarenta y cinco, con incipiente calva entre un clareado pelo castaño y que lucía sobre sus mejillas pequeños matorrales sonrosados, testimonio de una temprana varicosis. Se excusó por la tardanza, culpando a labores inaplazables, y tomó asiento junto a nosotros.

—El doctor Lizarbe —apuntó Machuca— se ha encargado directamente de su tío en los últimos seis años. No quiero hacer alardes exagerados de su profesionalidad, pero ha vivido por y para Andrés, muy por encima de toda exigencia.

—Fue una lástima no haber podido tratarlo desde el primer día —explicó Lizarbe, con voz atiplada—. Él ya llevaba un año aquí cuando me incorporé a este equipo. Quizá esos meses deterioraron tanto la mente de Andrés que fue ya prácticamente irrecuperable a pesar de todos los esfuerzos. Y no pretendo decir que el tratamiento aplicado hasta entonces no hubiera sido correcto, pero ya sabe usted que la medicina psiquiátrica evoluciona a diario, y el propio doctor Machuca le podría contar la escasez de medios para conseguir una mejora intelectual y científica en los establecimientos públicos. Cuando el doctor Machuca se hizo cargo de este centro…

—Lizarbe, el señor Asensi acaba de enfrentarse a una situación, yo diría poco gratificante, por ser benevolente. No creo que tenga mucho interés en pormenores de ese tipo en este momento.

Agradecí a Machuca con la mirada y Lizarbe se excusó, pasando sin transición a una plúmbea conferencia sobre conceptos tales como depresión fría, amnesia profunda, catatonia y media docena de interpretaciones cruzadas que me llovían encima sin calarme apenas. Estaba demasiado bloqueado para prestar atención y, de hecho, lo único que me interesaba era una idea.

—Pero ¿él nunca supo quién era?

El doctor detuvo poco a poco su verborrea, como un asno que se niega a obedecer a la primera la orden de parada.

—Nunca —dijo, al fin—. Era utópico pretender que hablase. Parece que, al principio, antes de que yo me incorporara, llegó a decir que era otra persona diferente, que él no era Andrés; pero con una etiología de sus características no podemos afirmar con precisión que en esos momentos no estuviera también fabulando. Porque en el caso de los delirios exógenos, al que, en parte, indiscutiblemente, pertenecía su… pariente, se produce una desestructuración tal de la conciencia que la orientación espacio-temporal es prácticamente inexistente.

Lizarbe emprendió de nuevo la senda del discurso erudito. Por educación, lo dejé continuar hasta que, en una de las inflexiones imprescindibles para tomar aire, decidí escapar de aquel agujero.

—Les agradezco sinceramente su información y el interés que se han tomado en el caso, pero debo irme ya. Lamento las molestias que les haya podido causar.

Me puse en pie y Machuca hizo lo propio. Lizarbe permaneció unos segundos sentado, sin dar crédito a mi desinterés por sus conclusiones profesionales, hasta que, por fin, se convenció de que iba en serio.

—Hicimos cuanto pudimos —apuntó el director—. Era nuestra obligación, por otra parte. Su tío no llevaba nada encima cuando llegó aquí, salvo la ropa que, naturalmente, fue renovada, y su cartera. Me gustaría que comprobase que su contenido se corresponde con el original.

Sacó del cajón una gastada cartera de cuero, ceñida por una ancha goma, y un papel de registro.

—No hace falta esa comprobación, doctor. Muchas gracias. —El tacto áspero de aquel objeto me provocó un escalofrío al guardarlo en el bolsillo.

—Tendrá que firmar este recibí, si no es molestia.

Lo hice sobre la mesa. Lizarbe intervino de nuevo para argumentar que necesitarían una dirección a la que enviarme los documentos relativos al fallecimiento y, si lo deseaba, el informe médico correspondiente. Machuca le dijo que no se preocupase, que todo estaba bajo control y, tras los obligados apretones de manos, abandoné el despacho.

El aire fresco me resucitó de momento, aunque, tal vez, fuera el simple hecho de abandonar un ambiente que estaba a punto de ahogarme. Arranqué el coche mecánicamente para recorrer en primera un centenar de metros del largo camino, inconsciente de lo que hacía, rodeado de pequeñas lucecitas que se encendían y apagaban allá donde miraba; la sensibilidad de los oídos se había multiplicado y el ruido del motor me golpeaba como un ariete. Me detuve y bajé el cristal de la ventanilla por ver si el frío me reanimaba. Pero no era suficiente, de modo que abrí la puerta y me senté hacia el exterior, con la cabeza sobre las rodillas para que la sangre me inundara generosamente el cerebro justo a tiempo antes de llegar la lipotimia.

Vi la punta de sus zapatos, y luego la falda. Al alzar la mirada, descubrí que se había cubierto con un abrigo, pero ahí seguían los ojos verdemiel, sugiriendo lo que uno quisiera fantasear. Y yo allí, con cara de cera y a punto del soponcio.

—¿Te encuentras bien? —se interesó con voz cálida, aunque más grave de lo que yo suponía.

—Sí —mentí—. La calefacción me debe de haber revuelto un poco el estómago. Enseguida se me pasa.

—No es fácil recibir una noticia como la de hoy y quedarse tan fresco. Cuando uno descubre así la muerte de su padre…

La miré fijamente haciéndome el fuerte, aunque todo, incluso ella, me daba vueltas alrededor.

—¿Qué tonterías estás diciendo?

—No me vas a engañar, como no puedes engañar a tu propio cuerpo. Tu reacción es muy poderosa, demasiado manifiesta. Además, en cuanto te vi en el despacho supe que eras su hijo. A pesar de los años transcurridos y de esa barba, tienes los mismos ojos que en la foto.

—¿De qué foto hablas?

—De la que tienes en la cartera. Porque habrás recogido su cartera, ¿no?

Sin responder, metí la mano en el bolsillo en busca de aquella reliquia. La liberé de sus ataduras con dificultad nerviosa y, una vez abierta, vi la esquina de una pequeña foto que sobresalía. Al sacarla me di cuenta de que no había una, sino dos. La primera era una foto mía, tomada a los seis o siete años. Yo posaba delante de una hilera de chopos, las manos en los bolsillos de aquellos pantalones por encima de las rodillas, el pelo cortado casi al cero y un pequeño flequillo apenas sugerido en la parte alta de la frente. El recuerdo me pasó como un relámpago y de ese paso sólo pude atrapar olores, olores frescos y verdes. Nada más. Al ver la segunda foto, el mundo se me vino encima: era mamá. Qué curioso, no recordaba haberla llamado mamá desde hace tanto tiempo… Estaba muy joven, aunque nunca había sabido determinar en las fotos la edad de las personas de esa época y siempre me parecían mayores de lo que realmente eran; más ahora, en aquel papel amarillento. Puede que aún no se hubieran casado; llevaba un traje de chaqueta claro y unos zapatos topolino. Y su sonrisa eterna paseando por… ¿El Retiro?

—Necesito hablar contigo, Ricardo —dijo ella—. ¿Ése es tu nombre, no? Hablar de tu padre.

—¿Fuiste tú quién me avisó por teléfono? Alguien en tu nombre, quiero decir.

—No sabía nada de ti hasta hace un momento. Tengo que volver al trabajo. Toma —me extendió una tarjeta—. Salgo a las cuatro. ¿Te parece bien a las cinco? Te espero.

Rozó mi pelo con sus dedos en un gesto de sabor maternal, y regresó hacia el edificio con paso alegre que pronto se hizo suave carrera. No la perdí de vista hasta que desapareció entre los jardines. Al mirar la tarjeta, su primera línea me provocó un repentino rechazo:

LUCIA RUIZ, Psicóloga

Pero, al fin y al cabo, ¿qué podía esperarse de alguien que trabajaba en un lugar así?

Me costó sobreponerme, alcanzar cierta calma tras la avalancha

de novedades. Antes de abandonar Segovia me había detenido junto a la calzada para echar un vistazo al contenido de la cartera; poca cosa: trescientas pesetas, un DNI con datos indiscutiblemente falsos, y las dos fotos.

En Cerezo no obtuve mejores resultados. Llegué hasta la casa cuartel, en la parte alta del pueblo, y me presenté como periodista para evitar complicarme personalmente en una cuestión que no tenía buenas perspectivas. Uno de los dos guardias que había intervenido en el incidente todavía se alojaba allí. En un momento reconstruyó los detalles, pero nada nuevo respecto a lo que ya sabía. Ante mi interés por la pobreza de resultados de la investigación, fue muy explícito: alguien con documentación falsa sólo podía ser un chorizo, un rojo o un tipo que estaba hasta los huevos de su mujer y un buen día salió a por tabaco y no volvió. No sería el primer bígamo que ponían a disposición del juez, dijo, pero aquel individuo, al fin y al cabo, ya se había llevado lo suyo y quedó encerrado. Por eso, tras las primeras gestiones y de poner el asunto en manos de la Policía, se desentendieron de ello, como debió de hacer la propia Policía al comprobar que no les merecía la pena dedicarle más horas a un loco. Me jodieron tanto el término como el tono empleado; era indudable que mi padre se había vuelto loco en algún momento, pero no lograba acostumbrarme a esa idea, una realidad demasiado chocante para asumirla en tan corto tiempo: la víspera, mi padre estaba muerto y olvidado; hoy me enfrentaba al hecho que no sólo había estado vivo sino, además, encerrado en un manicomio.

El rastro conducía a continuación hasta la gasolinera donde lo habían encontrado, aunque, después de tanto tiempo, las esperanzas de obtener resultados allí se me antojaban muy remotas. Eran más de las cuatro y opté por tomar algo en el mismo pueblo, reflexionando entre tanto sobre si acudir o no a la cita de Segovia. Concluí que las pistas de Carabias, si las hubiera, no se iban a borrar en unos días, de manera que regresé a la ciudad avanzada la tarde.

Localicé la calle Santo Domingo de Silos en la Segovia extramuros, junto a la iglesia de San Millán, una joya del siglo XII erigida, al parecer, sobre los restos de un viejo templo mozárabe. El bloque de pisos era obra del Instituto de la Vivienda y mostraba en

su fachada la correspondiente placa metálica con el yugo y las flechas. Naturalmente, sin ascensor. Subí los tres pisos pensando en dónde iba a meterme, dispuesto a reavivar unos hechos que me habían desequilibrado hasta límites desconocidos; consolaba, al menos, saber que ni el lugar ni los interlocutores de la mañana podían compararse a lo que allí me esperaba.

Cuando abrió la puerta parecía otra: liberada de ataduras, su melena se mostraba ahora plena y levemente húmeda; una túnica larga de color hueso, de estilo centroamericano, había suplantado su vestir formal, y con los pies descalzos sobre la moqueta, daba la impresión de ser bastante más bajita que en Quitapesares.

—Pensé que no vendrías ya —comentó.

—He estado andando por ahí. Aunque te confieso que hasta última hora no me he decidido.

—Pasa. ¿Te apetece un café?

Me acompañó hasta la sala de estar, poco más amplia que una habitación. Láminas de Van Gogh y estanterías colmadas de libros ocupaban la mayor parte de las paredes. Parecía un rincón agradable y tranquilo. El balcón miraba al techo de San Millán y en el tocadiscos sonaba, discreta, una música sugerente. Subí levemente el volumen intentando entender algo de la letra, pero mi inglés no era suficiente. La carpeta del disco me ayudó a seguirla:

El Señor de los Tiempos cabalgó una noche a través de las puertas dela Historia
a horcajadas de un corcel, con un velo de seda blanco.
Se deslizó por el aire como una tormenta.
Oscura era la noche porque había reunido todas las estrellas en su mano
para iluminar una senda a través del cielo,
mientras las pezuñas de su caballo fabricaban cometas de fuego
que hechizaban los ojos de quienes se atrevían a mirarlos.

Lucía apareció con los cafés.

Nadie sabe dónde va el Señor de los Tiempos,
nadie lo sabe…

—¿Te gustan? —Quise decir que sí, pero no me dio ocasión—. Se llaman Magna Carta. Ingleses. A mí me parecen geniales. Toma, sírvete tú mismo.

Se sentó en el sofá cama, frente a mí.
… Y con la sangre y la ira de los hombres
y con la muerte de sus ojos oscuros y tristes
el Señor de los Tiempos hizo su cosecha.
Pero para el viejo y el desamparado, para el débil y el humilde,
para los hijos de la luz, lanzó su aliento amable,
disolviendo la oscuridad a través del valle
asolado por el fuego.
Y desde la muerte y la destrucción
el Señor de los Tiempos llevó el fruto de su cosecha
hacia la libertad.

—Sí que lo son —admití—. Tan geniales como este sitio: si alargas el brazo desde el balcón casi puedes tocar los arcos del atrio.

—No está mal. Tranquilo y con poco ruido; menos cuando hay misa, claro. Tuve suerte de encontrarlo, hace un par de años. A la chica que vivía aquí le salía muy caro pagarlo sola, de modo que lo compartimos. Es Asun, ahora la conocerás; trabaja en una farmacia y hoy le toca turno de noche. Y me decías que estuviste a punto de no venir.

—Así es, aunque te parezca una postura idiota.

—Nada de eso. Ante impactos emocionales como el tuyo las reacciones son imprevisibles.

—Oye, Lucía, quiero que te quede claro que no he venido aquí para someterme a terapias ni nada parecido.

—Lo siento —me cortó, sin querer seguir escuchando—. De verdad que no es esa mi intención, pero a veces el lenguaje nos traiciona y las cosas que te gustaría contar como algo coloquial se disfrazan con la jerga profesional. ¿Nunca te pasa a ti?

Claro que me pasaba, especialmente cuando nos juntábamos dos o más del mundillo periodístico. Incluso si uno era el único periodista presente en una reunión, siempre terminabas adquiriendo un tono casi noticioso sin apenas enterarte. Un mínimo sentido de

la objetividad aconsejaba ser benevolentes con quienes padecían parecido vicio, pero antes de que pudiera admitirlo, Asun apareció en la puerta. Era bonita y algo más joven que Lucía, aunque, para mí, le faltaba eso que para cada cual tienen las mujeres que le tocan a uno por dentro. Tras una breve presentación, se despidió con un guiño malicioso a su amiga.

—Pues si no querías psicología —dijo Lucía, riendo—, te has metido en un avispero: Asun está en segundo de carrera, matriculada en la Universidad a Distancia; si se hubiese podido permitir ir a Madrid, ya habría acabado. Vale mucho y, además, intento ayudarle en lo que puedo.

—Muy bien. Estoy a tu disposición —me acomodé en el sofá.

—Un poco tenso, me parece. ¿Te importa que haya música o prefieres que no? —La dejé hacer y puso algo barroco, atemperando de nuevo el volumen—. Dije que quería hablarte de tu padre, pero tienes que entender que no es fácil empezar una conversación con un desconocido para abordar un asunto tan delicado. Mejor, te contaré las cosas tal y como sucedieron y en el orden en que las recuerdo. Las valoraciones las dejo, si te parece oportuno que las haga, para después. ¿Desde cuándo no lo veías?

—Desde el cincuenta y ocho. Yo acababa de cumplir ocho años, y mis padres murieron en un accidente, o eso creía hasta ayer.

Ella dejó escapar un silbido casi privado y pude ver en sus ojos el paso de un pensamiento fugaz, una aleación de pena y admiración que me dejó perplejo.

—Es mucho tiempo, Ricardo: hay un foso de años entre lo que yo te pueda contar y aquel momento.

Hasta la víspera, ese foso era infinito, y a nadie en su sano juicio se le habría ocurrido cruzarlo. A mí, por lo menos, no, confesé. Al contrario, me había dedicado a cerrarlo desde que apareció, así que si ella podía abrirlo un poco y acercarme a la otra orilla, estaba dispuesto. Sonrió y le devolví el gesto. Algo estaba revoloteando entre nosotros, y no era precisamente el vacío.

—Tienes la misma mirada que en la foto —aseguró, con un tono que sonaba a dulzura—. Eso es lo que me ayudó a conocerte esta mañana.

Hubo un silencio prolongado que nuestros ojos aprovecharon para escrutar al otro y descubrir una certidumbre en el ambiente.

Pero la dejamos ahí, sin recoger, como si tuviésemos por delante todo el tiempo del mundo para hacerlo. Ella ocupó un sillón frente a mí y regresó al presente.

—Conocí a Andrés…

—Se llamaba Carlos —atajé—. No sé de dónde ha salido el nombre de Andrés.

Aceptó la corrección sin más comentarios y me informó de que había conocido a mi padre el mismo día que lo ingresaron. Ella apenas llevaba dos meses en Quitapesares: acababa de terminar el primer curso y consiguió unas prácticas allí, la única posibilidad de entrar en contacto con el mundo de la psicología, porque hasta cuarto no empezaba la especialización. Además, dijo, ese año había sido muy movido: cerraron la Facultad varias veces y el ritmo del curso se retrasó considerablemente. Estaba muy interesada en meter la cabeza en el mundillo clínico cómo y dónde fuera. Habría preferido hacer prácticas en Madrid, pero tuvo que conformarse con aquel sanatorio: cualquier cosa menos volver a Salamanca en verano con su familia, apuntó con buen humor.

—Aquella tarde lo observé en la enfermería, mientras lo examinaban y curaban de algunas heridas —añadió—. Tenía la mirada perdida en el vacío, pero cuando mis ojos se cruzaron con los suyos no me pude desenganchar, como si me hubiese atrapado.

Pensé que acababa de definir exactamente mi propia emoción al verla por primera vez esa mañana.

—Entiéndeme, no se trataba de nada afectivo, ni sensual, ni nada parecido —quiso aclarar—. Yo era una chiquilla que no había cumplido los dieciocho y él un hombre mayor, enfermo, sucio y desastrado. Aquello era algo más profundo, un sentimiento muy particular que no sabría explicarte bien.

—Ni siquiera como psicóloga —comenté, con cierta ironía.

—Nunca he querido interpretar como psicóloga esa extraña vinculación. Me he negado a profundizar en ella desde una perspectiva racional, porque sé que me estrellaría contra algo que no sería capaz de controlar.

—Tal vez sólo era piedad.

—También lo he querido ver de ese modo. El caso es que hace ya tiempo que consideraba esta historia como agua pasada, pero tu irrupción en Quitapesares me la ha reavivado. Tanto tú como yo

nos sentimos ahora bajo el mismo *shock*; en distinto grado, claro. Mi relación con tu padre ha estado vinculada a la evolución de su propio estado mental; quiero decir que la mayor intensidad se registró ese verano y se redujo en años posteriores. Cuando empecé el nuevo curso conseguí que me permitieran seguir ayudando en el sanatorio, pero sólo podía venir dos veces por semana. Andrés… perdona, no me hago a la idea… Carlos estaba cada vez peor. Volví a hacer prácticas en el verano del sesenta y nueve, y el doctor Lizarbe ya se había hecho cargo de él. Es psicoanalista y, en fin, no quiero desviarme ni contarte chismes profesionales.

Le aseguré que no me importaba entrar en esos terrenos si era imprescindible para su narración, pero tuve que insistir para que lo hiciese.

—Es que es un rollo muy tonto —explicó—. El hecho es que ese verano no tuve muchas oportunidades de estar con él, pero su deterioro era muy tangible. Cuando acabé tercero, conseguí una beca de la Diputación para entrar como empleada de continuidad, pero la tuve que posponer al presentarse la oportunidad de hacer un curso de musicoterapia en la universidad de Buenos Aires. Fue una bonita experiencia, aunque había mucho miedo en aquella gente, porque ya estaba latente el horror que les está llegando. ¿Te enteraste?: el mes pasado hubo más de cien asesinatos allí. Bueno, ¿cómo no lo vas a saber? Eres periodista, ¿no?

Asentí sin abrir la boca, admirado del desparpajo con que ella redondeaba mi ficha personal mientras hablaba de sí misma.

—Regresé a España en junio del setenta y uno y ya me integré en el sanatorio —prosiguió—. Me instalé aquí, desde donde acabé la carrera hace dos años. Siento haberte contado mi vida, pero quería que supieses que mi relación con tu padre ha sido muy desigual según qué fechas. En fin, no voy a entrar en terminología clínica; te diré que tu padre padecía una extraña mezcla de síntomas, de los cuales los más notorios eran un patológico aislamiento respecto al mundo exterior…

—¿Un autista?

—No, el autismo es distinto, aunque la apariencia podría ser algo así. Pero entre los autistas se producen ciertos tipos de reacciones que tu padre ni siquiera tenía. También era víctima de una profunda amnesia, lo que, unido a su aislamiento,

imposibilitaba prácticamente acceder a su mundo interior. Además, presentaba otra serie de síntomas esporádicos, como repentinas situaciones de delirio; aunque yo, personalmente, creo que eran consecuencia del tratamiento químico.

—Que, imagino, le aplicaba el tal Lizarbe.

—Sí, Lizarbe es un tipo muy ambicioso, y tu padre era un caso para publicar un ensayo, tanto por sus características médicas como por la ausencia de datos respecto a su vida. Cualquier resultado que obtuviese, por exiguo que pareciera, habría significado un éxito indiscutible.

—Y tú estabas en medio.

—Como el jueves. Ya te he dicho que conocía a tu padre desde antes de que llegara Lizarbe, y había conseguido con él algunos avances el primer verano. Pero todo se vino abajo cuando apareció; no le hice partícipe de mis experiencias y nunca me lo perdonó. Al principio, su actitud era muy diferente conmigo. Incluso intentó seducirme, pero yo sabía que su único objetivo era sonsacarme sobre An… Carlos. Cuando comprobó que no lo iba conseguir, su actitud cambió radicalmente. No me puede ver ni en pintura.

Argumenté que exageraba, que era una mujer suficientemente apetecible como para que no hubiese segundas intenciones a la hora de intentar ligar con ella. Sonrió y, por primera vez, descubrí en su rostro un asomo de cierto rubor.

—Sé muy bien cuándo alguien se acerca a olisquear mi territorio —dijo—, o viene a por todas. En serio, Lizarbe no es de fiar. No debería contarte esto, pero es muy dado al uso de drogas poco recomendables, al menos con la frecuencia que él las ha utilizado en este caso, como benzodiacepinas, escopolamina y ketamina.

—Eso es chino para mí, Lucía. Lo de la escopolamina me suena de alguna película.

—Es el alcaloide del beleño, una planta que no tiene muy buena prensa a lo largo de la Historia. Es muy venenosa, y si se abusa de ella o de sus derivados se pueden producir desvaríos y alucinaciones, incluso el coma. Aunque parece que se han conseguido resultados aceptables con escopolamina en algunos casos de amnesia. Por eso dices lo de las películas: en algunas la equiparan al suero de la verdad. Las benzodiacepinas tienen efectos hipnóticos y sedantes y, desde luego, las ha utilizado con tu padre

ante el fracaso de la hipnosis natural. Como contrapartida, acentúan la amnesia, y su uso continuado provoca dependencia física y síndrome de abstinencia, o sea que hacen del paciente un auténtico yonqui. Y si hablamos de la ketamina…

—Lo que dices es muy serio. ¿Insinúas que Lizarbe utilizó a mi padre como conejillo de indias?

—Mal habría estado de ser así, aunque, a veces, ante la impotencia médica, se intenta la curación del paciente por caminos poco trillados. En este caso fue mucho más grave: Lizarbe mantuvo a tu padre bajo el efecto de ciertas drogas para obtener de él un beneficio. Carlos no le importaba nada en absoluto.

—Supongo que voy a decir una tontería, pero todo eso podrás demostrarlo.

—Sólo soy psicóloga. Y relativamente novata. La palabra de un psiquiatra en un sanatorio mental es sagrada, y más si es jefe de servicio. Pero yo le he visto hacerlo, a escondidas. En la época de nuestro idilio —Lucía acentuó con ironía la palabra— le pregunté al respecto. Lo negó, como era de esperar, pero a menudo me echaba prácticamente de la habitación de tu padre; yo volvía allí con la excusa de recoger algo y lo sorprendía haciéndolo. Y él reaccionaba con la violencia del culpable cazado in flagrante. Lo he pasado muy mal con este asunto, sobre todo al principio. Luego, con el tiempo, vas viendo que la sima en que Carlos anda metido es tan profunda que te consuelas con la idea de que, tal vez, ni siente ni padece.

Lo decía con sinceridad, como podría expresarlo una hija que hubiera asistido a la vertiginosa decrepitud y muerte del padre. Envidié su sentimiento y tuve que ahogar un cierto complejo de culpa, porque, tras el choque recibido por la mañana, mi actitud instintiva había sido protegerme del dolor que parecía asentarse en un lugar todavía muy escondido dentro de mí. Esa negativa a la emotividad, ese esfuerzo voluntario de distanciamiento, me había llevado a escuchar su relato como ajeno, llegado de un investigador frío, limpio y objetivo. Me levanté para cambiar la cara del disco, que llevaba tiempo enmudecido.

—Comentaste antes que eres la única persona que consiguió avances con mi padre.

—Creo que sí. Ya te dije que me quedé atrapada en sus ojos. Eso, indudablemente, me hizo tomarme un interés especial por él. Yo no

tenía ninguna experiencia entonces, pero sí unas ganas enormes de trabajar, y me permitieron practicar ciertas actividades que, sin constituir peligro para los internos, podían rescatarlos del aburrimiento mortal de un centro de este tipo. Un par de veces por semana, y en grupos de cinco o seis, intentaba aplicar lo que había estudiado sobre terapias alternativas, como la música o la pintura. Hubo algunos casos espectaculares y debo decir que fue un verdadero éxito, hasta tal punto que ese taller está hoy institucionalizado como una de las actividades obligatorias del centro.

Le di la enhorabuena por el éxito, pero ella se desentendió de mi coba.

—Integramos a tu padre en uno de los grupos de pintura. Su actitud habitual era permanecer sentado, impasible frente a la cartulina, como si nada. Una vez, y eso fue para mí el primer avance, tomó una cera y empezó a dibujar. Lo hizo muy lentamente: debía de costarle un esfuerzo titánico mantener la mano a la altura del papel. Formó una elipse que se fue transformando en espiral y terminó en un amasijo de color y materia destrozada. Había expresado algo, al fin. Pasé varios días emocionada, pensando en qué otro tipo de reclamo podía presentarle, como la cocinera que intenta dar con el plato exquisito que arrebate, o la bruja que diseña el elixir que convierta a su amado en amante…

Sugestiva alegoría, pensé, aunque ella estaba tan emocionada que preferí mantener la boca cerrada.

—… Pero me frustré. Estuvo cerca de un mes sin el menor gesto, carente de iniciativa. Casi al final del verano, desde luego antes de que yo comenzase el curso, sucedió algo increíble. Alcanzó la caja de las ceras y empezó a dibujar. No eran garabatos, sino dibujos compulsivos, como si repentinamente hubiera encontrado una ventana abierta por la que lanzar al exterior parte de su mobiliario. Apenas duró unos minutos, que debieron de ser extenuantes para él. Fue algo increíble que nunca más volvió a suceder. Sólo una vez. Lo viví con una alegría inmensa, y fantaseaba con la idea de que lo había plasmado para mí. Guardé esos dibujos como si fueran una obra de arte: eran la prueba de mi primer éxito como psicóloga. Ése fue el motivo inicial para guardarlos, aunque luego, una vez los

pude observar con tranquilidad, quedé asombrada. Espera un momento.

Desapareció por el pasillo y no pude evitar seguir la huella ligera, cálida, de sus pasos en la moqueta. Fuera, tras el balcón, ya era noche cerrada; el reloj confirmaba lo rápido que había pasado el tiempo. Abajo, un pobre alumbrado destacaba los perfiles curvos de San Millán, y en los alrededores tan sólo se descubría soledad al margen de las ventanas iluminadas en los edificios de enfrente. Lucía volvió con una carpeta grande, de las que se usaban para guardar bocetos o planos de delineante. No se sentó esta vez en el sillón, sino a mi lado, y el sutil aroma a gel que desprendía me descolocó por un momento, sugiriéndome paisajes inexplorados, escenarios atrevidos. Cuando me mostró la cartulina se rompió el hechizo y quedé boquiabierto. Era de color amarillo, y sobre ella había varios dibujos; uno de ellos me impactó de forma especial, y mi reacción debió de ser muy evidente.

—¿Te encuentras bien? —Como no respondí, me posó la mano en la frente y noté cómo sus dedos se humedecían con mi sudor, una sudoración fría y repentina que yo ni siquiera había percibido—. Espera, te traigo agua.

Volví a mirar la cartulina. No había ninguna duda; el trazo era indeciso y la prisa parecía haber dirigido la mano del autor, pero el dibujo lo decía bien claramente sin necesidad de interpretaciones: un avión explotaba en el aire, sobre unas montañas. Había más elementos alrededor, pero eran lo de menos. Cuando ella llegó, me sorprendió secando una lágrima accidental que apenas apuntaba, como un chiquillo mocoso sin pañuelo. Intenté disimular, aunque era tarde para ocultar mi reacción. Bebí con ganas del vaso que me ofrecía mientras ella me observaba en silencio.

—¿Sabes una cosa, Lucía? —Tenerla allí, tan cerca y ocupada de mí, me proporcionaba una sorprendente confianza, la seguridad de que podía hablar sobre mí mismo con una libertad que raramente había usado antes—. Mis padres murieron en un accidente. Su avión se estrelló y no hubo supervivientes, según creía hasta hoy. ¿Has visto esto? —me sentí ridículo señalando el dibujo: lo tenía que haber visto mil veces.

—Nunca pensé en algo así. Lo siento, ahora me doy cuenta de que soy una patosa. No debí enseñártelo; no lo habría hecho de

haber sabido…

—No, no importa, de verdad. Tengo que afrontar los hechos, aunque sean tan chocantes como éstos. Al menos sabemos que mi padre dejó caer antes de morir parte de la carga que llevaba. Si eso le permitió ir algo más ligero, bienvenido sea. Pero esa carga me ha caído a mí. Hasta ayer, todo era transparente: un chaval se queda huérfano a los ocho años y tiene que apencar con lo que venga. Es duro, y lo saca adelante con una defensa bien planeada que incluye una buena dosis de rencor hacia quienes le hicieron la faena de dejarlo desamparado; pero el mapa de su conducta es simple, las preguntas se contestan solas, todo es irrebatible. Ahora tengo delante un plano que sólo me conduce a vías sin salida, a preguntas sin respuesta. ¿Cómo se salvó? ¿Sobrevivió también mi madre? ¿Por qué se hizo pasar por otro? ¿Quién sabía que estaba vivo y me avisó de su verdadera muerte?

—Son demasiadas preguntas para contestar en un solo día, y más con la tripa vacía —comentó ella, en un gesto de ayuda—. ¿Te apetece que salgamos a cenar? Te vendrá bien el aire fresco, y hay un chino aquí cerca.

—Prefiero que no, estoy algo cansado. ¿No te importa?

—Nada de eso. Voy a preparar algo rápido. Pon la música que te parezca. ¿Quieres una cerveza?

No respondí. Había vuelto, sin poder apartarla del pensamiento, a aquella cartulina. Tenía algo extraño, sin embargo, el dibujo, algo que no encajaba: el avión explotaba en el aire y no se estrellaba; de hecho, bajo él, y a distancia, aparecían los picos de unas montañas. Sobre ese dibujo había una serie de ocho signos escritos en un supuesto alfabeto que me resultaba absolutamente desconocido. Más abajo, mi padre, en su desaforada catarsis liberadora, había escrito una palabra: TORCIA. Y luego aparecía una nueva palabra, como entidad independiente: ORIANNE. El dibujo de mayor tamaño era un rectángulo vertical que incluía un número en su interior: 1568; en su parte superior, como saliendo del rectángulo y entre paréntesis, otra palabra, VITRIOL y, en la parte inferior izquierda del propio rectángulo, otra serie de siete signos de tipo similar a los anteriores.

Lucía se presentó con una bandeja surtida de queso y embutido. Me sirvió una cerveza y volvió a sentarse a mi lado.

—¿Entiendes algo de esto? —le dije.

—Ni idea. Al principio me preocupé por buscarle una coherencia, pero quizá ni siquiera la tenga. Puede que sean meras fantasías aunque, desde luego, debían de formar parte de su psicosis. En esos arrebatos de rara sinceridad, los pacientes suelen soltar lo que más les pesa en ese momento, como tú decías, y ni siquiera podemos tener la convicción de que se correspondan con una certeza objetivable. Por ejemplo, lo que me has dicho del accidente; si observas el dibujo con atención, verás que no se muestra exactamente una colisión, sino que ese avión explota en el aire. A veces, la mente interpreta los sucesos como el resultado de una elaboración interna que no se ajusta a los acontecimientos.

—Ya me había dado cuenta. ¿Y lo de

TORCIA

?

—Cualquiera sabe. Parece italiano; si lo es, significa antorcha. En cuanto a lo demás, te puedo decir que esos signos son del alfabeto fenicio o parecidos; de lo de

ORIANNE

y VITRIOL no tengo idea, y la fecha es, por ejemplo, el año en que murieron el príncipe Carlos, heredero de Felipe II, y la tercera esposa de éste, Isabel De Valois; en ese tiempo empezó también la rebelión de los moriscos en las Alpujarras y la sublevación de Flandes. Es un año crítico en la Historia de España, pero seguro que hay docenas de coincidencias. Además, tampoco tiene por qué ser una fecha, podría ser una cantidad.

—La forma en que está dibujado el ocho, con el círculo superior cortado en línea recta, como si fuera una vasija, no parece causal: es similar al de algunos monumentos de los siglos XV y XVI. Siempre me ha llamado la atención esa forma de cerrarlo. —Bebí un buen trago de cerveza fresca y no me cayó mal—. Inscrito en el rectángulo, sugiere una leyenda, un rótulo epigráfico, como el de las lápidas conmemorativas, o funerarias.

—Es posible, pero ya te digo que también pueden ser interpretaciones delirantes de una realidad antigua en la mente del autor. Para mí, lo más interesante de esta cartulina son sus asociaciones, sus puntos comunes y sus diferencias.

Le pedí que fuera un poco más explícita.

—Ya te he dicho que, hasta ese momento, el único intento de Carlos con la pintura se había limitado a garabatear una sola vez hasta el infinito, sin formas y con un color, el que le vino más a mano. Pero esto fue muy diferente; no sólo en el resultado, sino en el proceso, donde varios mecanismos de la voluntad quedan al descubierto. El primero, fundamental, la salida del entorno interior; el segundo, la recreación de imágenes que pueden ser simbólicas; y el tercero es la elección de los elementos que las componen. No se trata de dibujos creados con colores al azar. Si te fijas, hay tres con color negro: el avión,

TORCIA

y ORIANNE, y esta coincidencia no se debe al hecho de que aparezcan cercanos y le resultara cómodo utilizar la misma cera.

—Sí, La O de

ORIANNE

empezó a dibujarla en rojo, pero se arrepintió y la repasó en negro.

—Efectivamente. El primer bloque de signos está en rojo, otro cambio aparentemente consciente, y el rectángulo está dibujado en dos colores de modo superpuesto o adjunto: el rojo y el verde. Lo mismo sucede con la presunta fecha. Sobre ella, VITRIOL es sólo rojo y, abajo, el otro grupo de signos es sólo verde.

—¿Quieres decir que eligió conscientemente los colores?

—No sé si los colores, pero, desde luego, sí que eligió los grupos de colores. Es como si, dentro de su expresión global, hubiese querido determinar conjuntos. Según esto, cada color expresaría algún tipo de entidad o característica bien diferenciada de las demás. Son tres colores. Quizá intentó expresar tres ideas, pero ya es tarde para saberlo.

—¿Nunca conseguiste hablar con él? Quiero decir un diálogo más o menos normal.

—Pues no. La actitud de Carlos siempre era distante, ya te digo. Incluso intenté alguna vez aplicar la hipnosis. Sí, no te extrañes: es una técnica que ya usó Freud a finales del siglo pasado, tras aprenderla de un médico francés. Luego dijo que no le valía para nada, e inventó el psicoanálisis. Pero la hipnosis había dado muy buenos resultados antes de Freud y ha seguido dándolos; así que probé, pero yo debía de ser muy incapaz entonces, porque fue un fracaso. En raras ocasiones obtenía de él algo que pudiera

interpretarse como una respuesta a mis palabras, y eso sucedía cuando me miraba. Lo hacía directamente a los ojos, sin rodeos.

Planeó con sus ojos sobre los míos mientras lo explicaba, y supuse que buscaba en ellos algo de los de mi padre, una sospecha que me inquietó.

—Eran apenas unos segundos —matizó— y luego regresaba a su mundo oscuro y silencioso, un mundo donde nadie tenía cabida. Sólo hubo una persona más a quien parecía aceptar aparte de mí, aunque siempre sumergido en su aislamiento. ¡Ah!, lo había olvidado. Tengo algunas fotos suyas.

Volvió a desaparecer, dejándome un vacío tembloroso al lado. Cuando regresó con un par de álbumes, se sentó de nuevo enfrente mientras rebuscaba. Por alguna inexplicable razón sospeché que aquel alejamiento físico había sido intencionado. Me extendió uno de los libros de fotos, abierto.

—Mira: es el jardín de Quitapesares, el primer verano, hacia septiembre, antes de que yo volviera a las clases.

Había tres fotos: en la primera estaban ellos dos, sentados en uno de los bancos de piedra; mi padre parecía acurrucado sobre sí mismo con la mirada fija en el suelo, en contraste con la actitud risueña de una preciosa Lucía; las otras dos incluían a una tercera persona, un hombre de unos sesenta y tantos, junto a mi padre.

—Es Norberto, del que te hablaba antes. Acababa de ingresar: uno de los muchos casos depresivos que llegan hasta allí. Nada peligroso, aunque mitómano empedernido; si entras en su juego te puede llevar por la calle de la amargura. A su estilo, también tenía su mundo extravagante, pero parece que hizo buenas migas con tu padre y, tras recibir el alta, algunos meses después de estas fotos, lo visitó varias veces. Podríamos decir que él era el único amigo, por llamarlo de algún modo, que tu padre tenía en el sanatorio; aunque mejor sería decirlo al revés, porque Carlos no era capaz de mostrar signos de atracción o rechazo. Norberto fue la única persona del mundo exterior que mantuvo su compasión por él.

Sugerí que, tal vez, ese hombre podría contarme algo sobre mi padre. Incluso que fuese él quien me había avisado de su muerte. Lucía aseguró que me llevaría una decepción: ella misma lo había intentado más de una vez cuando estaba ingresado, y después, cada vez que hacía una de sus visitas. Pero, según Norberto, mi padre

rara vez hablaba. Y ahí entraba en juego su personalidad mitómana y enredadora: decía que se comunicaban con el pensamiento, y que Carlos le había explicado que era un rey expulsado de su tierra, encadenado para siempre al olvido por la osadía de haber aguantado sin pestañear la mirada de Saturno.

—Una imagen muy prometeica —alegué, desconcertado.

—Sí, al fin y al cabo, el producto elaborado de un mito por parte de una mente fantasiosa. Aunque, sinceramente, en aquella época lo de Saturno me pareció una idea muy romántica.

Me pregunté qué podía haber de romántico en la historia de Crono, como lo llamaban los griegos: un dios que se zampaba a sus hijos porque una profecía le había augurado que sería destronado por uno de ellos. Su mujer pudo salvar a Zeus y lo escondió en Creta, donde fue cuidado por las ninfas. Cuando creció, Zeus drogó a su padre e hizo regresar a sus hermanos devorados aunque, al parecer, no del todo digeridos. En la guerra que se desencadenó, los tres hijos varones, unidos a cíclopes y gigantes, vencieron a su padre, que tenía a los titanes como aliados. Los hermanos se repartieron el mundo: Zeus los cielos, Poseidón los mares y Hades los infiernos.

—Una pelea de gallos por el dominio del corral no es lo que yo llamaría ejemplo de idealismo —alegué—. Los jovencitos se instalaron en el Olimpo, y a papá lo condenaron a vivir en la tierra.

—Donde enseñó un montón de secretos y fundó un reino próspero y justo que perduró muchos siglos entre los humanos, algunos de los cuales le dieron el nombre de Saturno. Un día, desapareció sin dejar rastro, y los hombres levantaron templos en su honor y celebraron las fiestas saturnales en homenaje al placer y la libertad: todos los excesos estaban permitidos y los esclavos tenían iguales derechos que sus amos. ¿No es una leyenda hermosa?

—Lo es, aunque no encaja en un pensamiento racionalista como se supone debe ser el tuyo —objeté.

—Tienes razón —aceptó, con una tímida sonrisa—. Pero a los dieciocho años el mundo aún se aparece mágico y literario. —Había nostalgia en sus palabras, una nostalgia impropia de una chica sólo algo más joven que yo—. ¿Recuerdas la canción que sonaba cuando llegaste?: «Y desde la muerte y la destrucción, el Señor de los Tiempos llevó el fruto de su cosecha hacia la libertad». Siempre que

la escucho me recuerda la fábula de Saturno y me parece estar viendo la figura de Carlos, el símbolo de la ausencia, del destierro. Al fin y al cabo, Crono era guardián del tiempo, ¿no? También yo he fantaseado con esa idea, con la idea del olvido si la memoria desapareciera completamente: se eliminarían de un plumazo el pasado y el futuro.

—La memoria es lo que nos ata al tiempo. Si no existiera, viviríamos un eterno presente; al no tener referencias de una experiencia pasada, tampoco podríamos vislumbrar un futuro. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Más o menos. Carlos debía de soportar algo así. O quizá ni siquiera tenía ese concepto del presente, y todas sus experiencias se mezclaban en un conglomerado al margen de cualquier tipo de clasificación. Como decía Norberto, un exilio en el olvido.

—Me gustaría hablar con ese hombre —insistí—. ¿Sabes dónde puedo dar con él?

—En el archivo del sanatorio tendrán su dirección. Pregunta allí, si quieres.

—Prefiero no volver. Ya sabes la versión que le di a Machuca, y no quiero que me vean con un excesivo interés por el asunto.

—¿Por qué no reconociste abiertamente que era tu padre?

—No lo sé. Fue algo inesperado, casi visceral: ni siquiera me lo quería reconocer a mí mismo. Resultaba increíble, a pesar de que lo identifiqué inmediatamente en la foto. Tampoco encajaba el hecho de que nadie supiera su verdadera identidad y, sin embargo, me hubieran asociado a él. Era todo muy confuso. Al principio fue un reflejo defensivo; después, plenamente premeditado: no quería verme envuelto en una historia tan borrosa y con documentos falsos de por medio. Creo que Machuca no se lo tragó, pero prefiero mantenerme al margen, ¿entiendes?

—Lo entiendo. Te sientes inseguro, es normal.

—Tan inseguro como un pez al que sacan del agua. —Me sorprendí de la metáfora que había empleado. De nuevo ese sueño…—. Pero tú me has devuelto un poco a ella; tu terapia es eficiente, lo confieso.

—Bueno, no exageres. Hoy ha habido en esta sala muchos flujos y reflujos, de todo tipo. Pero no te agarres a ellos como si fueran sensaciones fiables. Ambos estamos bajo los efectos de la

resurrección inesperada de una personalidad importante en nuestra memoria, especialmente tú. Debes saber muy bien qué terreno pisas, porque me da la sensación de que no piensas dejar las cosas en este punto.

Por supuesto que no pensaba detenerme: más allá de mis reticencias sobre su profesión, había algo en aquella mujer que me encandilaba; aunque ella misma se encargó enseguida de despejar posibles equívocos en el contenido de sus palabras.

—Me refiero a tu padre —puntualizó muy seria, como si me hubiese leído el pensamiento—. No me cabe duda de que vas a seguir adelante, en busca de sus años perdidos. Y me parece lógico, pero puedes topar con un muro muy alto y ser incapaz de ver más allá. Tienes que ser consciente de ello; de lo contrario, la decepción se puede convertir en un problema.

—Gracias por un consejo tan profesional —apunté con retintín.

—De nada. Anda, es muy tarde ya y no vas a irte a Madrid a estas horas. Puedes dormir aquí —palmeó mi sofá—. Ambos tenemos que trabajar mañana, supongo. Olvídate de los platos y de todo esto, que ya lo recogeré yo. Buenas noches.

Me dejó solo en la habitación y busqué la complicidad de un cigarrillo mientras curioseaba sin demasiado interés los libros de las estanterías. Efectivamente, se había hecho muy tarde. Desplegué la cama del sofá y apagué la luz. Al acostarme, se me hizo evidente el agotamiento y pronto emprendí el descenso hacia la somnolencia. En el duermevela, repasé la extraña historia de aquel día; rápidamente, a fogonazos, sin detenerme demasiado en sus secuencias. Cuando mis pensamientos, libres ya del control de la voluntad, quisieron volver de nuevo al presente, se deslizaron ligeros a través de las puertas y rincones de la casa hasta llegar al desconocido dormitorio de Lucía para recorrer, asombrados, su deliciosa silueta en busca del ángulo perfecto de acercamiento. Olía a champú entre los pliegues de las sábanas, y el trato con su piel iba camino de convertirse en la mejor experiencia del día cuando, repentinamente, se encendió la luz y oí llegar su voz desde la puerta:

—Perdona. Olvidé decirte que el baño está al fondo del pasillo, y la cocina a la izquierda. Buenas noches.

Genial. Yo, decididamente encaprichado con aquella chica, y

ella vigilaba nuestra distancia hasta el punto de intervenir en mis elucubraciones más íntimas. Preciosa e independiente, como Susana; no era millonaria, al parecer, pero, al menos, hablaba de cosas sensatas. Me imaginé allí con Susana: a esas horas habríamos hecho el amor un par de veces, y en este instante estaríamos persiguiendo espíritus descarnados en las penumbras de la plaza de San Millán donde, de creer en ellos, debía de haberlos a cientos junto a los atrios y muros de la iglesia.

Desperté sobresaltado, como si hubiese dormido doce horas seguidas y mi cuerpo me avisara del exceso. Pero eran poco más de las seis y nada había cambiado por allí: el silencio, la luz mortecina del exterior y aquella sala que me echó de sopetón a la cara los recuerdos del día anterior. Escapé con cuidado de no hacer ruido. Hacía mucho frío, el coche estaba casi congelado y mis fallidos intentos por arrancar organizaron un pequeño escándalo a unas horas en que ni siquiera se oía el rumor de la respiración de la ciudad.

Mientras tomaba dirección al puerto de Navacerrada y veía desvanecerse la negra silueta del acueducto y las luces de las afueras de Segovia, recordé la leyenda de su fundación, con un formidable Hércules encaprichándose de esa cota inexpugnable entre el Eresma y el Clamores; una leyenda sobre cuya veracidad habían discutido sañudamente los eruditos al menos hasta el siglo XVIII. Actualmente discutíamos sobre otras materias, pensé, aunque en el fondo nuestros debates no anduvieran muy alejados de los de aquella gente: blanco o negro, verdad o mentira, sin alternativas intermedias.

Verdad o mentira. Ése era el dilema ayer. Hoy sólo quedaba una respuesta: verdad. Porque era cierto que mi padre había sobrevivido al accidente. Y de esa certidumbre brotaban otras preguntas, directas o tangenciales, que creaban un ramaje tan espeso que no permitía ver mucho más allá. Había decidido ponerme en marcha tras los pasos de mi padre, según la expresión de Lucía. Y en ese empeño me propuse dejar de lado las preguntas colaterales y dedicarme a seguir una línea recta. Tenía que definir un comienzo; el camino lo marcaría la propia investigación hasta llegar, quizá, a ese muro que Lucía había pronosticado. El comienzo era, sin duda alguna, el 4 de diciembre de 1958, el día en que había empezado

para mi padre una vida diferente, una vida cuya evolución lo condujo a un manicomio donde había muerto abandonado. Así, de modo concluyente, se manifestaban los datos fríos, y era preferible arrinconar la carga afectiva que llevaban detrás; sabía que ese ejercicio de distanciamiento se me haría imprescindible en caso de que mi investigación avanzara.

Esperé en un bar la hora que faltaba para que abriera la hemeroteca. Mientras me recobraba de la destemplanza con una taza de café, repasé la prensa del sábado. El Gobierno había cumplido su drástico plan de ajuste, como la economía capitalista gustaba llamar a las medidas que empobrecían a la población: fuertes aumentos de los precios de la energía, mantenimiento de los topes salariales y apoyos económicos a las empresas. En El Aaiun hacían ya las maletas después de que el acuerdo de Madrid sobre el Sahara confirmase la salida española en los siguientes cien días, con el beneplácito de unas Naciones Unidas que garantizaban un referéndum antes de esa fecha. Al ministro de Exteriores, Cortina Mauri, le había faltado tiempo para volar hasta Argel e intentar apaciguar los ánimos de un Bumedian que intuía el engorde territorial de su quisquilloso vecino marroquí. En cuanto a Franco, nada nuevo.

Me temblaban las manos cuando abrí el volumen tabloide del Ya correspondiente a diciembre del cincuenta y ocho. Nunca me había atrevido a llegar hasta ese punto: el deseo, que podría parecer natural, de un huérfano por conocer más sobre sus padres, había sido ahogado en mí con efectividad absoluta; o casi absoluta, pensaba ahora.

Las primeras notas sobre la catástrofe sugerían confusas hipótesis, incluso dos días después de la desaparición del aparato, y agradecí, en cierto modo, esa forma paulatina de entrar en una evocación que me temía dolorosa. Ante aquellas páginas me vino a la memoria el tío Agustín. Y me lo imaginé en las linotipias del *Ya* traduciendo en plomo el drama de su propia familia, a la espera de noticias e inventando mentiras para mis preguntas sobre el día en que habrían de regresar mis padres. Ese pensamiento me descompuso: cerré el tomo y pedí que me lo cambiaran por otro más manejable, física y emocionalmente, como el *ABC*.

El tío Agustín había sido como mi segundo padre después del

accidente. Él y mi tía Felisa, la hermana menor de mi padre, eran mis padrinos, y yo había quedado a su cargo durante aquel viaje sin retorno, de modo que se convirtieron en mis tutores a partir de entonces. El tío Agustín trabajaba en los talleres del *Ya* como corrector y linotipista. Era delgado, casi cadavérico, según oía comentar a los amigos en voz baja. A mí no me lo parecía tanto, pero era mi tío y, a lo mejor, no lo quería ver así; con los años, y al mirar alguna de sus fotos, empecé a pensar que mis amigos tenían razón. Apenas le quedaban unos estrechos flecos de pelo castaño que se apartaba de la cara cada dos por tres porque le tapaban sus gafas de infinitas dioptrías. No era afectivo, pero sí muy correcto, tanto conmigo como con la tía Felisa. Mi larga convivencia con ellos me hizo comprender que esa corrección con la tía era la cristalización de un distanciamiento antiguo, aunque nunca se me ocurrió atreverme a preguntar por ello.

Él me proporcionaba las pocas cosas sugestivas asociadas en mi recuerdo a aquella familia. Me llevaba al Rastro, aunque él prefería los días no festivos porque pensaba que sin tanto barullo se encontraban mejores ofertas; me suministraba cuantos suplementos fotográficos caían en sus manos, y cada semana me compraba *El Capitán Trueno*. También me permitía pedirle libros de su pequeña biblioteca, que casi siempre tenía un volumen similar, porque Agustín, en lugar de comprarlos, los conseguía en las tiendas de intercambio. Un día, ante mi interés por tan peculiar sistema, me hizo partícipe de lo que él llamaba su teoría sobre la cultura: los libros se hacían para ser leídos, no para ser acumulados. Tal vez tenía razón, aunque siempre creí que las estrecheces económicas habían forjado buena parte de su profunda reflexión intelectual.

Reviví ahora con especial ternura los paseos por la cuesta de Claudio Moyano, donde Agustín gozaba como un niño, husmeando en los tenderetes de libros baratos, discutiendo en buen tono con dueños y clientes cualquier hipótesis sobre los asuntos más inverosímiles. Y por El Retiro, bajo cuyas frondosas sombras me permitía disfrutar a veces de una bicicleta o de un triciclo de ruedas gigantescas alquilados en La Chopera. Casi siempre paseábamos solos y nos divertíamos fisgando el trabajo de los pintores apostados alrededor de la Rosaleda y, en los meses de calor, solía caer algún helado o una horchata bien fría frente al estanque para envidia a

Alfonso XII y su caballo. Un día, debía yo de tener diez años, reparé durante nuestro paseo en la estatua del Ángel Caído de Ricardo Bellver. Agustín me explicó que era el único monumento que existía en el mundo dedicado al diablo. Aún podía revivir el escalofrío que me recorrió la espalda al escuchar eso. Al observar mi reacción, posó una mano sobre mi hombro y lo apretó ligeramente, en una de las pocas muestras de afectividad física que podía rememorar de su parte.

Le pregunté si mis padres estaban en el cielo, como juraba la tía Felisa. Dijo que no lo sabía, pero que, si quedaba entre él y yo, podía garantizarme que allí donde estuvieran se encontrarían bien, y eso era lo único que debería importarme. Respecto al repelús que me causaba aquella estatua, comentó que yo estaba demasiado influido por la tía y por lo que me contaban los frailes en el colegio, y que aquello no era más que una obra de gran valor artístico, premiada en una exposición universal en París, a la que no había que tener miedo. Me acercó a la escultura para observar sus detalles mientras hablaba de la expresión del ángel —porque, a fin de cuentas, no dejaba de ser un ángel—, y de lo mal que debía de estar pasándolo con esa cara de desesperación junto a la sediciosa serpiente. Le comenté que la tía aseguraba que los comunistas tenían rabo y cuernos, como aquel demonio, y eso pareció sacarlo de quicio. Fue allí donde me habló del tal Prometeo, condenado por robar para los hombres el fuego de los dioses, y a mí me pareció una faena lo que le habían hecho por permitir que pudiéramos calentarnos. Los hombres seríamos unos desagradecidos si olvidásemos ese gesto, sentenció, para concluir con la heterodoxa y descreída tesis de que con Luzbel podía haber pasado lo mismo, y que quizá los dioses nos tenían engañados al respecto. Pero estas cosas, me advirtió muy serio, no debería decirlas nunca a tía Felisa ni a los frailes, porque a ellos no les entraban en la cabeza ideas contrarias a las que les habían enseñado. Cuando uno se encuentra frente a dos alternativas contradictorias que dicen ser ciertas, me explicó, se debe buscar cuál es la verdadera, y mientras ésta no quede clara, hay que mantenerse en la duda.

Eran consejos que me parecían ahora un presagio. El propio tío Agustín había sido una especie de presagio para mí, porque gracias a él había descubierto la aventura de leer, y me había desvelado los

secretos interiores de un periódico, un cuerpo vivo en el que, por una especial mezcla de inteligencia, artes y técnica, fluían las noticias a través de invisibles capilares hasta convertirse en un espejo del mundo en miniatura. Más tarde, fabricó mi propia y pequeña imprenta, me ayudó a preparar mis primeras galeradas y me inició en los arcanos de las medidas mágicas: los cíceros, las picas y los puntos; me enseñó también cómo leer de corrido en los plomos invertidos y, finalmente, todas los trucos necesarios para ser un buen jefe de cierre. Siempre creí que le habría gustado ser periodista. Y yo lo fui por él.

Aunque murió demasiado pronto para verlo. Agustín tenía una afición desmesurada por la bebida, afición que siempre había controlado en público, pero a la que se entregaba gustoso en soledad: a menudo lo sorprendía leyendo en su cuarto, y siempre tenía a mano su copa y su botella de aguardiente. En el sesenta y cuatro, una cirrosis acabó con él de forma rápida. Y tardé en asumir esa nueva pérdida.

El tomo del *ABC* era mucho más manejable. El enfoque de los dos primeros días no dejaba de ser idéntico a lo que ya había visto en el *Ya*, con noticias sobre un gran despliegue de búsqueda por una amplísima zona en torno a la sierra de Guadarrama desde donde, al parecer, se había recibido la última comunicación del vuelo desaparecido. Al detallado informe sobre las características técnicas del aparato se sumaban elogios profesionales para el comandante de ese viaje Vigo-Madrid, el mejor piloto y más experto de la compañía, quien atesoraba más horas de vuelo y había cubierto ese trayecto centenares de veces.

El día siguiente, la noticia era ya primera página. Los restos del avión habían sido localizados entre la nieve del Pico de Pasapán, una de las cumbres de La Mujer Muerta, a una altitud de más de dos mil metros. Las primeras expediciones que se decidieron a subir a la sierra, en una marcha de seis horas bajo la ventisca y bajo las indicaciones de un pastor, confirmaban que no había supervivientes entre los veintidós ocupantes. Como era de esperar, allá arriba habían subido también periodistas y, junto a las narraciones más o menos teñidas de heroicidad de los protagonistas, aparecían varias fotos del desolado paisaje. Por lo que se podía ver, la zona delantera del aparato había quedado destrozada en buena parte, aunque se

distinguían aún la cabina, el área de las alas y un motor. La trasera se mantenía en buen estado, con el nombre de la compañía impoluto y aún legible. Traté de concebir la colisión de un avión sobre una cima con la mayor lógica posible, y los resultados se me antojaban mucho más desastrosos que lo que allí contemplaba. Las fotos sugerían que el aparato se había partido más o menos por la mitad, y presentaba muestras de incendio en la zona del desmembramiento. Tal vez mis conclusiones estaban condicionadas por el dibujo que mi padre había hecho para Lucía.

La lista de los fallecidos era prolija. Buena parte de ellos, según declaraciones de familiares o amigos cercanos, habían mostrado sus prevenciones antes del viaje, como en una macabra premonición, aunque era de suponer que cualquier encuesta de este tipo realizada tras una catástrofe daría resultados similares. También, como casi siempre, hubo quien salvó la vida gracias a la casualidad, un odontólogo que había suspendido el viaje a última hora por la súbita indisposición de su hijo. Allí aparecían mis padres: el funcionario del ministerio de Asuntos Exteriores don Carlos Asensi Ramos y su esposa, doña Carmen Mota Vélez.

Tuve que acudir de nuevo al distanciamiento afectivo para seguir leyendo varios artículos que llamaban mi atención. Uno de ellos, bajo el título de «NO ESTÁ PROBADO QUE HUBIERA SUPERVIVIENTES», se explayaba en desmentir ciertos rumores, según los cuales no todos los pasajeros habrían fallecido inmediatamente. La aparición de un paraguas abierto junto a los restos del aparato había hecho difundir la idea de que alguno de los desafortunados ocupantes del avión, aún vivo, se hubiese protegido de la ventisca; después de lanzar conjeturas sobre si en el momento de la caída había o no nieve en la cima, y de las consecuencias de este detalle a la hora de determinar tal tesis, se despachaba concluyendo que el paraguas habría sido usado por alguno de los miembros de la expedición de rescate en los primeros momentos de confusión.

Otro de los sueltos, con el epígrafe «NO PARECE HABER DUDA EN LO DEL INCENDIO DEL AVIÓN, —destacaba—: Que hubo inflamación de la aeronave es cosa que nadie parece dudar, que alguno cree haber presenciado y que la contemplación de los restos del aparato sugiere al profano observador. Lo que no está para uno

muy claro es si tal inflamación fue inmediata al choque y consecuencia de él, o posterior y originada por otra causa». Ninguna sugerencia, por supuesto, a que el incendio se hubiese producido antes. Finalmente, una columna titulada «MEDIDAS PARA QUE TODO QUEDE ACLARADO», sentenciaba que «la causa primigenia del accidente pudo ser una violenta contingencia meteorológica. Y más aún: creemos que cuando el avión se estrelló, ni el pasaje ni la tripulación (que realizaba normalmente su vuelo sin visibilidad con indudable acierto, por el punto más favorable para saltar sobre la cadena montañosa camino de Madrid) había sentido el menor motivo de inquietud. Lo irremediable debió ocurrir inopinadamente, sin que nadie tuviese noción del peligro inminente».

Junto a cada afirmación, una mancha de duda: no lo ponían fácil. Tampoco debió de ser sencillo trabajar en aquellos momentos con la censura, mucho más voraz entonces, pegada en el cogote; a menudo, la censura misma se disfrazaba con el traje y la máscara del periodista, de modo que respiraba a tu lado en la mesa contigua de la redacción. Las nuevas generaciones odiábamos ese siniestro juego de complicidades, pero todavía ahora existían notables casos de soplones, y yo conocía más de uno.

Cerré el volumen. Me sentía incapaz de ver las fotos de mis padres que, sin duda, se publicarían el día de las honras fúnebres junto a sus circunstancias familiares; ni el montón de sueltos que destacarían la solidaridad popular y oficial propias de estos casos, junto a la insistencia en las causas atmosféricas de la catástrofe. Sólo había empezado a moverme y ya surgían, al menos, tres dudas razonables. La primera era si, efectivamente, el avión se estrelló o, tal y como daba a entender el dibujo de mi padre, había explotado en el aire. Los motivos de esa supuesta explosión eran la segunda duda. Y la tercera venía dada por la particularidad de que pasaron casi dos días entre la desaparición del aparato y el acceso a sus restos, lo que sugería una nueva hipótesis: mi padre podría haberse salvado y escapado de la aquella desolación en busca de ayuda. Una hipótesis bastante descabellada, porque en semejantes condiciones atmosféricas habría muerto, de frío o despeñado; de haber sobrevivido, carecía de sentido su ocultación, y en el supuesto de que el trauma le hubiera provocado su amnesia, alguien habría

dado referencias suyas antes o después. En todo caso, se le habría considerado desaparecido, nunca muerto. Lo de su falsa identidad emborronaba, sin embargo, buena parte de mi lógica. Me di cuenta de que corría demasiado deprisa por un camino que presentaba muchas bifurcaciones.

Las viejas escaleras de madera maullaban bajo las suelas igual que gatos apaleados, como siempre. Por un momento, temí que la señora Goya, la eterna portera, saldría correteando desde su garito a regañarme, como cuando me oía bajar los escalones de tres en tres desde la cuarta planta. Reviví de nuevo, con desazón, el esfuerzo de años para convencerme de que ésa era mi casa, de que mi estancia con los padrinos no iba a ser provisional, sino el destino marcado por una injusta decisión llegada de quién sabía dónde. Cuando mis padres vivían, no me gustaba ir de visita a aquel piso: me asustaban sus interminables y tétricos pasillos, sus horripilantes cuadros de santos oscurantistas, y especialmente su retrete, un angosto y alto paralelepípedo culminado por un ventanuco diminuto al patio interior, lugar que parecía expresamente diseñado para alimentar mis terrores infantiles en las plomizas tardes de invierno. Finalmente, esa incómoda y viejísima casa de la calle de Santa María de la Cabeza se convirtió en mi hogar a poco de cumplir los ocho años, aunque me juramenté para abandonarla en cuanto pudiera.

Tía Felisa creía que no la visitaba por desapego. La verdad es que, desde que, cuatro años atrás, conseguí mi independencia, apenas había vuelto media docena de veces. Pero no era ella la razón, al menos no la principal. En esa casa sombría había tenido que masticar desconcierto, desesperanza y llanto; en cada uno de sus rincones había dejado un mapa cincelado a base de rabia que aun ahora podía revivir con sólo posar la vista en ellos. Luego, a medida que fui creciendo y conseguí taponar la ebullición del rencor, no pude encontrar en aquel ambiente la necesaria alegría o el obligado afecto que recompusieran un ánimo tan deteriorado. Tras la muerte del tío Agustín, la madrina hizo de su casa centro de reunión de su círculo de grupos integristas, y el entorno se volvió cada día más atosigante y ajeno a un adolescente cuyo único objetivo vital era el olvido. Tía Felisa se rodeó de gatos y meapilas, y yo quedé cercado por todos ellos.

Tuve que prometerle que me quedaría a comer, y a partir de ahí me dispuse a recibir pacientemente la consabida retahíla de reproches veniales respecto a mi exagerada independencia, sus preocupaciones sobre la probable guerra con Marruecos y el riesgo de que me movilizasen, y demás neuras cotidianas. Como era de esperar, se sorprendió cuando le pregunté por el accidente de mis padres: el implícito pacto de silencio quedaba roto de sopetón después de tanto tiempo.

—Siempre han estado ahí —señaló una foto de su boda que presidía la cómoda—. Nunca insistí en hablarte de eso por no causarte dolor, por respetar tu pena, pero he rezado cada día por ellos. Fue una situación muy angustiosa; pasamos dos días sin noticias y, al final, ya sabes…

—¿Los viste, madrina?

—No, yo no. Fueron Agustín y tu tío Aurelio. Según contaron, yo no lo habría soportado. Pero ¿por qué quieres hablar de estas cosas?

—He pasado muchos años intentando apartarlo de mi memoria, pero el silencio no me apacigua. No se puede escapar de un fantasma que se te mete por las rendijas de los cerrojos, por las esquinas de los sueños: tengo que enfrentarme a él. Llevo tiempo dándole vueltas y, por fin, hoy me he decidido a venir. Necesito saber, madrina.

—No es bueno escarbar en esos detalles que producen dolor, Ricardo. Te puedo hablar de ellos… Figúrate: Carlos, mi hermano, y Carmen, un cielo de mujer, una madre que yo no he sabido ser para ti.

—Nada de eso, madrina —dije, al ver que sus ojos se enrojecían por momentos—. Tú has sido la madre que me faltaba —mentí piadosamente—. Pero necesito saber, y su muerte también forma parte de su recuerdo. Sólo quiero saber si estás segura de que eran ellos.

—¡Qué cosas dices! —me miró aturdida.

—Entiéndeme. Quiero volver a llamarlos Carlos y Carmen, o papá y mamá, o madre y padre, como prefieras. No quiero seguir hablando de «ellos». Pero para eso necesito llegar a cada uno, y hacerlo desde el momento en que se rompió todo. ¿Estás segura de que mis padres murieron en aquel accidente?

—Ricardo, creo que esto no te está haciendo bien.

—Respóndeme sólo a esta pregunta: ¿Reconocieron tío Agustín y tío Aurelio a mamá?

—Claro que sí —sabía que tía Felisa empezaba a sollozar por dentro, sin atreverse todavía a hacerlo público—. Por su anillo de boda. Según contaron, estaba… —rumió durante varios segundos la palabra correcta— irreconocible.

—¿Y a papá? —insistí, mientras la madrina ocultaba el llanto tras su pañuelo—. ¿Reconocieron también a papá?

—Carlos —dijo entre pucheros— tenía la manía de no llevar anillo. Nunca lo llevó.

La ceñí en un gesto de acogida que para mí habría deseado en muchas ocasiones; no había reproche en mi abrazo, sin embargo, sino una compasión de sabor agrio. Callé hasta que consiguió calmarse, lentamente, entre arrítmicos hipos.

—Siento haberte hecho pasar este mal trago, madrina, pero si te sirve de consuelo, a mí me ha hecho mucho bien. ¿Todavía guardas recuerdos suyos?

—No muchos, la verdad. Ya sabes que tuvimos que vender la casa. Una casa cerrada trae gastos y problemas. Y, además, ese dinero nos sirvió para hacerte unos ahorros mirando al futuro. La pensión de tu padre no era gran cosa, y te la retiraron cuando cumpliste los veintiuno. Creo que hicimos lo correcto.

—No te quepa la menor duda.

—Sólo nos quedamos con pequeños recuerdos, como fotos o algún libro que recogió Agustín. Espera.

Al incorporarse, aupó hasta su regazo a uno de los gatos que se le acurrucaba, celoso, entre los pies. Tras rebuscar en los cajones de la cómoda regresó a mi lado con una caja metálica, de las que se usaban años atrás para presentar los surtidos de galletas de calidad.

—Aquí hay un montón de fotos, aunque estarán mezcladas con las nuestras.

—¿Y los libros?

—Digo yo que algunos quedarán en la habitación de Agustín.

La habitación del tío Agustín había devenido en un pequeño santuario tras su muerte. Una mesa camilla junto a la ventana, una butaca y un armario bajo de dos cuerpos con estanterías eran su única decoración. Así había sido desde que quedé bajo la tutela de mis padrinos; nunca conocí novedades en ella, salvo en el contenido

de la estantería donde los ejemplares variaban según el ritmo de lectura de su propietario. Lógicamente, los libros no habían cambiado en los últimos once años, y buena parte de ellos me habían servido para hacer más llevaderas las jornadas de aislamiento voluntario en aquella casa, de modo que podía estar seguro de que ninguno de esos ejemplares había pertenecido a mi padre. La tía Felisa abrió las puertas bajas del armario, hasta entonces siempre bajo llave. Varios volúmenes se apilaban en el interior.

—De haber algún libro de tus padres, tiene que estar ahí. Agustín guardaba dentro los libros que no quería cambiar, pero no te puedo ayudar más. A mí la lectura nunca me ha dicho mucho. Mira lo que quieras.

—¿Te importa que me quede aquí?

—¡Qué me va a importar! Además, yo tengo tarea en la cocina. Si necesitas algo, llámame.

Así que el tío Agustín también tenía sus debilidades: no todos los libros eran material intercambiable; me alegró descubrir su nueva faceta y poder añadirla a su recuerdo. Observé que los ejemplares del armario estaban colocados por orden cronológico, de izquierda a derecha. La relación se abría con el *Tratado sobre España antigua*, una traducción comentada del Libro Tercero de la *Geografía* de Estrabón editada en Madrid en 1787. Después, una breve *Historia de la Guerra de la Independencia* publicada en Madrid en 1859; *Dieu dans la Nature*, de Camille Flammarion, de París, 1868; *Caminos veraces de la vieja Castilla*, de Eleuterio Gavira, editado en Madrid en 1869; *Los Alfabetos*, impreso en Barcelona en 1887, y un *Tratado de Física experimental y aplicada* de Ganot, de Madrid, 1897. El resto eran publicaciones de la época republicana, aunque no todas estaban fechadas, como una curiosa *Aritmética práctica (La aritmética necesaria al empleado y al obrero)*, de Ediciones Ibéricas de Madrid; *Las aberraciones del sexo*, de Alberto Campos, editado por Jasón en Barcelona, en 1932 y, de la misma editorial, *Los fundamentos del magnetismo animal*, de Mesmer, y *Los misterios iniciáticos* de Henri Durville.

Apenas estos diez libros habían merecido, al parecer, el respeto del tío Agustín, quizá porque no eran de su propiedad y los guardó

como recuerdo. El resto del armario estaba vacío. Sentado en la butaca frente a la soleada ventana, repasé las primeras páginas de cada uno de los volúmenes en busca de alguna referencia de mis padres. Dos de ellos, la *Geografía* de Estrabón y el de Eleuterio Gavira, parecían ofrecer alguna señal: el nombre de Carlos Asensi escrito tras las cubiertas. Los aparté del montón para centrarme en las fotografías.

La caja era un revoltijo farragoso donde las fotos se mezclaban con recordatorios de primera comunión de chicos o chicas desconocidos, tarjetas de funerales, estampitas de diversas advocaciones o facturas antiguas. Tardé en encontrar una foto en la que aparecieran mis padres, y tras ella salieron algunas más. Todas eran de su boda, las típicas y cabales fotos de boda. Un par de ellas los recogían en grupo: una, familiar, junto a mis tíos y el abuelo Bruno, seguramente una de las últimas fotos del viejo exminero de Ponferrada que escapó a Madrid buscando un futuro mejor en los primeros años del siglo. En la otra posaban sonrientes junto a supuestos amigos, desconocidos para mí; estaba fechada en el año cuarenta y ocho, así que mi padre tenía treinta y dos, y mi madre cuatro menos; la gente a su alrededor parecía una colección de moda de la época: ellos, con sus trajes cruzados, pelo engominado hacia atrás y bigotillos finos; ellas, talles estrechos, bocas delineadas por el pintalabios y peinados recogidos.

Por fin aparecí yo: debía de tener cuatro o cinco años y estaba con mi madre, en la calle. Absorto en su rostro, en esos ojos que recordaba castaños, en su silueta fina y elástica, reviví una escena confinada en la memoria: yo tenía más o menos esa edad, y mi madre me llevaba de la mano por alguna calle del centro; un tipo le dijo un piropo al cruzarse con nosotros, y yo sentí cómo la ira me trepaba a las mejillas, rabioso porque un desconocido se hubiera permitido acercarse a ella, siquiera a través de la voz, y disputarme el monopolio de su afecto. Fue la primera vez que sentí deseos de agredir a alguien.

La visión de aquellas fotos recomponía poco a poco los fragmentos de una mentira laboriosamente urdida en mi interior como coraza frente al mundo. Porque mentira era que no escondiese la añoranza de aquella mujer con la que apenas había podido compartir ocho años, de los que sólo podía evocar pequeños

retazos; mentira era que no la llevase dentro como un rescoldo que se avivaba y se hacía tizón ardiente cuando permitía soplar con libertad a la brisa del recuerdo; mentira era que el dolor de su pérdida fuese un enemigo derrotado por la fuerza de mi voluntad. Intentaba deshacer una mentira, la de la muerte de mi padre, y me veía obligado a admitir que yo mismo había vivido una fábula casi perfectamente construida. Verdad y mentira volvían a ser para mí una sola cosa, una sombra de dos caras.

Aparté estos pensamientos en un nuevo esfuerzo de objetivación, aunque sabía muy bien que apenas era una tregua en la batalla. Seguí hurgando en el montón, pero poco más había: media docena de fotos en las que mi padre y mi madre se alternaban conmigo en distintos ambientes. En una de ellas aparecíamos los tres sentados en un sofá y, al fondo, el aparador presidido por la vieja radio Telefunken, el mágico aparato que, con su ojo azul eléctrico, me traía a casa las hazañas espaciales de *Diego Valor*, los cuentos infantiles y las canciones dedicadas a los soldados de la guerra de Ifni. Sueños llegados del aire que sólo duraron hasta el cincuenta y ocho, porque en casa de mis padrinos apenas se conectaba la radio para escuchar el rezo del rosario y los encendidos alegatos moralistas del padre Venancio Marcos; momentos que el tío Agustín aprovechaba para recluirse discretamente en el tabernáculo privado de su habitación.

La foto debía de ser del cincuenta y seis, cuando nos trasladamos a la casa nueva en la Vía Lusitana, una amplia avenida de un barrio que representaba la inquebrantable amistad entre las dos reservas espirituales de occidente, encarnadas en Franco y Oliveira Salazar y comprometidas en el Pacto Ibérico. Todos los nombres de calles y plazas eran allí portugueses; todos, excepto el del propio barrio, que llevaba la denominación de su parroquia, San Vicente de Paúl. Madrid acababa ahí mismo por el sur: el tránsito era inexistente, y desde la ventana se veían campos de trigo y granjas de hortalizas. Aquellos dos años habían grabado en mí un recuerdo perdurable, porque, por primera vez, podía bajar a la calle sin la compañía de los adultos para internarme en un territorio desconocido que generaba apasionantes aventuras. Allí se habían forjado mis primeras experiencias de autonomía, y también mis iniciales gestas de responsabilidad con pequeños recados a las tiendas,

recompensados a menudo con chocolatinas de Vitacal o chicles de Gallina Blanca. Regresaba ahora a mi paladar aquel sabor de fresa dulce, y a mi piel el frescor de los soportales que presenciaron mis primeros juegos con los chicos vecinos. Siempre había tenido aquellos dos años por los mejores de mi vida; breves y lejanos, pero los mejores. Por esta razón, una vez decidí abandonar la casa de mis padrinos, había elegido un piso de ese barrio periférico para vivir mi independencia.

Finalmente, en un sobre, hallé algunas fotos de diferentes etapas posteriores, ya con los padrinos. En una de ellas, estaba yo con mi tía Felisa. La identifiqué enseguida: era del verano del cincuenta y nueve, junto a la plaza de toros en El Espinar, donde el tío Agustín tenía familia lejana. Pasamos un mes allí, en una casita alquilada, y no fueron precisamente unas vacaciones felices; los mayores hablaban de mí a mis espaldas y siempre terminaban con aquella frase: «pobre hijo»; los pequeños parecían evitarme, aunque era de imaginar que yo no contribuía demasiado a hacerme simpático con mi retraimiento. Nunca volvimos allí, ni volvimos a salir en verano.

Durante la comida y la sobremesa charlamos de todo un poco, aunque los indicios que yo buscaba en la memoria de tía Felisa no existían. Todo lo que había encontrado allí era un mundo cerrado, casi endogámico. Las únicas conexiones de mis padres con el exterior estaban en su foto de boda con los amigos, pero ella no conocía a ninguno de ellos, porque los ambientes en los que se movía con tío Agustín nada tenían que ver con aquella gente. Hablamos, ya más relajados, del accidente; me contó mi impaciencia sobre la fecha de regreso de mis padres, y cómo me engañaban sobre el retraso a la espera de conocer noticias. Y lo que sufrieron antes de decirme la verdad. Se lamentó una y mil veces de aquel viaje a Santiago de Compostela para celebrar su décimo aniversario de boda, que había cortado de raíz sus ilusiones ante el futuro destino de mi padre en la embajada en París. Pero Dios, dijo, escribe con renglones torcidos, y ella no era quién para enmendarlo, de modo que todos esos años le habían ayudado a aceptar las pérdidas como designio divino y a fortalecer su fe. La envidié por la simplicidad del argumento. Me regaló los libros y algunas fotos, y abandoné la casa con la promesa de no espaciar tanto mis visitas.

Resultaba fácil aparcar en sábado cerca de la emisora. Era la

única compensación a cambio de trabajar en fin de semana, además de un ritmo más suave durante la jornada; ritmo que, por el contrario, se enloquecía el domingo por la tarde con la información deportiva. Tenía dos días libres, pero la ausencia de la víspera remordía mi conciencia profesional —ignoraba entonces que no hay sentimiento más nocivo que creerse imprescindible— y decidí pasar un rato a comprobar si todo seguía en pie. Me acompañaban los dos libros firmados por mi padre y la esperanza de echarles un vistazo.

Todo parecía ir bien por allí. Lucía me había llamado por la mañana, me dijeron, y le habían facilitado el número de casa. Este detalle, saber que ella me buscaba, robusteció mi autoestima y mis ganas de saber. Me encerré en el despacho convencido de que la actividad profesional de mi padre podría ser una línea más de investigación. Para ello, nada mejor que conectar con gente que tuviera acceso a los archivos del ministerio de Asuntos Exteriores, el organismo que había pagado religiosamente mi pensión de huérfano hasta la mayoría de edad. Hice un par de llamadas y recibí garantías, aunque hasta después del domingo no sería posible saber nada.

La imponente figura de Esteban Lera apareció en la redacción, esquivando con dificultad el laberinto de mesas y carritos con máquinas de escribir. Era un asturiano con más de cien kilos bajo una barbuda papada que empezaba a cubrirse de canas. Rondaba, arriba o abajo, el medio siglo, y dirigía la emisora desde finales de los sesenta tras un largo peregrinaje por diferentes medios radiofónicos del país. Saludó a través de las cristaleras, sorprendido de verme y sin renunciar al mordisqueo nervioso de su pipa. Me invitó a su despacho, y en el corto trayecto hasta allí intenté explicarle mi ausencia a causa de la enfermedad grave e inesperada de un familiar: estaba mintiéndole por defecto, así que imaginé que la excusa resultaba muy convincente. Pero Lera no parecía prestarme la menor atención; desenroscó su botella de *whisky* y sirvió dos vasos.

—Asensi —siempre se dirigía a sus empleados utilizando el apellido, incluso cuando los tuteaba en las conversaciones de carácter más privado, como la que, presumiblemente, estaba a punto de abrir—, espero que no tengas problemas irremediables —dijo, alzando levemente su vaso.

—Naturalmente que no —correspondí a su brindis.

—Me alegro. Porque no me gustaría que otros asuntos alejen tu atención de las fechas históricas que vivimos y, mucho menos, de las que nos quedan por vivir. Lo digo sobre todo por ti, como profesional. Te aseguro que merecen la pena. Probablemente te he hablado de mayo del sesenta y ocho —lo hacía cada vez que tomaba un par de copas—. Yo estuve allí y puedo atestiguar que pocas experiencias como esa ennoblecen el currículo de un periodista. ¡Qué digo de un periodista! ¡De cualquiera que tenga sangre en las venas! Aquello fue como un dolor de tripas, un imponente retortijón del sistema burgués, adocenado tras dos siglos de Revolución traicionada.

—Sí —admití con ironía—, pero tras el correspondiente laxante y un régimen adecuado, el sistema volvió a hacer vida normal. Tardó poco en recuperar los vicios de la rutina.

—Por supuesto que fue una revolución frustrada, pero quedaron las ideas, que aún revolotean por el mundo; por aquí alrededor, sin ir más lejos. Y esas ideas van a crear una nueva sociedad, como ha sucedido en Portugal. Somos el salchichón de un bocadillo.

Se sirvió de nuevo, para abordar ahora sus experiencias en la revolución portuguesa, cuyos primeros momentos, cómo no, también había conocido en directo. Comenzó con el *Grándola Vila Morena* de José Afonso, siguió con el golpe de los capitanes que había enviado a Marcelo Caetano al exilio brasileño, y culminó su embeleso narrativo con las inolvidables y fotogénicas manifestaciones de obreros, estudiantes, militares y campesinos que recorrían esos días la plaza del Rossío o la señorial Rua Augusta. Yo había tenido que quedarme en la emisora, y admitía la modestia de mis experiencias frente a las suyas.

—Mira, Asensi —sentenció—, al margen de las ideas políticas de cada cual, están los momentos clave, aquellos que en su día quedarán en el cedazo de la Historia después de que se haya cribado bien el serrín superfluo de lo cotidiano. Y estamos en el centro de uno de esos remolinos.

—Ya lo sé. Así lo vivimos como ciudadanos, aunque no como periodistas —protesté—. ¿De qué nos sirve, si no podemos informar de los cambios de sensibilidad que se producen en nuestra sociedad y de su represión institucional? Lo único que hacemos es alimentar

nuestro desengaño.

—El monopolio informativo sigue en manos de Radio Nacional, Asensi. Por eso nos vemos obligados a ofrecer a diario sus noticias y no las que nos gustaría dar. Pero no durará mucho, ya verás.

—Hay quienes se saltan esa prohibición desde hace tiempo —reiteré.

—¡Muy bien, hombre! Vas a comparar la fuerza de la Cadena SER con nuestra modesta emisora local. En todas partes hay gigantes y enanitos. Y a los gigantes los temen hasta los tiranos, sobre todo cuando éstos no se sienten fuertes. Los enanitos, si queremos llegar con cierto éxito a la meta en esta carrera de vallas, tenemos que hacer trabajar el talento, inventarnos espacios sucedáneos en los que, con el pretexto de hablar sobre el asfaltado de una calle o el precio del pan, podamos deslizar noticias de carácter general.

—Si a eso le llamas libertad de Prensa…

—¡No me jodas, Asensi, no me vengas a estas alturas con alegatos idealistas! Cada día cierran, censuran o multan a un diario o a una revista; cada hora se reciben telefonazos en las redacciones advirtiendo sobre los deslices cometidos. ¿De verdad crees que resistiríamos?

—La unión hace la fuerza, dicen. El problema es que cada cual defiende sus miserables intereses.

—Eso no es siquiera una utopía —repuso entre carcajadas—; es una contradicción intrínseca. Habrás leído el comunicado de denuncia de la Asociación de la Prensa del martes pasado: agresiones, represalias laborales, injurias, delaciones públicas desde la Prensa adicta al Régimen… Te diré algo que seguramente desconoces. Ya sabes que, en julio del año pasado, ciertos grupos ilegales, como el Partido Comunista, el Partido Socialista Popular, el Partido Carlista y otra gente independiente constituyeron la Junta Democrática. ¿Recuerdas la rueda de prensa que en París celebraron Carrillo, Calvo Serer y demás para presentar el acuerdo? Pues al poco tiempo, en el ministerio de Información, sobre la mesa del propio Pío Cabanillas, había dos cintas magnetofónicas con la grabación íntegra de ese acto, y una minuciosa relación de los periodistas asistentes.

—¿Tanto duró la rueda de prensa?

—Claro que no. Eran cintas iguales, enviadas por dos periodistas diferentes, cada uno por su cuenta. Te asombraría conocer sus nombres, porque no figuran precisamente en la relación de defensores oficiales del Régimen, sino todo lo contrario. No te fíes, Asensi. Recuerda siempre lo que dice el Talmud: «Tu amigo tiene un amigo, y el amigo de tu amigo tiene otro amigo; así que sé discreto». Una de las virtudes teologales para los periodistas jóvenes es la que aconseja «contra idealismo, paciencia».

Me aplanaba su contundencia, regada con largos tragos de licor. Frente a él me sentía como un pipiolo que guardaba sus pulcros argumentos en el rincón más oculto para evitar que fueran machacados por la verborrea retórica de aquel colmillo retorcido.

—Mira, Asensi, yo no sé si cuando palme el viejo nos meteremos de cabeza en una revolución bolchevique, un régimen parlamentario capitalista o una nueva dictadura militar, pero te diré algo: hay dos sitios en los que el verdadero periodista nunca puede estar, que son el poder y el dinero. Los periodistas asociados al poder se convierten en propagandistas; tampoco he conocido periodistas millonarios, porque dejan de serlo para hacerse empresarios. Y ya sabes lo que mueve a los empresarios; si no, fíjate en las hermanas Gilda. —Lera utilizaba el nombre de aquella patética pareja de solteronas de los tebeos de mi infancia para referirse a las propietarias de la emisora, hijas de un difunto prócer del Régimen de quien habían heredado la empresa—. A ellas les importa un higo si das o no noticias, o si éstas son creíbles o dejan de serlo. Lo único que quieren es una bonita cuenta de resultados. Si para eso tienen que renunciar a sus reaccionarios principios ideológicos, lo hacen y sanseacabó. Ya verás, si cambia la tortilla, como eran demócratas de toda la vida.

Encendió su pipa y lanzó un par de fumaradas mientras se recostaba sobre el sofá, como hacía siempre que estaba a punto de notificar algo que consideraba de importancia.

—El martes dimitió el Presidente —dijo.

—¿Arias?

—Ese mismo: no tenemos otro.

—Pero si presidió ayer el Consejo… No he visto nada en los periódicos.

—Una prueba más de lo que te explicaba: nadie se ha atrevido a

publicarlo. El Príncipe está tomando decisiones que no parecen del agrado de Arias Navarro. Éste le presentó la dimisión el martes, pero el Marqués de Mondéjar lo devolvió al redil. Estuvimos día y medio sin Jefe de Gobierno. Y la gente sin enterarse. Franco no va durar mucho: ayer sufrió una peritonitis y lo volvieron a operar. Su estado es ya irreversible, cuestión de días, de modo que abre bien los ojos, Asensi, ábrelos bien —se incorporó de improviso—. Bueno, voy a ver si llego al cine. Mi mujer quiere ver *El prisionero de la Segunda Avenida* y yo, *Furtivos*. ¿Qué me aconsejas?

—Me paso la vida en la emisora. ¿Crees que me da tiempo de ir al cine?

Abrir los ojos era lo que verdaderamente necesitaba, no tanto para observar los acontecimientos políticos como para encontrar el hilo que permitiera desmadejar mi idea fija de las últimas horas. De nuevo en mi despacho, llamé a Lucía, pero nadie descolgó a pesar de que dejé sonar el teléfono un buen rato. Abrí entonces uno de los volúmenes: «Libro Tercero de la Geografía de Estrabón, que comprehende un tratado sobre España antigua. Traducido del latín por Don Juan López, Geógrafo Pensionista de
s. m.
, individuo de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, y de las Sociedades Vascongada y de Asturias. Madrid, MDCCLXXXVII. Por la Viuda de Ibarra, Hijos, y Compañía. Con las licencias necesarias. —Y, bajo el interminable título, con trazo enérgico de pluma—, Carlos Asensi, octubre 1956». En esa fecha ya estábamos en la casa nueva. Intenté hacer memoria, atrapar una imagen de mi padre leyendo, una representación que se me antojaba vaga e inconcreta: aparecía en ella una librería, no muy nutrida, en el salón de la casa nueva; de la antigua apenas podía reconstruir fragmentos muy desdibujados… Unos golpecitos en el cristal me devolvieron al presente y, al alzar la vista del libro, la preciosa cara de Susana asomaba por la puerta.

—¡Sorpresa! —susurró—. ¿Qué haces por aquí en tu sábado libre?

—Sorpresa mutua. ¿Y tú?

—Tengo que grabar el programa del lunes. Ya sabes: 17 de noviembre, mi cumpleaños. Y no pienso trabajar ese día, así que lo dejaré enlatado. He organizado una tertulia sobre magia negra. ¿Por

qué no me esperas y cenamos?

—No puedo, ya he quedado a cenar.

—Ya. —Era evidente que no se había tragado una excusa tan gastada, pero no parecía dispuesta a ceder fácilmente—. En ese caso, vamos a tomar una copa. Falta mucho para que lleguen los invitados.

Susana siempre iba directa al asunto. Cualquier atajo que encontrase en el camino era elegido como la única opción aceptable. Los rodeos, para ella, eran florituras barrocas y su arte preferido siempre había sido el románico: llano y elemental. Justificaba esa actitud con el argumento de que su ascendente astrológico pertenecía al impulsivo signo de Aries.

—¿Por qué me rehúyes, Ricardo? —dijo, jugueteando con un cigarrillo apagado entre los dedos.

—No lo hago —me defendí.

—Deja de engañarte a ti mismo, porque a mí no me engañas. Del verano acá no hay modo de vernos a solas, porque siempre tienes algo que hacer. Antes era al contrario, ¿o no?

—Sí, pero las cosas cambian.

—Los tópicos están muy bien para salir del paso. Cambiamos las personas. —Encendió su cigarrillo mientras esperaba a que se alejase el camarero; luego reanudó el combate—. ¿He dejado de gustarte? ¿Hay algo en mí que te desagrada?

—Sabes que no es así, Susana: sería un imbécil si no me gustases. Sigo soñando contigo algunas noches. Y pienso en ti durante el día.

—Entonces, es que eres masoquista. Sabes que me tienes a tiro cuando te apetezca y que me calientas sólo con abrir la boca. ¿Te mortificas, quieres batir un récord de castidad o, simplemente, hay otra que te va más?

—No hay nada de eso. Es que tengo que replantearme algunos aspectos de mi vida; entre ellos, nuestra relación.

—¿Crisis existencial? —dijo entre risillas, relajando un poco la tensión.

—No te lo tomes a coña, es cierto. Me gustas mucho, lo pasamos bien en la cama y fuera de ella, eres una mujer inteligente y muy atractiva, pero hay algo que no encaja. Somos muy distintos y no creo que consigamos superar esas diferencias; al menos hoy no

tengo claro que yo pueda hacerlo. Quiero ser muy sincero contigo.

—¿Cuáles son esas diferencias? Tal vez que yo tengo la vida resuelta y tú te la ganas currando. ¿Alegas escrúpulos de clase?

—Para nada. Me encantaría ser un hombre objeto para ti.

Susana rió la salida y me abrazó con suavidad, encendiendo en mí, una vez más, el sabor caliente del recuerdo de su cuerpo.

—Sólo tienes que pedirlo —musitó en mi oído.

—No, en serio. Sé que puede parecer absurdo, pero pensamos de modo muy diferente; nuestros conceptos de la vida son distantes; valoramos de forma muy diversa el mundo que nos rodea.

—¿Por qué? —alegó, contundente—. ¿Porque no me interesa la política y a ti te apasiona? ¿Porque tú eres un racionalista empedernido y yo creo en la magia del mundo? ¿Porque mis amigos te parecen lelos y a mí los tuyos patéticos y aburridos? ¿Porque yo me comporto sin prejuicios y tú padeces el síndrome del abrazo?

—¿De qué síndrome hablas?

—Del que sufren quienes no han disfrutado del suficiente contacto físico con las personas queridas durante su infancia. Como tú.

—No me gusta que hagas bromas con ese asunto.

—No es una broma, Ricardo, te lo digo muy en serio. Nunca hemos hablado de ello, pero la desgracia que te sucedió de niño y la experiencia que viviste han hecho de ti un hombre temeroso del contacto físico. El sexo debe ser gratuito si es gratificante, sin esperar a cambio un proyecto estructurado de futuro ni unas garantías de eternidad. Y eso es lo que tú y yo podemos disfrutar, al margen de las supuestas diferencias que utilizas como excusa para no enfrentarte a la verdad.

Me había tocado de lleno y algo se tambaleó, me desordenó por dentro. Nunca me lo había planteado así. Cierto que la educación recibida a partir de los ocho años había sido muy restrictiva, y especialmente punitiva respecto al sexo, como corresponde a un colegio religioso y al refuerzo doméstico de mi tía Felisa. Pero hacerlo extensivo al simple contacto físico era una faceta sobre la que nunca había reflexionado. La actitud de rechazo hacia la remota figura de mis padres había potenciado en mí la ignorancia de sus caricias y un destructivo sentimiento de autosuficiencia. Sí, el argumento de Susana tenía peso, pero no iba a permitir que mi

ego saliera tan malparado.

—Es una buena teoría, Susana, pero creo que los asuntos de mi infancia los tengo bien resueltos.

—Ya. Déjame que te cuente una anécdota. Es cortita, de las que se utilizan para enseñar a los que se inician en el *zen*. Ya sé que a ti estas cosas te rechinan, que no se corresponden con la dialéctica materialista que tanto te apasiona. Pero a lo mejor te dice algo.

Acepté resignado el sermón que presentía:

—Dos jóvenes monjes budistas caminaban una mañana de vuelta al monasterio después de haber visitado otro cercano. Al llegar a la altura de un río, vieron a una chica preciosa que intentaba, sin lograrlo, atravesar la fuerte corriente. Uno de ellos se acercó y la tomó en brazos, la cruzó al otro lado y regresó con su compañero. Al atardecer, cuando casi llegaban a su destino, el segundo monje, violando su obligado silencio, confesó sus dudas sobre si el acto de tocar a la muchacha había roto el voto de pureza de su compañero. Éste le respondió: «Hace varias horas que la dejé al otro lado del río, y tú todavía sigues cargando con ella».

Susana se levantó y me besó suavemente.

—Cariño —dijo, cálida, antes de marcharse—, deja ya de cargar con tu historia: hace muchos años que está al otro lado del río. Y no olvides que mañana es mi fiesta. Chao.

Ni tenía apetito ni las ganas necesarias para fisgar en el frigorífico. Desde luego, había sido un día frustrante en muchos aspectos: las dudas se habían agigantado en la hemeroteca; mi buceo en el pasado a través de tía Felisa no me había proporcionado el menor dato sobre el embrollo de mi padre; Lera me había dado un repaso y Susana me había rematado sin sutilezas. Un día redondo tras un buen madrugón. Puse una música fácil de digerir, abrí un botellín, encendí un cigarrillo y me dejé atrapar por el embrujo del sofá, intentando que la mente se ralentizara poco a poco. El sonido del teléfono rompió el proceso.

—Hola, pensé que te habías esfumado. —Su voz sonaba como un bálsamo entre tanta derrota.

—No, Lucía. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Te marchaste sin despedirte. Y dejaste aquí los dibujos de Carlos.

—Llamé esta tarde, pero no había nadie. Y los dibujos son tuyos:

mi padre los hizo para ti.

—Creí que te gustaría guardarlos.

—Están en buenas manos, aunque te agradezco la oferta. ¿Cómo te ha ido el día?

—Trabajando, ya sabes; hasta enero me tocan todos los fines de semana. Pero tengo buenas noticias para ti: la dirección de Norberto Ulloa, ¿recuerdas?

—Sí, el único amigo de mi padre, el mitómano. Espera, que tomo nota.

—No hace falta; es en Madrid. Mañana, cuando salga, me acerco y, si quieres, vamos juntos. A mí me conoce y puede que eso facilite las cosas.

—Perfecto.

Al fin una noticia grata para cerrar el día: el domingo se presentaba ahora con una cara muy diferente, y la perspectiva de encontrarme con Lucía empezaba a compensar el peso muerto de la jornada. Cuando colgué el teléfono me sentía algo más liviano. Apagué la luz y volví a tumbarme. Esta vez sí que pude relajarme, aunque, sin duda, el cansancio tenía bastante que ver. Mientras me dejaba ir, daba vueltas a la teoría de Susana sobre mi miedo al abrazo, y en aquel momento me pareció una estupidez: al menos respecto a Lucía era una solemne estupidez.

Viajaba en metro y descendía en un andén para hacer un transbordo. Eso sucedía una vez tras otra, sin motivo aparente. Los nombres de las estaciones tan pronto eran familiares como desconcertantes. Salía al exterior, a la calle, y volvía a entrar después, cruzando mil veces las taquillas y repasando los murales de lugares y direcciones, carteles que nada tenían que ver con Madrid, con el Madrid que yo conocía. Sí que había estaciones usuales: Latina, Callao, Plaza de Castilla, pero aparecían entremezcladas con otras de nombre exótico: Orianne, 1568…, y algunas que apenas lograba entender, desdibujadas en la niebla por la velocidad del vagón. En algunos casos, los nombres estaban escritos en un alfabeto antiguo y oscuro que yo pronunciaba de forma inconsciente como si lo hubiese hablado toda la vida. Entraba y salía constantemente de allí, con los pasillos atestados de gente, entre ese olor característico a sudor y prisas pegado a las paredes, como siempre en las horas punta. Me equivocaba luego de dirección

y regresaba tras mis pasos para llegar al punto de confluencia de varios ramales; pero no hallaba la manera de conseguirlo, y si lo hacía, nada tenía que ver aquel espacio con el que había cruzado momentos antes.

Atravesé un largo corredor repleto de hileras de gente, con las que me cruzaba, me adelantaban, o a las que yo sobrepasaba. Eran desconocidos, pero nos mirábamos todos con solidaridad, como si el subsuelo fuese nuestro hogar común y formásemos parte de una misma familia subterránea. Una presencia, tan silenciosa como las demás, se colocó a mi altura; parecía una sombra que acompasara su caminar al mío, y su compañía resultaba tenue, sedosa. Paso a paso, se fue definiendo hasta que descubrí a mi lado la insinuante forma de Susana, cubierta por un ceñido vestido de una sola pieza de color mostaza que resaltaba su silueta y le llegaba casi hasta los pies. Iba descalza y captaba las miradas de quienes venían de frente.

Me hablaba con desconocida calma. Al principio no conseguía entenderla, y yo me esforzaba por agudizar el oído para distinguir su voz entre el eco de las mil pisadas que estremecían el túnel alicatado. Después, su discurso se hizo irrebatible: había encontrado la paz y quería compartir conmigo el secreto de su hallazgo. El desarrollo intelectual, me decía, lleva a la náusea, al desorden, y sólo el retiro del mundo es capaz de devolver a los seres humanos su verdadera naturaleza. Lo decía sin afán de convicción, con generosidad elemental, como si me ofreciera un regalo.

Llegamos a un andén casi vacío; no me podía explicar dónde había ido a parar la avalancha humana. Mientras esperábamos el convoy, Susana me brindaba la clave definitiva de la felicidad: no era la alquimia, ni la magia, ni la filosofía, ni la ciencia avanzada de las civilizaciones extraterrestres, tal y como ella había creído hasta entonces. No, el secreto de la verdad era la castidad, la pureza de pensamiento y de obra; con esa llave ancestral todo adquiría un color diferente. Y me señalaba cada rincón del andén, donde yo descubría brillos explosivos y una paleta de tonos nunca contemplados en un paisaje tan desabrido. En mi recorrido visual advertí, unos metros a la izquierda, la figura de una mujer desconocida. Me acerqué a ella, la tomé en mis brazos y me elevé suavemente sobre el andén. Fue sencillo atravesar al otro lado sobre

las vías: apenas una docena de pasos en el vacío. Mientras la devolvía al suelo, Susana me gritaba que dejara de cargar con ella. Pero yo ya había descubierto sus ojos verdemiel, y ninguna sabia palabra era tan persuasiva como para impedir que manos y bocas explorasen cada rincón de nuestros respectivos cuerpos.

Mi tío Aurelio era uno de los interlocutores menos apetecibles después de una noche de erotismo onírico en el sofá, de la que a duras penas había podido desprenderme tras una larga ducha y café bien cargado. Tampoco animaba a salir la mañana nubosa, azotada por rachas de viento desapacible que borraban la cara más amable del otoño madrileño. Pero se trataba de un sacrificio interesado, y me había esmerado en resultar convincente.

Como era de esperar, le sorprendió mi interés por hablar después de tantos meses sin contacto. Quería encontrarme con él a solas, y la visita a su casa no figuraba en la lista de mis favoritas, de modo que hube de inventar una coartada para esquivar su previsible invitación a comer. Naturalmente, el tío Aurelio no podía eludir su misa de doce en los Jerónimos, como cada festivo, ni el aperitivo posterior con la familia y los amigos, así que quedamos citados antes de sus compromisos dominicales.

Era dos años mayor que mi padre. Falangista de primera hornada, la vida y sus circunstancias habían hecho de él un beneficiario del Régimen, con un puesto de cierta relevancia en el Instituto Nacional de Industria. Su mujer, Margharita, era el paradigma de lo cursi, y aun le hacía más cursi esa hache intercalada; aunque tenía su justificación, porque la tía Margharita era italiana. Había conocido a Aurelio mediada la guerra, en Salamanca, durante una visita que ella y su familia hicieron a su padre, el coronel Rivaldi, del
CTV
, el cuerpo expedicionario italiano que en marzo del treinta y siete perdió el culo en el frente de Guadalajara. Ella tenía entonces quince años y, según contaba, se enamoró perdidamente del joven español con nombre de héroe romano. Solía decir, echando mano de su verbo imperial, que la suya había sido una *passione nerazurra*, en referencia a las camisas que ambos vestían cuando un cupido —beodo, en mi opinión— disparó directo a sus jóvenes corazones. Se casaron nada más acabar la contienda, y aunque tía

Margharita rondaba ahora los cincuenta y pocos y las carnes crecidas le habían hecho perder buena parte de su lujuriante belleza, conservaba una picardía azabache en los ojos.

La misma picardía que heredaron las tres hijas crecidas al amparo de esa unión. Nieves y Rocío eran mayores que yo. Licenciadas en Derecho, habían hecho buenas bodas con un ingeniero y un abogado afines a la posición económica e ideológica de la familia. Pilar, la pequeña, tenía mi edad, y fue la coprotagonista de mis primeros escarceos amorosos. Sucedió en el verano del sesenta y cuatro, tras la muerte de tío Agustín. La familia Asensi-Rivaldi, como les gustaba ser llamados en sociedad, había tenido la caridad de invitarme a pasar con ellos las vacaciones en Peñíscola: la primera y última vez que se acordaron de aquel sobrino. Los contactos con Pilar continuaron en Madrid a la vuelta de vacaciones, con furtivos paseos por El Retiro donde ambos nos iniciamos mutuamente en el juego táctil; aventurillas que acabaron pronto, porque ella se enfadó por algo que jamás pude averiguar y aquella relación pareció no haber existido nunca. Siempre había creído que sus padres tuvieron algo que ver con la ruptura, aunque nunca les agradecí lo suficiente su intromisión al ver cómo Pilar se convertía con el paso de los años en una copia exacta de sus hermanas, por mucho que ella permaneciera soltera y viviese en la casa paterna.

Tío Aurelio había hecho de la hipocresía social un hábil método de supervivencia y conseguido, a su sombra, una envidiable posición económica. Conocía sus reglas, sus tics y sus claves escondidas; dominaba los momentos propicios para la ofensiva y los síntomas que aconsejaban la retirada o la espera; con una mano tocaba las teclas de un relativo poder político, y con la otra interpretaba un acompañamiento sacro en las altas esferas del integrismo católico. Todo en él era influencia; de segunda o tercera línea, pero influencia al fin y al cabo que, en el día a día, resultaba tan efectiva o más que las de elevadas instancias.

Me recibió como siempre, con su sonrisa de chiste fácil y falsa camaradería, fingiendo interesarse en un minuto por todo lo que le importaba un bledo el resto de su tiempo. Siempre había sido escaso de pelo y con una particular tendencia a la obesidad: ahora era una bola de billar embutida en su inflado traje marrón y, como

de costumbre, usaba el pañuelo cada dos por tres para enjugar un sudor que no le abandonaba ni en los ambientes más gélidos. Cuando le hablé de lo que me interesaba se detuvo en seco, cambió el semblante, y me di cuenta de que mi pregunta había caído en un punto desprotegido de su retaguardia.

—No esperaba eso —confesó—. Es más, me parece recordar en ti una cierta prevención a hablar de tus padres cuando lo intenté. Aunque entonces eras bastante más pequeño, claro.

—Pues ya he crecido, tío. Y conmigo ha crecido un deseo de recobrar las cosas importantes que perdí de niño, al menos el recuerdo que pueda reconstruir de ellas.

—Es algo que te honra —dijo con grandilocuencia, tras limpiarse el bigote de los restos de café con leche—. Yo quería mucho a tu padre. No era simplemente mi hermano menor; era un verdadero hombre, de los que se hacen admirar por sus hechos.

Parecía sentirse a gusto, como si hubiese esperado años para soltar esas frases, y se comportaba como un actor frustrado que tuviera la oportunidad de representar en público el papel que ha ensayado toda su vida ante el espejo. Lo dejé explayarse. Me habló de sus padres —el abuelo Bruno y la abuela Sofía—, de la muerte prematura de ella cuando apenas eran unos críos y cómo Bruno los sacó adelante en un Madrid más que difícil; y de la muerte del abuelo, poco después de la boda de mis padres. Refirió también la separación durante la guerra, con él en Salamanca y Bruno, Carlos y Felisa en Madrid, y cómo el valor de mi padre le había permitido cruzar el frente con la familia.

—¿Mi padre se pasó a los nacionales? —dije, incrédulo—. Pensaba que la guerra os había sorprendido juntos.

—Nada de eso. Yo estaba en Salamanca, porque el Alzamiento era la comidilla desde hacía casi un mes. Nos concentramos varias centurias esperando la orden. Pero Carlos estaba estudiando en Madrid y, como pensábamos que aquello no iba a durar más de una semana, no creí conveniente cambiar sus planes. Aunque, ya ves: al final se complicó todo y tuvo que arreglárselas por su cuenta. Y bien que lo hizo. Todavía me acuerdo del abrazo que nos dimos los cuatro al reunirnos. Y de la fecha exacta, el dieciocho de febrero del treinta y siete. Eso no se olvida nunca, Ricardo, fue tremendo. Imagínate: tres chavales con la vida por delante…; yo tenía

veintidós y Felisa, la pequeña, diecinueve; y con ellos, su padre. Tuvimos suerte de mantener unida a la familia. No todos pueden decir lo mismo.

—Sí, imagino que debió de ser muy emotivo. ¿Dónde combatisteis?

—Yo no disparé un tiro en toda la guerra —confesó con buen humor—. Estaba destinado en intendencia, y lo más cercano al frente que vi fue la sierra de Guadarrama. Tampoco tu padre. Era un chico muy inteligente y tenía estudios, aunque no había podido terminar la carrera. Se alistó en una de las secciones del cuerpo de ingenieros en Valladolid y allí pasó buena parte de la Cruzada, donde sé que prestó magníficos servicios; era un buen patriota, y muy valiente. Tía Felisa entró en la Sección Femenina y pasó todo el tiempo cerca de mí, cuidando de tu abuelo.

Se explayó luego en generalidades sobre aquellos años, rescatando docenas de anécdotas insulsas que en nada me ayudaban, haciendo crecer en mí su imagen de hombre vanidoso y egoísta. Le pedí por fin que me hablase de la posguerra.

—Bueno, cada uno tenía su camino —dijo—. Para mí cambió mucho la cosa. Ya sabes: tía Margharita y yo nos casamos, y vivimos una temporada en Salamanca antes de volver a Madrid. Carlos y Felisa regresaron enseguida aquí para recuperar la casa de los abuelos y la salud de nuestro padre, que no era muy boyante. Carlos empezó a trabajar para el ministerio de Asuntos Exteriores y terminó su carrera. Luego conoció a tu madre, Carmen, una mujer encantadora que llegó a Madrid después de pasar un infierno. Ella era, ya sabes, de Dos Hermanas, en Sevilla, hija única de familia campesina; su madre había muerto durante el parto y la sacó adelante su abuela; su padre debía de ser un buen hombre, pero sin muchas luces: figúrate que a sus mulas las llamaba *Azaña* y *Largo Caballero*…

—Qué imaginación. Muy de izquierdas no debía de ser…

—Para nada, hombre. Cuando el Alzamiento, los rojos se vengaron donde pudieron, y a tu abuelo le dieron el paseo. Tu madre escapó a Madrid, y aquí malvivió durante toda la guerra y los peores años del hambre, trabajando donde podía y alojada en una pensión. Hasta que conoció a tu padre. A él le hizo mucho bien; llevaba una carrera muy ajetreada, y yo le aconsejaba a menudo

que sentase la cabeza. Pero hasta que apareció tu madre, no hubo nada que hacer.

—¿A qué se dedicaba mi padre?

—Ya te digo, estaba en Exteriores. Viajaba bastante, de allá para acá. Después de la boda pasó dos años de agregado en la embajada en Buenos Aires. Volvieron a Madrid para que nacieras aquí. Del resto ya formas parte tú, y te supongo suficientemente al tanto.

—Sí. Oye, tío, ¿conoces a alguna de estas personas? —le mostré la foto con el grupo de amigos de la boda.

—Ya tiene años, ¿eh? —exclamó con un suspiro—. Vamos a ver. Sí, hombre: éste es Santiuste, Julián Santiuste; era uno de los jefes de Carlos. Y este otro, ¿lo ves?, el que está en silla de ruedas… Coño, ¿cómo se llamaba éste? Ni me acordaba de él. Lo jodieron los rojos después de la guerra, pero no consiguieron acabar con él.

—¿Después? ¿Un atentado?

—Lo frieron a tiros. Una cabronada. Creo que era policía, o algo así. ¿Cómo se llamaba? Espera… Jurjo, me parece. No, ya está: ¡Ballesteros! Eso es: Juanjo Ballesteros. No lo he visto desde entonces.

—¿Y el otro? Julián Santiuste, dijiste.

—Sí, hombre, con Santiuste me encuentro alguna vez, de tarde en tarde. El año pasado coincidimos en una Vigilia de la Inmaculada. Siempre que nos vemos mencionamos a Carlos.

—¿Podrías facilitarme su teléfono?

—Debe de estar entre las tarjetas de la oficina. Alguna vez nos hemos hecho favores y tenemos conocidos comunes. Oye, ¿a qué viene ese interés?

—Ya te he dicho que quiero recomponer la historia de mis padres, tío, una historia que he dejado de lado durante demasiado tiempo. Llevo muchos años de retraso, y todo aquel que pueda darme un trocito del rompecabezas me interesa.

—Me parece muy bien. ¿Quieres que le hable yo y te prepare una cita?

—Si no te causa muchas molestias.

—Nada de eso, Ricardo. La familia está para ayudarse, ¿no?

Una frase como ésa sonaba casi sarcástica en su boca, pero tenía un cierto aire de sinceridad que delataba flaqueza, y aproveché para hacerle la pregunta más dura.

—Oye, tío, tú fuiste a reconocerlos cuando el accidente, ¿verdad?

—Sí, estuvimos Agustín, que en paz descanse, y yo.

—¿Los reconociste?

Esperó un poco antes de contestar, como si buscase una respuesta lo menos cruda posible.

—Había pocos cuerpos reconocibles.

—Así que no lo pudiste hacer —reiteré.

—Fue una jornada muy dura para todos, y aceptamos los hechos, sin más. Carmen tenía su anillo y Carlos, se supone que…

—¿Qué es lo que había que suponer?

—Perdona, Ricardo, pero me estás removiendo recuerdos muy duros.

—Lo siento, no es mi intención. Lo que quieres decir es que mi padre no era identificable.

—El estado de los restos no permitía sostener ni negar nada. Tampoco había ningún objeto personal suyo, pero en aquellas circunstancias no debió de ser fácil dedicarse a esos detalles.

—Aceptaste la versión oficial.

—¿Qué versión oficial? Allí no había versiones que aceptar, sólo hechos. Y el hecho era que mi hermano y mi cuñada habían muerto. A veces me he preguntado si en el panteón de la Almudena he rezado sobre el cuerpo de mi hermano o sobre el de otra persona; pero, esté enterrado ahí o en otro lugar, los hechos son los hechos y mi oración habrá llegado a su destino.

—Seguro que sí.

Pensé en el cementerio de Segovia donde estaba el verdadero Carlos, aquél por quien decía rezar mi tío. Me pareció un secreto cruel no decirle la verdad, pero era mi secreto y yo ya había obtenido lo que quería. Nada más podía darme aquel hombre para quien yo siempre había sido un personajillo sin valor en el que practicar la virtud de la caridad cuando la conciencia le escocía. Y le había escocido tan poco…

—Oye, no quiero hacerte llegar tarde a misa. —Nos levantamos y se adelantó a pagar—. Da muchos recuerdos a la tía y a las primas.

—Gracias, Ricardo. ¿Sabes?, Pilar te aprecia mucho, de siempre. Más de una vez nos ha comentado que deberíamos invitarte a casa,

pero ya sabes cómo es la vida que llevamos y lo difícil que resulta sacar tiempo.

—Claro, tío. A mí me pasa lo mismo.

Compré el regalo para Susana en un
VIP'S:
No es Humano, de un tal Peter Kolosimo. Sin duda, el libro iba a ser de su gusto, porque, según la reseña, hablaba de «huellas misteriosas, objetos no identificados, presencias inquietantes, mitos…» y otros disparates por el estilo. Probablemente figuraba ya en su enorme biblioteca repleta de textos acientíficos y en la que, según ella misma reconocía, había mucha basura, pero a un neófito en semejantes materias como yo no se le podía exigir mucho más. En una de las tiendas piratas a espaldas de la avenida de José Antonio compré un disco para Lucía y aproveché luego para comer algo en un bar cercano.

Detenerme me invitaba a pensar. Al hacerlo, las ideas circulaban por la cabeza con el mismo desorden que los dados dentro del cubilete, y hacían al menos tanto ruido como ellos. El origen del accidente seguía siendo un misterio, si bien cada vez cobraba más fuerza la intuición de que no había existido tal accidente. Pero sólo era eso: una intuición basada en indicios, sin evidencia alguna.

Creía, no obstante, poder reducir a dos las posibilidades. La primera, que mi padre se había salvado aquel día de diciembre del cincuenta y ocho y, por razones desconocidas, desapareció de la circulación; tal vez el proceso de amnesia le sobrevino entonces y vagó sin rumbo durante tiempo indeterminado. Esta hipótesis presentaba objeciones importantes: alguien tuvo que recogerlo y prestarle ayuda en los días siguientes al suceso, y este hecho no habría pasado inadvertido para la Guardia Civil en una época en la que cualquier tránsito de personas tenía que ser declarado so pena de fuertes sanciones. Además, estaba lo de la falsa identidad, circunstancia que tampoco cuadraba con esta opción salvo que quienes lo ayudaran pretendiesen también ocultar su supervivencia. Parecía una opción excesivamente fantástica que desmentía el balance oficial de víctimas: había veintidós pasajeros y se recuperaron otros tantos cadáveres o, al menos, sus restos. Por muchas dudas que generase la versión oficial, no era fácil ni tenía sentido encubrir una ausencia, y de haber existido sospechas al

respecto entre los expedicionarios, habrían emprendido la búsqueda de un pasajero que corría grave peligro en la sierra azotada por la nieve.

Había otra posibilidad de justificar su supervivencia, tan absurda para mí como la primera: que mi padre no formara parte del pasaje. Esta opción, sin embargo, abría otros interrogantes: ¿qué razones tenía para no hacer el viaje?, ¿quién ocupaba su lugar para completar los veintidós?, ¿por qué mantuvo a todo el mundo en la creencia de que había muerto? Se me ocurrían muchas preguntas más, pero era demasiada bruma añadida al propio embrollo. Tenía que limitarme a no hacer conjeturas y seguir buscando realidades, hechos constatables.

Eso es precisamente lo que hice apenas llegué a casa. La cita con Julián Santiuste estaba en manos de mi tío, pero el nombre de Juan José Ballesteros era una incógnita que debía abordar por mi cuenta. Aquellos nombres eran los dos únicos nexos que había logrado establecer con el pasado de mi padre, los únicos asideros para seguir descendiendo por un pozo que se presentaba cada vez más oscuro. Si el tal Ballesteros había sido policía, la mejor forma de dar con él, en el supuesto de que todavía viviese, era el propio ministerio de Gobernación, donde la profesión me había facilitado algunos contactos. Sabía que no iba a ser fácil, pero la garantía de que quedaba Santiuste como fuente de información me hacía mantener cierto optimismo.

Tras lanzar las redes en un nuevo caladero, sólo quedaba esperar buena pesca. Regresé otra vez a los libros para hacer tiempo antes de ir a buscar a Lucía. Los de mi padre habían quedado en el despacho, porque, tras mi desagradable encuentro con Susana, había vuelto directamente a casa, así que tuve que conformarme con el resto. Nada especial en ellos, ningún dato hasta que, hojeando *Los Alfabetos* descubrí una cuartilla doblada con un dibujo infantil. No había fechas, pero tuve la sensación de que había salido de mi mano; por el trazo, tal vez a los cuatro o cinco años. Era uno de esos clásicos dibujos de niño en los que se representa a la familia junto a una casa y un par de árboles, torpemente pintado con lápices de colores. La presencia del dibujo entre aquellas páginas hacía presumir que también ese libro había pertenecido a mis padres y no al tío Agustín. Se trataba de un

ejemplar editado por Montaner y Simón en Barcelona durante 1887 que, a lo largo de un centenar de páginas, recogía todos los sistemas de escritura conocidos del mundo antiguo, incluso del castellano usado entre los siglos XIII y XVII. La cuartilla con lo que imaginaba mi dibujo marcaba una página dedicada al turdetano. Eché un vistazo más a fondo y algo se encendió: aquellos signos tenían un parecido muy particular con los que mi padre había trazado en Quitapesares durante su sesión catártica; aunque también se parecían los fenicios, y los ibéricos, incluso alguno de los que allí se denominaban preegipcios. Esa página podía ser importante, o nada más que una grabación anclada en su memoria vertida luego en el papel. Desde luego, Lucía tendría al respecto una opinión profesional más ajustada.

La tarde se había vuelto áspera y desagradable cuando llegué a la estación a por Lucía. Mientras caminábamos hasta el aparcamiento y ella intentaba que el vendaval no le desordenara demasiado el pelo, me confesó el placer que le producían los trayectos cortos en tren, y más en este caso, porque reafirmaba su decisión de dejar su coche en Segovia a la vista de lo desapacible y borrascoso del día. Yo, por mi parte, descubría el placer que me causaba pasear con ella, aunque fuera de un modo tan precipitado.

—Tú mandas —dije, una vez acomodados en el coche.

—Vamos a la calle Barbate. ¿Te suena?

—¿Allí vive Norberto? Está muy cerca de mi casa.

Durante el viaje le puse al corriente de mis averiguaciones, de mis dudas. Admitió que el libro podía tener relación con los dibujos, y mis conjeturas sobre una fijación inconsciente de aquellos signos en la memoria de mi padre no le parecieron del todo desatinadas. Me animó su opinión, a pesar de que insistía en su idea de que Norberto no me iba a ser muy útil. La víspera estaba hecho un lío, alegué, y ahora, aunque mínima, parecía haber alguna promesa de claridad en la penumbra.

—Sí, anoche parecías bastante depre —me recordó.

—Fue uno de esos días que tacharías del calendario si pudieras, en los que no paras de darte golpes contra las paredes cada vez que te mueves, ya sabes.

—Al menos, la entrevista de esta mañana con tu tío te ha cambiado el tono.

—Nada de eso —aseguré—. Es que anoche soñé contigo.

—Vaya. Supongo que lo pasaríamos bien.

Me sorprendió que utilizase el plural y se lo hice notar. Para ella no había duda:

—Acabas de reconocer que el sueño te cambió el ánimo, así que imagino que te hizo disfrutar. ¿Y a mí?

—Pues parece que también. La verdad es que no hablamos mucho —reconocí.

—Ya lo supongo, pero la satisfacción no se demuestra sólo con palabras.

—Entonces creo que lo pasaste muy bien.

—¿Y qué ambiente elegiste para esa fiesta?

—Se trata de un sueño, no podía elegir. Yo andaba de allá para acá por los andenes del metro, y te presentaste de improviso.

—¡Qué sombrío!

—Para nada. Fue fantástico.

—Es un caso muy facilito, de los que aprendes casi en primero de carrera —respondió con clínica indiferencia—. En dos palabras, una reelaboración de tus experiencias más próximas. El metro representa el inconsciente, allí donde no llega la luz del sol, donde te encuentras perdido; mi inesperada aparición es reflejo de un elemento que acaba de incorporarse al confuso mundo de tu vida real.

—Ya, muy bien explicado —objeté—. Pero ¿y lo que pasó luego?

—No me has contado qué pasó luego.

Tuve que admitir su pericia para sortear situaciones embarazosas, su habilidad para trasladar la posible incomodidad al interlocutor. Era evidente que no quería profundizar en el terreno que yo había abierto. Acaso ella esperaba un poco más de audacia por mi parte, pero me temía que, de intentarlo, me iba a frenar en seco, de modo que decidí hablar del tiempo mientras duró el viaje.

La visita a Norberto Ulloa significó un nuevo mazazo. Lucía se presentó como doctora de Quitapesares a la joven que nos había abierto la puerta, pero él no estaba en casa. La que se identificó como su hija nos dijo que su padre pasaría al menos una semana en Segovia con su tía, una hermana de él, aunque, en caso de urgencia, podía llamarlo por teléfono. Lucía alegó que sólo había aprovechado su visita a Madrid para pasar a saludarlo. Tras apuntar

su dirección en Segovia, dimos media vuelta con el desánimo en la cara.

—Ya es casualidad —comenté por romper el hielo—. De haberlo sabido, me habría acercado yo a Segovia.

—La verdad es que me pareció un poco raro que viviese en Madrid, porque lo normal es que hubiera ingresado en algún centro de por aquí. Si frecuenta la casa de su hermana, tiene su explicación. Habrá que esperar.

—Pues esperaremos. De momento, ¿qué te parece ir a una fiesta? Una fiesta de verdad, no onírica.

—No venía a Madrid con esa idea, pero ya que los planes se han venido abajo…

El chalé de Susana en Pozuelo era un lugar para sentirse a gusto, porque, amén de ser un lujo muy distanciado de los recursos de la mayoría, había pocas anfitrionas como ella. Naturalmente, no era la primera vez que lo visitaba, aunque últimamente había intentado evitarlo, al menos a solas, por razones obvias. Cuando llegamos, el medio centenar largo de invitados se repartía sin el menor agobio entre su imponente salón y las salas contiguas. Por fortuna, Susana no contaba con *No es Humano* entre su colección, o al menos eso dijo, y me agradeció el regalo con un beso húmedo, sin disfraz. Quedó sorprendida cuando le presenté a Lucía, y apenas le hizo caso al disculparse ésta por no haberle llevado nada; me dedicó en cambio una mirada, cortés a los ojos de los demás, que yo sabía cargada de mordacidad. Acepté interiormente el reproche, pero no me sentía culpable por tan flagrante falta de delicadeza; cierto que debería haberle advertido de que llegaría acompañado, pero las cosas habían salido así y, al fin y al cabo, la espontaneidad era una de las virtudes más elogiadas por Susana.

Ya había grupillos de tertulianos, formados por gente de todo pelaje, desde compañeros de profesión hasta famosos de la farándula, a los que se sumaban, por supuesto, personajes del peculiar mundillo esotérico de los que gustaba rodearse Susana. Entre copa y copa y las presentaciones y saludos de rigor, acabé integrado en un corro donde Tomás Ciges se había convertido en centro de atención con sus chascarrillos y afilados comentarios. También era un experto Ciges en reventar debates con repentinas ideas extemporáneas, o en abandonarlos con hábil elegancia si se

aburría. Y esta última fue la opción elegida cuando un espabilado argumentó que con un par de acciones aéreas sobre Rabat y Casablanca el problema de la Marcha Verde se habría solucionado en horas. Como en cualquier foro enteradillo del país, se pasó luego a debatir exhaustivamente sobre el estado de Franco, los movimientos de la oposición, las constantes detenciones de estudiantes y políticos, y la actitud de las fuerzas vivas del Régimen.

Lucía se había retirado de mi grupo antes que Tomás. Yo la perseguía con la vista desde la distancia: parecía integrada y, tras pasar por varios corrillos, se había sentado y participaba animadamente en una de las charlas, a la que no tardaría en incorporarse Tomás si es que no la había catado ya. Susana aparecía y desaparecía, haciendo los honores. En un momento, se acercó para conducirme con habilidad a un aparte. Por supuesto, para echarme en cara lo que ya imaginaba. Me disculpé, jurando que había sido algo imprevisto, que Lucía había llegado a Madrid aquella misma tarde y no podía dejarla plantada.

—Siempre tan solícito —me clavó sus ojos afilados—. ¿Es tu nuevo ligue?

—No digas bobadas, Susana. La conocí el jueves; no tiene nada que ver con nosotros.

—Con nosotros desde luego que no, pero sí contigo. Es muy bonita. Psicóloga, ¿no?

—Trabaja en Segovia y llegó esta tarde, ya te digo.

—Me parece perfecto, Ricardo. Creo que es la mujer que necesitas. Diviértete.

No supe bien si me acababa de dar vía libre o me sugería con el mayor descaro la conveniencia de un tratamiento. Decidí dejar para otro momento la respuesta y deambulé entre los grupitos hasta llegar al de Lucía. Ante la respetuosa atención del resto, debatía con un individuo, supuse que colega, sobre virtudes y defectos de psicoanálisis, conductismo y constructivismo. Estaba tan abstraída en la polémica que ni siquiera pareció advertir mi llegada y, como el tema era demasiado árido para mí, proseguí el paseo. En la habitación contigua, Susana asistía complacida a otra tertulia, donde se destripaban sin sonrojo los más elementales conceptos de la lógica en una charla sobre magia, fantasía y ciencia, por lo que pude oír. El omnipresente Tomás Ciges me sacó de allí colgado de

mi brazo.

—Eso es más viejo que el mear —sentenció despectivamente, mientras ajustaba las gafas rebeldes en su chato tabique—. Me voy a preparar un canuto. ¿Quieres?

—Ya sabes que no fumo de eso.

—Ay, Ricardito, tienes moral estalinista.

—No digas gilipolleces; ni soy estalinista ni me gusta la «maría». Anda, vamos fuera.

Se agradecía abandonar un rato aquel ambiente cargado de humo y ronroneos. Nos sentamos en un rincón del jardín trasero, junto al seto, protegidos hasta cierto punto de un viento más que molesto.

—Es a tu coco al que no le gusta —insistía Ciges—. Es tu coco el que manda, y hay que educar al coco.

—¿En la revolución cultural de Mao?

—Es la única revolución seria. Bueno, ésa y la de Timothy Leary.

—¿Qué Leary?

—Ay, Ricardito —se lamentó, mientras liaba el cigarrillo con asombrosa habilidad—: esa cultura, esa cultura… El viejo Tim es una de las mentes más lúcidas del siglo, a pesar de ser yanqui. Casi nada, un revolucionario yanqui, una mosca cojonera en los mismísimos huevos del imperialismo. Es profesor de psicología en Harvard, hombre. Bueno, lo era, porque le hicieron la vida insufrible hasta que lo largaron. Como lo que pasó aquí con Tierno Galván, Aranguren y García Calvo porque no gustaban al Régimen. Pues algo así.

Dio una profunda calada antes de envolverme en una humareda densa y dulzona.

—Bueno, no te voy a dar la paliza con esas peripecias —se disculpó.

—No, hombre, no; sigue —encendí un cigarrillo, dispuesto a recibir con entereza sus alegatos radicales.

—Pues nada, eso… Leary fue de los primeros que experimentaron con drogas en psiquiatría —de inmediato me vino a la mente la desagradable jeta de Lizarbe—. Y consiguieron buenos resultados. Leary empezó en México, estudiando los hongos alucinógenos. Luego experimentó con la marihuana y el LSD. Los estados alterados de conciencia, ¿sabes? Pero nada, a él y a otro

colega, un tal Richard Allpert, los depuraron. Yo lo conocí en San Francisco en el sesenta y siete: es la experiencia más alucinante que he vivido…

—Tiene lógica, tratándose de hongos —argumenté, aunque pasó por alto mi conato de chiste.

—… Imagínate el parque de Golden Gate. Veinte mil personas y los Ángeles del Infierno como servicio de seguridad. Los Doors y los Beatles, con Bob Dylan. La hostia, Ricardo, la hostia… Allí estuvo toda la contracultura: Kerouac, Ginsberg, Watts… y naturalmente, Leary y Allpert. Luego, al viejo Tim lo acusaron de posesión de marihuana y tuvo que escapar del país, pero hace un par de años lo trincaron.

—Vaya, entonces está en la cárcel.

—Sí. Él y Mao son las dos caras de la misma moneda: Mao, el revolucionario triunfante; Tim, el mártir. Tengo un par de libros suyos; en inglés, porque aquí no los encuentras. Si quieres te los dejo.

—No soy bueno con el inglés —me excusé—. Oye, Tomás, ¿cómo es que a un maoísta como tú se le hace el culo *pesicola* con los Estados Unidos?

Tardó un rato en responder. Hasta entonces se limitó a negar con un dedo mientras daba un par de caladas. Cuando habló, las pausas duraban más que las frases:

—De eso nada. Siempre quise ir a San Francisco… Sólo a San Francisco. Era mi pasión desde niño; yo creo que fue por aquella película… ¿cómo se llamaba? No me acuerdo. Era de Clark Gable… Me enrolé en un mercante en La Coruña y adiós… Estuve casi tres años, hasta primeros del… sesenta y nueve. Trabajé de todo, sin visado, siempre de un lado a otro, de comuna en comuna para que no me pillaran los de inmigración… Tuve que volver para que no me diesen por prófugo aquí. Me pasé a México y otra vez en casa… Menuda jodienda, cambiar San Francisco por la mili en Cerro Muriano. Luego, con esto de la música, me enrollé en la radio y… ¿Qué me habías preguntado?

—Nada, olvídalo. Hace frío. ¿Entramos?

Ya había desaparecido buena parte de los invitados, y Susana despedía en la puerta a otro grupo agradeciéndoles su asistencia. En el salón continuaba una animada charla entre siete u ocho personas,

en la que Lucía parecía encontrarse a gusto. Me serví otra copa y Tomás hizo lo propio.

—No deberías mezclar el alcohol con la «maría» —le advertí.

—Vale, papaíto. —Colgó su brazo libre de mi hombro en un gesto de afecto y nos sentamos junto a los tertulianos. Susana se incorporó de inmediato.

Yo seguía de charla privada con Tomás, pero la conversación parecía centrada en Queco Güemes, un canario treintañero de voz melosa y cara aniñada que contrastaba con su enorme corpachón; Susana me lo había presentado tiempo atrás en la emisora como uno de los invitados de su programa, y ahora parecía concitar la atención de todos. Argumentaba Güemes que la historia, además de ser escrita siempre por los vencedores, se hacía en clave casi exclusivamente económica a partir del Racionalismo, de tal modo que dejaban de tener valor las biografías y costumbres de las personas y los pueblos. Este segundo filtro de subjetividad menospreciaba importantes aspectos de la realidad oficial al considerarlos legendarios o mitológicos, para colocarles directamente la etiqueta de falsos. Una tendencia, opinaba Güemes, que estaba siendo superada gracias a los medios de comunicación, que permitían un testimonio directo de los hechos casi inexistente en el pasado.

—Pero hay evidencias que no pueden ocultarse —intervino Susana—. Evidencias que la propia ciencia demuestra ajustadas a la realidad, a pesar de haber sido satanizadas hasta ayer mismo. Por ejemplo, para mí una de las ideas más revolucionarias, y que puede transformar absolutamente el concepto de la realidad, es el descubrimiento del tiempo como dimensión. Hace poco leí un artículo sobre geometría euclidiana y los avances de las matemáticas modernas que explicaba, entre otras cosas, que cualquier lugar en el espacio puede ser definido con tres cifras. Bueno, es lógico ¿no?, nos movemos en tres dimensiones: alto, ancho y largo. Por ejemplo, para llegar a una cita en casa de alguien utilizo tres datos: nombre de la calle, número del portal y piso…

—Te falta uno —interrumpió Tomás—: la ciudad.

—Ese dato pertenece al conocimiento general, a nuestra idea amplia del entorno —admitió ella—; se supone que sabemos en qué mundo nos movemos.

—Eso es mucho suponer.

Algunos rieron la observación, y Güemes acudió en ayuda de la anfitriona.

—Lo que dice Susana es verdad. Y lo que tú apuntas, Tomás, no está desprovisto de razón, a pesar de la broma. Pero el dato que falta para definir exactamente la realidad es la hora a la que quedaste. El tiempo es el cuarto dato, la cuarta dimensión. Estamos sometidos a tres dimensiones, pero vivimos en cuatro, o al menos intuimos eso. ¿No es curioso?

La conversación tomó derroteros en torno a la intuición, lo mágico y la interpretación que la psicología pudiera dar a todo ese cúmulo de especulaciones. Cada cual aportaba su punto de vista, y entre todos potenciaban el efecto soporífero de los tres *gintonic* que había tomado. Finalmente, la charla degeneró en un juego idiota con que el supuesto psicólogo pretendía demostrar que todo estaba grabado de forma indeleble en la mente del ser humano gracias a su herencia genética, y que sólo el desarrollo cultural provocaba las divergencias de percepción. Alguien decía una palabra y el resto opinaba. A Ciges parecía divertirle la idea y participaba del entretenimiento con sus ocurrencias. Oí pronunciar la palabra «vida», y Tomás saltó como un resorte:

—Violencia.

—Muy extremista —objetó Susana.

—Nada de eso —replicó Ciges—. La vida es acción; sólo la muerte es quieta. Y toda acción implica violencia, equivale a un atentado contra un *statu quo* que no es más que la ausencia de movimiento, o sea, la muerte. El mero hecho de desplazarse tiene su carga de violencia, porque se presenta una oposición física, real y mensurable, al medio externo. Así que toda acción es esencialmente violenta; el resto es una cuestión de grado, de intensidad. Y aquí es donde entra la moral, dispuesta siempre a decidir hasta qué punto se trata de una violencia aceptable o no.

—Según tú —intervino el presunto colega de Lucía—, ciertas ideas políticas estarían justificadas de antemano.

—Nuestra moral judeocristiana —insistió Tomás— tiene un enfoque restrictivo para un determinado tipo de violencia, y más laxo para otro. Mientras le aterroriza la visión de un acto de violencia contra el Estado, contempla con inocente pasividad la

generada por el propio Estado. Por el contrario, un concepto revolucionario de la vida invierte estos valores. Todo depende del punto de vista.

—¿Y hacer el amor? —preguntó Lucía.

—También lo es, porque supone vencer el estado de inercia resultante de las fuerzas separativas y atractivas entre personas: algo así como romper la teoría gravitatoria. También el sexo es violencia; eso es algo irrefutable.

Alguien lanzó otra palabra como un pescado al estanque de las focas y se abrió un nuevo debate. Tomás aprovechó para comentarme en privado.

—Oye, hablando de hacer el amor, ¿vas en serio con esa chica que has traído?

—¿Por qué lo preguntas?

—Me gusta un huevo. Y si no significa mucho para ti, voy a pasar a la ofensiva.

—Ni se te ocurra.

—¿Eso quiere decir que lo tuyo con Susana es agua pasada?

—Pasada y olvidada.

—Me alegro. Llevo meses pensando en echarle los tejos.

La cara dura de Tomás casi me hizo soltar una carcajada. Pero Lucía me la heló al intervenir con una nueva palabra en el jueguecito.

—VITRIOL.

—Es un ácido, o algo así, ¿no? —Tomás no podía estarse callado.

—Eso es vitriolo —corrigió Susana—. Me suela a masón, ¿no, Queco?

—Sí, mi amor. Es un acrónimo masónico, es decir, una palabra formada por las primeras letras de varias palabras. Corresponde a la frase latina *Visita interiora terrae. Rectificando invenies occultum lapidem*.

—Que en cristiano quiere decir… —demandó Tomás.

—Literalmente, «Visita el interior de la tierra. Al rectificar encontrarás la piedra escondida». Se trata de un consejo, una inscripción ritual grabada en el muro del llamado gabinete de reflexión, que es donde se encerraba a quien iba a ser iniciado en los entresijos masónicos. ¿No es así, Lucía?

—Ah, no sé —se encogió de hombros—. Lo leí el otro día en algún sitio y se me ha ocurrido que alguien podría saber de qué iba. Ha habido suerte.

No estaba dispuesto a que Lucía exhibiera en público, como una atracción de feria, asuntos que pertenecían a mi más estricta intimidad. Inventé una excusa y nos despedimos entre las protestas de Tomás Ciges, que empezaba a divertirse. En la puerta, Susana nos deseó «una buena noche», en lugar de las buenas noches de rigor.

El viaje de vuelta fue algo tenso. Yo no quería hablar, por no afrontar los hechos, por no mostrar mi enfado ante Lucía, pero mi silencio acentuaba la evidencia. Hasta que ella lo relajó con una pregunta cuya respuesta parecía elemental.

—Supongo que no pensarás llevarme a Segovia.

—Es muy tarde, no creo que encuentres tren a estas horas.

—Tampoco contaba con volver esta noche.

—¿Quieres quedarte en casa? —me pareció una idea sugerente.

—El otro día te invité yo. Esperaba que tú hicieras lo mismo hoy. Mañana no trabajo.

—Encantado; así te enseño el libro.

—Te ha molestado que hiciera esa pregunta, ¿verdad?

—Pues sí —admití entre dientes—. Si pensabas exponer en público algo que pertenece a mi vida privada, al menos podías haberme consultado.

—No seas crío. Por pronunciar VITRIOL no se van a rasgar los velos de un secreto. Me ha parecido que Queco podría ayudarnos a poner un poco de orden en la confusión. Además, hablaba de un dibujo que Carlos hizo para mí. ¿No dijiste que era mío?

—No me líes con juegos de palabras.

—Tú sí que eres un liante. Y yo tengo más razones que tú para estar mosqueada.

—¿Por qué habrías de estarlo?

—¿Qué tienes con Susana?

—Es una compañera de trabajo.

—Vale, ésa es la versión oficial. ¿Estáis enrollados?

—¡Qué va!

—Pero algo ha habido entre vosotros.

—Bueno, tuvimos relación hace tiempo; apenas nada.

—No me digas. Te ha recibido con un beso que derretía carámbanos.

—Oye —protesté—, ¿a qué viene este interrogatorio?

—Pues a que no me gusta que me utilicen. Parece que tienes un concepto muy peculiar de las relaciones, porque esa chica está colada por ti. Y me he pasado toda la tarde sirviendo de chivo expiatorio de tu «apenas nada».

—¿Te ha dicho algo?

—Todo lo contrario. Es exquisitamente correcta, aparte de interesante. Pero hay cosas que saltan a la vista. Al menos, podías haberme advertido.

—Lo siento; de verdad que no ha habido segundas intenciones. También me he disculpado con ella. Cuando hablé contigo anoche no me acordaba para nada de esa fiesta. Me despistó la posibilidad de hablar con Norberto y, sobre todo, de volver a verte. ¿Qué tal lo has pasado?

—Muy bien. Había gente interesante.

—¿Tú crees? —apunté con cierta sorna.

—Claro. Y lo que ha dicho Queco me parece algo a tener en cuenta.

—¿Lo de los masones?

—¿Por qué no?

—Porque no tiene sentido. Mi padre no podía ser masón: era un funcionario del Régimen y, según mi tío, un patriota. Y si mi tío, que ha sido siempre un facha, dice que fue un patriota, ¡figúrate cómo debía de pensar mi padre!

—Pues yo creo que es una pista que no debes descartar.

Seguíamos discutiendo sobre ello cuando entramos en casa. Recogí su abrigo y me excusé por el desorden del comedor.

—¿Quieres un café? —dije, por romper el hielo.

—Vaya, esto va bien. Es la misma pregunta que yo te hice cuando llegaste a casa.

—¿Y eso es bueno?

—Depende. Dos experiencias pueden empezar igual y acabar diferente. Ya es muy tarde para café, prefiero algo más suave. ¿Tienes poleo?

Me preguntaba, mientras iba a la cocina a preparar la tetera, si ese «acabar diferente» significaba que ya no me tocaría dormir en el

sofá, pero me propuse no plantearme más esas cuestiones hasta llegado el momento. Lucía tenía la rara habilidad de sorprenderme siempre que creía estar seguro de algo, y sus frases eran a veces tan ambiguas que podían significar una cosa o su contraria. Cuando volví, curioseaba en la librería.

—Mucha política, ¿no? —apuntó.

—Forma parte de mi trabajo. ¿Es malo?

—Según las dosis, como todo. Ya lo dijo Paracelso.

—¿Paracelso? Bueno, también hay un poco de arte, historia, literatura… —Serví las infusiones y nos sentamos en el sofá.

—Ya veo. ¿Son ésos los libros que decías? —se interesó por los apilados en la mesa.

—Sí, aunque los dos únicos firmados por mi padre me los dejé ayer en la emisora. —Le alcancé *Los Alfabetos*.

—Es precioso —comentó al abrirlo—. Me emociona tener un libro antiguo en las manos. Pienso en quiénes serían sus propietarios; como si pudiera sentir, a través de una imaginaria vibración, un poco de sus sentimientos, de sus vidas.

—Te entiendo. Yo he sentido en esos libros algo parecido con respecto a mis padres. Aunque sé que sólo se trata de un ejercicio irreal, es como si mis ojos hubieran sido los suyos en otro momento de la historia.

—El sentimiento no es irreal, Ricardo. Queco decía esta tarde que el mundo es el resultado de un juego de sentimientos, un balance de afectos. Es una manera bonita de explicarlo; desde luego, mucho más poética que la que usamos los científicos, que interpretamos la realidad como un intercambio mecánico de reacciones bioquímicas.

—De eso se trata, en el fondo, a pesar de los poetas.

—Tal vez, pero nadie nos impide soñar de vez en cuando.

—Una cosa son los sueños —refuté—, y otra muy distinta el mundo real, tangible, el día a día. Yo soñé anoche contigo. Hacíamos el amor en el metro; no, no era hacer el amor, era mucho más que eso, algo sin espacio ni tiempo, algo divino y diabólico a la vez, algo que no se puede explicar con palabras y que no puede existir de verdad.

Lo había soltado sin reflexionar, en un alarde de sinceridad, como si estuviera hablando de una tercera persona. Ella sonrió.

—Vaya, por fin me cuentas lo que pasó. Y reconoces que necesitarías un poeta para traducirlo.

—Pero era un sueño, nada más.

—También es un sueño saber qué sucedió con tu padre, y no por eso renuncias a averiguarlo. Porque los sueños no dejan de ser deseos, y quien tiene un deseo lucha por materializarlo. Es un derecho y un deber de la especie humana. Renegar de ello transforma los sueños en pesadillas.

—Espero que nunca te conviertas en una pesadilla para mí.

—No dramatices. —Abrió el libro por la página de la cuartilla—. ¿Y esto?

Le comenté mis suposiciones sobre el dibujo.

—Pues está muy bien —dijo.

—Tampoco hay que exagerar.

—No me refiero al aspecto artístico. Es curioso, ¿nunca te has parado a pensar que aunque dos personas miren el mismo objeto lo perciben de modo diferente? Eso refuerza aún más la relatividad de todo. Queco decía esta tarde que…

—¡Joder con Queco! —protesté, airado.

Me estaban empezando a cargar sus continuas referencias a Güemes. Naturalmente, no lo iba a admitir, pero el deslumbramiento que parecía sufrir Lucía con aquel hombre me causaba una desconocida zozobra íntima. Un análisis frío de esa reacción certificaba que eran, pura y simplemente, celos. De repente, me sentí asquerosamente culpable.

—Perdona —quise disculparme—, pero es que cada dos por tres lo sacas a colación. ¿Tan interesante es ese tipo?

—Pues sí que lo es —admitió con naturalidad—. Pero dejemos a Queco en paz. Lo que te quería decir es que tú has creído que hablaba de calidad artística cuando he valorado este dibujo. Pero mis ojos lo miraban como psicóloga, y me refería a que está muy compensado, lo que demuestra un buen equilibrio emocional y un desarrollo acorde con la edad. Los roles del padre y la madre son armónicos, y la percepción del hogar, gratificante.

—¿Todo eso lo ves ahí?

—Mientras tú percibes unas figuras de colores más o menos deformes, yo veo otras cosas. Me imagino que algo así sucederá cuando tú y yo leemos una noticia: tu profesión te hace resaltar en

ella detalles que a mí ni se me pasarían por la cabeza.

—Así que era un niño feliz.

—Tú sabrás. ¿No lo recuerdas?

Tenía que asumir que sí lo fui mientras me lo permitieron, aunque luego me esforcé en olvidarlo para seguir adelante. Lucía me dijo que había pasado parte de mi vida negándome a reconocer esa felicidad, una artimaña de mi mente para evitar la comparación con una experiencia posterior terriblemente dura. Según ella, a veces era preferible negar el paraíso antes que aceptar su existencia desde el infierno en que se vive, todo un truco de la mente para evitar un sufrimiento que podría acabar con nosotros; sucedía muy a menudo, igual que nos desmayamos al padecer un dolor insoportable.

—Más o menos, así ha sido —terminé admitiendo—. Pero, además, necesitas culpar a alguien de los acontecimientos.

—Porque a esa edad no tienes formados los mecanismos racionales suficientes como para aceptar que hay sucesos fortuitos, que no todo lo malo que te sucede es producto de actos voluntarios.

—Desde que supe lo de mi padre no he parado de bucear en un mar frío y oscuro. Y en todos los rincones que husmeo me encuentro el mismo fantasma. Creo que hasta que no perdone a mis padres no podré reconocer la verdad.

—Es cierto, pero antes de perdonarlos tienes que perdonar a ese niño que dejaste atrás, el que construyó el muro que no deja pasar la luz.

—¿Cómo se hace eso? —me interesé por su sorprendente su tesis.

—No hay recetas, Ricardo. Cada cual tiene su camino, pero si crees que te puedo ayudar, cuenta conmigo.

—¿Como psicóloga?

—¿Qué más da el uniforme? Como Lucía, simplemente.

Sorbió un traguito de poleo y supuse que se resistía a seguir por ese terreno. Le pregunté por los signos que tenía delante y si, en su opinión, guardaban similitud con los que había en el dibujo de mi padre, porque yo no podía recordarlos con fidelidad.

—Yo me los sé de memoria —afirmó—. Te los podría dibujar, uno por uno. Y sí, algunos se parecen, o incluso son idénticos, pero no creo que eso nos lleve muy lejos ahora. Si no te importa, me

dejas el libro y los miro mejor en casa. Estoy cansada: llevo en pie desde las siete y ya es más de la una.

—¿No quieres picar algo?

—No te molestes. He tomado demasiados canapés en casa de Susana.

—Como quieras. ¡Ah! Casi lo olvido… —Le entregué el disco que había comprado para ella—. Soy un desastre, lo siento. Espero que te guste.

—Gracias, pero ¿por qué? —abrió el paquete.

—Porque me has sabido aguantar en momentos muy complicados, y porque me ayudas a mantener una esperanza. Aunque eso no se paga con un disco, ni mucho menos.

—It's a Beautiful Day —leyó en voz alta.

—Un grupo americano. Se separaron el año pasado. El álbum se titula igual. Lo grabaron en el sesenta y nueve, pero aquí no se ha editado y sólo se puede encontrar de importación.

—Eres todo un experto.

—Nada de eso; basta con buscar la información en el lugar adecuado.

—Es un título muy sugerente; espero que vengas a casa a escucharlo. Muchas gracias. —Se acercó a mi cara y la rozó con el esbozo de un beso; nada más que un roce. Algo me impulsó a estrecharla, pero me quedé en la inopia—. ¿Me llevas por la mañana a la estación?

—¿Por qué no te quedas en Madrid? Es tu día libre y podemos comer juntos. Yo trabajo, pero puedo encontrar un hueco.

—Tengo cosas que hacer en Segovia. —Me pareció una evasiva, pero estaba en su derecho—. Quizá en otro momento.

—Como quieras. Pasa, y te enseño el dormitorio.

—¿Vas a dormir en el sofá?

—Eso pensaba.

—No vas a dormir de nuevo en el sofá…

La frase sonaba muy bien. El corazón me bombeaba de repente con más potencia y una culebrilla agradable recorría la superficie de mi cuerpo. Sonreí como un idiota ante la perspectiva del contacto con su piel, con la realización del sueño de la noche previa.

—… Esta noche me toca a mí.

Hasta un ciego habría percibido mi bajón, y ella no era ciega.

—Mira, Ricardo, tenemos que dejar las cosas muy claras para evitar malentendidos. —Lo decía con un viso de sinceridad en sus preciosos ojos—. Trabajamos en un objetivo común: recuperar el pasado de Carlos. Si puedo servirte de ayuda, estaré encantada de hacerlo, pero nuestra relación debe ser… —añadió, con pasmosa frialdad— casi profesional. Piénsalo con tranquilidad y decide. Entiende que no es bueno entrar en una dinámica que sólo contribuiría a complicarlo todo.

No pude reaccionar. Debería haber insistido en que ella ocupara la cama y yo me quedase en el sofá, pero actué como un boxeador sonado y me fui directamente al dormitorio. Ya en la cama, caí en la cuenta de que ni siquiera le había enseñado la ubicación del baño y la cocina, pero pensé que, si lo necesitaba, era muy capaz de encontrar el lugar sin ayuda de nadie.

Apenas cruzamos palabra en el camino a la estación. Todavía me escocía el corte recibido la noche anterior, un malestar que me había tenido en duermevela hasta las tantas. Ella, sin embargo, se despidió con cordialidad, como si nada hubiera sucedido. Yo no sabía si esa despedida iba a ser definitiva; en realidad dependía de mí, pero la decisión se me antojaba demasiado difícil, porque aquella chica me gustaba de verdad y su cercanía se me hacía necesaria. Por otra parte, sin su ayuda nunca habría avanzado en mi investigación, así que me parecía imprescindible seguir contando con su apoyo y su positivo estado de ánimo en los momentos difíciles que, sin duda, habrían de llegar. Estaba hecho un lío.

Se agradecía la caricia de la calefacción al entrar en la emisora en una mañana así, con la ola de frío acomodada sobre las cabezas. El mundo no se había detenido durante el fin de semana a contemplar mi disloque personal. Con motivo del trigésimo cuarto aniversario del bautismo de fuego de la División Azul, José Antonio Girón, el alma de la Confederación de Excombatientes, había lanzado su aviso contra un posible cambio de Régimen, contra el comunismo y contra cualquier intento de legalización de los partidos políticos; ellos, los excombatientes, eran permanentes centinelas para que esa empresa, la del Régimen, no se viera frustrada ni erosionada por traiciones, olvidos o ingratitudes. Otros se encargaban de recordarlo con hechos: dos iglesias de Sabadell a

cargo de curas obreros habían sufrido los efectos de artefactos incendiarios. Seguían las detenciones masivas. Esta vez habían caído, en Madrid, Simón Sánchez Montero y otros cinco dirigentes del
PCE
; y en Jaén, buena parte de la dirección del Partido del Trabajo y de su rama juvenil, la Joven Guardia Roja. El cantautor Víctor Manuel sufría la prohibición de recitales en su tierra asturiana. Y Franco, sin novedad.

Las previsiones del día no eran nada fuera de lo común, y había una que, en circunstancias normales, habría pasado por alto: Louis Pauwels, uno de los santones del esoterismo internacional, estaba en Madrid para presentar su nuevo libro. Imaginé que a Susana le gustaría asistir, pero era su cumpleaños y no pensaba aparecer por allí hasta el día siguiente, de modo que decidí enviar a una compañera a la rueda de prensa y así, al menos, ella podría utilizar el material en alguna de las ediciones de su programa. Sabía que no era compensación suficiente por mi desaire de la víspera, pero sin duda le haría ilusión. Telefonearía por la tarde, una vez tuviera la cinta en mi poder, para ofrecerle ese nuevo regalo.

Mi tío Aurelio había llamado a la emisora. Tanta rapidez me preocupó, y mientras marcaba su número supuse que no podían ser buenas noticias. Pero estaba equivocado: había convenido con Santiuste una cita para primera hora de la tarde, en la sobremesa. La noticia me hizo recobrar un poco el ánimo, aunque Lucía seguía rondando por los recovecos de mi cabeza y el recuerdo de sus condiciones hipotecaba cualquier intento de optimismo. Una nueva llamada parecía confirmar que la siembra empezaba a dar sus frutos tras el fin de semana, aunque no muy jugosos en este caso, porque uno de mis contactos confirmó lo que en buena parte ya sabía: que Carlos Asensi había pertenecido a la plantilla del ministerio de Asuntos Exteriores, en comisión de servicios, hasta su fallecimiento en el cincuenta y ocho; que su nómina era abonada por el propio ministerio y que su única experiencia en el extranjero había sido la de Buenos Aires, como asesor. Ninguna pista complementaria sobre compañeros de la época, ni nada parecido. Lo de comisión de servicios era nuevo para mí, aunque cada novedad era otro cabo del que tirar, y al menos esa vía no quedaba definitivamente cerrada.

Enfrascado en el ajetreo de la redacción, evité reflexionar más sobre Lucía con la esperanza de que el tiempo que faltaba hasta la entrevista con Santiuste pasase lo más rápidamente posible. Una nueva llamada me llevó hasta el despacho: era una voz masculina que, a pesar de su firmeza, no podía disimular una edad avanzada. Después de confirmar mi identidad, me lo soltó de sopetón:

—Ricardo, no te dejes enredar en este asunto.

—¿De qué asunto me habla?

—Ya sabes, lo de tu padre —dijo, cortante.

—¿Quién es usted?

—Un amigo. Hazme caso, y olvídate de ello. Y tampoco te encariñes demasiado con esa chica. Puede ser fatal para los dos.

—¿Qué amigo? —era inútil: había colgado.

Me exasperaba la cobardía del anonimato, de las amenazas fáciles; si bien en este caso más parecía una advertencia que una amenaza. La voz nada tenía que ver con la que me había notificado la muerte de mi padre; ambas eran masculinas, aunque cualquiera de ellas podía haber sido fingida o fácilmente adulterada ante el micrófono telefónico. Sus mensajes eran contrapuestos: mientras el primero me había abierto los ojos, sin necesidad, a unos hechos absolutamente inesperados, el segundo pretendía apartarme de ellos. Al menos dos personas ajenas a mi círculo parecían estar al corriente de todo, y esa segunda llamada redundaba en la inquietante certeza de que mis pasos estaban siendo vigilados.

La advertencia sobre mi relación con Lucía no era menos perturbadora; tal vez estaba implicándola en un embrollo cuyas dimensiones ambos desconocíamos. Esta eventualidad me hizo reflexionar de nuevo sobre su ultimátum de la noche previa: la necesitaba, pero, tal y como se ponían las cosas, no tenía ningún derecho a complicarla en un episodio que era de mi exclusiva responsabilidad. En aquel momento decidí que no seguiríamos juntos; tampoco era cuestión de extenderme en detalles con ella, tan sólo tenía que ser sincero en lo personal: le diría con toda claridad que empezaba a gustarme demasiado y que no estaba dispuesto a renunciar a ese sentimiento, así que prefería la distancia.

Julián Santiuste ocupaba un elegante despacho en uno de los pisos altos de la Torre de Valencia; desde sus ventanales se dominaba buena parte de El Retiro y a la gente diminuta que, a

pesar de la tarde grisácea, pululaba por sus avenidas de tierra entre la arboleda. Por lo que había podido averiguar de él, Santiuste era funcionario jubilado, dedicado ahora a sus negocios como asesor de cualquier cosa gracias a su privilegiada posición en los ambientes intelectuales del Régimen. Su aparente delgadez se revelaba, tras una observación más detenida, como un cuerpo fibroso, carente de grasas. Aunque debía de rondar los setenta, su tez artificialmente bronceada y un traje impecable le daban aspecto casi juvenil, traicionado sólo por la blancura del cabello y de su apenas perceptible bigotillo cano.

La última llamada telefónica me había avivado el sentido de la observación, de la sospecha —quizá el primer paso de una monomanía—, e intenté asociar sus palabras de bienvenida al tono de la voz anónima. Pero en nada se parecían; la firmeza de aquella última voz contrastaba con el timbre agudo, casi delicado, de Santiuste.

—Así que tú eres Ricardito, —Disimulé de mala gana la molestia por el ridículo diminutivo y él corrigió el desliz—. Bueno, eras Ricardito: ya eres un hombre hecho y derecho. Yo te recordaba todavía con seis años o así. ¡Cómo pasa el tiempo! Tu tío Aurelio me ha dicho que eres periodista. ¿Qué te parece la que nos ha jugado el zorro de Hassán? —Ni me permitió contestar—. He conocido a pocos con tanta paciencia y tal don de la oportunidad: siempre actúa cuando debe. Hay que reconocerlo, aunque no sea santo de mi devoción. Su padre quiso ir por las bravas y bastó con asomar nuestra flota a la costa de Agadir para que agachase las orejas; pero ahora es diferente, claro. Pues nada, a tu disposición.

—Le agradezco su amabilidad. Supongo que mi tío ya le habrá explicado…

—Sí. Aurelio está muy interesado en echarte una mano. Me dijo que andas escribiendo algo sobre tu familia, que necesitas datos respecto a tu padre que él desconoce. —No me sorprendió la habilidad de mi tío para mentir, pero sí su generosidad al ponerla a mi favor—. ¡Pues qué quieres que te diga! Carlos fue uno de mis mejores colaboradores. Yo creo que podría considerarlo como uno de mis amigos, aunque él era muy reservado y selecto para elegir sus amistades. No me malinterpretes; cuando digo selecto no quiero decir remilgado, sino exigente. Tu padre fue un hombre

excepcional, y no lo digo porque estés tú delante. Tampoco porque haya fallecido: más de una vez se lo reconocí a él mismo. Lo tuve conmigo, quiero decir que estuvimos juntos, más de veinte años, y nunca dejó de sorprenderme su calidad humana, su inteligencia y su patriotismo. Sí, hombre, sí: esta última es una virtud casi perdida, y no está de más hacérselo ver a los jóvenes, sobre todo a los hijos de quienes la derrocharon a raudales.

Abrumado por su vacía retórica, convencido de que aquel hombre podía pasarse el resto de la tarde entre panegíricos, decidí tomar la iniciativa.

—¿Cuándo lo conoció?

—En el treinta y siete, en Salamanca; acababa de pasarse de zona roja y me lo presentó tu tío. Él era más joven que tú ahora, pero enseguida apreciamos que se trataba de una promesa, que era culto e inteligente. Pronto le buscamos acomodo.

—¿A quién se refiere cuando habla en plural?

—Bueno, a los nacionales, ¿no? Estábamos enzarzados en una guerra que tenía toda la pinta de durar, y aprovechábamos cuantas aptitudes se ponían a nuestra disposición, como es lógico. Yo estaba en Ingenieros y lo llevé conmigo.

—¿Hacían puentes, sabotajes o algo así?

—No exactamente. Trabajamos la mayor parte de la guerra en Valladolid elaborando proyectos, aportando ideas. Colaborábamos con otros cuerpos militares o con la Falange. Cuando la crisis de Hedilla, en el mismo treinta y siete, echamos una mano en el desmantelamiento de los planes sediciosos. Sabes quién fue Hedilla, claro.

—El jefe nacional de Falange que se negó a aceptar el poder de Franco.

—Bueno, más o menos. Los conflictos políticos no se resumen con clichés tan elementales. Habría mucho que hablar sobre esa materia, pero no viene al caso.

—Entonces, eran algo así como un servicio de inteligencia.

—No diría yo tanto. Picábamos de acá y de allá, según las órdenes. Luego, cuando triunfó la Cruzada, Carlos pasó al ministerio de Asuntos Exteriores.

—En comisión de servicios —puntualicé.

Así había sido hasta su muerte, asintió: dependían

orgánicamente del ministerio del Ejército, uno de los tres en que se había dividido el de Defensa Nacional, aunque como funcionarios civiles. Mi padre se había dedicado a partir de entonces a la cultura, según Santiuste: en esos días era muy importante consolidar los cimientos del nuevo Régimen y las relaciones con el Eje. Italia y, especialmente, Alemania eran objetivos prioritarios, y para ello se crearon organismos culturales y propagandísticos de colaboración, con ayudas y subvenciones a los diarios y editoriales que favorecían las causas nazi y fascista. También se fomentaban entre los intelectuales viajes a Alemania para que conociesen de cerca el vigor de sus ideas, según sus palabras. En definitiva, había que potenciar la idea de Imperio.

—Hubo grandes logros y, si me permites la expresión, cagadas monumentales —apostilló—. Una de ellas fue imponer desde la escuela y en las esferas intelectuales la idea de que España fue más poderosa que nunca cuando estaba gobernada por el alemán Carlos V.

¿Entiendes?: el alemán. Lo importante de la cuestión es que era germano. Ya venía de antaño, pero a partir de ahí se hizo casi monolítica la costumbre de llamarlo Carlos V en lugar de Carlos I, que es el título que le corresponde como rey español. El afán por asimilarnos a la Gran Alemania nos llevó a menospreciar momentos históricos brillantes. Nada había mejor que Carlos, y por lo tanto, era preciso humillar a sus enemigos, aunque, como los comuneros, fueran españoles de pura cepa. Y no entro a discutir si representaban o no valores del feudalismo; se trataba, simplemente, de moscardas hispanas que molestaban al jamelgo del glorioso alemán.

—Y mi padre trabajó en todas esas campañas…

—Todos lo hicimos en mayor o menor medida, desde posiciones diferentes. Ya te digo que los que creíamos en España no tragábamos con ciertos mitos. Cuando Alemania perdió la guerra, se rebajó la intensidad, como es lógico, y Carlos hizo una labor muy importante en Buenos Aires en momentos en que el enemigo nos tenía prácticamente aislados del mundo.

—Hasta que murió.

—Sí. Fue lamentable. En aquellas fechas… ¿el cincuenta y nueve? —«Cincuenta y ocho», corregí—. Sí, eso es… En aquellas

fechas estaba a la espera de nuevo destino. Quiso que tú nacieses en Madrid, por eso volvió de Buenos Aires. En enero o febrero podías haber estado en París, tranquilamente. Fíjate cómo cambian los planes por un incidente inesperado, pero así vienen las cosas. A veces pienso en la decepción con que él habría vivido este tiempo de magos y charlatanes, en los que basta con agitar la bola de cristal para que cada uno descubra en su interior la película que más interesa a su clientela.

Argumenté que la vida era apasionante en cualquier época histórica, y que no conocía a ningún muerto decepcionado con el presente.

—No, hijo, no te equivoques —repuso—. Hay tiempos en los que la estructura social es ordenada como el cristal, y otros que parecen construidos con arena. Nosotros, tu padre y yo, vivimos una gesta que permitió crear un verdadero diamante. Ahora, el vidrio se resquebraja y hay quien pretende dar gato por liebre.

Molesto por su burda metáfora de diamantes y dictaduras, repliqué que sólo se trataba de perspectiva, que no se veía la vida de igual forma a los veinte años que cuando se habían cumplido los setenta. Rió sin tener en cuenta mi maleducado comentario.

—No me ofende que me llames viejo —afirmó—. Creo que tengo pocas debilidades, y una de ellas es el orgullo de haber servido correctamente donde me tocó.

—Tampoco creo que se trate de esperar a ver de qué lado cae la moneda. Hay unos principios.

—¿Principios? En una guerra no hay principios. Los principios pertenecen al mundo de las ideologías o, si me apuras, al del corazón. En una guerra mandan el estómago, la bilis y esa parte antigua de nuestro cerebro que nos impulsa a sobrevivir ante cuantas eventualidades se presenten. Y esto sucede en cualquiera de los bandos que escojas. Las sociedades, para sentirse respetadas, necesitan héroes que representen sus valores, y líderes que las conduzcan, no importa por qué camino.

—Claro que importa. El fin nunca justifica los medios —alegué contundente.

—Cuántas veces habré escuchado esa frase hecha… Mira, hijo: el mundo no se divide entre buenos y malos, y me da lo mismo el calificativo que apliques a cada parte; la vida sólo diferencia entre

los que se adaptan y los que no lo hacen. Ésa, y no otra, es la aventura de nuestra especie, la de todas las especies. ¿Hay que estar con los vencedores? No, necesariamente; la suerte te puede forzar a alinearte entre los que podríamos llamar perdedores, pero si tu espíritu es firme nadie distinguirá en ti a un derrotado.

—Eso es ideología, por mucho que pretenda disfrazarla con terminología darwiniana.

—Bueno, si prefieres verlo así…

Me irritaba la idea de que mi padre hubiera podido parecerse al cínico que tenía enfrente, y se lo solté sin reflexionar:

—Lo del avión de mis padres no fue un accidente, ¿verdad?

Su bronceado parecía ahora un poco ceniciento. Apartó instintivamente su hasta entonces invulnerable mirada; apenas fueron un par de segundos, pero lo bastante intensos como para saber que mi pregunta lo había alcanzado. Se puso en pie y dio por concluida la entrevista:

—Muchacho: tú estás loco.

Regresé decepcionado a la redacción; desilusionado por el perfil paterno que había obtenido; desencantado ante el cariz que parecían tomar los hechos, y cabreado conmigo mismo porque había sido incapaz de contener mi rabia frente a aquel hombre. Aunque, al fin y al cabo, en algún momento tenía que exponer mis dudas, y nada mejor que hacerlo ante quien, al parecer, había mantenido una relación profesional e ideológica tan estrecha con mi padre.

Por fortuna, no tuve demasiado tiempo para la autocompasión: el teléfono no paraba de sonar, encadenando una tarea tras otra que requerían mi intervención, y esa actividad me distrajo durante la hora siguiente. La cinta de la rueda de prensa de Pauwels sobre la mesa me recordó el cumpleaños de Susana. Marqué su número y le deseé un feliz día con el mejor tono que pude conseguir.

—Gracias, ¿qué tal te fue la noche? —siempre tan directa. No le mentí.

—Dormí poco. —Me apresuré a matizar la equívoca frase—: Y solo. ¿Y tu día de cumpleaños?

—Agradable. Esto de hacer novillos de vez en cuando tiene su encanto.

—Hacer novillos también tiene sus pegas —objeté, y le puse al

corriente de la visita de Louis Pauwels para presentar su nuevo libro. Se mostró contrariada por la ocasión perdida y aproveché su desánimo para anunciarle que había grabado las declaraciones del francés.

—No es verdad —dejó escapar un gritito de sorpresa—. ¿Desde cuándo caben estos personajillos en tus importantes gestas cotidianas?

Pasé por alto su sarcasmo.

—Sabes que no me interesan en absoluto, pero pensé que te gustaría tenerlas.

—¡Qué detalle! —imitó un beso a través de la línea—. Te lo daría en persona, pero no llego. Muchísimas gracias, cielo. ¿Qué dice?

—¡Ah, no! No pretenderás que también haya dedicado media hora a escucharla.

—¡Faltaría más, qué tonterías se me ocurren! ¿Tienes la cinta a mano?

—Aquí mismo.

—Pónmela.

—¡Venga ya!

—Anda, sé bueno; sólo un ratito.

Activé la cinta y la acerqué al micrófono. El sonido no era perfecto, aunque su castellano resultaba comprensible: «… he tratado de exponer mi posición intelectual, que rechaza a la vez el fascismo, el marxismo y el freudismo. Es una contestación a la pregunta: ¿en qué creo?…». Tomás Ciges me hacía gestos desde la redacción con un teléfono que agitaba en la mano. Con una seña, lo invité a pasar al despacho.

—Tienes una llamada ahí —dijo—, un tal Lizarbe.

—El invitado que faltaba en la fiesta —mascullé—. Susana está escuchando una grabación. Por favor, Tomás, atiéndela tú mientras tanto.

—Encantado.

Me revolvía las tripas tener que hablar con aquel fulano. Contesté lo más fríamente que pude y me respondió con su voz de flauta:

—Le ruego, señor Asensi, que disculpe esta molestia, supongo que imprevista para usted. No pretendo distraerlo de su trabajo,

pero me siento forzado a solicitar su intervención en una cuestión francamente desagradable…

Guardé silencio a la espera de que concluyese su preámbulo, pero era una esperanza inútil y, finalmente, tuve que intervenir.

—Sí, estoy bastante ocupado. ¿Le importaría ser un poco más concreto?

—Se trata de la señorita Ruiz.

—¿De qué Ruiz me habla?

—Lucía Ruiz. Resulta que últimamente su comportamiento está siendo un tanto irregular. Me da la impresión de que usted tiene un cierto ascendente sobre ella y…

—No entiendo nada de lo que dice.

—En fin, es algo delicado que no desearía discutir por teléfono. Pero digamos que la señorita Ruiz se podría encontrar en una situación profesional poco grata si no modifica su actitud en el sanatorio. Me gustaría hablar con usted al respecto más tranquilamente.

—¿Qué tengo yo que ver?

—Se trata de su… pariente.

Empezaba a estar harto de ese sonsonete de Lizarbe, esa forma de referirse a mi padre como mi pariente. Y nada más lejos de mis intenciones que volver a pisar el sanatorio, así que me lo quité de encima con una evasiva. Tomás me esperaba en el despacho con el teléfono en la mano.

—Otra llamada para ti —canturreó con resignación—. ¡Vaya día!

—¿Y Susana?

—Colgó. No parecía muy contenta de que le hayas dejado al teléfono sin despedirte. Pero no te preocupes —apuntó con un guiño ladino—, que he quedado en llevarle la cinta esta noche, cuando acabe mi programa.

Aquella llamada me proporcionó, al menos, una buena noticia: Juanjo Ballesteros estaba vivo. Y en Madrid. Anoté la dirección, recogí mis cosas, entre ellas los dos libros de mi padre que apenas había podido hojear, y escapé apresurado del despacho.

El barrio Virgen de Begoña era un poblamiento de aluvión creado durante los primeros sesenta al norte de la ciudad, justo enfrente de la Ciudad Sanitaria La Paz, donde el equipo médico de

Franco debatía sobre la conveniencia o no de prolongar la agonía del dictador. Localicé la calle entre vericuetos de escasa iluminación y aceras de tierra todavía embarradas por las lluvias de la semana previa.

Me recibió su hermana, una cincuentona desgreñada que no podía creer que alguien estuviera interesado en Juanjo. Al explicarle que era hijo de un viejo amigo, aflojó en sus reticencias y me hizo seguirle por un pasillo adornado con cuadros de saldo y figurillas horteras de las que solían endosarse a los turistas.

Impresionaba el aspecto de Ballesteros. Era un tipo coloradote casi adherido a una costrosa silla de ruedas; el escaso pelo que le quedaba no debía de haber visto el peine en los últimos días, más o menos el tiempo que su barba llevaba sin saludar a una cuchilla de afeitar, y su cara hinchada delataba el consumo de corticoides o medicamentos igualmente poderosos. Suplía la inexistente calefacción con una raída chaqueta de lana verde reforzada por coderas de cuero muy desgastadas, obviamente, por el continuo contacto con los reposabrazos de la silla. Los pantalones parecían colgarle sobre unas piernas extremadamente flacas que acababan dentro de unas zapatillas con aspecto de recién inauguradas.

Allí sentado, ocupaba buena parte de un pequeño salón lleno de fotos, entre las que destacaban varios retratos del dictador y de José Antonio, y una en la que él mismo recibía en su pecho una condecoración de manos del propio Franco. Permanecía absorto ante el televisor, aunque daba la impresión de estar ausente de las jugadas, comentarios y goles que le ofrecía «Estudio Estadio». Me presenté como hijo de Carlos y, con voz cascada, replicó que no conocía a ningún Carlos. La foto de la boda funcionó como si un resorte lo despertase.

—¡Ah, coño, Asensi! ¡Qué cabrón! Tenía un par de pelotas, tu padre. ¿Quieres tomar algo?

—No, muchas gracias.

Se deslizó con dificultad hasta un mueble bar de formica para servirse un copazo colmado de chinchón y dejó la botella ante mis narices sobre la mesa camilla.

—Perdone que me haya presentado tan de improviso —me excusé—, pero he conocido su dirección hace apenas una hora y tenía mucho interés en que me hablase de mi padre. Porque usted

lo conoció en una época de la que no tengo muchos datos.

—Joder, pues ya has tardado años en interesarte. Bueno, los jóvenes sois así: a mis sobrinos, sin ir más lejos, les importa un carajo su tío, su padre y la madre que los parió. Pues lo pasamos cojonudo tu padre y yo. Me lo presentaron allá por el… —cerró los ojos para bucear en la memoria— cuarenta y tres. Yo trabajaba en la Brigada de Información, la político-social, para que me entiendas. Él picaba más alto, amigo: había trabajado con Uranga. ¿No sabes quién fue Uranga? Uno de los genios del espionaje español; él solito volvió grillados a los rojos durante más de dos años. Figúrate que llegó a entrevistarse con el jefe de la República haciéndose pasar por militar francés… Era la hostia, de verdad. La victoria del Ebro, aunque nadie lo haya reconocido, en buena parte se la debemos a él, porque nos ayudó a aguantar la ofensiva roja antes de que estuviéramos preparados para el contraataque.

—Pero su jefe, ¿no era Santiuste?

—Sí, ése era. Lo de Uranga fue durante la guerra, pero luego, cada mochuelo a su olivo, ya sabes. Después, siempre trabajó con Santiuste, que yo sepa. Bueno, a lo que iba: nos encargaron un trabajo detrás de los Pirineos; un trabajo raro, coño, porque lo normal habría sido cruzar los montes para darles matarile a unos cuantos rojos, lo que habríamos hecho con mucho gusto… A mis padres los fusilaron los comunistas, ¿sabes? —Sorbió un trago sin esperar respuesta.

—También a uno de mis abuelos.

—Vaya, no me extraña. Pues no, no era eso. Lo llamaron la Operación Niebla y era la hostia, porque vamos a ver: en una guerra tú tienes tus enemigos, por un lado, y tus aliados por el otro. Y sabes quién es cada cual. Y el sentido común te dice que si robas, matas o jodes a alguien, debe ser al enemigo, ¿no? —Yo asentía sin entender demasiado el galimatías alcohólico de Juanjo Ballesteros—. Bueno, pues la Operación Niebla consistía en robar a los alemanes con la ayuda de los rojos.

Lo miré incrédulo, y él se rió, satisfecho de haber provocado mi desconcierto.

—¿Está seguro de que la persona de la que habla era mi padre?

—Sí, hombre, sí. Tu madre se llamaba Carmen y era una tía de bandera. ¿O no? Pues ya está. Pero lo que te digo fue antes de esa

foto, antes de la boda. Teníamos que hacernos pasar por comunistas, unirnos al maquis, llegar a París y dar un palo a los alemanes. ¿Entiendes ya por qué le pusieron ese nombre? Joder, había que andarse con pies de plomo, porque tener que convivir con el enemigo como si fueras un rojo de mierda y, llegado el momento, jugársela a las
SS
, era para tenerlos bien puestos. Y tu padre los tenía, y yo, y Niceto.

—¿Niceto?

—Sí, Niceto Andújar era el tercero del grupo, un tío de pelo en pecho; también de la Brigada, aunque estaba destinado en Valladolid.

—¿Y cómo fue esa operación que dice?

—Cojonuda —aseguró, hinchando el pecho hasta donde podía—. Ni los alemanes la podrían mejorar. Antes que nada, tuvimos que aprender a movernos entre los rojos, a tragarnos la bilis y mordernos fuerte la lengua cuando el fulano de al lado se cagaba en Franco o te saludaba con el puño en alto. No fue fácil, no creas, pero nos jugábamos las bolas, chaval, y eso es cosa seria. El caso es que llegamos hasta la frontera, sube y baja lomas y picachos, hasta llegar al punto de encuentro. Allí nos recibió una tía, una francesita que chapurreaba el español. Estaba buena la jodida roja. ¿Cómo se llamaba?… Oriana, o así.

—¿Orianne? —creo que grité.

—Algo parecido. Yo no entiendo el gabacho. Ella nos llevó hasta París: andando por la noche, escondidos en camionetas, saltando de tren en tren. Parecía un tío por los huevos que le ponía, pero estaba muy buena, tan buena que en uno de esos vagones, si no llega a ser por tu padre que nos metió en cintura, cae. Vaya que si cae.

La mirada de Ballesteros se perdió repentinamente en el vacío. Por su gesto, temí que sufriera ausencias de memoria, y que lo que había empezado con tan buen pie acabase en desastre.

—De ésta se nos va, ¿eh? —dijo, absorto en uno de los retratos de Franco—. Es que ya es muy mayor. —Tomó de la cómoda la foto de su homenaje y puso su índice en la medalla—. Mira: la gané por esto —señaló con desprecio su silla de ruedas—. Muy cara me salió, joder, demasiado cara.

—¿Y qué pasó en París? —lo interrumpí.

—¿París? Ah, coño, París. Una mierda, hombre —se sirvió otra copa—. Todo el mundo habla de París, pero no vale un carajo. Llegamos por la noche y nos llevaron a un piso. Había allí una banda de terroristas, algunos españoles. Nos repartieron armas alemanas. Bajamos a un patio y nos montaron en una camioneta, escondidos entre cubos de basura. Éramos ocho: nosotros tres, dos rojos antiespañoles, de Cartagena o por ahí, dos franceses y la chica. Cuando paró la camioneta, entramos echando leches en un portal que alguien debía de haber dejado abierto para nosotros. Aquello era enorme, como un palacete o algo así, con escaleras muy anchas y alfombras rojas que apagaban el ruido de nuestra carrera; parecía un museo. Todo sucedió muy deprisa. Los franceses se quedaron en la puerta del salón y los demás entramos a toda leche para cubrir otras dos puertas que había al fondo. Tu padre se puso a buscar entre las cristaleras y los mostradores. De repente, ¡catacrás!, pegó una hostia a un cristal y arrampló con todo lo que había dentro.

—¿Robaron el museo? ¿Por qué?

Ballesteros estaba embalado y no hizo el menor caso a mi pregunta.

—Salimos zumbando, y casi nos tropezamos con los cuerpos de dos chavales de las

SS

que habían degollado los cabrones de los gabachos. A mí se me encendió la sangre, y te juro que me costó un huevo no armar la de dios es cristo allí mismo. Volvimos a escondernos en el camión de la basura y otra vez de vuelta a la lobera, ya sabes, el piso aquel; allí se apearon los demás y se llevaron las armas. Nosotros seguimos entre desperdicios un buen rato más, con aquella tía; no pegamos ojo en toda la noche. Ella nos sacó de la ciudad y luego, con las mismas artimañas que en la ida, nos puso en la frontera. Niceto y yo nos quedamos con ganas de mandarla al otro barrio, pero tu padre dijo que podía ser útil en el futuro y la dejamos ir; al fin y al cabo, él era el jefe de la operación. Entre tú y yo, de hombre a hombre, creo que Carlos se la había beneficiado. Pero Niceto se había quedado con la calle y el número de la lobera; de vuelta a España, los denunció en el consulado alemán de San Sebastián, y fijo que les dieron matarile —dijo, apuntando su índice hacia algún punto en la pared.

—¿Y qué fue lo que trajeron de allí?

—¡Ah!, no lo sé. Carlos lo entregó en Madrid. Teníamos que cubrir una operación y lo hicimos; cojonudamente, por cierto.

—¿Nunca sintió curiosidad?

—Sí, claro que le pregunté a tu padre. Me dijo que era arte, pero yo creo que me estaba tomando el pelo. Digo yo que a qué gilipollas se le iba a ocurrir montar una operación tan complicada para robar arte. Y menos, a los alemanes. ¡Coño, era más fácil pedírselo! No, de eso nada, tuvo que ser algo gordo, porque no hay derecho a arriesgar la vida de tres tíos que se visten por los pies si no es por una razón muy seria.

Una tristeza repentina recorrió su cara, que parecía pelear contra esa visita amarga.

—Tú no sabes lo que nos costó aquello. —Con un nuevo trago vació la copa—. A mí —explicó con desgarradora ironía—, este trono; parezco el rey de la mierda, ¿verdad? Sí, hombre, no te cortes: el rey de la puta mierda, con… —calculó, mirando al techo— no sé, más de treinta años de reinado —giró su brazo extendido— sobre este territorio asqueroso. Pero si ni siquiera puedo ir solo hasta La Paz, hombre. El Caudillo se muere ahí, delante de mi casa, y tengo que suplicar para que alguien me acerque. Y todo por aquel gesto heroico. Me frieron a tiros, ¿sabes? Por la espalda, claro. Aquellos tres hijos de puta corriendo por la calle Hortaleza es lo último que recuerdo antes de quedarme tieso. Me desperté días después y me dieron la noticia: «Señor Ballesteros, tiene que hacerse a la idea de que no volverá a andar». Tan educados, los gilipollas, con sus batas blancas… Mamones revoloteando a mi alrededor.

—Quiere decir que le dispararon por lo de París.

—Los rojos no perdonan, hijo. Habíamos denunciado su guarida a los alemanes. Era de cajón que estaba relacionado, como lo estuvo el asesinato de Niceto en Valladolid, ocho meses antes. Al principio no nos llamó la atención; los terroristas habían elegido a Niceto como podía haber sido cualquier otro: bastaba con pillarte desprevenido. Pero después, con lo mío, empezamos a olernos lo peor. Y luego, Carlos. No hubo más atentados en los meses anteriores o posteriores. Demasiada casualidad.

—¿También mi padre?

—Tres o cuatro meses después que yo. Aunque tuvo suerte, y sólo lo arañaron. Sí, chaval, era un plan muy preparado.

Como una brumosa estampa arrinconada, me vino a la memoria aquella cicatriz en el brazo de mi padre, y su versión, destinada a saciar mi curiosidad infantil, de que se trataba de una vieja herida de guerra.

—Pero el destino es jodido, ¿verdad, chico? —Ballesteros seguía abstraído en su relato, convertido casi en monólogo—. Y lo que no consiguieron los rojos con sus balas lo hizo a traición una borrasca. Lo sentí mucho, porque tu padre era un tipo cojonudo de verdad. Estuve en su boda, ¿sabes? ¿Seguro que no quieres una copa?

Llegué a casa confuso y abatido. Todo se complicaba, y tenía la sensación de atrapar agua que se me escabullía entre los dedos: primero, había descubierto que mi padre era un facha militante; después, que ese calificativo se quedaba corto ante un verdadero agente fascista, con una biografía que en nada se parecía a lo más extremo que habría podido sospechar. Y por si fuera poco, lo del atentado. Cada vez me resultaba más evidente que la muerte de mi madre no había sido fruto de la fatalidad: si una vez fallaron, ¿por qué no iban a intentarlo de nuevo? Ella, con otros muchos, habría pagado las consecuencias de un nuevo fracaso, porque tampoco en esa ocasión habían conseguido acabar con él. Además, estaba lo de Orianne. ¿Qué había significado aquella mujer para mi padre? Mucho, si es que sus dibujos reflejaban la angustia más compulsiva de su inconsciente. Y en tal caso, si ese nombre correspondía a una persona real e importante en su vida, si era la expresión de un suceso cierto, ¿por qué no habrían de serlo también el resto de los dibujos?

Ansiaba contarle a Lucía lo que había descubierto, aunque el simple hecho de pensar en ella me deprimía, porque estaba firmemente decidido a apartarle de aquella trama turbia y, como consecuencia, de mi vida. Necesitaba dormir, alejarme como fuera del carrusel enloquecido de las últimas horas, encerrarme en una amnesia voluntaria con la esperanza de que el nuevo día despejase un poco mi mente a punto de estallido. Pero tenía que llamarla, me había comprometido a informarle de la decisión que adoptase.

Dudaba aún cuando marqué su número, y al escuchar su voz me sentí más indeciso y espeso que antes. Me contó que había pasado

la tarde con un amigo y tuve que dominar un primer amago de rabia, convencerme de que debía asumir con naturalidad nuestra definitiva desvinculación si quería conservar mi equilibrio personal; algo más que complicado, porque me sabía irracionalmente atraído por ella y la distancia no hacía sino confirmarlo. Por mi parte, le mencioné la llamada de Lizarbe.

—No me extraña nada de ese hombre —respondió, muy seria.

—¿Qué ha pasado?

—Pues que me ha pillado fisgando en sus archivos. Quería comprobar si en el historial de Carlos consta la medicación de que te hablé. Y no aparece, como suponía. Hemos tenido una escenita: que si estoy interfiriendo, que si soy poco profesional, y que me ande con cuidado. En fin, tonterías.

—Nada de tonterías, Lucía. No quiero que te arriesgues a perder el trabajo por mi culpa.

—¡Bah!, no hagas caso. Es un bocazas.

—Oye, he estado todo el día dándole vueltas. A lo que hablamos anoche, ya sabes: lo que me dijiste de la relación casi profesional y demás.

—Sí, ya sé lo que te dije.

—Es muy difícil para mí —confesé.

—Ya lo supongo.

—Creo que es mejor que no sigas en esto.

—¿Por qué?

—Pues por eso, porque no quiero que te perjudique. Mañana iré a ver a Lizarbe e intentaré arreglarlo, pero, por favor, olvídate de Carlos Asensi y de su hijo Ricardo.

—Y tú olvídate de Lizarbe —replicó, enérgica—. Me basto para solucionar este asunto.

—Estoy seguro de ello, pero te has metido en este lío por mi culpa.

—Yo me meto en los líos que quiero, y tú no tienes nada que ver —parecía ofendida.

—De acuerdo, hablaré con Lizarbe y se acabó. Quiero que dejes esta historia.

—Sigues sin darme una razón convincente para hacerlo.

En ese momento me pareció una gran estupidez mi plan previo, eso de decirle que prefería la distancia antes que resignarme a verla

sin poder acercarme ella; porque no era cierto, porque no estaba dispuesto a renunciar a su presencia: volverme virtualmente mudo, ciego y manco frente a ella me parecía ahora algo benigno ante la alternativa de no volver a verla. La posibilidad de que Lizarbe le hiciera la vida imposible por mi causa no parecía, sin embargo, suficiente coartada. Tampoco quería preocuparle con lo de la advertencia anónima, así que era preferible quedar como un imbécil.

—Porque yo también me basto y me sobro solo —concluí.

—¿Tantas horas pensando para soltar esa frase idiota?

Mi padre se levantó las mangas del chaqué y de la camisa para enseñarme su cicatriz. Julián Santiuste paseaba, pensativo, de un lado a otro. Juanjo Ballesteros se escabulló hasta un rincón a llorar sus penas. Mi madre charlaba tranquilamente con el resto del grupo. Todo en blanco y negro. Al fin y al cabo era una foto, una vieja foto. Yo intentaba comunicarles algo, aunque apenas podía distinguir mi voz como un eco lejano. Tal vez preguntaba, pero no había respuestas por su parte. Al fin y al cabo, sólo era una vieja foto en blanco y negro que se había apoderado de mi sueño.

Esteban Lera me señalaba con su pipa, recostado en el sillón, fuera de foco:

—Abre los ojos, Asensi, no pierdas detalle.

Y los abría, ¡vaya si los abría! Pero aquella foto se aferraba a la idea de ser un mundo aparte que no permitía mi incorporación. En un esfuerzo más por intervenir, grité a mis padres que los perdonaba, que ya estaba bien de mantenerme al margen. Sólo Santiuste reaccionó: detuvo su merodeo y, mirando a la nada, dijo con autosuficiencia:

—Estás loco, muchacho. No existes. Deja ya de molestar.

El doctor Lizarbe se había desprendido de su bata blanca y la colgaba de una percha entre carcajadas. Me susurró al oído:

—Su… pariente no parece muy dispuesto a hablar. Quizá sea necesario que intervenga un profesional.

Lo aparté de un manotazo: no pertenecía a ese lugar, a ese espacio privativo de mi pasado; él protestaba, pero yo era más fuerte y su figura empequeñeció ante mis ojos hasta desaparecer. Luego llegó esa voz anónima, cavernosa y persuasiva, que me repetía una y otra vez:

—Sólo es una foto, Ricardo; sólo es una foto. No es bueno perseguir fantasmas. ¡Rómpela y se acabó!

Hice un último esfuerzo para gritar el nombre de Orianne. Mi padre sonrió, pero yo no podía saber si su gesto era una respuesta o formaba parte de su conversación con los amigos. Juanjo Ballesteros hizo rodar su silla hasta el centro para vocear, enloquecido:

—¡París no vale un carajo! ¡París no vale un carajo!

Al fin y al cabo, sólo era una foto, una vieja foto en blanco y negro.

No entraba en mis planes que el tiempo me jugase esa mala pasada. La lluvia que me había despedido en Madrid se transformó en una densa nevada que empezaba a cubrir la sierra, y transitar Navacerrada sin cadenas se me antojó casi una hazaña. Habría sido preferible tomar la carretera de La Coruña y subir Guadarrama, un puerto más suave y con paso subterráneo; un viaje más largo, aunque menos complicado. De nada servía especular ahora: estaba metido de lleno en la ventisca y las curvas de descenso hacia La Granja me tenían suficientemente ocupado como para concentrarme en otra cosa que no fuera un parabrisas despejado y la calefacción al máximo. Y como telón de fondo, la resaca de pesadilla de la pasada noche, que me había dejado una ácida sensación. Mi cabeza exigía un poco de orden, so pena de convertirse, tarde o temprano, en jugoso terreno para la psiquiatría. Por asociación de ideas, recordé el ridículo telefónico protagonizado ante Lucía, aunque lo aparté sin problemas del pensamiento: mejor quedar como un idiota que permitir cualquier riesgo para ella.

Lo que había proyectado como un viaje rápido antes de pasar por la emisora fue un tormento de casi tres horas hasta llegar a Quitapesares. El paisaje allí era muy distinto al del primer día: una soledad blanca se derramaba ahora desde la puerta de la finca hasta el edificio como un anticipo de postal navideña que atrapaba la vista. Lizarbe no me esperaba; desde luego, no tan pronto, y menos en un día tan desapacible como aquél. Tras deshacerse en elogios por mi esfuerzo, enseguida inició un descarado intento de sonsacarme cuanto hubiese podido averiguar respecto a mi «pariente».

—Usted lo atendió con profesionalidad —dije, sujetando la mala uva que llevaba dentro—. Ya que ha muerto, ¿qué más da lo

sucedido?

—Es un reto profesional. A usted, como periodista, ¿nunca se le ha atragantado algo que no lo deja dormir?

—Convierta ese reto en simple curiosidad, y le aseguro que sus noches serán más tranquilas —repuse, evitando que sonase despectivo.

—¿Acaso usted no tiene interés en saber la verdad? Me consta que también la persigue.

—¿En qué se basa su afirmación?

—La señorita Ruiz parece muy interesada en ayudarlo —por fin lo dijo.

—Sí, ya me he enterado del incidente. Le pido disculpas en mi nombre, y también en el suyo. Le prometo que no volverá a suceder algo así. De hecho, mi relación con ella ya forma parte del pasado.

—Es muy grave su actitud —insistió—. Puedo abrirle un expediente y ponerla de patitas en la calle.

—Espero que no haga eso.

—Estoy dispuesto a hacerlo, a menos que ella colabore. —Su tono de chantaje chulesco empezaba a exasperarme.

—¿Qué entiende usted por colaborar?

—Retiene información clínica y bloquea el desarrollo del trabajo. Parece que investiga para sí misma, e ignora con negligencia imperdonable que este centro está sostenido con fondos públicos. Debe poner inmediatamente a disposición del centro los frutos de esa investigación.

—¿A disposición del centro? —repuse, burlón—. ¿O a la del doctor Lizarbe?

—Soy su jefe inmediato —apuntó altanero.

—¿Y si se negase?

—Que vaya buscando otro trabajo; aunque le garantizo que, con el informe que voy a elaborar para el colegio profesional, dudo que pueda encontrarlo.

Aquel golfo había colmado mi paciencia. Tenía que frenarlo.

—Eso es que no teme a la investigación que, naturalmente, se abriría —amenacé.

—¿Por qué habría de temerla?

—Porque estoy dispuesto a exhumar el cuerpo de mi pariente, como usted lo llama. No me cabe duda de que los forenses

encontrarán restos químicos de difícil explicación por su parte, especialmente después de leer sus falsos informes terapéuticos. Tenga cuidado, Lizarbe. Espero que la carrera profesional de Lucía aquí dure muchos años, al menos tantos como ella desee. Me consta que hay en este hospital magníficos profesionales que pelean por sacar adelante casos perdidos, que siempre piensan en el paciente antes que en el propio currículo. Puede que le parezcan mediocres a su lado; pero, aun conociéndolos tan poco, seguro que no les llega usted a la altura de los zapatos.

Era un placer contemplar cómo enrojecía de ira contenida. Me puse en pie y, desde aquella altura que me confería una repentina ventaja sobre él, afirmé la voz para endurecer mi advertencia:

—No me cabe duda de que entre sus planes a medio plazo está, como mínimo, sustituir al doctor Machuca en la dirección del centro. Pero si hace el menor movimiento contra Lucía, del tipo que sea, ya puede olvidarse de ello porque lo hundo, Lizarbe, lo hundo.

Cuando abandoné el despacho habría deseado tener un espejo delante para ver mi cara de regodeo. Me sentía radiante, con una sensación de victoria que presumía reflejada a lo largo de todo el cuerpo. Hasta la tozuda nevada que me perseguía resultaba ahora sugerente. Conduje hacia la salida, pero un deseo incontenible me hizo parar y apearme a los pocos metros. Formé una bola de nieve, tan grande que casi no me cabía en la mano, y la lancé contra el primer árbol imaginando en su corteza la cara congestionada de Lizarbe, su cuello tenso de impotencia. Lo alcancé en medio de la nariz. Todavía lo celebraba cuando recibí en la nuca un impacto fofo, y una humedad gélida se me coló por el cogote.

Al volverme, observé que Lucía preparaba una nueva bola. No esperaba un encuentro así: había elegido ese día para mi visita porque coincidía con su segunda libranza semanal y de ese modo evitaba encontrármela en el sanatorio. Era una situación tan grotesca que olvidé protegerme y apenas pude esquivar su segundo proyectil. Acepté el reto y abrimos un combate tan desinhibido en el solitario camino que cualquier testigo accidental nos habría tomado por internos en la hora del recreo.

Sólo el cansancio acabó con la batalla. Mojados, sudorosos, sorbiéndonos la nariz amoratada, acortamos la distancia hasta llegar a la altura del abrazo, sosteniéndonos la mirada. Ella fue la

primera en hablar, casi sin resuello.

—Hola, idiota.

Sin defensa ante su nueva carga, empecé a reír haciendo honor al epíteto que me había adjudicado mientras intentaba sacar el pañuelo del bolsillo.

—¿Ya estás satisfecho? —añadió—. Querías hablar con Lizarbe. Y ahora, ¿qué?

Eso: y ahora, ¿qué? Yo no habría querido salir de esa situación, de ese paréntesis casi infantil surgido como un milagro de entre las garras de una objetividad atosigante. Pero su pregunta me devolvía a la tierra.

—No creo que tengas que preocuparte más por él —aseguré, mientras intentaba inútilmente limpiar los copos que se posaban en su melena revuelta.

—Ya te dije que no me preocupa Lizarbe.

Tenía que regresar a Madrid y dar por zanjada aquella relación antes de que ella me volviera a atrapar con sus tentáculos invisibles.

—Bueno, pues ya está hecho —y apenas logré musitar una despedida—. Adiós.

—¡Es increíble! —protestó—. Llegas aquí en plan caballero medieval a defender el honor de la dama, te cargas al dragón y… ¿Adiós?

Era una halagadora metáfora, muy literaria y un tanto desconcertante, pero no iba a dar mi brazo a torcer.

—Dijiste que lo pensara —argumenté—, y lo he pensado. Creo que es lo mejor, ya te digo.

—Te pedí que lo pensaras, pero no has tomado la decisión de tu corazón, sino la de tu cerebro.

—No me vengas con tus juegos de palabras, Lucía. No es bueno que sigamos, y eso basta.

—¿Para quién no es bueno?

—Para ti —confesé.

—Vaya, de nuevo el caballero. ¿Y para ti lo es?

—Si no es bueno para ti, tampoco para mí.

—Ahora eres tú quien hace juegos de palabras. ¿Por qué no admites la verdad?

—¿Cuál es la verdad?

—Pues la verdad, Ricardo, es que tienes miedo, un miedo

tremendo.

—Te lo acabo de reconocer: no quiero crearte problemas.

—Ya —parecía buscar la frase correcta—. Mira, si anoche me hubieses dicho que estás colado por mí y que prefieres renunciar a nuestra relación porque no eres capaz de soportar la prueba de verme cada dos por tres como una simple colega de trabajo, yo te habría dicho que eres un cobarde. Y lo habría aceptado, aunque sé que no eres un cobarde.

—¿Ah, no?

—No. Tienes entereza para enfrentarte a los hechos. Y si anoche me hubieses dicho que estás colado por mí y que prefieres seguir viéndome a pesar de tener que reprimir tus deseos de otro tipo de relación, yo te habría dicho que eres muy valiente. Esto es lo que de verdad deseas, y lo que yo sabía que ibas a decidir. Si has optado por retirarte con el argumento de no perjudicarme, es porque también has recibido esa absurda llamada.

Se me hizo un nudo en la garganta, pero conseguí preguntar.

—¿Qué llamada?

—Pues la misma que recibí yo: que si dejemos de fisgar, que si es malo que nos encariñemos… ¿O no?

—Con esas mismas palabras.

—¿Sabes lo que te digo? Que me importa un comino. Nadie me va a decir dónde debo meter las narices. Es más, esa llamada me ha abierto el apetito de conocer. —Lo decía exultante, poseída de un genial espíritu de rebeldía—. Así que vamos a seguir juntos en esto. Olvídate de mis condiciones: si se te cae la baba y te doy calabazas, te aguantas; si no te las doy, mejor para ti. Y, en este caso, supongo que también para mí.

Nos secamos de los efectos de la nevada entre los acordes del *blues* cálido y psicodélico de David y Linda Laflamme, las dos almas de
It's
a Beautiful Day. Me sentía otro. La idea de no perder el contacto con Lucía me había hecho recobrar ilusiones, y su decisión de ligar nuestro futuro inmediato a pesar de los problemas que esa circunstancia pudiera acarrearnos me demostraba, si aún no estaba convencido de ello, el sólido carácter que había tenido la fortuna de encontrar en mi camino.

Le conté atropelladamente cada detalle del día anterior, especialmente las entrevistas con Santiuste y Ballesteros, y el mal sabor que ambas me habían dejado.

—Entonces Orianne es, o era, un personaje de carne y hueso —dijo—. Eso nos lleva a suponer que tus sospechas sobre lo del avión son también ciertas. Y digo a suponer, porque el hecho de que una de las obsesiones vertidas en el dibujo se ajuste a referencias reales no garantiza que lo sean todas.

—Igual pienso yo, pero no voy a parar hasta averiguar la verdad sobre el avión. Ya te digo que cuando se lo sugerí a Santiuste, le mudó la cara. Es una lástima que no hubiera hablado con Ballesteros antes de verlo a él. ¿Puedo usar tu teléfono?

—¿Tú qué crees?

Marqué el número del despacho de la Torre de Valencia. Santiuste estaba ocupado preparando una conferencia, o ésa fue la excusa que empleó la secretaria.

—Dígale que Ricardo Asensi necesita hablar con él, y que algunas revistas estarían encantadas de conocer algo de la Operación Niebla. Dígaselo así, con estas mismas palabras.

Hablé luego con Esteban Lera, que parecía especialmente excitado. Al referirle mi situación —eso sí, un poco exagerada— de práctico aislamiento en Segovia por la nevada y la dificultad de regresar a Madrid, no me fue difícil imaginar su rostro congestionado, su mandíbula tensa, la garganta mascullando sordos improperios.

—¿Cómo se te ocurre ir a Segovia un día como hoy? —berreó por fin—. ¿No lees a diario los partes meteorológicos? ¿En qué mundo vives? Las Cortes están decidiendo ahora mismo la descolonización del Sahara y tú te permites el lujo de no estar —incorporó a su bronca un par de juramentos—. Casi se cargan a Domingo Iturbe y el señor Asensi en paradero desconocido…

—¿A Txomin?

—Sí, señor; en Bayona. Tenía una bomba en el coche y se salvó por pelos.

—¿Quién ha sido?

—¡Y yo qué sé, joder! Ya te puedes imaginar… Los de ETA están muy agitados con el acoso que sufren al otro lado de la

frontera, y puede pasar cualquier cosa en cualquier momento.

—¿Y qué más?

—¿Qué más? Pues lo más, Asensi. La situación de Franco es crítica: los médicos ya no se atreven ni a intervenirlo, es cuestión de horas. Te necesito aquí. Y te necesito ya.

—No puedo. Que se encargue otro; Ciges, por ejemplo.

—¿Ciges? Antes iría al zoológico a contratar un chimpancé. Tú eres el redactor jefe de esta emisora. ¡Imagínate que se muere Franco!

—Pues si se muere, sólo te serviré allí para calentar silla, porque te obligarán a conectar con Radio Nacional y no vas a poder decir ni pío. Ya sabes: los enanitos no tenemos capacidad de maniobra.

—No digas mamonadas. En serio, ¿va para largo tu negocio segoviano?

—Un par de días, tal vez —dije, abusando de su momentánea flaqueza.

—¿Tanto?

—Mira, Esteban: no creo que me puedas acusar de escaquearme, ¿verdad?

—¿Crees que iba a aguantar a un vago en mi plantilla?

—Lo dudo. Pero sabes de sobra que el verano pasado, cuando Franco tuvo el arrechucho, me tiré un mes metido en el hospital haciendo el payaso en la sala de espera. De octubre acá he pasado días y noches frente al palacio de El Pardo y en la emisora, en una guardia que todos sabíamos tan infructuosa como agotadora. Me debes más de un mes de vacaciones. No creo que se vaya a hundir el mundo por ausentarme un par de días con motivo de un problema familiar. ¿O es pedirte demasiado?

—No, coño, no lo es. Si quieres puedes coger dos meses cuando esto haya pasado, pero es que ahora es el peor momento. Dos días nada más, ¿eh, Asensi?, dos días. Pero si Franco muere antes te quiero ver en el funeral, o nos veremos en el tuyo.

—Así que te tomas dos días libres —dijo Lucía cuando colgué—. Una buena razón para celebrarlo. Asun no volverá hasta las tres. Le dejaré una nota para que no me espere. ¿Comemos fuera?

Nos acomodamos en uno de los restaurantes de la plaza Mayor. Apenas había comensales y eso nos permitió hablar sin demasiado trajín alrededor.

—¿Tú crees —dije— que la tal Orianne tuvo algo que ver en lo del avión?

—Es una posibilidad, en el caso del primer atentado que sufrió Carlos. Si el maquis se la tenía jurada… Pero si lo del avión fue igualmente un atentado, me parece mucho tiempo de espera. El odio no suele ser tan paciente.

—Quince años desde el cuarenta y tres.

—Demasiados —reiteró—. Además, tampoco sabemos si esa mujer sobrevivió a la guerra o si la denuncia del compañero de tu padre causó su muerte poco después.

—Recuerda los dibujos: el avión y Orianne están dibujados en negro, aunque él empezó a escribir el nombre en rojo y se arrepintió. Tú misma dijiste que pudo haber una intención en los colores elegidos, o en los grupos que forman, ¿no? Creo que están suficientemente relacionados como para que tu hipótesis sea cierta.

—Sólo dos de ellos. Falta por explicar lo de TORCIA. ¿Qué sentido tiene una palabra en italiano?

—¿No escribió también en un alfabeto desconocido? Por cierto, ¿has averiguado algo nuevo con el libro que te llevaste?

—Paciencia, todo se andará. Espero buenos resultados. —Levantó su copa en un brindis por ese desenlace—. De momento, vamos a ver a Norberto Ulloa.

—¿Te referías a él cuando ayer me dijiste que habías pasado la tarde con un amigo?

—No, no me refería a él —me decepcionó la respuesta, pero me negué a estropear el momento con mi ridícula suspicacia y preguntas inoportunas.

Ulloa no vivía lejos. En Segovia nada me parecía lejos, pero el piso de su hermana estaba en una de las calles céntricas que desembocaban en la plaza Mayor, una larga y estrecha que moría a los pies del Alcázar. Nos recibió él mismo. Era de mediana estatura y complexión ancha; tenía el pelo completamente blanco, cortado a cepillo, y su cara sonrosada le habría dado el aspecto de un abuelo bonachón de no ser por una fina cicatriz que le cruzaba la ceja y rompía esa imagen de inocencia; tras las gafas, en uno de sus ojos azules como el cielo de verano, se empezaba a mostrar el implacable avance de la catarata. Enseguida reconoció a Lucía y, afable, nos invitó a sentarnos. Yo me mantuve callado y le dejé

hacer a ella, que se interesó primero por su estado de salud y después comentó la visita que habíamos hecho a su hija. Él nos explicó que vivía en Madrid, aunque desde su jubilación, siete años atrás, pasaba también buenas temporadas en Segovia, con su hermana. Él era viudo y su hermana había quedado para vestir santos, argumentó, conque nada mejor para ambos que hacerse compañía de vez en cuando en la soledad de la vejez y, de paso, dejar a su hija vivir su vida de casada sin el estorbo de un padre quisquilloso al lado.

—Aunque no puedo fiarme mucho de mi pobre hermana —confesó, en voz baja—. Está enamorada del obispo. —Lucía me miró con aire cómplice—. Cualquier día se va a organizar un escándalo. Por eso vengo a menudo, para impedir que haga una tontería. ¡A sus años!

—Sí que parece un problema —terció Lucía—. Pero usted, Norberto, es suficientemente capaz de arreglarlo. Yo lo conozco bien, y seguro que convence a su hermana; aunque no debe aparecer pesado con esta cuestión ni ser duro con ella. Si quiere, yo podría intervenir; a lo mejor entre los dos podemos arreglarlo.

—¡Ni se le ocurra! Es muy terca y lo niega una y otra vez. Además, no querría avergonzarle con la noticia de que alguien, aparte de mí, está enterado de su aventura.

—Me parece muy sensato. He traído a un amigo, Norberto. Se llama Ricardo. —Él me hizo un gesto cortés con la cabeza—. Es hijo de Andrés, ¿se acuerda de Andrés?

—¡Cómo no iba a acordarme! No hace una semana que está en el camposanto. ¿O hace más tiempo? —Se detuvo un instante a reflexionar—. Bueno, lo que sea, pero este señor no es hijo de Andrés.

—Sí que lo soy —protesté.

Lucía me hizo una seña para que callase y tomó la palabra. Entendí que era preferible que ella llevase el interrogatorio.

—Ricardo es hijo de Andrés. Usted no lo conocía, ni yo tampoco; pero es cierto.

—Andrés no tenía hijos —afirmó, con seguridad.

—¿Se lo dijo él? —insistió Lucía.

—Es indiscutible. Si Andrés no era Andrés, ¿cómo iba a tener hijos Andrés?

—¿Qué es eso de que Andrés no era Andrés? —presionó ella.

—Para que me entiendan: utilizaba ese nombre para comunicarse con la gente corriente, pero le gustaba que los amigos lo llamasen Majestad. Yo siempre lo hacía así.

—Claro. Usted vivió con él una buena temporada, y luego lo visitó un montón de veces. A la gente corriente nunca nos hablaba, y nosotros tampoco somos buenos comunicándonos con el pensamiento. ¿Nunca le explicó quién era y de dónde venía?

—No parábamos de hablar. Paseábamos, comíamos, dormíamos, pero siempre nos hablábamos. Conozco su historia como si fuera mía. Yo creo que hasta mejor que la mía.

—¿Le importaría contársela a mi amigo?

—Es muy simple. Su esposa, la reina Carmen —me hizo un pirueta el corazón al oír el nombre—, había muerto en un accidente. Él la amaba tanto que enloqueció. Vagó anónimo durante años sin encontrar consuelo, y el mundo perdió la memoria de su nombre. Y él perdió la del mundo; sólo el nombre de su esposa le quedó como herencia de su pasado. Hasta que, por fin, llegó a Quitapesares y pudo descansar y confiar a alguien su dolor. Ese alguien soy yo, como ya habrán deducido.

—¿Él le dijo todo eso? —preguntó, escéptica, Lucía.

—¿Quién si no?

—Hace años, cuando él aún vivía, usted me contó una historia muy diferente, algo sobre un castigo eterno por haber mirado de frente a Saturno. ¿No lo recuerda?

—No lo he olvidado. Pero sólo era una invención, una leyenda: él no me habría perdonado nunca que hubiese contado su verdadera historia.

—¿Alguna vez le habló de Orianne? —dije, cansado de esperar.

—¡Aahh, Orianne! —suspiró profundamente—. Pues no, nunca me habló de él.

—Orianne era una mujer —argumenté.

—Imposible —dijo.

—¿Por qué?

—Siempre me hablaba de mujeres. Y si Orianne era una mujer no me lo habría ocultado.

Hice una seña a Lucía: aquella visita no tenía sentido. Ella le dio amablemente las gracias y puso fin al despropósito. El viejo nos

acompañó hasta la puerta y, cuando nos despedíamos, dedicó a Lucía una mueca de secreta complicidad.

—Este señor —dijo, señalándome discretamente, aunque yo lo podía oír con toda claridad—, tampoco es hijo de Carlos. No lo crea si dice que lo es.

Lucía y yo nos miramos atónitos.

—¿De qué Carlos habla, Norberto? —reaccionó ella.

—De Su Majestad. Su Majestad se llamaba Carlos. Ése era su nombre secreto; ahora que ha muerto, ya se lo puedo decir. Y no tenía ningún hijo.

—¿Él le dijo eso, que no tenía ningún hijo? —pregunté.

—Él sólo había guardado un nombre en su recuerdo del mundo: el de su amada reina Carmen. Los demás nombres sólo eran… —improvisó un gesto teatral y lo mantuvo hasta que encontró la palabra adecuada— polvo.

Necesitábamos despejarnos de semejante avalancha de insensateces. Lucía me propuso un paseo por la ciudad y asumí con entusiasmo la idea de tener un cicerone privado como ella. Seguía nevando, aunque el tránsito de gentes y vehículos impedía que los copos cuajaran sobre la piedra o el asfalto, y sólo los tejados mantenían su capa blanca. Refugiados bajo el mismo paraguas, su brazo agarrado al mío me daba mucho más calor que el que cualquier físico pudiera calcular con sus complejas fórmulas de rozamiento. Por fin, agazapado en el placer venial de su contacto, confesé mi perplejidad por la tragicomedia que acabábamos de vivir: lo de aquel hombre superaba cuanto había podido imaginar por los comentarios previos de Lucía.

—Ya te dije que puede irritar al más sereno —comentó, divertida, mientras descendíamos la calle hacia el Alcázar.

—Su pobre hermana es una santa. Vivir a su lado debe de ser terrible.

—Pero no todo eran invenciones, Ricardo. Demasiadas coincidencias para serlo.

—Ya lo sé. Y eso es lo que me ha dejado peor sabor de boca —admití—. Mi padre sabía quién era o, por lo menos, tenía una vaga idea de ello. Y se acordaba de mi madre, de su nombre, y de su muerte.

—La descripción de Norberto sobre su historia está llena de

coherencia a pesar de los ropajes fantásticos de que él, o el propio Carlos en su narración original, la han investido. El accidente de Carmen tuvo que ser terrible para tu padre: perdió la razón, se desenganchó absolutamente de todo.

—¿Es eso verosímil?, desde la teoría psicológica, quiero decir.

—Puede serlo. ¿Lo has visitado alguna vez? —dijo, al llegar a la puerta de la explanada del Alcázar.

—Sí, de chaval, con el colegio. Segovia, con su alcázar, su catedral y su acueducto, era una de las excursiones obligadas cada año. Y, si no, Toledo, El Escorial o el Valle de los Caídos: no fallaba.

—Pero nadie te habrá contado sus secretos —puso una graciosa cara de misterio.

—Creo que no, pero ya estoy dispuesto a escucharlos —admití, al franquear la verja.

—Es un lugar especial: aquí mismo, en este terreno que pisamos, se levantaba la vieja catedral. He subido ahí arriba muchas veces —confesó Lucía, mientras paseábamos por los jardines nevados—; siempre que puedo, intento sentarme un rato en las ventanas de sus salas superiores e imaginarme qué sentirían allí las gentes de hace cuatro, cinco o seis siglos. Desde ellas, la iglesia de la Vera Cruz parece una señal surgida caprichosamente entre las lomas, como si hubiera querido alejarse del bullicio de la ciudad más allá de las murallas. Dicen que la levantaron los templarios en el siglo XII. La verdad es que es muy curiosa y, según cuentan, hay quienes han tenido experiencias psíquicas muy particulares bajo su techo.

—Se supone que una psicóloga no puede dar crédito a leyendas —objeté.

—Eres un racionalista bastante terco.

—No —acepté de buen grado el reto dialéctico—. Sólo materialista.

—¿Y nunca te has planteado que materia y energía son una misma cosa con vestidos diferentes?

—Pues claro: es una ley física, perfectamente expresada y formulada. Materialismo del bueno.

—Pero mientras conocemos gran parte de las formas en que se presenta la materia, estamos en pañales sobre los aspectos que puede adoptar la energía. Además, no te he dicho que yo crea en ciertas teorías, sino lo que se cuenta —dio por zanjada la

discusión—. ¿Sabes que este sitio fue habitado ya por los celtas?

—Creí que lo había construido un Alfonso… ¿sexto?

—Y así es, pero antes que él, estuvieron aquí celtas, romanos, visigodos y árabes. Ahí abajo —señalaba a los pies de la fortaleza— hay cimientos de una ciudad romana, levantados con piedras exactamente iguales que las del acueducto.

—¿Los has visto?

—¡Qué más quisiera! No te dejan bajar a los sótanos: es uno de sus grandes secretos. Desde allí salen túneles y pasadizos que llevan hasta el otro lado del río, al sur, donde estaba el antiguo cementerio judío, y otros que lo comunican con palacios e iglesias de la ciudad.

—Me tomas el pelo.

—Es cierto —dijo, risueña—. Ya te he dicho que este sitio es increíble, y en él han sucedido cosas de película.

—Eso me lo sé; de algo me tuvieron que servir tantas visitas escolares. Aquí celebró Felipe II su cuarto matrimonio, con Ana de Austria; y aquí coronaron reina de Castilla a Isabel la Católica.

—Bien en lo de Felipe, regular en lo de Isabel: en el Alcázar le proclamaron reina, pero la coronaron en la iglesia de San Miguel. Para ser más exactos, en la antigua iglesia de San Miguel, que se alzaba donde hoy se levanta el templete, en el centro de la plaza Mayor.

—Abrumador. ¿Seguimos el paseo?

—¿No quieres que te cuente una historia apasionante?

—Me encantan las historias apasionantes, pero si nos quedamos parados nos vamos a congelar.

Regresamos, calle arriba, hacia la plaza, en tanto Lucía me desvelaba su anunciada y excitante historia:

—Seguro que en tus excursiones escolares no te hablaron de Mos de Montigny. Era el enviado flamenco para negociar con Felipe II cuando los ánimos andaban muy calientes por aquellas tierras. Lo encerraron en el Alcázar, acusado de trapichear en secreto con el príncipe Carlos, su gente ideó un plan genial para liberarlo. Cierto día, un grupo de músicos flamencos que decían ser peregrinos jacobeos pidió permiso para entretener a otro noble que estaba preso por una pelea. Acabado el concierto y, en vista de que un paisano suyo se encontraba entre rejas, obtuvieron autorización para entretener durante un rato las penas de Montigny. Las

canciones eran en flamenco y nadie se enteró de que lo que realmente hacían era explicarle cómo escapar. Con la excusa de que iban a descansar un rato y volverían a tocar de nuevo, dejaron sus instrumentos en la celda, y Montigny se hizo con las limas y escalas que se escondían dentro. Cuando los músicos se marcharon, cayeron en la cuenta de que en sus canciones secretas habían olvidado decirle dónde debía recoger los caballos para rematar la huida.

—Eso sí que es un guión con suspense —interrumpí, bromeando, su vehemente narración.

—¡Calla y escucha! El caso es que consiguieron introducir en uno de los panecillos del almuerzo una nota en flamenco que explicaba los pormenores finales de la fuga. Pero al guardián le llamó la atención que uno de los panecillos estuviera medio crudo, así que lo partió y encontró el mensaje. Cuando lo tradujeron, Montigny ya había hecho un buen trabajo con las rejas. Te puedes figurar lo que pasó con el panadero, los músicos y quienes lo esperaban con los caballos.

—Me lo figuro. ¿Y Montigny?

—Lo ejecutaron en Simancas a los pocos días.

—Por culpa de un panecillo crudo. Parece una fábula, aunque esperaba un relato más romántico —objeté—, con damas enamoradas y todo eso.

—¿Para ti no puede haber una referencia romántica sin una mujer de por medio? Pues te aguantas. Se acabó por hoy mi trabajo de guía turística. —Fingió enfadarse y cerró la boca.

Oscurecía cuando descendimos por la judería nueva al barrio de la Almuzara, y por sus estrechas callejas alcanzamos la puerta de San Andrés. Lucía recuperó el habla para mostrarme el abandonado cementerio judío, al otro lado del Clamores. Segovia, dijo, siempre había tratado bien a los judíos, y éstos estaban perfectamente integrados en la ciudad. Cuando a finales del XIV hubo una matanza indiscriminada de ellos en varias ciudades españolas, allí ni los molestaron. La ciudad se convirtió en un centro de acogida para ellos, y de sus hogares salieron muchos de los grandes pensadores hebreos de la época. En sus mejores años, había contado hasta con cinco sinagogas.

Admirado, le dije que parecía una enciclopedia de Segovia, algo extraordinario para tratarse de una forastera.

—Sólo una apasionada de esta ciudad —respondió entre risas—. Me gusta recorrer sus rincones en cualquier estación del año, aunque el final de la primavera me motiva más que otras. Y me encanta pasear por ella cuando nieva, como ahora, y las primeras luces de los faroles se reflejan sobre la piedra de sus calles estrechas y vacías. Es como si la piedra de Segovia tuviese vida propia.

Tenía razón. Las sombras de la judería, y especialmente los copos, ahora blandos y suaves, creaban una atmósfera especial al transitar los círculos luminosos colgados de los muros. Percibí en ella un ligero escalofrío y pasé el brazo sobre su hombro, acurrucándola levemente bajo el paraguas. Paseamos un rato más, callados, por el exterior de la muralla; yo intentaba aislarme del mundo y recoger aquella sensación de cercanía como si estuviera grabando el mejor documento de mi vida, sin perder detalle de nuestros pasos, del olor limpio de la noche, de la penumbra acogedora o el calor posesivo de su cuerpo; algo que pudiera evocar en el futuro cada vez que lo necesitase.

—¿Te imaginas que estemos persiguiendo un fantasma? —dijo ella, como en un suspiro.

—Es una hipótesis que me resulta familiar.

Reviví en silencio mi última pesadilla, con los personajes de la foto y la voz anónima que me sugería romperla y olvidarme para siempre de aquellos fantasmas.

—¿Por qué no iba a ser tan simple como contó Norberto? —insistió Lucía.

—¡Ojalá lo fuese! Mi padre, enloquecido por la muerte repentina de su mujer, lo abandona todo, hijo incluido, y desaparece. Nada más, así de fácil. Nos olvidamos de este absurdo empeño, y a partir de este momento pensamos en nuestro mundo cotidiano, ¿verdad?

—Pero tú y yo sabemos que no es así. —Dio una patada a un charco—. ¿O no?

No respondí. Volvimos al interior de la muralla por la puerta del Sol y dejamos atrás el convento del Corpus Christi, hasta llegar a la judería vieja. Al pasar frente a una de sus tascas, Lucía giró la cabeza para mirar en su interior a través de los cristales empañados.

—¿Has visto quién estaba ahí? —me interpeló, nerviosa—. Lizarbe, era Lizarbe.

—¿Y qué tiene de particular? Estará mezclando con alcohol su

mala leche.

—Es muy raro.

—¿Por qué, acaso es abstemio? Seguro que después de lo de esta mañana necesita un par de tragos.

—No, no es eso —explicó—. Lizarbe no vive en Segovia; viene a Quitapesares y se va. En todos los años que lleva en el sanatorio no recuerdo haberlo visto en la ciudad ni una sola vez. En nuestra época pacífica llegó a confesarme que no podía soportar su provincianismo.

—¡Ah, el gran cosmopolita! Menudo imbécil está hecho. Bueno, pues será que no ha aguantado la necesidad de tomarse una copa. Olvídalo.

La iluminación de la calle Juan Bravo nos hizo perder intimidad. Había dejado de nevar y Lucía plegó el paraguas. Cercana la hora de cerrar las tiendas, la gente pululaba por la zona apurando sus últimas compras. Ante el monumento al héroe comunero, me vinieron a la memoria las palabras de Santiuste sobre la campaña de descrédito lanzada por los intelectuales filonazis, mientras Lucía me explicaba detalles de cada rincón: la preciosa iglesia románica de San Martín, el torreón de Lozoya, la casa de los Picos junto al teatro Cervantes…

—Aquí se abría la vieja puerta de San Martín, la entrada principal de la ciudad —comentó—. Los reyes o príncipes tenían que jurar los fueros segovianos antes de pasar por ella. La derribaron a finales del siglo pasado. Desde aquí, de día, hay una vista impresionante de la sierra y, sobre todo, de la Mujer Muerta.

—Que coincidencia, ¿verdad? La Mujer Muerta, el lugar donde murió Carmen, una mujer que, casualmente, era mi madre.

—Lo siento —se excusó, azorada—, vuelvo a meter la pata.

—No, Lucía, no te preocupes. Ya va siendo hora de romper algunos tabúes. Sabes que cuanto antes afronte los hechos con naturalidad, mejor. Me haces mucho bien si dejas de protegerme en ese aspecto.

—Me gusta esa actitud —sonreía, y cogió mi mano—. Prepárate a correr.

—¿Qué dices?

En vez de contestar, tiró de mí mientras se lanzaba, cuesta abajo, por unas empinadas escalinatas hacia el exterior de la

muralla. Tras una serie de vueltas y revueltas por oscuras callejas, entre casas descuidadas y antros aparentemente poco recomendables, llegamos al fondo de una pequeña vaguada.

—Esto era la Bajada de la Canaleja —dijo, jadeante. Me costó responderle mientras intentaba recuperarme.

—Espero que la carrera no esté incluida en los circuitos turísticos.

—No lo está. Y ya puedes recobrar fuerzas, porque ahora nos toca subir.

—¿Corriendo?

—Nada de eso, la calle Juan de Segovia hay que subirla sin prisas.

Estaba en lo cierto: era una larga y zigzagueante escalinata que acababa frente a la iglesia de San Clemente. Desde arriba ya se podía ver San Millán y, casi al alcance de la mano, la casa de Lucía.

Había jaleo. En cuanto entramos en el portal nos dimos cuenta de que algo no iba bien. Cuando llegamos arriba, el piso estaba abierto y Asun nos recibió angustiada. Dentro había un par de vecinas y una pareja de la policía secreta, que husmeaba por los rincones.

—Han forzado la puerta —dijo Asun, llorosa.

—¿Estás bien? —se interesó Lucía.

—Sí. Yo casi acabo de llegar. Venía de la farmacia y me lo he encontrado todo así.

Lucía abrazó con mimo a su amiga, y ésta rompió a llorar.

—Tranquila, ya verás como no ha sido nada. Anda, pasa y toma algo caliente —le sugirió.

Las vecinas explicaban que habían escuchado ruidos, pero como cesaron enseguida, dejaron de prestar atención. Más tarde oyeron carreras por la escalera y decidieron mirar. No habían visto a nadie, pero al comprobar que la puerta estaba forzada llamaron a la Policía antes de entrar.

—Mejor así —aprobó Lucía—; no tenían por qué arriesgarse. Muchas gracias.

Uno de los agentes trabajaba en busca de huellas espolvoreando por cerraduras, pomos y esquinas, y el otro se dedicó a la parte burocrática del atestado apuntando identidades, domicilios, teléfonos y demás datos. Finalmente, éste pidió a las vecinas que

volvieran a sus casas y sugirió a las chicas que echasen un vistazo.

—Parece que no hay apenas destrozos —adelantó—. Da la impresión de que venían buscando algo concreto. Miren a ver si les falta dinero, joyas o cosas de valor.

Tras una ojeada superficial, decidí esperar en el sofá. Apenas conocía la casa, pero al margen de cajones abiertos, no daba la impresión de que hubiera daños serios.

—¿Es usted su novio? —se interesó el policía.

—No, soy un amigo.

—Parece que se han ido sin completar la faena —opinó—. Y la puerta está descerrajada. No es frecuente, pero, a veces, estos sujetos tienen tanta desfachatez que se dan una vuelta por la noche, y más tratándose de dos mujeres jóvenes que viven solas. Pediremos a una patrulla que frecuente esta calle en las próximas horas, pero no estaría de más que alguien les haga compañía, ¿me entiende?

—Perfectamente. Pensaba quedarme de todos modos.

Asun se incorporó al salón. Parecía haber recuperado algo de la calma perdida.

—En mi cuarto no falta nada, creo. Los cajones están revueltos, pero nada más. No tenía ni un duro, así que…

—¿Te encuentras mejor? —me interesé.

—Sí, Ricardo. Perdóname el numerito, pero es que me he puesto nerviosísima.

—Tranquila, es natural.

—A mí me falta dinero y un par de cosas sin importancia —dijo Lucía al unirse al grupo—. Unas mil pesetas.

—¿Y qué más? —indagó el que anotaba.

—Nada: apuntes, algún libro, poca cosa. —La iba conociendo lo suficiente como para saber que quería resolver cuanto antes la situación.

—Bueno, si quieren leer el atestado y poner la denuncia, deben firmar aquí. —Las chicas firmaron el documento mientras él se dirigía al otro agente—. ¿Te queda mucho?

—Nada. Nos vamos.

—Si echan en falta algo que no hayan declarado, o nos necesitan de nuevo, llámennos —aconsejó el primero—. Buenas noches.

Se despidieron con un remedo de saludo y nos miramos los tres con cara de circunstancias. Antes que nada, afianzamos la puerta

con un mueble. Luego, Lucía quiso quitar tensión al momento.

—Bueno, qué se le va hacer. Mañana ponemos una cerradura nueva, y listo. Voy a preparar algo de cena. ¿Os apetece una tortilla?

—Vamos —dijo Asun.

—No, tú te sientas, que has trabajado hoy. Ricardo, ¿me ayudas a pelar patatas?

Sabía que tenía algo que comunicarme y que lo quería hacer en privado. La acompañé y, una vez dentro, cerró la puerta de la cocina.

—Se han llevado la carpeta de mis dibujos —confesó—. Y tu libro, Ricardo, el que me dejaste. Lo tenía todo junto.

—De nada sirve lamentarse.

—Pero estaba tu libro. Era de tu padre. Lo siento, lo siento…

El llanto estaba a punto de saltar a sus ojos; el color verdemiel brillaba bajo el fluorescente y su belleza se transformó en ternura.

—¿A qué vienen esas lágrimas? —dije.

La abracé. Ella escondió la cabeza en mi pecho, con los brazos encogidos. Nunca habría pensado que nuestro primer abrazo iba a ser así: lo había concebido pasional y arrollador, apoyado en un beso eterno. Y ahora, encarnado en ese papel casi paternal, me sentía absolutamente descolocado.

—Somos colegas, ¿no? —insistí animoso—. Y entre profesionales no se puede consentir una escenita como ésta.

Alzó su frente para esbozar una sonrisa entre las lágrimas. Después, acercó sus labios a mi barbilla para rozarla en un vuelo apenas perceptible.

—Gracias —susurró.

No pensaba dejarla escapar, pero, en ese preciso instante, Asun abrió la puerta.

—Perdón —se excusó, ruborizada—. Venía a por un poco de agua… Ya la cogeré del lavabo.

Lucía se apartó de mí y empezó a reírse al tiempo que se enjugaba los ojos con el envés de la mano.

—No, Asun. Pasa, cógela aquí.

Era una risa contagiosa, y los tres acabamos igual, aunque el corte de Asun no desapareció mientras estuvo en la cocina. Lucía, ya más calmada, sacó las patatas, una cazuela y un par de cuchillos.

Nos dispusimos a pelarlas como si nada hubiera sucedido.

—Ha sido Lizarbe —aseguró, sin ocultar su rabia.

—¿Lizarbe? ¿Por qué habría de ser él?

—Es un tipo despreciable.

—De acuerdo, pero eso no lo hace culpable de todos los delitos del mundo —alegué—. Creo que exageras, Lucía. Es natural que estés nerviosa.

—¿Quién, aparte de él, va a estar interesado en llevarse eso, precisamente eso?

—No lo sé, pero tampoco creo que asuma el riesgo de ver hundida su carrera por una obcecación tan absurda. Tal vez sí otros riesgos, pero ése nunca lo correría. Y esta mañana le dejé muy clarito que se mantuviera lejos de ti.

—Es tenaz. Nunca se rinde. Ya ves lo que hizo con tu padre.

—Eso es muy distinto. Además, no me hago a la idea de Lizarbe forzando puertas.

—Lo pudo hacer alguien para él. Mañana me lo tendrá que explicar.

—Ni se te ocurra hacer semejante tontería. Sólo es una especulación sin pruebas. Él está vencido, no lo estropees por una rabieta. Prométemelo.

—Las promesas que se hacen durante las rabietas no sirven para nada —argumentó con un mohín en los labios.

—No intentes liarme.

—Te lías tú solo: no sueles pelar patatas con frecuencia, ¿verdad?

Kabisuaar, verano de 99

a.

C.

El plenilunio recortaba la silueta de la pira y dibujaba su sombra clara sobre las grandes piedras sagradas. Sólo el retumbar de la corriente contra la alta pared del desfiladero se permitía romper el silencio de tres mil bocas aguardando el momento preciso para lanzar sus gritos de despedida; ni siquiera los caballos se atrevían a quebrantar ese instante de magia.

Los druwides, los hombres sabios de los árboles, habían ocupado toda la tarde en Kaerkez, el cercano bosquecillo, bailando hasta la extenuación y ayudando a pasar entre los ramajes de sabina a los heridos y enfermos para que sanasen gracias al ánimo vital de los hermanos vegetales. Allí, el viejo Buradonis había escuchado con detalle los mensajes que el viento deja entre las hojas; sus murmullos eran algo familiar para él desde muchos años atrás, y nunca le habían susurrado tanta melancolía.

Reunidos ya con los restos de la confederación, era el momento de despedir a su caudillo Logroves, que yacía orgulloso, como cualquier arévaco muerto en combate, sobre las ramas secas apiladas con veneración durante horas. Buradonis caminó hasta una de las atalayas de piedra e izó su vara de roble hacia la señora de la noche.

—¡Dergetio, dios de las montañas! —Su voz retumbaba en un eco prolongado a lo largo del desfiladero—. ¡Turólicos, genios de los montes! Os entregamos a Logroves, un hombre afortunado que no sufrió la desgracia de morir enfermo en su lecho; un hombre valeroso que supo conducir a una nación valiente; un hombre orgulloso que nunca aceptó postrarse ante el enemigo embustero y devastador.

Buradonis se dirigió a la pira tras tomar fuego en una de las hogueras. Con la tea alzada, gritó:

—¡Kabisuaar, alma de la tierra, hogar del gusano de fuego! Abre

tus caminos a Logroves para que su viaje sea veloz, para que pueda mirar de frente a sus antepasados, para que encuentre a sus descendientes y reúna a todos en torno a la misma mesa festiva.

Habló después al cadáver, como si algo en él pudiese aún escuchar su voz.

—¡Logroves! Te enviamos a través de la oscura senda abierta por el tiempo entre las grandes piedras, para que puedas contemplarnos en la desolación y cambies nuestro destino si éste llegara a posarse en tus manos. —Canturreó luego unas frases en lengua extraña para casi todos los presentes y regaló por fin a la pira la llama de su antorcha.

Un estruendo de gritos se apoderó del lugar, apagó el bramido del río y penetró hasta lo más profundo de grutas y corazones. Los guerreros hacían sonar sus espadas contra los escudos circulares y agitaban a la breve brisa de la noche las crines de sus cascos. Comenzaron los sacrificios de prisioneros, pero sus lamentos horribles quedaban apagados por la algarabía fúnebre de cientos de otras gargantas. Los magos examinaban las entrañas y sacaban conclusiones.

El viejo Buradonis regresó a la atalaya en tanto el fuego iluminaba las grandes piedras alzadas por viejas manos humanas. Pensó en cuantos habrían venerado ese lugar antes que ellos: multiplicidad de gentes distintas, generaciones de razas diferentes. Algo le decía en el fondo de sí mismo que aquello sería pronto profanado, destruido; que esas piedras erigidas sobre el pecho de la madre tierra dejarían de ser los pezones turgentes que alimentaron el hambriento corazón del hombre desde las edades más tempranas para ser suplantadas por estatuas en honor a Júpiter, esa deidad caprichosa y violenta.

El fuego siempre le había contado cosas. Aunque no todos los fuegos eran iguales: estaba el calmo fuego del hogar, que hablaba del pasado y mantenía con su calor los afanes del presente; también el recio fuego del rayo, que traspasaba los límites del conocimiento y convertía a los hombres en dementes o sabios; distinto era el devastador fuego de la guerra, que arrojaba puñados de aflicción sobre el futuro; o el del hierro, que cauterizaba las heridas de la vida… La pira de Logroves le traía la duda más oscura y depositaba en su corazón el peor de los sentimientos, porque esa hoguera le

hablaba del final de los tiempos.

Recapituló lo vivido en sus muchos años y tuvo la sensación de que estaba a punto de cerrar su ciclo. Los recuerdos, pensó, son como la tierra, con sus valles y montañas, con sus colores brillantes, sus días lluviosos, sus primaveras y sus nieves. No había cumplido los diez cuando la rueda de la vida empezó a girar muy deprisa. Vivía en Numancia, ciudad próspera e independiente que había conseguido mantenerse al margen de la implacable presión de los invasores llegados desde más allá del agua oriental. Entonces aún podía uno detenerse en cualquier otero de los alrededores a contemplar los rebaños tranquilos, las labores de la cosecha en las que su pueblo recibía lo mejor que les quisiera ofrecer aquella tierra áspera, indócil. Un día de agosto llegaron noticias de que una batalla terrible se había librado en el valle del río Baldano. Caro, el caudillo de los belos de Segeda, se había rebelado contra los tributos y las exigencias de los invasores que le prohibían amurallar su ciudad. La asamblea de Numancia apoyaba a la nación hermana, y no sólo de palabra. Contaban que seis mil hombres, al menos, habían muerto por cada parte junto al río, entre ellos el propio Caro.

Pero los romanos no perdonaban. Eran un pueblo idólatra y autosuficiente, con un orgullo diabólico, según le habían enseñado los adultos. No tardaron mucho en llegar a las puertas de la ciudad. Desde lo alto de la muralla pudo ver, por primera vez, a esas criaturas extrañas que parecían sacadas de las antiguas fábulas de gigantes. Los romanos habían capturado una decena de ellas. Las llamaban elefantes, y sus terribles gritos, su apariencia poderosa provocaron un pánico atroz entre la mayoría de los defensores. Pero cuando esos seres se acercaron a los muros y recibieron las primeras piedras en sus espinazos, se asustaron tanto que provocaron innumerables bajas entre los propios romanos. El desconcierto fue bien aprovechado por los guerreros arévacos y belos, que salieron de la ciudad para hacer una carnicería entre los invasores: cuatro mil bajas contaron éstos, casi la mitad de su ejército. Aún se acordaba con detalle de las fiestas por la victoria.

Las llamas mordían ya el cuerpo de Logroves y los bailes alcanzaban su grado más frenético con la incorporación de los caballos a la celebración. Algunos guerreros recogían los restos de

encina calcinados, incluso los tizones calientes, y se cubrían con ellos el cuerpo para garantizarse protección frente a la tormenta y la enfermedad. Aquella confluencia de caminos entre montañas había mudado en una polvareda espesa y vociferante, iluminada por el blanco frío de la señora de la noche y por el rojo caliente del espíritu del fuego. Era un espectáculo digno de la última despedida a un gran caudillo, acaso el último de ellos.

Buradonis no habría podido imaginar a los veinte años que las cosas acabarían así. Tras aquella gran victoria, gozaron casi de un decenio de paz. Durante ese tiempo, él fue elegido para el sacerdocio y nunca vistió como un guerrero, aunque siempre había puesto su poder sagrado a disposición del pueblo. Pero los romanos se volvieron más y más insaciables, y los príncipes de la ciudad aceptaban sus presiones para evitar la guerra. En un solo año, entre Numancia y la hermana Termesso tuvieron que pagar tres mil pieles de buey y ochocientos caballos como tributo. Además, los invasores arrasaron las tierras occidentales de los vecinos vacceos, tradicionales suministradores de grano, y el espectro del hambre empezó a enseñar su cara. De nuevo volvió la guerra. Buradonis no era pesimista entonces, porque el juramento de independencia de su nación arévaca tenía más valor que el poder de los ejércitos romanos. Los hechos le dieron la razón: nueve cónsules derrotados, uno tras otro, ante sus murallas. De entre ellos, recordaba la humillada figura de Hostilio Mancino, aquel hombre obligado por el Senado romano a comparecer desnudo y maniatado frente a las puertas de la ciudad por haber sufrido la práctica aniquilación de su invencible ejército. Los caudillos arévacos se negaron a hacerlo prisionero y, con su desprecio, abrieron aún más la herida en el jactancioso corazón de los invasores.

Aquellos sacrificios, tantas vidas entregadas, habían resultado inútiles, finalmente. Los romanos reunieron el ejército más poderoso que jamás habían visto ojos humanos; aunque él se hallaba entonces lejos de la ciudad, dedicado a negociar una alianza con los pelendones, la nación que ocupaba el norte, amiga del invasor por miedo y porque envidiaba las tierras arévacas; como la negoció ante los barscunes, las gentes de las alturas, que guardaban pretensiones parecidas. De nada sirvieron sus palabras ante unos y otros.

La guerra había sido devastadora. Se combatía de día y de noche, bajo el sol del verano y entre los hielos del invierno. Cuatro mil defensores frente a cincuenta mil romanos. Todos los intentos de apoyo resultaron inútiles, como el del infortunado Retógenes, que logró romper el cerco y reclutar a cuatrocientos jóvenes en Lutia. Los ancianos de esta ciudad, sin embargo, temerosos de las represalias del enemigo, denunciaron a los suyos, y los civilizados embajadores de Roma les cortaron las manos. A cada uno de ellos. Ochocientas manos para apenas saciar su sed de sangre.

Buradonis rememoró en la pira funeraria de Logroves el recuerdo de su ciudad, asfixiada entre las llamas, la muerte y el hambre. Nunca había podido apartar de su memoria tales imágenes a pesar de los treinta y cuatro años transcurridos. Ni los esqueletos sucios y tambaleantes que salían por sus puertas, derrotados bajo el sol de agosto.

Ahora, apenas cuatro días antes, el cielo y la tierra habían querido que sus ojos fueran testigos de un nuevo horror: la bella Termesso, la reina del páramo arévaco levantada sobre roja arcilla y fértiles vegas, había caído. Y con ella, veinte mil guerreros. Allí delante, danzando bajo la diosa luna frente a su caudillo caído, envueltos en sus capas negras, quedaba todo cuanto su nación podía presentar en el futuro como símbolo de resistencia. Cuando la ceremonia concluyese, marcharían hacia el norte para cruzar el gran río y hacerse fuertes en una de las últimas ciudadelas fieles.

Pero antes era preciso aguardar al último latido de las llamas, recoger de su seno las cenizas de Logroves, depositarlas en la urna y enterrarla junto a sus armas y pertenencias al pie de las grandes piedras que desconocidos antepasados levantaron para despertar a Kabisuaar, el hogar de los caminos de la tierra. Allí quedarían para la eternidad, o hasta que una estatua de Júpiter usurpara su espacio, como temía Buradonis, y después otros ídolos expulsaran al invasor cuando su ciclo hubiese expirado.

Segovia, 19 de noviembre de 1975

Desperté con los golpes en la puerta, despejado y ligero: ya le iba cogiendo el gusto a ese sofá. Asun se disculpó por el ruido: Lucía había dado aviso a primera hora antes de ir a trabajar y, ante la urgencia del caso, los cerrajeros decidieron que aquella puerta fuera su primera chapuza del día. Ella también tenía que irse y se llevaría una de las nuevas llaves; la otra, la de Lucía, me la debía quedar yo por si la necesitaba. En todo caso, podía dejarla en el buzón si es que tenía otros planes.

El cielo estaba cubierto, pero ya no quedaban indicios de nieve y sólo algunos charcos frente a San Millán rememoraban la mágica tarde al lado de Lucía cuyo prometedor final había malogrado un maldito ratero. Me apetecía vagabundear, respirar de nuevo el aire de una ciudad donde empezaba a sentirme acogido. Una vez los cerrajeros acabaron la faena, me lancé a la calle.

Era una mañana fría; el aire dolía en la nariz al respirar, y la lluvia o el aguanieve amenazaban con descargar de un momento a otro. Disfruté de un cigarrillo mientras paseaba, aunque su sabor me avisó de que todavía estaba en ayunas. Cuando llegué a la zona soportalada junto a la calle del Carmen, empezaron a caer las primeras gotas. Refugiado en una cafetería, pedí un desayuno completo: café con leche, tostada y zumo de naranja. Estaba hambriento, y ese síntoma, para mí, siempre había reflejado un ánimo optimista y distendido. La prensa insistía un día más en el estado crítico de Franco y desvelaba que el acuerdo de Madrid no contemplaba la celebración de ningún referéndum en el Sahara. Recordé las palabras de Santiuste sobre Hassán y concluí que la nueva victoria de éste era más contundente de lo que aquél había supuesto. Pensar en Santiuste me recordó el desafío que le había lanzado la mañana anterior. Llamé a la emisora y me pasaron con Ciges, quien, al parecer, llevaba preguntando por mí desde el día anterior.

—¿Dónde te metes, hombre?

—Estoy en Segovia.

—¡Me lo tenía que haber olido! —dijo, entre risas—. Profundizando en psicología, supongo.

—Más o menos. ¿Qué tal por ahí?

—Depende. Primero las cuestiones profesionales. ¿Habías pedido una entrevista con un tal Santiuste?

—Sí, Julián Santiuste. ¿Ha llamado?

—Ayer por la tarde. Tienes que verlo antes de comer, así que ya puedes meterle caña al coche si quieres llegar.

Apunté los detalles de la cita mientras calculaba mentalmente el tiempo del que disponía: por apurado que fuese, no pensaba faltar.

—¿Algo más?

—Pues sí, ahora los asuntos personales, y no son divertidos. Los cacos visitaron tu casa ayer por la tarde —me quedé mudo—. ¿Me has oído?

—Sí, claro que te oigo.

—Es una putada y siento tener que contártelo así, a distancia, pero no había manera de dar contigo.

Ciges quiso quitar hierro a la situación con su particular humor:

—No te preocupes, que tus solidarios compañeros nos hemos cuidado de todo. Nos llamó la policía creyendo, los muy ilusos, que estarías trabajando. Parece que no ha sido nada grave, así que tranquilo. Tu vecina del primero tiene la nueva llave, además de una hija que está pero que muy bien. Una de estas noches me invitas a cenar y me la presentas, ¿vale?

Las cosas se complicaban más de lo deseable. Había dejado una nota a Lucía exponiéndole las razones de mi rápida vuelta a Madrid, aunque evité mencionar lo del asalto. Era evidente que los sucesos de la tarde anterior estaban relacionados, que no podían explicarse como casuales. Tal vez, la opinión de Lucía sobre la culpabilidad de Lizarbe tenía más cuerpo del que yo le había concedido, aunque eso significaba la implicación de más personas, y aquel hombre no me encajaba como cabecilla de un equipo de chorizos coordinados para actuar al mismo tiempo en Segovia y en Madrid.

La conclusión inmediata es que estaba siendo vigilado, y esa idea desató en mí una sensación de incertidumbre difícil de explicar. Pasé buena parte del viaje observando por los retrovisores cualquier movimiento extraño, cualquier vehículo que permaneciese tras mi coche durante un tiempo superior al que se

me antojaba como normal. Y eso, en carretera, era enloquecedor. Conecté la radio para distraerme, pero la música no fue capaz de disipar la inquietud. De pronto, me di cuenta de que mi forma de conducir se había vuelto neurótica: aceleraba súbitamente por ver si alguien seguía mi estela, o reducía la marcha sin necesidad, sólo por comprobar si todos los coches que iban detrás me pasaban o bien permanecían pegados a mis ruedas a pesar de las facilidades que les ofrecía para adelantarme. Incluso me detuve un par de veces para observar maniobras sospechosas de otros tantos vehículos.

Al entrar en la ciudad, esa actitud se hizo insostenible: las colas en los semáforos, los giros en las bocacalles, los frenazos ante los pasos de cebra… Controlar todos esos detalles era un esfuerzo que superaba mi capacidad, de modo que me aferré al racionalismo más frío para repetirme una y otra vez que, aun en el caso de que mis suposiciones fueran ciertas, nada podía hacer para evitar ser mirado por unos ojos furtivos en aquel océano de máquinas, hombres y edificios. No logré engañarme del todo, pero al menos hice desaparecer un poco la agobiante preocupación que me había acompañado desde Segovia. Cuando aparqué, no pude evitar un vistazo desconfiado alrededor, si bien nada parecía distinto a lo usual en la avenida del Generalísimo a esa hora del día.

Santiuste tomaba el aperitivo con un pequeño grupo. Al verme entrar en el restaurante, se disculpó con ellos y me saludó fríamente: la firmeza de su mano era muy distinta a la de nuestra primera entrevista, y en su rostro no asomaban los gestos de simpatía que me había prodigado en su despacho. Pasamos a un reservado y me ofreció una caña o un vermú; cambié su oferta por una botella de agua y él repitió con la cerveza. Una vez estuvo seguro de que el camarero no volvería a molestarnos, me entró como un toro:

—¿Siempre utiliza el chantaje para conseguir sus entrevistas? —Me llamó la atención que ya no me tuteara.

—No creo haberlo hecho —repuse con firmeza.

—Si usted me hubiese preguntado el otro día por la Operación Niebla, se lo habría contado, y con mucho gusto.

De nada me servía polemizar al respecto y decidí ir al grano:

—Cuéntemelo hoy.

—Antes quiero aconsejarle que no publique nada de lo que va a

escuchar… No, no me ponga esa cara, que no intento coaccionarlo. Los periodistas de ahora parecen muy remilgados con esos extremos, pero lo digo por su propia tranquilidad. Es curioso: fui uno de los mejores amigos de su padre y ahora estoy aquí, tratándolo de usted.

—Tutéeme si quiere, pero eso no hará más efectivas sus amenazas.

—No son amenazas, le repito. Tal vez dentro de unos cuantos años, quince, veinte…, ¿quién sabe?, estos hechos formen parte de la historia oficial, pero todavía hay demasiadas personas implicadas, personas importantes quiero decir, que se lanzarían como fieras a su yugular si vieran su nombre asociado a ciertos asuntos.

—¿Tan importante fue aquella operación?

—No, ni mucho menos. Aquello fue un trabajo menor; innecesario y desgraciado, pero menor. Aunque pertenecía a una trama más amplia, para que me entienda.

—Pues no lo entiendo —repuse, cortante.

—Ya le hablé el otro día de cómo conocí a Carlos y de qué manera lo introduje en nuestro grupo.

—De Ingenieros.

—Sí, pertenecíamos a ese cuerpo, pero dependíamos directamente del Estado Mayor. Hicimos buenos trabajos durante la guerra, especialmente con las crisis de la Falange.

—Ya me habló de Hedilla.

—No sólo con Hedilla. Eso fue ya en abril del treinta y siete: el primer intento de los camisas viejas, ya sabe, los falangistas anteriores a la guerra. Manuel Hedilla salvó el cuello gracias a la intercesión de Hitler y de su embajador en Salamanca, el general Wilhelm von Faupel. Este hombre, y perdóneme que me extienda un poco sobre él porque tiene que ver con el fondo de la cuestión, había trabajado como asesor militar en Hispanoamérica y fue el verdadero cerebro de la conspiración falangista. Cuando ésta fracasó, exigió a Franco el indulto para Hedilla, y lo obtuvo. Un personaje poco recomendable, este von Faupel. En mayo del cuarenta y cuatro, en plena guerra mundial, descubrimos su implicación en el asesinato del ministro británico Arthur Yencken, que visitaba España.

—¿Y quedó impune?

—No olvide qué año era. Estábamos junto a la Gran Alemania, ¿recuerda? Además, cuando se hacen estas cosas, se hacen bien.

—Pero dice que ustedes lo descubrieron.

—Así es. Yencken viajaba en un avión pilotado por un agregado de la embajada británica, un tal Cadwell; iba a Barcelona a pronunciar unas conferencias, y no pasó de Lérida. Se presentó como un accidente, pero conseguimos dar con una carta de von Faupel dirigida al secretario del Instituto Iberoamericano de Berlín en la que explicaba pormenorizadamente los detalles de la operación y aseguraba que una autoridad competente, cuyo nombre no revelaré por ser uno de nuestros héroes militares, se encargaría de que todo pareciese un suceso fortuito.

Cada vez me sorprendía más el nuevo retrato de mi padre. Cada cortina que descorría al avanzar en el oscuro pasillo de su existencia, me revelaba un rostro más implacable, más duro y demoledor; un semblante que nada tenía que ver con mis difusos clichés infantiles.

—¿Está usted diciéndome la verdad, o sólo pretende impresionarme con caricaturas de cine negro? —le reproché.

—Me da la impresión de que no le gusta mucho la historia, la verdadera historia de su padre. Quizá se siente demasiado… progre como para aceptar los hechos como son. Por mi parte, no tengo inconveniente en volver a la barra con mis amigos. Estoy lo bastante ocupado como para perder el tiempo con usted.

—¿Mi familia sabe todo esto?

—No sea injusto con ellos, que no son sospechosos de ocultación. Carlos era suficientemente reservado como para no hacer partícipe de su trabajo a nadie fuera del propio círculo, digamos profesional. Creo que ni la propia Carmen, la madre de usted, estaba al corriente.

—Me hablaba de su trabajo. Siga.

—En el fondo le apasiona, ¿verdad? —Bebió un trago y me escrutó con aires de superioridad—. Pues eso, que nos dedicábamos a fisgar entre los descontentos. La consolidación del Régimen no fue un camino de rosas, precisamente. Nada más acabar la Cruzada, en el treinta y nueve, hubo otra conspiración dirigida por el coronel Emilio Tarduchy, un camisa vieja que había pertenecido a la Unión

Militar Española, organización clandestina que funcionó durante la República. Querían imponer en España un régimen nacional-sindicalista, y para ello necesitaban la ayuda de los alemanes, quienes no les hacían mucho caso, la verdad, aunque los utilizaron como fuente de información. Tras muchos tiras y aflojas entre los conspiradores, llegaron a votar la conveniencia o no de matar a Franco. De los seis dirigentes que participaron en la conjura, cuatro decidieron aceptar al Generalísimo; uno, cuyo nombre también me reservo, votó acabar con él, y el otro se abstuvo. Hubo otras intentonas, menos serias, pero no quiero cansarlo con tanto detalle.

—No me cansa, se lo garantizo.

—Lo importante es que la cotización de su padre empezó a subir con cada trabajo. Y de ahí vino lo de la Operación Niebla, que es a lo que íbamos. Yo tuve parte de culpa en ello, porque fui quien le presentó a Silverio Monzón.

—¿Un nuevo nombre en el embrollo?

—Sí —reconoció—. Un tipo muy peculiar. Era más o menos de mi edad, tal vez algo mayor. Trabajaba en el Servicio de Recuperación de Documentos, un departamento dirigido por un tal Marcelino Ulibarri que dependía directamente de la Delegación de Servicios Especiales, o sea la secretaría particular de Franco en Burgos. Luego se trasladaron a Salamanca, y allí es donde yo lo conocí. Por si no lo sabe, el Servicio de Recuperación se encargaba de recopilar datos sobre la actividad masónica en España, con el propósito de facilitar la depuración de esas actividades.

—Conozco esa historia, y el significado literal de su concepto de depuración.

—Mejor, así me ahorro palabrería inútil. El hecho es que su padre y Silverio establecieron una relación bastante fluida. Por lo que el propio Carlos me contaba, Monzón mantenía contactos muy cercanos con von Faupel y el Instituto Iberoamericano de Berlín, de quienes le hablé antes. Esos contactos nos vinieron muy bien a la hora de abordar algunas de nuestras investigaciones, pero a mí ese hombre no me gustaba demasiado, si quiere que le sea sincero.

—Usted no era filonazi y él parece que sí lo era. Es natural.

—No, nada tenía que ver nuestra posición política. Es que Silverio era un visionario.

—Me temo que había demasiados visionarios entonces.

—Por ambas partes, no lo dudo —admitió sin inmutarse—. Pero a ninguno se le ocurrió seguir un camino como el suyo. Silverio era un investigador.

—Como lo eran ustedes.

—Él era una mente compulsiva, con ideas fuera de la realidad. Un ejemplo: nada más producirse el Alzamiento, ya tenía un plan para secuestrar a Blas Cabrera. ¿No ha oído hablar de él? Era el físico español más prestigioso de aquellos años. Y no se trataba de un personaje cualquiera. En el treinta y seis tenía casi sesenta años. Era discípulo y amigo del padre del magnetismo, Pierre Weiss; compañero inseparable de Einstein cuando éste visitó Madrid en el veintitrés; miembro del comité científico de la Conferencia Solvay, el foro de los mejores sabios del mundo, donde había ingresado a propuesta de Marie Curie y el propio Einstein. En fin, algo serio. Pero era republicano. El Alzamiento lo sorprendió en Santander y se escapó a Francia.

—¿Y qué sentido tenía ese secuestro?

—Supongo que guardaba relación con las actividades que Silverio realizaba en Salamanca, Valladolid y otros lugares cuando lo conocí: estaba deslumbrado por el estudio del cerebro humano. Yo nunca lo vi, pero Carlos me contó algunas de sus prácticas; naturalmente reservadas, y con el apoyo de altas esferas. Lo hacía tanto con personas sanas como con enfermos mentales.

Santiuste respondió a mi pregunta sin darme siquiera tiempo a formularla:

—Aplicaba electrodos, según él, para medir el voltaje cerebral —agregó—. Y, al parecer, intentaba amplificar o modular esa supuesta energía. Estaba persuadido de ganar la guerra mediante un ingenio que permitiese algo así como la captación de los cerebros. Nunca lo entendí muy bien. Y yo creo que él tampoco, aunque contaba con la colaboración de varios expertos que en nada le ayudaron a desarrollar una idea tan peregrina.

—¿Qué tuvo que ver mi padre en esa quimera?

—Estaba muy interesado. Él había estudiado Física en la universidad, incluso conocía la obra de Blas Cabrera, y eso parece que deslumbró a Silverio. Carlos opinaba que jamás se llegaría a nada útil por aquel camino. Y tenía razón: acabó la guerra y aquellos delirios pasaron a mejor vida. Silverio se dedicó en cuerpo

y alma a la fundación de la Asociación Hispano-Germana, el foro de solidaridad entre ambos países, la olla en que se cocieron buena parte de las campañas ideológicas que le mencioné el otro día. Luego vino lo de la Operación Niebla.

—¡Por fin!

—¿Es Ballesteros quién se lo ha contado?

—¿Quién más lo conoce?

—Nadie, que yo recuerde. ¿Le importa si pido otra cerveza? —Pulsó el timbre de llamada al camarero.

Resignado a una nueva espera antes de conocer lo que me había llevado hasta allí, hube de admitir que la narración de Santiuste no tenía desperdicio. Aproveché la pausa para escarbar en más detalles.

—¿Cómo podría localizar a Silverio Monzón?

—Ni siquiera sé si sigue vivo. Perdí el contacto con él a partir del…, no sé, mediados de los cincuenta, tal vez. Desde luego, antes de la muerte de su padre.

Con la nueva cerveza sobre la mesa, Santiuste recobró la locuacidad.

—Fue Silverio quien organizó la Operación Niebla. Al menos, en parte. Un día, Carlos me comentó que había vuelto a encontrarse con él y que le había pedido el favor de abrir una investigación. No era ese nuestro modo actuar; no estábamos para atender a particulares, sino a disposición de nuestra escala de mandos, de manera que puse mis objeciones. Pero enseguida llegó desde arriba la orden de que liberase a Carlos para la citada investigación.

—Y mi padre se puso a las órdenes de Silverio Monzón.

—Temporalmente, hasta concluir el trabajo.

—En comisión de servicios, como de costumbre.

—Algo así —sonrió por primera vez Santiuste—. Su padre hizo un trabajo sensacional, de lo mejor que he visto nunca. Silverio le había facilitado un libro, sólo un libro: ésa era la única pista, y de ella consiguió un mundo. Al principio pareció tomárselo a broma, como si todo fuera una locura más de aquel excéntrico, pero completó una investigación espectacular.

—¿De qué libro se trata?

—No lo sé. Antiguo, del siglo pasado, creo. Éramos poco explícitos con las materias que no nos afectaban directamente, por

obvias razones de seguridad. Nunca me lo dijo, pero parece que Silverio estaba interesado en conocer el paradero de algo relacionado con sus viejas investigaciones, y en ese libro se hacía referencia a ello. Es decir, una vuelta de tuerca más a su inútil chaladura.

—No veo qué tiene que ver París con todo esto.

—Paso a paso. Su padre terminó la investigación y volvió a su trabajo habitual. Al cabo de un par de meses, recibí la orden de preparar la Operación Niebla. Carlos Asensi era el hombre elegido para llevarla a cabo, pero los pormenores quedaban en mis manos. Me pareció una idea necia, descabellada, y así lo hice saber donde correspondía. Carecía de sentido arriesgar la vida de algunos de nuestros mejores hombres en la aventura concebida por un chiflado. Algo así les dije. Pero Silverio tenía buenos apoyos; según algunos, hasta del entorno de El Pardo, así que la orden llegaba desde muy arriba. Lo primero fue conseguir que Carlos entablase contactos estables con los grupos de rojos terroristas y exiliados. Tardó meses; no sé cómo lo hizo, pero lo consiguió. Después, con Juanjo y Niceto, llegaron hasta París, dieron el golpe y pusieron el material en manos de Silverio.

—¿Qué material era ése, que tanto interés suscitaba? Según Ballesteros, mi padre le dijo que se trataba de arte.

—Desconozco si su propio padre lo sabía. Se limitó a cumplir las órdenes. Yo, desde luego, no lo supe. Él nunca me lo dijo, y eso demuestra que era un magnífico agente. Pero siempre estuve convencido de que fue un derroche inútil de energías.

—Y de hombres —le reproché con resentimiento.

—Y de hombres. Aunque todo habría sido distinto si Niceto Andújar no hubiese actuado tan neciamente sin consultarle a Carlos, o a mí. Su denuncia permitió a los alemanes desmantelar una red de resistentes en la capital francesa y sus alrededores: algunos cayeron antes de ser detenidos y otros fueron fusilados más tarde, pero eso malogró los contactos de su padre con los rojos y, lo que es peor, convirtió a los tres en objetivos prioritarios de la venganza. Lo pagamos muy caro.

—No veo de qué pueda quejarse usted.

—Claro que no lo pagué como ellos, pero formaban parte de mí, en cierto modo. —Creí ver algo de sinceridad tras sus palabras—.

Niceto lo pagó con su vida. Juanjo quedó hecho una piltrafa. Afortunadamente, Carlos salvó la piel.

—No estoy de acuerdo.

—Sólo le rozaron el brazo —alegó.

—Usted sabe que el supuesto accidente del avión no fue tal. Cuando me contaba las andanzas de von Faupel me parecía estar viendo la historia de mis padres.

Calló durante unos instantes, apuró su cerveza hasta el final y me miró muy fijo a los ojos.

—Es cierto que fue una bomba. —Me parecía llevar siglos esperando escuchar la confirmación de aquella sospecha; por fin, alguien se atrevía a hacerlo—. Lo investigamos a fondo, muy a fondo. Aunque, naturalmente, el resultado no se hizo público y todo quedó en un accidente causado por la tormenta.

—Le agradezco su sinceridad.

—No es necesario. Pero hay tres argumentos que descartan la posibilidad de que esa bomba fuera dirigida contra su padre. Primero, habían pasado muchos años desde el cuarenta y cinco, fecha de su atentado, y aunque Carlos tomaba todas las precauciones para evitar un nuevo intento, no tiene sentido que hubiesen sido tan pacientes: podían haberlo conseguido en circunstancias mucho menos complicadas.

—Me parece un argumento sin demasiada consistencia —objeté, pero él prosiguió su reflexión como si no me hubiera escuchado.

—En segundo lugar, ese mismo año, el cincuenta y ocho, los comunistas, primeros interesados en la venganza, habían cambiado su estrategia contra el Régimen y dejaron de apoyar a los terroristas para predicar una subversión más sutil desde empresas y universidades. Por si esto fuera poco, hay una tercera evidencia en contra de su sospecha: ya habíamos acabado con toda infraestructura armada capaz de semejante atrocidad.

—No es cierto: hubo maquis hasta hace diez años.

—Eran personajes aislados. Después del cincuenta y siete sólo cayeron tres, que yo recuerde: *Quico* Sabater y *Caraquemada* en Cataluña y *Piloto* en Santander. No había nadie que pudiera organizar una bestialidad como la del avión.

—Entonces, ¿fue causal que mis padres viajaran en un avión sentenciado? ¿Para quién era aquella bomba? ¿Quién la puso?

—Hace mucho que sucedió, y en todo este tiempo no he podido encontrar una explicación razonable. El lugar de la explosión no fue en la zona de carga, sino en la de pasajeros. La bomba iba en una bolsa de mano, algo de lo que raramente se desprende uno cuando viaja y, tras la minuciosa investigación, sólo cabe pensar que era el propio Carlos quien llevaba el artefacto consigo.

—¿Mi padre? Eso no tiene sentido.

—Por descabellada que pueda parecerle la idea, le juro que así fue. De ahí que su cadáver apareciese tan… irreconocible. Lamento esta crudeza, pero me pidió la verdad. Ya sé que carece de sentido, que no es razonable. Me he preguntado un millón de veces qué pudo llevar a Carlos a hacer una cosa así. Porque tuvo que hacerlo él; porque la alternativa de que alguien lo pusiera en su bolsa de viaje sin que él lo advirtiera no es creíble, conociéndolo como lo conocía.

—Si le sirve de consuelo, le diré que mi padre no hizo semejante cosa —dije, aplastante, y a medida que lo iba diciendo, nuevas y dolorosas dudas se abrían ante mí—. ¿Usted diría que mis padres se querían?

Santiuste me dedicó un gesto de perplejidad y apartó durante unos segundos la mirada. Cuando sus ojos se reencontraron con los míos, buena parte de su arrogancia parecía haberse evaporado y, por primera vez desde que lo conocía, tuve la sensación de encontrarme frente a un ser humano con sentimientos.

—Mira, Ricardo: no tiene sentido que te mortifiques gratuitamente con una idea tan morbosa. Carlos y Carmen se querían. También he tenido años para pensar en esa ocurrencia que ahora cruza tu mente como una aguja venenosa; y en muchas otras más. Pero quítatelo de la cabeza: aun en la peor de las relaciones, es inaceptable considerar un suicidio de esas características.

Claro que no. Yo sabía que mi padre no se había suicidado. Y eso dejaba en el aire posibilidades demasiado inquietantes.

Todavía le daba vueltas a las revelaciones de Santiuste cuando llegué a casa, de modo que la impresión al ver el desorden quedó un tanto mitigada por preocupaciones más profundas. En cierto modo, ya me había hecho a la idea de lo que iba a encontrar. Los compañeros, por consejo de la Policía, habían dejado todo tal y como lo hallaron para que pudiera identificar con más facilidad el

alcance del robo antes de pasar a presentar la denuncia. Efectivamente, el panorama era muy similar al de casa de Lucía. De la mesa del comedor habían desaparecido los libros conseguidos en el armario de tío Agustín; también faltaba algo de dinero —no tenía mucho— de uno de los cajones de la mesilla de noche. Me llevó poco tiempo poner un poco de orden antes de tomar una ducha y cambiarme. En la comisaría de Carabanchel, por el contrario, perdí casi dos horas con la dichosa denuncia.

Dudaba si regresar a Segovia o quedarme en Madrid, pero me decidió Lucía: necesitaba verla; el simple hecho de exponerle mis dudas y de poder escuchar sus opiniones se había convertido para mí en una medicina tan necesaria que no podía hacerme a la idea de retrasar ese instante. A pesar de que, por momentos, me asaltaba la neurosis del perseguido, conseguí librarme de la preocupación durante casi todo el viaje gracias, en parte, al aguanieve que caía y me obligaba a conducir con los ojos bien abiertos. Cuando llegué a Segovia, la noche parecía haber descendido antes de su hora y el frío era intenso, preludio de un buen relente.

Lucía me recibió con un beso en la mejilla que me supo a progreso. Antes de que pudiera reaccionar, me habló en susurros:

—Hay una visita. Procura estar callado; tú sígueme la corriente en todo y déjame hacer, ¿vale?

Al poner pie en el comedor, me debió de cambiar el gesto: Güemes se levantaba del sofá y acudía, con su cara de niño afable, a estrecharme la mano. Lucía me condujo, literalmente hablando, hasta sentarme en el sillón, y ella lo hizo a su lado, frente a mí. El canario grandón de voz melosa tenía ante sí, extendida sobre la mesita baja, la cartulina con los dibujos de mi padre. ¿No la habían robado la víspera? ¿Qué pintaba allí aquel pijo? No entendía nada. Lucía intervino resuelta, consciente de que eran demasiadas impresiones seguidas como para que yo las aguantase en silencio.

—Ya te hablé —me dijo— de ese paciente que desafía a los médicos a descubrir sus jeroglíficos. Creo que un buen método para romper sus defensas es demostrarle que no es invulnerable. Queco, complaciente como siempre, ha venido a echarme una mano.

—Nada de eso, mi niña —argumentó él—. No es amabilidad; tengo mucho gusto en poder hacerlo. Cuando el otro día me llevaste este papel —miré inquisitivo a Lucía y ella me devolvió un

disimulado guiño de connivencia—, me alucinó tanto que no pude por menos que tomarme interés.

—A Ricardo también le entusiasman estas cosas. ¿Te importaría repetirle un poco lo que ya me has contado? Hace sólo un momento que empezamos —me aclaró.

—Por supuesto. Le decía a Lucía que ese tipo es una jungla de ideas donde puedes encontrar cualquier sorpresa. No es un patán, ni mucho menos: demuestra haber estudiado, aunque quizá desordenadamente, porque sus resultados son algo así como un pastiche. Es muy, pero que muy interesante. Le he suplicado a Lucía que me lo presente —la idea me sobresaltó.

—Ya le he explicado —intervino ella rápidamente— lo estrictos que son en el sanatorio con las visitas no profesionales. Es una pena, aunque haré lo que pueda.

Estaba admirado con la capacidad de Lucía para fabular. Mentía con absoluto descaro y parecía tener respuesta para todo: una magnífica pareja para Norberto Ulloa, pensé. Pero Güemes ya había empezado sus disquisiciones:

—Ya dije que Orianne me parece simplemente un nombre. Francés y femenino, por supuesto, pero no puedo ir más allá. —Me satisfacía pensar que yo sí podía: uno a cero—. Lo del avión parece claro; se trata de una explosión en el aire sobre unas montañas y no creo que necesite más vueltas. —Eso creía él: dos a cero—. Pero aquí empieza lo interesante, con la palabra

TORCIA

, que significa antorcha, vela o linterna en italiano.

Hasta el momento, su perspicacia se limitaba a poner de relieve verdades de perogrullo. Miré a Lucía para mostrarle mi decepción y ella me hizo señas para que callase.

—Aunque hay más explicaciones para esa palabrita —añadió Güemes.

—¿Cuáles son? —Mi aire retador disgustó a nuestra anfitriona.

—No muchas, la verdad. Puede ser un apellido, aunque no conozco a nadie famoso que lo llevara. También puede referirse a una celebración atávica de la región de Campobasso, en la que, al estilo de nuestras fallas, se quema una enorme antorcha la víspera de Navidad: una herencia de las festividades paganas del solsticio de invierno, dedicadas a la exaltación del fuego.

Güemes parecía reírse por dentro al ver mi cara de aburrida decepción.

—Pero Torcia —agregó— es también uno de los nombres por los que se conoce a la Fratellanza della Torcia, una organización fundada en Turín a finales del XVIII, parece que por los jesuitas, aunque pronto se les fue el juguete de las manos, para combatir las pujantes ideas de la Revolución Francesa. Querían devolver Italia y toda Europa a los brazos del catolicismo tradicional a través de la condena de las ideas revolucionarias, condena que explicitó el papa Pío vi en 1790 y que le costó ser deportado cuando Napoleón tomó Roma.

Intentaba asociar todo aquello con mi padre y me resultaba tan difícil como un ejercicio en la cuerda floja, pero la mirada reprobatoria de Lucía no me iba a dejar hacer objeciones, así que seguí escuchando la docta conferencia de Güemes. De ser cierta su información, la ofensiva contrarrevolucionaria, apoyada incluso dentro de la propia Francia, se basaba a veces en argumentos de lo más disparatados. Al parecer, en 1798 un abad, un tal Barruel, editó un libro, *Resumen de los datos que favorecieron la historia de los jacobinos*, en el que consideraba la Revolución como un complot masónico cuyo objetivo era aniquilar los valores de Occidente y sustituirlos por ideas horrendas, de las cuales Napoleón/Apolion era su representante. Esa asociación fonética de Napoleón con Apolion, el Anticristo descrito por el Apocalipsis, había llegado a límites grotescos con la circulación de panfletos donde, bajo el dibujo de una terrible bestia de siete cabezas, se intentaba demostrar la encarnación del Anticristo en Napoleón. Para ello no dudaban en divulgar la falacia de que el valor numérico de las palabras «Napoleon Buonapart» era 666, es decir, el número de la Bestia que refirió el vidente de la isla de Patmos; eso sí, con el pequeño truco de llamarlo «Napolean» en lugar de Napoleón para que la suma coincidiera con la terrible cifra.

La Torcia había nacido, de acuerdo con Güemes, como una sociedad religiosa integrista que, una vez afianzada, se independizó de su origen jesuítico para teñir sus objetivos de ideología nacionalista. Buena parte de sus dirigentes conspiraron abiertamente a favor de la independencia piamontesa e italiana; el Piamonte era entonces un protectorado francés, y tal contingencia

favoreció tanto el arraigo allí de las ideas revolucionarias como el que esta organización se extendiera por Francia, primero, y por Europa después. Adquirió, por fin, las características de una sociedad secreta, cuyo objetivo prioritario eran los masones, a quienes identificaba como cerebros ocultos de la Revolución. Aunque se enfrentaron también a los Carbonarios, otra sociedad secreta de inspiración liberal; y más tarde a la Joven Italia de Giusseppe Mazzini, que preconizaba una Europa de los pueblos frente a la Europa de las monarquías. Hubo, según Güemes, quienes acusaron a Víctor Manuel II, primer rey de Italia tras la unificación en 1861, de pertenecer a la Fratellanza, aunque sin fundamento, porque durante su reinado favoreció una desamortización de bienes eclesiásticos que no era precisamente un ejemplo conservador, aparte de varias medidas destinadas a independizar el Estado de la Iglesia. Hasta ahí llegaba la versión más o menos oficial. Pero quedaba otra, la que Güemes consideraba más interesante.

—Y aquí estábamos cuando llegaste —me dijo Lucía—. ¿Os apetece una cerveza? A ti te vendría bien, Queco, porque me temo que aún tienes para largo, ¿no?

—De acuerdo, mi niña, aunque espero que esto no degenere en una pesada conferencia. Me gustaría que intervinieseis si hay dudas o…

—Pues sí —le hice caso, aprovechando la momentánea ausencia de Lucía—. Me gustaría saber qué relación encuentras entre el rollo que nos acabas de soltar y el resto de los dibujos.

—Bueno, eso es ir un poco aprisa —sonrió benevolente—. Primero me gustaría terminar con

TORCIA

y después… Aunque te adelanto que no veo una relación indiscutible, nexos nítidos. Puede que existan; otra cosa es saber cuáles son. Tampoco esperéis milagros, me limito a interpretar lo que veo y desconozco qué sentido pueda tener todo esto para la mente de un interno de un centro psiquiátrico.

—Quizá se trate solamente del reflejo de un ensueño —apuntó Lucía, mientras servía las bebidas—, o de un juego sin otro objetivo que el de burlarse. O una cursilada, sin más. Cuéntanos esa otra interpretación de la que hablabas, Queco.

—Sí, es la historia especulativa de la Hermandad de la Antorcha,

todo lo que, según declaraciones más o menos creíbles o escritos de relativa fiabilidad, han configurado un corpus compacto y digno de estudio. El nombre viene de la imagen que llevaban sus dirigentes en alguna parte visible: anillos, colgantes, bordados en la ropa e incluso tatuajes, y que servía como secreta carta de presentación. Esta antorcha venía a representar la devolución de la luz a un mundo oscuro. En puridad esotérica, el significado de la antorcha podría ser también el contrario, porque en los cultos órficos era el neófito quien portaba la antorcha como signo de que se acercaba a la verdad, no de que la tuviera ya en sus manos. En el caso que nos ocupa, la antorcha significaba, sin duda, la posesión de la verdad. La antorcha de la Hermandad llevaba, además, un círculo con un triángulo inscrito, que podría simbolizar el apresamiento del ideal masónico del triángulo por parte del ideal católico, más perfecto, más redondito.

Güemes se llevó el vaso a la boca; apenas se humedeció los labios antes de proseguir:

—Su organización interna era muy elitista. Los dirigentes pertenecían al clero y a la nobleza, y bajo ellos, una amplia base de gente corriente, la fuerza del trabajo, para entendernos; estos últimos no participaban de las decisiones y se comunicaban mediante claves verbales. El sistema de reclutamiento de estas bases era muy poco religioso. Además de los fanáticos, siempre asimilables, se elegía gente con una biografía marcada por deslices, desde el robo y el asesinato a la herejía, pasando por líos de faldas y otras no menos prosaicas. Si el personaje tenía, además, cierta ascendencia política o social, mucho mejor. El chantaje, incluso las drogas, completaban la labor de persuasión, o de lavado de cerebro, para no ser tan eufemístico. Aunque era una labor revestida de tal pátina de patriotismo que los captados terminaban aceptando de buen grado su reclutamiento.

—Una intriga demasiado alucinante —objeté.

—Cierto —alegó él—. Pero así se cuenta, y no debería parecernos tan extraordinaria a la vista de los colectivos que hoy se mueven entre nosotros bajo el nombre de supuestas iglesias o sociedades. Alucinantes pueden parecer también sus métodos, entre los que no faltaba la eliminación física del enemigo y la escalada a cualquier precio hasta las posiciones más elevadas e influyentes. Ya

ves que no se diferencian mucho de algunos grupos que hoy pululan por el mundo; aunque para quienes manejaban los hilos de esa Hermandad, además de sus objetivos patrióticos, había un ideal más ambicioso: la restauración del Sacro Imperio Romano, que habría de pulverizar las nuevas ideas y reimponer en Europa el ultracatolicismo. Algunos autores narran incluso episodios sobre la existencia de ciertos poderes, digamos paranormales, entre la élite de la Hermandad.

—Ya estamos —protesté—. Esa idea me suena poco original.

—Exactamente. Hay quien ha querido asociar la Antorcha a viejas leyendas y antiguas organizaciones, como los caballeros del Grial, los Templarios y otras por el estilo. Algo así como el renacimiento decimonónico del espíritu original de un Cristo muy particular. En mi opinión, no pasa de ser un juego retórico sin fundamento.

—Entonces —se interesó Lucía—, ¿qué hay de cierto y de leyenda en toda esa historia?

Para Güemes, no se podía dar pábulo a ciertas especulaciones, pero tampoco negar que la Hermandad de la Antorcha era un hecho histórico. Los papeles que determinados personajes habían representado alrededor de ella estaban aún por definir. Por ejemplo, el de Camillo Borghese, un príncipe romano que adquirió su sangre noble cuando un antepasado suyo, también llamado Camillo, fue elegido papa a primeros del XVI con el nombre de Paulo
V.
Este príncipe se casó en 1803 con Paulina Bonaparte, una hermana de Napoleón que había quedado viuda del general Leclerc un año antes, aunque acabó separándose de ella cuando declinó la estrella del emperador. Borghese había sido gobernador del Piamonte francés entre 1807 y 1814 y, por lo tanto, principal responsable de combatir a la Hermandad en su propia cuna en los momentos de mayor virulencia.

—Su papel en esta historia también es ambiguo —concluyó Güemes—. Pero el hecho es que la Torcia existió. Además, no hay que irse tan lejos para encontrar experiencias similares. En España, en 1823, tuvimos la Sociedad del Ángel Exterminador, una organización secreta ultrarreaccionaria integrada por clérigos y militares absolutistas quienes, no satisfechos con las fechorías de

Fernando VII, a quien consideraban un moderado, se dedicaron a fomentar la represión contra los liberales.

—El otro día, en casa de Susana —intervine—, hablaste del significado de una palabra masónica incluida en esos dibujos. ¿Qué sentido tienen dos términos tan contrapuestos si, efectivamente, Torcia es una organización antimasónica?

—Ya, VITRIOL… Ni idea: no estoy en la cabeza del autor. Probablemente, esas imágenes contrapuestas forman parte del juego de ese señor. Yo me limito a contar lo que sé.

—Y vaya si sabes —alabó Lucía—. ¿Tú crees que esa organización, o lo que sea, ha podido llegar hasta nuestros días?

—Pues mira, eso lo desconozco, aunque tratándose de sociedades de este tipo se suele producir un peculiar efecto de metamorfosis: un grupo desaparece como tal para integrarse en otro nuevo o más antiguo; o, simplemente, se transforma. En ocasiones, pierde sus objetivos primordiales para adoptar otros aparentemente nuevos; otras veces, los mantiene dentro de la nueva estructura como un grupúsculo que se nutre de ella y funciona al margen. Por ejemplo, la Sociedad del Ángel Exterminador se disolvió, y sus miembros se sumaron a otras organizaciones conservadoras o movimientos amplios, como el carlismo.

—Esas patrañas —protesté, sin ocultar indignación— de sociedades secretas y poderes ocultos son bulos que no soportan el más elemental análisis racional, anzuelos para vender literatura barata. Y me da la impresión de que su objetivo no es otro que reverdecer con ropajes románticos ideologías ya vencidas.

—Llevas razón en buena parte de lo que dices —Güemes no se inmutó por la crítica—. Hay clichés históricos que siempre se han asociado a determinadas líneas de pensamiento, o puede que estas ideologías hayan tenido la habilidad de apropiarse en exclusiva de ellos. No sé, creo que requeriría un análisis más profundo. Por ejemplo, Carlomagno y su Sacro Imperio han sido estandartes de la ultraderecha hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando dirigentes fascistas franceses constituyeron con sus militantes dentro del ejército nazi la División de Granaderos Blindados de las Waffen SS Carlomagno. Es sólo uno de los muchos ejemplos irrefutables. Para otros, por el contrario, Carlomagno es hoy un paradigma de la unificación democrática y liberal europea. Sí, los ropajes pueden

variar, pero la participación de sociedades secretas en acontecimientos históricos está sobradamente probada.

—¿Y eso, qué?

—Pues que dentro de cualquier organización respetable pueden funcionar redes paralelas que sirven intereses muy diferentes. Y su vínculo es, aparentemente, la pertenencia a la misma respetable organización.

—No más que en cualquier otro orden de la vida —objeté.

—Es cierto, pero Lucía preguntó si es factible que Torcia haya pervivido. No sé si como tal, pero quizá lo haya hecho de otra manera.

Ella intuyó que yo iba a seguir protestando, e intervino con sutileza.

—Me ha parecido una magnífica exposición, Queco. A mí, desde luego, me ha dado una visión muy amplia. Pero antes comentaba Ricardo la contradicción entre el emblema de Torcia y esa palabra masónica. Sin duda es un juego del autor, porque a mí me parece un acrónimo fuera de contexto.

—Yo creo que cada uno de los dibujos tiene entidad propia —apuntó Güemes—, pero no he podido encontrar relación entre ellos, salvo en un caso, y sólo lejana. Vamos a ver: VITRIOL. Ya os comenté que es una palabra formada por las letras iniciales de una frase latina: *Visita interiora terrae. Rectificando invenies occultum lapidem*.

—Que es —recordó Lucía— algo así como: «Visita el interior de la tierra. Al rectificar encontrarás la piedra escondida».

—Buena memoria. Ésa es la traducción literal, aunque también podríamos traducirla por algo parecido a: «Frecuenta las partes interiores de la tierra. Si actúas con rectitud (o correctamente), encontrarás la piedra escondida». Es un consejo destinado al neófito. Un doble consejo más bien: primero, que se acostumbre a frecuentar las partes interiores de la tierra, o sea, que no se quede en la superficie; además, que lo haga correctamente, o bien que modifique su actitud inicial al hacerlo. De ese modo podrá encontrar la piedra escondida. ¿Y qué es la piedra? Pues la piedra es la materia prima del trabajo masónico, lo que hay que labrar, lo que se debe renovar para conseguir el objetivo; es el propio ser escondido en cada uno, que hay que convertir en algo así como la

Piedra Filosofal de los alquimistas, la sustancia pura.

—Ya. ¿Y los signos? —inquirí, un poco harto de tanta literatura.

—Otro embrollo apasionante. Empecemos por el de arriba, esos ocho caracteres escritos en rojo. Yo diría que es alfabeto tartésico o turdetano, aunque presenta bastantes anomalías respecto al modelo conocido, como si se tratase de un atavismo, una especie de regresión temporal de ese modelo alfabético. Se lee de derecha a izquierda. Resulta complicado dar con su sonido exacto, porque aquella gente utilizaba un sistema de escritura mixto: las vocales y las consonantes líquidas y sibilantes estaban representadas por un signo, mientras que la unión de una consonante oclusiva con una vocal se representaba también por un único signo; tampoco distinguían entre las oclusivas sonoras y las sordas; en fin, por poner un ejemplo, escribían igual los sonidos *ko* y *go*, o *to* y *do*. Tampoco parece que usaran la combinación de consonantes mudas y líquidas, como *cra* o *blu*. Es complicado explicarlo en dos minutos, pero yo creo que su lectura correcta sería *Okus goga tokuko*.

—¿Y a dónde nos lleva conocer el sonido si no sabemos qué significa? —alegué mientras Lucía tomaba notas.

—No seas impaciente, mi niño —repuso él con su irritante calma—. Hay una corriente intelectual que llega más allá del siglo XVIII y defiende que el origen del euskera se encuentra en las lenguas prehistóricas de la península ibérica.

—El vascoiberismo —admití—. Pero es una corriente definitivamente rebatida.

—No lo creo yo así. En mi opinión, un estudio desapasionado permitiría demostrar que muchos de sus postulados tenían fundamento. Pero no pienso que nos lleve a ningún sitio abrir ahorita un debate de este tipo. Yo he obtenido buenos resultados con algunas traducciones, y he seguido igual sistema con estos signos.

—¿Qué significa, entonces? —Lucía quería avanzar.

—*Okus* sería una variante del verbo mirar, ver, contemplar; *goga* significa alma o espíritu; *toku* quiere decir lugar o, por extensión, tierra, y *ko* es el genitivo «de». Así que mi traducción diría algo así como «Mira el alma del lugar», o «Contempla el espíritu de la tierra».

—De nuevo se refiere a la tierra, como VITRIOL —señaló Lucía—. ¿Es ésa la única relación que decías haber encontrado?

—No. La relación es con los otros signos, aunque muy tangencial, ya digo —Güemes parecía satisfecho de su protagonismo—. Los otros caracteres son más complicados de interpretar.

Esperaba, indudablemente, algún comentario que cubriese su silencio, su solemne llamada al suspense, pero, en vista de que no lo hubo, decidió continuar.

—Estos siete signos en verde, los que ocupan el rincón inferior del rectángulo, están escritos de forma invertida —giró la cartulina ciento ochenta grados—. ¿Veis? Ésta es la posición correcta de encararlos. Es alfabeto ibérico y, por lo tanto, se lee de izquierda a derecha, como el nuestro. Yo creo que es un texto celtíbero. Parece que la mayor parte de los celtíberos, que no habían heredado alfabeto de los pueblos celtas, adoptaron el ibérico como medio de expresión escrito. Se lee algo así como *Kabi sua ar*. Y su traducción es bastante más compleja que la frase anterior. *Kabi* tiene muchas acepciones, aunque todas asimilables: guarida, nido, hogar, refugio, madriguera, cubil; *sua* es una cualidad derivada de *su*, fuego, de manera que puede ser traducido como fogoso, ardiente, ardoroso, y, por extensión, impetuoso, violento, vehemente; *ar* es gusano o lombriz, aunque también podría significar macho. El conjunto tiene múltiples traducciones, que van desde «Guarida del gusano ardiente» a «Nido del macho fogoso», pasando por otras más cómicas, como «Cubil de la lombriz violenta».

—Una magnífica ensalada de confusión —apunté.

—Eso me parece a mí también —admitió él—. Yo no soy capaz de encontrar relaciones entre un dibujo y otro, salvo estos dos grupos de signos que tienen en común estar escritos en lenguas aparentemente coetáneas. Tampoco veo ninguna conexión con los demás. Puede que ni la tengan, pero apostaría por que ese tipo del sanatorio no es un personaje cualquiera: sus conocimientos están muy por encima de lo que podríamos llamar una persona corriente.

—Sí —dijo Lucía—. Creo que fue profesor. Quizá de Historia, no estoy segura. Eso puede explicar sus conocimientos. ¿No crees que también puede ser una fecha histórica lo de 1568? Ya le comenté a Ricardo que, aparte de la rebelión de los moriscos y la muerte del

príncipe Carlos, no he encontrado nada más importante en ese año.

—La ejecución de Mos de Montigny —apunté con un guiño a Lucía.

—¿De Montigny? —me miraba perpleja—. ¿Cómo lo sabes? No mencioné fechas cuando te conté aquella historia; ni yo misma la sé.

—Es evidente, si murió el mismo año que el príncipe Carlos. Pero ni esta anécdota romántica —recalqué el calificativo con ironía— ni los acontecimientos que has mencionado significan nada, en realidad. Tal vez se refiera a otro país, o se trate de una cifra sin relación alguna con el calendario. ¿Qué más da una laguna más o menos?

—Así es —me apoyó Güemes—. A mí me parece un juego maquiavélico el que ha presentado este buen señor. Un rompecabezas del que se puede interpretar alguna pieza; otras resultan ambiguas, y las más, oscuras. Pero en ningún caso aparecen encajes entre ellas. Es, desde luego, una mente poco usual. Espero que, al menos, te haya servido de algo, Lucía.

—De mucho, Queco. Sin duda, los datos que me has dado serán suficientes para impresionar a ese hombre, y eso ayudará bastante a mis colegas.

Desviamos la conversación hacia cuestiones intranscendentes. Lucía se explayó sobre las características de su trabajo, Güemes nos habló de sus aficiones y proyectos, y yo escuchaba casi mudo, con otras ideas flotando como satélites alrededor de mi cabeza. Después de un par de cervezas, el canario se levantó dispuesto a marcharse, idea que recibí con agrado. No me apetecía nada prolongar la compañía de aquel hombre, tenía necesidad de estar a solas con ella y contarle mi experiencia en Madrid o, al menos, parte de ella. Lucía, sin embargo, se ofreció a acompañarlo y, una vez más, tuve que tragarme la impaciencia.

Caminamos hacia la plaza Mayor bajo los paraguas en una noche propicia para descubrir nuevas facetas en las piedras vivas de la ciudad, tal y como Lucía me lo había explicado apenas veinticuatro horas antes. Güemes había aprovechado el viaje para quedar a cenar con unos amigos e hicimos el camino juntos hasta la puerta del restaurante. Ella rechazó hábilmente la idea de que nos uniéramos a la cena y, por fin, pude dejar vía libre a la avalancha

que venía sujetando durante toda la tarde.

—¡Ya era hora! —exclamé, aliviado.

—Eres un arisco —me regañó—. ¿Temías que esta noche te tocaría compartir con él tu sofá?

—Muy graciosa. Tendrás algo que contarme, ¿no? —dije, no muy dulcemente.

—Te lo cuento en dos palabras: llevé a Queco los dibujos de tu padre; a San Rafael, que es donde vive. Le expliqué esa historieta que has escuchado y me ofreció su ayuda. Sin proponérmelo, eso los ha salvado de las zarpas de Lizarbe. Cuando te dije que había pasado esa tarde con un amigo, me refería a él. Hoy ha venido a presentarnos sus ideas. Eso es todo. Anda, vamos a dar una vuelta.

—¿Eso es todo? —refunfuñé—. Ha venido a verte a ti; yo he estado presente de casualidad. Tampoco conocía tu faceta Norberto Ulloa: fabulas con Güemes, me engañas a mí…

—No exageres. Si se me hubiera ocurrido contarte mis planes, te habrías opuesto, ¿o no?

—¿Tú qué opinas? No creo que tengas derecho a poner mis temas privados en manos de desconocidos.

—Te noto tenso, Ricardo —se agarró a mi brazo—. ¿Qué ha pasado?

—Pues eso, que no me puedo creer que hayas dejado los dibujos a un cantamañanas como ése. Además, se supone que vamos juntos en esto.

—Cuando lo hice, no habíamos llegado a ningún acuerdo al respecto. Lo siento, de verdad, si te ha hecho daño; no era mi intención. Y que sepas que Queco no es ningún cantamañanas. Es uno de los tíos más prestigiosos en su campo.

—¿Su campo? ¿Cuál es su campo? La especulación sin base, el mito, la ausencia absoluta de crítica científica, el empecinamiento en la fantasía.

—La antropología, Ricardo, ésa es su especialidad. ¿Y no serás tú el que se empecina? ¿No eres capaz de plantearte que eres tú quien se equivoca al mantenerte en posiciones tan radicalmente inamovibles? Puede que Queco no tenga razón, o la tenga en parte, pero tú ni siquiera admites la posibilidad de que diga algo razonable. Y esa actitud, en contra de lo que crees, es la menos racional que se pueda adoptar.

Nos adentrábamos sin paliativos en una discusión absurda y no estaba dispuesto a estropear el momento con debates bizantinos, así que cambié de tema:

—¿Cómo te ha ido esta mañana con Lizarbe?

—Está como un guante. Incluso diría que amable, lo que demuestra su culpabilidad.

—O su miedo por lo que le dije.

—De eso nada, Ricardo. Lo conozco bien, y su sonrisa es la de un hombre triunfante, no resignado.

—¿Cómo se llama a los que sufren de manía persecutoria?

—Paranoicos, paranoides… —me miró sorprendida—. ¿Qué insinúas?

—Me temo que algo así nos está empezando a suceder. A ti con Lizarbe, y a mí con esta entelequia desconcertante.

—En cuanto a mí, no te preocupes: conozco bien los síntomas y te puedo asegurar que ando muy lejos de esos territorios. Pero tú… Bueno, ya te he dicho que te veo muy irritable. Tal vez te venga bien hablar de ello.

Lo hice mientras descendíamos a paso lento la calle Cervantes. Aunque omití la noticia del robo en casa para evitar su alarma, le expliqué con pelos y señales la incómoda sensación de sentirme vigilado y el contenido de mi entrevista con Santiuste, de qué manera se había definido la personalidad oculta de mi padre y las nuevas dudas que la narración de su antiguo jefe abrían respecto a la muerte de mi madre. Ella negaba con la cabeza.

—No tienes derecho a pensar en algo tan horrible —dijo con cariño—. El que Santiuste admitiera la posibilidad de un suicidio nos conduce a nosotros, que sabemos casi con toda certeza que Carlos no viajaba en ese avión, a pensar que fue otro quien se sentó junto a tu madre. Pero eso no significa que él tramase tal locura.

—Me esfuerzo en pensar con frialdad, Lucía, y el cuadro encaja perfectamente en el marco: un hombre planea una venganza terrible contra su esposa por desconocidas razones. Después de cometer esa barbaridad tiene que ser consecuente y desaparece. Por fin, ¿quién sabe?, el remordimiento lo hace enloquecer. No es incongruente.

—No es verosímil —rechazó, tajante—. Carlos nunca haría una cosa así.

—¿De qué Carlos me hablas? ¿Del que tú conociste en

Quitapesares? No sé en qué te basas para hacer una afirmación tan contundente. ¿Acaso sabes más detalles sobre él de los que me has contado?

—¿Qué insinúas?

—Pues que no entiendo tu insistencia en que mi padre no pudiera actuar de ese modo. Su biografía, sus actividades demuestran que no era precisamente un cándido; se había enfrentado a la muerte más de una vez y tenía en su mano la capacidad de usar medios destructivos. En cuanto al móvil, es algo que sucede todos los días: engaños, frustración, celos… Quién sabe si motivos políticos.

—Te haces daño y no sé por qué razón. Te repito que los ojos de Carlos no eran los de un asesino. Además, de ser ciertas tus indemostrables sospechas, tenía mil modos antes que reventar un avión y provocar una matanza indiscriminada. Algo así no se puede improvisar, supongo, debe prepararse con tiempo, y tu padre, por lo que sabemos, era un hombre feliz con una mujer a la que quería, un hijo precioso y una ilusión inmediata por su destino en Francia. Quítate esa idea de la cabeza, por favor. —Se aferró a mi brazo; cambié el paraguas de mano para estrecharla junto a mí.

Deseaba con todas mis fuerzas hacerle caso, apartar temores, pero esa idea corrosiva no me abandonaba. Y tampoco podía aceptar como elementos concluyentes las intuiciones de Lucía sobre mi padre. Caminamos en silencio un trecho hasta desembocar en la plaza del Azoguejo. El acueducto lanzaba sus irregulares destellos azabache bajo la lluvia y, al fondo, más allá de la plaza de la Artillería, apenas se distinguía la recortada torre mudéjar de San Justo. Como si lo hubiésemos pactado de antemano, nos detuvimos al tiempo a contemplar el panorama. De improviso, Lucía se revolvió bajo el paraguas y agitó la manga de mi chaquetón.

—Mira allí. —Señalaba las escalerillas que conducían a la parte alta del acueducto, a mi izquierda, pero sólo pude ver la silueta imprecisa de un hombre bajo el chaparrón—. ¡Es Lizarbe!

—¿Lizarbe? Bueno, ¿y qué?

—Ayer lo vi por primera vez en Segovia y ya sabes lo que pasó. ¡Vamos a seguirlo! —Tiró de mi brazo al tiempo que apretaba el paso en busca de los peldaños.

—¿Qué pretendes demostrar?

—Nada, sólo quiero saber adónde va. Además, seguir a alguien es una magnífica terapia contra la paranoia.

Obedecí a regañadientes, pero ella no parecía dispuesta a perder la pista de su presa y pronto me vi sumergido en una alocada carrera, escaleras arriba, intentando protegerle de la lluvia con el paraguas. Llegamos a la parte alta del acueducto y cruzamos la muralla; las estrechas y dispares callejas nos hacían perder de vista a cada momento el empapado abrigo de Lizarbe, y mis consejos para no acercarnos tanto a él no servían de mucho.

—En cuanto nos descuidemos se meterá en uno de los túneles secretos, y ¡adiós! —Lucía se rió ante mi cara de incredulidad—. Ya te dije que Segovia está llena de ellos. ¿Qué te apuestas a que desaparece?

Corrimos hacia la plaza de San Sebastián, por donde había girado nuestra presa. La pequeña iglesia románica ocupaba prácticamente todo el espacio vacío entre los edificios apagados y ninguna señal de actividad hacía pensar que algo hubiese roto aquella húmeda quietud en los últimos siglos.

—¿Has visto? —protestó—. Ya nos la ha jugado.

Bordeamos la iglesia con sigilo y, al doblar la primera esquina, nos topamos con Lizarbe tendido boca arriba, inmóvil. Al aproximarnos, pude ver con espeluznante claridad un ancho collar de sangre que manaba bajo su mentón y apenas conseguía disolverse en el aguacero al tocar el suelo. La escena me paralizó un instante, pero conseguí agarrar a Lucía de la mano.

—¡Vámonos de aquí!

Ella, tras un rápido vistazo alrededor, se agachó a registrar con su mano libre la chaqueta de Lizarbe y me entregó una cartera.

—¿Te has vuelto loca? —insistí—. ¡Vamos!

Pero no parecía dispuesta a dejar pasar la oportunidad. Tanteó los bolsillos del abrigo hasta encontrar un par de objetos más que guardó en el suyo. Después, a paso rápido, abandonamos la plaza ocultos bajo el paraguas.

Nos desviamos hacia la parte alta del barrio de los Caballeros para evitar encuentros indeseados. La lluvia cesó sin apenas enterarnos. Yo estaba casi tiritando, pero el aplomo de Lucía me transfería la vergüenza necesaria como para no hacerlo evidente. Lo que no podía calmar Lucía era mi profunda desazón al recordar la

frialdad con que ella había actuado, y en las consecuencias que podía traernos su atrevimiento. Al llegar a la iglesia de la Trinidad aflojamos el paso y, por primera vez, observé en su cara un gesto de desasosiego.

—Estaba muerto —susurró.

—Y tan muerto. Ha sido un trabajo rápido.

—No viste a nadie, ¿verdad?

—Andaba yo como para fijarme en esas cosas —confesé—. Aún tengo taquicardia.

—Y yo. Estoy temblando. —La apreté junto a mí con temor a contagiarle mi propio estremecimiento.

—¿Por qué lo has registrado?

—Ha sido un acto impulsivo; como si, por primera vez en todos estos años, hubiese tenido a mi disposición a ese tipo, no lo sé.

—Mal hecho. Si alguien nos ha visto, estamos en un buen lío.

—Espero que no. —Sacó un libro de cada uno de sus bolsillos. Al verlos, me quedé helado.

—¡Son míos!

Ya no servía de nada seguir ocultando ante Lucía el robo en mi casa. Ahora era evidente que Lizarbe lo había organizado, pero el asunto en que estábamos metidos me parecía mucho más serio que una simple violación de domicilio.

—El muy cerdo también me la jugó ayer en Madrid —confesé—. No quería preocuparte y me negaba a aceptar tu opinión, pero ya está claro. —Al ver los títulos confirmé que eran los dos únicos ejemplares firmados por mi padre—. Pero si éstos no son de allí, no los tenía en casa… —murmuré desconcertado—. Estaban en la guantera del coche.

—Pues ya te puedes imaginar cómo vas a encontrar el coche. Y no me creías cuando te decía que era él.

—No podía pensar que alguien fuera capaz de hacer una cosa así por ambición profesional. Y sigo sin creerlo, de modo que algo más debe esconder la actitud de Lizarbe.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé, pero todo esto no puede ser obra de un solo hombre, a menos que haya enloquecido. Incluso así, tampoco resulta creíble. Tiene que haber algo detrás, pero no imagino qué forma tiene, ni sus intenciones.

Cruzamos a paso rápido la plaza Mayor. La luna se abría camino entre las nubes para besar la cúpula de la catedral. Estábamos ateridos y nos acurrucamos el uno junto al otro acompasando nuestra marcha, ajenos a la gente, como si navegásemos hacia la nada, cada vez más cómplices en una empresa cuyo control parecía escapársenos de las manos por momentos.

Como cabía esperar, el cristal lateral del coche estaba roto, y el maletero descerrajado. Pero no se me pasó por la cabeza presentar denuncia por ello. Asun había preparado la cena, y un par de copas de aguardiente nos ayudaron a desprendernos de la tiritona. Pasamos un rato agradable, hasta que Asun se retiró a su habitación para dedicar un tiempo a sus estudios antes de dormir. Lucía y yo ocupamos el sofá y ella empezó a husmear en la cartera de Lizarbe mientras yo repasaba el rescatado libro de Estrabón, hoja por hoja, en busca de cualquier rastro. Era una búsqueda inútil y tediosa: ni una señal, ni una arruga después de doscientas páginas. Alcé la vista; Lucía había abandonado su tarea y me observaba en silencio. Me sumergí en el océano de sus ojos, un buceo gozoso que duró segundos, hasta que ella retiró su mirada con un tierno y desconcertante gesto de fragilidad.

—Oye, Lucía: hay que deshacerse de esa cartera cuanto antes. ¿Algo interesante? —pregunté.

—Nada de nada. ¿Y tú?

—Es como buscar sombra en un desierto. Me parece que estamos llegando al final del camino; tengo la sensación de viajar en un tren al que, repentinamente, se le acaba la vía.

—No hay que ser derrotistas. Si se acaba la vía, siempre se puede seguir el viaje a pie.

Tenía en sus manos el segundo libro, el de Eleuterio Gavira, y se enfrascó en su repaso. Al rato, yo ya había concluido mi infructuosa búsqueda y, decepcionado, me dediqué a contemplarla. Pensé en cómo había cambiado mi vida en menos de una semana, en cómo aquella chica me había dado la fuerza suficiente para afrontar unos acontecimientos que habían convertido en escombros mis esquemas. Merecía la pena seguir adelante, aunque sólo fuera por ella. La vida era compleja, pensé, y tan paradójica que, si mi padre hubiese muerto realmente aquel negro día del cincuenta y ocho, nunca habría tenido la posibilidad de conocerla. Sabía que era un

juego dialéctico absurdo, pero de alguna manera me sentía en deuda con mi padre por lo que había hecho, fuera lo que fuese. Él me había regalado, sin pretenderlo, lo mejor que me había sucedido hasta el momento. Era feliz así, mirándola plácidamente mientras ella pasaba las hojas de un libro viejo, observándola concentrada de vez en cuando en alguna de las páginas, memorizando cada leve curvatura de sus labios. Me sentía capaz de mantenerme en ese clímax durante mucho tiempo, si ella estaba enfrente. Pensé que era como estar colgado de las estrellas y columpiarse sobre ese mundo lejano e insignificante que bullía bajo mis pies, y de inmediato me reproché una imagen tan cursi para explicar lo que realmente sentía.

Levantó la vista del libro y sus ojos me alcanzaron de lleno. Esta vez aguantó la mirada, y sonreía.

—¿En qué piensas? —me dijo.

—No sé si estaba pensando. Los santones dicen que no piensan cuando están en éxtasis. Y debe de ser así.

—Eres demasiado racionalista para decir esas cosas —alegó—. Yo creo que es otro quien acaba de hablar.

—Creí que estábamos solos.

—Nunca estamos solos; siempre somos multitud. Lo importante es que el portavoz de la multitud represente a la mayoría.

—¿Psicología democrática? —repuse con ironía.

—Algo así, aunque siempre hay que reconocer a las minorías como parte de esa multitud. Si se les reprime, se rebelan.

—Y se puede llegar hasta la guerra civil.

—Por supuesto.

—Y tú crees que yo no respeto a mis, digamos, minorías interiores.

—Eres un pequeño dictador contigo mismo. Quien ha hablado antes es una de esas minorías encantadoras que ha aprovechado un despiste de tu caudillo —se rió.

—Vaya, sí que es un consuelo. Pero te juro que esa voz era mía.

—Lo sé —dijo muy seria, aunque tras ese gesto quise adivinar un afecto que se negaba a brotar.

—¿Y tú? ¿Qué pasa con tus voces interiores? ¿No eres también una pequeñita dictadora?

—Pues sí que lo soy. También el excesivo racionalismo le juega

malas pasadas a mi convivencia interior. Pero dejo que las minorías se le rebelen con cierta frecuencia. De ese modo, impido que se crea el amo del mundo.

—Ojalá fuese tan fácil.

—¿Fácil? ¿Insinúas que yo lo consigo porque es fácil?

—No te lo tomes así, no he querido decir eso. Sólo que para mí es más… Bueno, que tú eres más fuerte que yo.

No respondió. Pasó una hoja, luego otra… Me incorporé para servirme una copa más de aguardiente y encendí un cigarrillo ante los cristales empañados del balcón. La plaza estaba encharcada, pero ya no llovía; el viento acarreaba las nubes a una velocidad desacostumbrada, y los reflejos de la luna serpenteaban sobre los edificios, desdibujando en sombras el límite oscuro de la ciudad.

—¡Aquí hay algo! —gritó Lucía.

Desplegó el libro abierto sobre la mesa para que ambos pudiéramos verlo. En una de las páginas pares, una señal a lápiz en el margen marcaba dos párrafos. Y el segundo, además, estaba subrayado:

Es el dicho sitio gala de hombres y hechos extraordinarios desde que se olvidan los años, tal como refiere la Historia manuscrita de don Andrés Cabildo Baraona de 1693, quien asevera: «Conócese ser el lugarejo santo de Hornoez fundación de muchos siglos, que los historiadores antiguos hacen mención de tan dichoso lugar, por un singular hombre llamado Pedro de las Lanas, de quien se afirma en la Historia de España ser habitador del lugar del Moral, que vivió más de cien años, que jamás calzó medias ni zapatos ni vistió calzones. Era su vestidura sólo un saco, sobre la cabeza jamás trajo sombrero ni montera ni otra cosa, viviendo siempre descalzo y descubierto a las rigurosas inclemencias del tiempo, hecho ejemplar de penitencia, imitando a Cristo Nuestro Señor».

Y esas maravillas no paran en los tiempos antiguos sino que alcanzan los límites de nuestros días, pues, a decir de quienes lo presenciaron, no menor santidad alcanzó Pablo Cañas, eremita del lugar hasta mediada esta centuria, quien hacía honor de que, tras llegar inesperadamente a sus manos ciertos objetos y documentos pertenecientes al emperador Bonaparte y, en tanto se guardaba de la francesada junto a Cuevas de San Martín, vio la gloria de Dios y tuvo en su mano astros y estrellas, y todo universo pasado y por

venir. Y que con tales instrumentos podía hacer y deshacer los avatares del mundo a su voluntad. Y que, merced a esa gracia y poder concedidos por Dios Nuestro Señor, y no queriendo tentar su Santa Voluntad, su vida se hizo retirada del mundo y ejemplo de humildad a partir de entonces.

—No entiendo nada —admití perplejo—. ¿De qué habla?

—Por lo que llevo visto, es un libro sobre costumbres y tradiciones más o menos legendarias de Castilla. Y estos párrafos señalados hablan precisamente de la provincia de Segovia, como muchas de las páginas anteriores —volvió a leerlo, esta vez en voz alta.

—¿Qué es eso de Cuevas de San Martín? —dije tras escucharla.

—No tengo ni idea. Pero habla de un lugar que me suena. Espera. —Se levantó a por un atlas a la estantería y regresó a mi lado hojeándolo—. El sitio ese, Hornoez, debe de ser lo que hoy se llama Hornuez. Hace unos años me llevaron a una romería por allí —señaló un lugar en el mapa—. Mira, aquí es, al norte, casi en la provincia de Burgos. Y fíjate: esto es Carabias, donde encontraron a Carlos. Está cerca de allí.

—¿Casualidad?

—Es posible, aunque hay algo en este texto que me resulta familiar, como si evocase un ambiente o algo parecido, igual que sucede con las secuencias difusas de una película olvidada.

La reflexión de Lucía era muy apropiada. También a mí me daba la vaga sensación de que allí existían elementos comunes con la historia de mi padre. Intenté verbalizar las ideas:

—En los dibujos hay una referencia explícita a Orianne, que es, o era francesa, y directamente relacionada con la Operación Niebla. Y ahí se habla de Bonaparte…

—No dejes de lado Torcia —añadió Lucía—. Según Queco, esa organización nació más o menos en la época de Napoleón. Y los acontecimientos que narra este libro se produjeron durante la invasión francesa. Aunque débil, tercera coincidencia.

—La Operación Niebla, según Santiuste, empezó con una investigación de mi padre en un libro del siglo pasado. ¿Crees que pudo ser éste?

—Si me fío de la intuición, yo diría que sí. Aunque mi razonable pequeñita dictadora, como tú la llamas, me avisa de que apenas hay

indicios que lo demuestren.

—Estamos en las mismas, entonces.

—De eso nada. Tenemos una pista; puede ser falsa, pero, a falta de otras, hay que seguirla. Si te parece, demos por buena la hipótesis de que este libro sirvió a Carlos como base de su investigación —Lucía se rebeló ante mi cara de escepticismo—: No nos queda más alternativa.

—Lo sé, pero es que esa investigación que propones es una locura. No veo cuál sería el siguiente paso.

—Tenemos que ponernos en el lugar de tu padre, hace treinta y tantos años. Sólo disponemos de este texto: o seguimos este camino o se nos acabó la vía, como tú dices.

—¿Y Lizarbe? —repliqué—. Yo creo que sería mejor seguir esa línea.

—Me parece que ahora eres tú el obcecado con Lizarbe. Ese hombre no sabía nada, estaba tan despistado como nosotros; por eso actuó de esa manera. Imagínate que eres tu padre y tienes este texto en las manos. ¿Qué harías?

—Ni soy mi padre —dije, molesto— ni estamos en los años cuarenta.

—No he pretendido compararte con él. ¿Te duele eso?

—Sí, me duele. Yo creo en valores muy diferentes a los suyos y defiendo posiciones que él se dedicó a destruir, haciendo de esa militancia la profesión de su vida. Una cosa es que haya en mí un interés por conocer la verdad y otra muy distinta que me identifique con él.

Lucía se rió de mi enfado repentino.

—Está bien, Ricardo, no te lo tomes así —cambió su risa por un tono más formal—. Comprendo que la idea de compararte con él sea un ejercicio duro, incluso inútil. Has vivido en tus carnes un sucesivo proceso de muertes y resurrecciones, algo nada gratificante. Pero piensa que no tuviste tiempo suficiente para conocerlo, así que lo que te atraiga u ofenda de Carlos es un simple juego de imágenes; imágenes de tu niñez, idealizadas y nostálgicas; imágenes negras voluntariamente borradas en tu adolescencia; imágenes creadas en los últimos días por la opinión de otros. No debes permitir que ninguna de ellas te haga daño.

—Hablas de daño… Es como andar descalzo sobre cristales

rotos. Y estoy dispuesto a seguir caminando sobre ellos para conocer la verdad, pero nunca daré un paso para estrechar a eso que tú llamas una imagen de mi padre.

—A esa actitud se la conoce como el síndrome…

—¿Tú también con esa gilipollez del síndrome del abrazo? —estallé—. ¿Crees que no soy capaz de ofrecer afecto? ¿O que tengo miedo de recibirlo?

—Algo hay de ambas cosas.

Aquello me irritó profundamente, y apenas pude mantener la calma.

—No tienes derecho a hablarme así —ni siquiera me molesté en disimular la rabia—. Sabes que sigo tu rastro desde que nos conocimos, que me has metido un diablo dentro que me escuece, me pincha y me hace soñar. Pero juegas conmigo como la araña con la mosca. ¿Sabes lo que creo? Que quien tiene verdadero pánico eres tú.

—Es un ejemplo un poco contradictorio: ¿la araña tiene pánico de la mosca?

—No, Lucía, la araña tiene mucho miedo de quedar atrapada en su propia tela, en su propio abrazo.

Estaba seguro de le había tocado en un punto delicado. Perdió la sonrisa y pareció evadirse, por un momento, de mi presencia.

—Sólo pretendía decirte —apuntó, por fin, incorporándose— que este libro me parece la única pista. Mañana tendremos un día duro en el sanatorio con la muerte de Lizarbe, me voy a dormir. ¿Volverás a Madrid?

—Depende de lo que sueñe esta noche.

No fueron buenos sueños. Pasé horas de insomnio en mi sofá con amagos de pesadilla cuyo guión no supe concretar al despertar. Me había levantado un par de veces a beber agua, con un resabio desagradable en el estómago y pesadez febril en la cabeza. Aún no eran las seis y media cuando decidí marcharme. Cogí el libro de Gavira y me dispuse a seguir la línea que, supuestamente, mi padre había trazado muchos años atrás. Sabía que no era un merodeador profesional, que mi olfato no podía compararse con el de un agente especializado en la caza y captura del enemigo, pero tenía el pálpito de que me enfrentaba al único movimiento posible en mi búsqueda.

Por fortuna, la ventanilla rota era la del acompañante y el frío

de la madrugada no me atacaba directamente. Aun así, y aunque activé la calefacción al máximo, la velocidad hacía del interior del coche un cubículo inhóspito y congelado. Al repasar mentalmente mis últimas horas con Lucía me envolvía, como a oleadas, un sentimiento de derrota. De nuestra absurda discusión guardaba un poso más que ácido, pero ella no tenía derecho a decir lo que me había dicho, y yo necesitaba expresarle con claridad que me sentía un juguete en sus manos. Al fin y al cabo, era ella quien me hacía sentir así con equívocas actitudes que no hacían sino acrecentar mi fuego interior, un fuego al que no se daba la oportunidad de abrasar. Tal vez había errado al aceptar su pacto, pero Lucía era un imán demasiado poderoso como para atreverme a salir de su campo de atracción. Por otra parte, tenía que admitir que no estaba muy equilibrado últimamente, y que quizá ese estado me llevaba a cometer errores con ella; con ella, y con todo alrededor. Tenía que distanciarme, distanciarme y recobrar un poco de mi objetividad perdida.

El tránsito hacia la carretera de Burgos era casi inexistente a esas horas. Sólo algunos faros aparecían de tarde en tarde entre la tortuosa oscuridad con destino a Segovia, y las luces rojas de algún camión solitario eran el único vestigio de salida de la ciudad. Encendí la radio en busca de compañía. Música clásica, y nada alegre. Recorrí el dial, y en todas las emisoras sonaba el mismo tema. En todas. Eso sólo podía significar una cosa. Dejé la aguja fija en Radio Nacional, y el boletín de las siete confirmó la premonición con las palabras del presidente Arias leyendo llorosamente el testamento de Franco: el Jefe del Estado español y Generalísimo de los ejércitos, Francisco Franco Bahamonde, de ochenta y dos años de edad, había fallecido en la Ciudad Sanitaria de La Paz, de la Seguridad Social, a las cuatro y cuarenta. Salvas de artillería lo recordarían cada quince minutos durante todo el día, desde las siete y media de la mañana hasta las nueve y media de la noche. La capilla ardiente permanecería abierta durante dos días en el Palacio de Oriente.

Franco había muerto. Y Ricardo Asensi bajo el viento escarchado hacia la nada, en busca de una sombra perdida en el pozo de los tiempos, atrapado por una araña dulce y turbadora. Esteban Lera estaría maldiciéndome con la pipa entre las muelas, y con razón. Lo

único que yo necesitaba en aquel momento era un buen milagro.

Carabias era una aldea castigada por la emigración que, bajo la luz plomiza de la mañana, sólo presentaba un vestigio de modernidad junto a la carretera de Burgos: la gasolinera «Nevada», el lugar donde, siete años y pico antes, alguien había encontrado el resto quebrado y ausente de lo que fue mi padre. El muchacho que atendía el surtidor no tenía la menor idea al respecto; apenas alcanzaba doce años cuando sucedieron los hechos, y me sugirió hablar con los dueños del bar, al parecer vecinos del pueblo de toda la vida.

Ellos sí que se acordaban, y con bastante detalle. Mientras tomaba un café en la barra, me explicaron cómo aquel hombre había llegado a la carretera, desde el norte, cruzándola en diagonal con serio peligro para su integridad y sin prestar atención alguna al tráfico que, en esas fechas del verano, era intenso. Su estado parecía penoso, con heridas en la cabeza y extremidades, y estaba completamente ido; ni respondía a preguntas ni se quejaba; tampoco presentó resistencia cuando decidieron retenerlo allí mismo y llamar a la Guardia Civil. Casi una hora había pasado en uno de aquellos bancos, inmóvil, fuera del tiempo, y tampoco reaccionó ante los agentes que, en vista de que no le sacaban una palabra, lo registraron a fondo para identificarlo. Finalmente, se lo llevaron, y nunca más se supo de él. Nada nuevo para mí, en definitiva.

El chico de la gasolinera, amén de llenar el depósito, había tenido el detalle de acoplar un cartón a mi ventana rota, y se lo agradecí con una buena propina. Conduje hacia el norte durante unos kilómetros. Aquellas tierras rojas, moteadas de pinares ondulados y desordenadas encinas, perfumadas de resina y tomillo, inducían a una blanda placidez, como si me sumergiese en una fugaz regresión a la infancia. Tomé un desvío a la derecha por donde indicaba el mapa, y una ruta angosta entre jóvenes pinos y cubierta de charcos me condujo en línea recta hasta el cruce con un camino forestal de barro bermejo y pegajoso. Reducir la velocidad era obligado con semejante piso, y además el lugar invitaba a la calma, al paseo. Me dejé llevar por aquella oferta y puse pie a tierra.

El silencio era violado, a cortas rachas, por un viento crudo que

se metía entre los huesos como un cuchillo salvaje. En ese mundo de caminos callados, la palabra paz adquiría sentido al margen de conceptos intelectuales. Caminé un rato a través de una estrecha vaguada protegida por los troncos casi esqueléticos de álamos y chopos, sobre una tierra cubierta de hojas pardas que yacían como húmedas víctimas de la incruenta batalla del otoño. Me sentía extrañamente vivo, y los agobiantes acontecimientos de las últimas fechas se me antojaban apenas fragmentos secundarios en mi biografía. Aproveché el saliente de una roca para sentarme y fumar un cigarrillo. Pensé que un tipo urbano como yo, con un trabajo rabiosamente ciudadano y una mentalidad arraigadamente social, debería sentirse un poco avergonzado de una felicidad tan recogida, disfrutada tan al margen de todo y de todos; pero aquel gozo clandestino me hacía particularmente dichoso. De repente, empezó a chispear y corrí a refugiarme en el coche. Un escalofrío me sacudió la espalda y, al respirar, noté esa peculiar sensación de evanescencia que, desde pequeño, me advertía de la inminente llegada de la fiebre.

El camino estaba muy descuidado y había que conducir despacio para evitar las trampas que escondían los agujeros cubiertos por el agua, las piedras sueltas esparcidas por todas partes. La senda recorría el pinar en serpenteantes regates, con subidas y bajadas inesperadas, bordeando paisajes cambiantes y sorpresivos; más tarde, el terreno se abría para dejar a la vista largas extensiones de rocas calizas que dominaban sobre algunas pobres tierras de labranza, hasta que encinas y enebros se erigían en propietarios naturales del lugar. Por fin, entre rollizas sabinas centenarias y junto a una ladera cortada por un arroyo, destacó el color agrisado de un gran edificio.

Tras aparcar a distancia prudencial, caminé despacio, dejándome empapar por aquel ambiente remoto, que parecía anclado en algún puerto de la eternidad. Aproveché que la ermita estaba abierta para curiosear. No era nada del otro mundo, salvo por los restos de un árbol quemado en su centro, bajo la bóveda, y una imagen mariana entre sus ramas hueras que parecía acostumbrada a la soledad. Regresé a la salida, donde una silla servía de modesto escaparate para algunos libros, postales y folletos de oración con los precios escritos a mano sobre una cestilla de

mimbre. Pagué uno de los libritos sobre la historia del santuario, dispuesto a seguir mi ruta y buscar en otro lugar: el pueblo más cercano era Moral, o el Moral, como lo llamaba el libro de Gavira. De camino al coche, un ramalazo de viento me trajo algo parecido a un sonido de voces. Giré sobre mis pasos en dirección a la fachada oriental del edificio, hacia un largo y destartalado inmueble de dos pisos que en su día debió de servir como posada de peregrinos. Un cura de sotana arremangada se afanaba en enfoscar su pared con un par de jóvenes ayudantes. Cuando me vieron, el sacerdote dejó los aperos en manos de sus compañeros y vino a mi encuentro. Era joven, apenas superaba la treintena, aunque las gafas de concha negra y su escaso pelo castaño le daban un aspecto más longevo.

—Buenos días —me recibió con tonillo hospitalario—. Veo que ha comprado uno de los libros. Se lo agradezco en nombre de la cofradía. ¿Tiene interés en conocer la ermita?

—Muchas gracias, ya la he visitado.

—Es modesta, pero tiene una larga tradición que ha contribuido a mantener la fe del pueblo llano. —Sacó su pañuelo y se sonó a fondo, sin complejos—. Disculpe, he pillado un buen resfriado. Dicen que los habitantes de la antigua aldea de Hornoez escondieron una talla de la Virgen antes de abandonar sus tierras a la invasión musulmana… Pero si le cuento la historia le voy a destripar el libro.

—No me importa, créame, prefiero escuchar. Pero usted estaba trabajando.

—Esos mozos son tan capaces como yo de acabarlo. ¿Quiere un café? Tenemos un termo ahí —me hizo señas para que lo siguiera—. Con este tiempo, un café con leche resucita a los muertos. Nosotros acabamos de resucitar. ¿A que sí? —Los chicos asintieron tímidamente mientras él me servía una generosa taza—. Estaremos mejor dentro.

Nos refugiamos en el portalón de la ermita y volvió a sonarse.

—Me contaba algo sobre la talla —observé.

—Sí, disculpe… Pues esa imagen, según se dice, estuvo escondida en un enebro; aunque, entre nosotros, yo creo que estos árboles son sabinas y no enebros… Bueno, al margen de tiquismiquis botánicos, en el siglo XIII se la encontró una cuadrilla de pastores sorianos que acampaban por la zona. Como ya no

existía la antigua aldea de Hornoez, el cura de Moral decidió llevarla a su iglesia, pero todos los intentos por trasladarla resultaban infructuosos: las caballerías que la transportaban se daban la vuelta o bien se quedaban paralizadas; y si las bestias conseguía su objetivo, la figura desaparecía misteriosamente de la iglesia y se volvía a encontrar de nuevo en el árbol original.

Sorbí un buen trago de café mientras las palabras del cura resonaban con eco mortecino en aquel silencio.

—Estos hechos, que la tradición considera milagrosos, coinciden con la casuística de otras muchas apariciones marianas a lo largo de nuestro país como, por ejemplo, las vírgenes de la Valvanera, de la Encina de Ponferrada o la del Bordón en el Maestrazgo. Por eso siempre se les dejaba en el lugar de la aparición, donde se construía una ermita o un convento. Parece que en uno de esos interludios entre traslado y regreso, un pastor quiso cortar una rama del enebro milagroso para alimentar el fuego, y el pobre hombre se quedó pasmado. Algo parecido a un arrobo, hasta tal punto que nadie conseguía moverlo. El dueño del lugar prometió levantar un santuario para la imagen, y el pastor volvió a la normalidad.

—Así que el pobre tipo, aquel pastor —apunté—, se convirtió, sin comerlo ni beberlo, en rehén de un negocio divino.

—Hombre, visto así… El hecho es que se alzó una pequeña ermita cerca del árbol. Y así debió de permanecer hasta finales del siglo XVII, cuando fue sustituida por otra nueva que incorporaba el árbol a su interior. El edificio actual, más grande que los anteriores, es del XVIII.

Volvió a sonarse, a pedir disculpas e, inmediatamente, recuperó su relato.

—De todos modos —puntualizó—, la talla actual no es la original, ¿eh? Aquélla era de madera oscura y pequeña, de un par de palmos. Dicen que tenía en su mano derecha una manzana, en la izquierda una flor y en el centro al niño: una composición verdaderamente inédita, creo yo. Pero en 1855 un rayo rasgó el techo de la ermita y llegó hasta el enebro, provocando daños en la talla y la destrucción total del niño; cuando la restauraron, la flor de la izquierda se sustituyó por una nueva figura del pequeño. Y no fue el único incendio: en el año trece de este siglo, otro mucho más serio destruyó completamente la imagen y buena parte del árbol. La

que ve usted ahí es una nueva talla que tampoco se parece a la primera.

—Una lástima que se perdiera el original. Me decía que en 1855 un rayo destruyó al niño. En aquella época, ¿no era el ermitaño un tal Pablo Cañas?

—Me parece que me ha tomado usted el pelo —repuso con gesto de desconfianza—. Ése es un detalle para muy entendidos en Hornuez.

—Le aseguro que cuando nos encontramos ahí afuera no tenía ni idea de todo lo que usted me acaba de contar. Lo de Pablo Cañas es pura coincidencia: lo leí en un libro sobre la provincia de Segovia que no hacía muchas referencias al lugar.

—Pues está usted equivocado, pero por poco. Pablo Cañas murió algunos años antes de aquella desgracia del rayo. No sé si lo sabe, pero estuvo en proceso de beatificación, aunque su expediente debió de quedar en algún cajón del Vaticano a la espera de circunstancias más propicias.

—¿Tan santo era?

—No es lo mismo santo que beato —puntualizó—. La verdad es que no se sabe mucho de él. Parece que llegó un buen día y que sus obras lo hicieron merecedor de la confianza y posterior veneración de esta gente.

—¿Se sabe de dónde era, a qué se había dedicado hasta entonces?

—Pues no tengo idea, aunque sí sé que se le cita en los archivos parroquiales de Moral.

—¿Podría consultarlos?

—Sin problemas, vamos allá —se encaminó hacia la puerta.

—Puedo esperar; no quiero que por mi culpa abandone su trabajo.

—Ya le he dicho que no se preocupe de eso. Además, les voy a hacer un favor a estos mozuelos. Si le parece, vamos en su coche.

Acepté su plan. Llegamos hasta la pequeña obra y el cura anunció su vuelta a Moral. Dejó las llaves de su automóvil al mayor de los muchachos y le pidió el favor de que se lo bajara hasta el pueblo cuando terminasen.

—¿Lo llevo yo? —preguntó, incrédulo, el chico.

—Sí, pero ten cuidado, no vayas a hacer una tontería. —La

sonrisa del chaval no cabía por la puerta de la ermita.

Cuando subimos al coche, el cura desató los nudos de su sotana y la dejó caer hasta los pies. Como si se sintiera obligado a dar una explicación, me confesó que aquella prenda no le resultaba nada cómoda, y que sólo el deseo de no escandalizar a su sencilla parroquia lo inclinaba a ponérsela.

—Hace un par de años estaba en Palencia —aclaró—. Allí es diferente, y llevar la sotana en una fábrica no es útil ni apropiado.

—¿Y qué hace un cura obrero en un sitio perdido como éste?

—Gajes del oficio. Mis superiores no veían con buenos ojos mi compromiso con la clase trabajadora y decidieron que me convenía una temporada de reflexión para engordar mi cuota de humildad. Y aquí ando, casi retirado del mundo; aunque también en estas aldeas se puede hacer Pueblo de Dios, porque las condiciones de vida de esta gente son bastante apuradas. Bueno, no me he presentado: soy Bernardo —me extendió la mano y se la estreché mientras me identificaba—. Está usted congelado.

—Me anda rondado la fiebre —reconocí al ponernos en marcha—. Y en cuanto me sube un grado empiezo a no ser yo mismo.

—En casa tengo aspirinas, que algo le ayudarán. Pero lo que necesita es meterse en cama.

Se interesó por mi actividad y, al enterarse de que era periodista en Madrid, se mostró extrañado de que anduviese por aquellas tierras perdidas con el lío que debía de haber en los periódicos con la muerte de Franco. Cuando le expliqué que trabajaba en una pequeña emisora local que no podía ser escuchada desde allí, se dibujó una cierta decepción en su cara.

—Yo creo que la prensa escrita es más contundente y decisiva, sobre todo durante una dictadura —aseveró.

—Puede que sí, porque la información en radio y televisión está en manos del Gobierno. Pero, desde el punto de vista meramente informativo, es una teoría desfasada. Y si no, dígame: ¿en qué diario se ha enterado esta mañana de que Franco ha muerto?

—Aquí no llegan periódicos, hombre.

—Pues eso.

—Ya, pero las palabras se las lleva el viento y lo que está escrito, escrito queda. Yo puedo decir las mayores verdades desde el

púlpito, pero la Verdad, con mayúsculas, es la que está escrita, la que se puede recuperar, leer y releer para rumiar el mensaje cuantas veces sea necesario. Suponga que usted quiere hacer un reportaje denuncia sobre las condiciones de vida de esta gente, de sus carencias sociales, de la absoluta falta de atención…

—No es ese mi propósito al venir por aquí.

—Sólo le pongo un ejemplo —se defendió—. Si usted distribuye ese reportaje en la radio, lo escuchan cien, mil, un millón de personas, y ya está: a partir de ahí queda perdido en el aire. Pero si lo publica un medio escrito siempre está a mano, se perpetúa en el tiempo. Eso es lo que quiero decir.

—Y, abundando en su ejemplo, ese reportaje escrito tendría muchas más probabilidades de llegar a manos de sus superiores, quienes comprobarían que el cura Bernardo sigue dando guerra aunque lo metan bajo el agua. ¿Me equivoco?

Soltó una risilla tímida y cambió de tema, haciendo mil y una cábalas sobre el futuro una vez muerto el dictador: combinaciones, peligros de involución, ruptura política con el pasado, actitud de la jerarquía católica… Miedos y esperanzas, en definitiva, cocinados en la soledad de su retiro, que no diferían mucho de las conjeturas que podía hacerse el inexistente ciudadano medio del país. Atravesamos entretanto las laderas de varias colinas junto a tierras de labor tachonadas de rocas y matorrales de espinos, hasta llegar a una zona de huertos regada por un arroyo y coronada por una larga alameda. Al fondo, la aldea, encajonada en una umbría nava entre roquedales.

Bernardo me acompañó hasta la sacristía, una lóbrega estancia iluminada tan sólo por el haz de luz que penetraba por un ventanuco enrejado cercano al techo, y por una bombilla pelada que colgaba de lo alto. Rebuscó en uno de los cajones del aparador donde guardaba la ropa de culto y extrajo cuidadosamente una serie de volúmenes parduscos que depositó sobre una inestable mesa de formica ante la que me invitó a tomar asiento. Había allí tomos antiguos de auténtico pergamino, carcomidos en parte por la humedad, que registraban los nacimientos y defunciones desde los últimos años del siglo XVI, y otros, más modernos, con tapas acartonadas. En ellos se atesoraba la evolución demográfica de aquel lugar a lo largo de cuatro siglos.

—Busque usted hacia finales de los cuarenta del siglo pasado —me dijo Bernardo—. El resto se los saco por si quiere curiosear los más antiguos. Es una experiencia única, se lo garantizo. Mientras tanto, voy a casa un momento. Puede estar tranquilo aquí, porque nadie lo molestará a esta hora. Si quiere fumar, allí tiene un cenicero.

Seleccioné dos volúmenes: uno que registraba los ingresos y gastos de la cofradía de la ermita entre 1825 y 1878, y otro con la relación de bautizos y entierros entre 1806 y 1887. En el primero, al margen de interminables cuentas firmadas por los sucesivos mayordomos de la cofradía y los nombres de los párrocos correspondientes, no había datos que me sirvieran. El segundo tomo, muy distinto, parecía un verdadero pajar donde buscar una aguja que no conocía: aparte de averiguar la fecha, había que pelear con la endemoniada letra del cura que lo había escrito. Empecé en 1845, y tras el esfuerzo de las dos primeras páginas ya había descubierto las fórmulas de expresión inalterables que representaban nacimiento o defunción, de modo que pude buscar directamente sólo estas últimas. Esa clave, unida a la escasa población del lugar, me permitió pasar el primer año con una rapidez que no esperaba cuando abrí el libro.

Bernardo llegó con provisiones. Me hizo tomar una aspirina y sacó de una alforja media hogaza de pan blanco, algunos trozos de matanza y una bota de vino.

—Hay que atajar esa gripe —sentenció tras sonarse una vez más—. Y, aparte de los inventos de la química, cuya eficacia no voy a negar, lo mejor es el alimento de la tierra. ¿Ha encontrado algo?

—Aún no, pero espero hacerlo pronto. Es menos complicado de lo que esperaba.

Me alargó una rebanada de pan con un trozo de jamón, y una navaja.

—Pruebe esto mientras yo sigo fisgando el libro. Si prefiere chorizo, cójalo de la tartera.

Caté la miga, más por educación que por apetencia. Y ni siquiera su buen sabor me abrió el apetito.

—Los colegas del siglo pasado eran muy concienzudos —murmuraba él, sin levantar la vista de los folios—. La burocracia de entonces debía de ser una de sus labores más importantes, y se

esmeraban en ello. Lástima que sólo registrasen estos acontecimientos. Si hubieran sido más atrevidos, actualmente tendríamos una colección histórica inigualable.

—No sea tan severo con ellos, hombre. ¿Acaso en los libros oficiales que usted lleva escribe la crónica de estos años?

—¡Ahí me ha dado! *Mea culpa*. Pero es que hoy es muy distinto, porque se está escribiendo la historia desde… ¡Aquí está!

Dejé el tentempié intacto sobre la mesa y me acerqué al libro. Con fecha de 24 de abril de 1847 se consignaba el entierro de Pablo Cañas, ermitaño del Santuario de Nuestra Señora de Hornuez, junto a una breve descripción de lo que podría considerarse su testamento: la decisión de legar sus pobres pertenencias, se decía textualmente, a un tal José Cornejo, del lugar de Albilla, con quien, según la glosa, se había considerado siempre en deuda.

—¿Qué es el lugar de Albilla?

—Una aldea, a unos diez kilómetros de aquí.

—¿Y eso es todo lo que hay de Pablo Cañas?

—Él no era de este pueblo, así que lo único que aparece es la fecha de su entierro. Mi viejo colega no tenía la obligación de escribir otros detalles. Pero, al fin y al cabo, escribió. Y gracias a eso, usted ha podido leerlo hoy. San Isidoro decía que las letras tienen el poder de transmitir la voz de los ausentes. Si sólo lo hubiese contado de viva voz, el nombre de Pablo Cañas ni siquiera existiría en la memoria colectiva.

—De acuerdo —admití—, ahora soy yo el tocado. Una cosa más: ¿conoce un sitio llamado Cuevas de San Martín?

—No me suena; desde luego no por esta comarca.

Entre sus protestas por no haberme comido el pan con jamón y ni siquiera haber echado un trago de la bota, agradecí sus atenciones y le comuniqué el final de mi visita. La excusa de mi deficiente estado de salud ayudó un poco a que remitiese en su insistencia. Me acompañó hasta el coche y, antes de la despedida, me preguntó a quemarropa si era creyente o no. A riesgo de quedar como un desagradecido después de tanta generosidad por su parte, argumenté que no era momento, ni me encontraba en condiciones de sostener un debate teológico. Se interesó por las razones de mi supuesto ateísmo, y tuve que aclarar que no me consideraba ateo ni creyente. Ahí, en ese punto, le dije, radicaba uno de los principales

problemas de los curas: en su incapacidad para aceptar la posición de quienes voluntariamente se declaran al margen de esa polémica maniquea.

—Yo, en ese asunto, como en muchos otros —sentencié, a modo de conclusión—, soy agustiniano.

—Pero si san Agustín…

—Hablo de mi tío Agustín. Él decía que, ante propuestas contrarias, hay que buscar cuál es la verdadera y, hasta que se encuentre, la posición inteligente es el escepticismo.

—Y no le faltaba razón a su tío —reconoció de buen humor—. Aunque no debe juzgar a todo el clero por igual. Puede que la jerarquía mantenga esas posiciones que no llevan a ninguna parte, pero dentro de la Iglesia hay muchos que no opinamos lo mismo, que consideramos como iguales a todos los que luchan por instalar en la tierra el Reino secuestrado por los oligarcas durante siglos.

—Sí, ya sé: la Teología de la Liberación, el Cristianismo marxista, las comunidades populares. Conozco bien esas posiciones, y, aun a riesgo de que me considere un maleducado después de lo que acaba de hacer por mí, su interpretación de la realidad me interesa tan poco como la de su jerarquía.

—Un anticlerical pertinaz, ¿no? —Lo dijo sin asomo de reproche y le respondí en la misma sintonía:

—Tampoco me interesa esa militancia. El anticlericalismo es una excrecencia de la propia Iglesia que, bien utilizada, le ha dado un rendimiento fabuloso a lo largo de la Historia. Pero, ya que lo menciona, dígame: ¿por qué, si se sienten tan liberadores, se empeñan en seguir dirigiendo el cotarro?

—No se trata de dirigir, sino de servir. Nuestro ministerio nos obliga.

—En tal caso, ¿por qué, dentro de esas revolucionarias comunidades que patrocinan, siguen manteniendo el monopolio de la dirección, tanto en el terreno doctrinal como en el sacramental? ¿Es que creen que el único gesto santo de esa jerarquía a la que critican fue posar las manos encima de sus privilegiadas cabezas para convertirlos en sacerdotes en un acto mágico y eterno?

—Hombre, Ricardo, el Pueblo de Dios no es una comuna anarquista, sino una estructura jerárquica, tal y como queda dicho en el Evangelio. Lo que hay que conseguir es que la jerarquía sea

fiel a esa Palabra de Dios.

—Palabra escrita, por supuesto —apunté con énfasis.

—Por supuesto —soltó una carcajada húmeda que lo obligó a rebuscar el pañuelo por los bolsillos de la sotana—. Lo escrito, escrito queda.

—Muchas gracias por todo, Bernardo.

Crecía el ambivalente efecto de la fiebre: mientras mi cuerpo temblón parecía flotar sin peso en el espacio, la cabeza se volvía cada vez más densa, atenazada por una invisible corona alrededor de las sienes. Lo más incómodo era esa sensación de abotargamiento en los ojos, que ardían como brasas, y la hipersensibilidad instalada en las yemas de los dedos. Sabía que lo más sensato era regresar a casa, pero todavía quedaba un hilo del que tirar y no estaba dispuesto a dejarlo para más adelante.

Si mi padre había bebido de las mismas fuentes que yo, seguro que habría tomado igual decisión. La probabilidad de encontrar la pista del tal José Cornejo después de ciento treinta años me parecía poco menos que un sueño, aunque, bien mirado, lo único que tenía que hacer era seguir soñando, mantenerme en aquel carrusel que me deparaba una sorpresa tras otra, hasta que la sirena decidiese el final del viaje. Tal vez estaba condenado a no saber nunca qué le había sucedido a mi padre, pero, mientras tuviera unas huellas por seguir no pensaba detenerme. Pensé en Lizarbe, en lo absurda que resultaba a veces la existencia y en su relativo valor: hoy respiras, y mañana, al doblar cualquier esquina, te encuentras con un desenlace que alguien tiene escrito para ti. Eso sí que era un final de trayecto.

Viajaba despacio, por vigilar bien aquel camino desastroso a través de un pinar interminable, y porque no me fiaba demasiado de mi capacidad de reacción en estado febril. El terreno se hizo poco a poco más despejado, hasta llegar a un cruce con lo que se suponía la carretera local. En realidad, no era más que una estrecha ruta con una leve capa de asfalto cuarteado, perforado por brotes vegetales que se negaban a ceder su espacio, y con tal decisión en algunos tramos que el alquitrán era allí por completo imaginario. Al tomar una apretada curva sobre un puente, observé el arroyo que fluía abajo. Fue como ver pasar una sombra frente al espejo, como un suspiro familiar en la nuca, como si ese escenario hubiese

formado parte fundamental de mi vida en un nebuloso pasado.

Aparqué el coche a un lado de la carretera y descendí por el terraplén hasta el borde del agua. Allí estaba la piedra donde me asentaba para cazar mis renacuajos; y más allá, la losa de pizarra en la que me tumbaba al sol después de mojarme las piernas en la poza más profunda. En aquel pequeño puente jugaba a fabricar extraños ecos al tiempo que observaba los nidos de arañas patilargas. Habían pasado dieciocho años, aunque el paisaje no podía confundirme: todos los elementos eran de menor tamaño que los que albergaba en mi recuerdo, pero aquel rincón era una verdadera fotografía de mi ayer. Saqué de la cartera la foto que mi padre guardaba en el sanatorio. Aquella instantánea había sido tomada en verano, y ahora la arboleda cercana se presentaba magra y desnuda; tampoco el niño de la foto era exactamente yo: los pantalones cortos habían desaparecido de mi vestuario, el pelo al cero me rozaba ahora los hombros y aquella cara infantil había sufrido suficientes escarmientos como para haber perdido ya su inocencia. No era definitivo, pero casi podía jurar que se trataba del mismo sitio.

Me tumbé en la losa. Por supuesto que era el mismo lugar: podía sentir los pliegues de la piedra como si fueran los rincones más familiares de mi cama. Abrí y cerré los ojos varias veces, intentando atrapar sensaciones, y la conclusión era la misma; poco importaba que la vegetación de los bordes de la carretera hubiera cambiado de color y de textura, o que aquel cielo azul fuera ahora plomizo, o que a la melodía del agua le faltase el acompañamiento de los coros del verano, los solos virtuosos de pájaros e insectos. No, no importaba; tampoco estaba allí la voz de mi padre, ni sus manos firmes, efectivas, que me sacaban del agua en un rápido viaje por el aire para que mis pies mojados no se mancharan de tierra hasta llegar a la piedra; ni los brazos de mi madre, que se cruzaban en mi cuello mientras uno de sus besos me acariciaba la oreja. No, todo eso ya no estaba allí; sólo quedaba la tramoya de aquella obra incompleta, y uno de sus actores. Entorné los ojos para dejarme llevar por los sonidos, permitiendo que el cuerpo encontrase su propio acomodo sobre la piedra. Y el murmullo del agua me condujo por una sinuosa senda hacia el pasado: estaba dentro de una canción, en un universo de aire líquido, entre voces distorsionadas y lejanos golpes de timbal.

Mi padre me hablaba desde atrás, más o menos desde la nada. Me decía algo sobre las raíces de la tierra, sobre el alma de las cosas, sobre el deber de intentar alcanzar el núcleo y sentarse en lo más alto del mundo; lo hacía mientras trazaba sobre el éter docenas de intangibles formas geométricas. Yo no entendía nada, pero él parecía muy contento de que hubiera captado su mensaje. Una de las figuras mutaba en espiral y él me animó a jugar con ella: yo buscaba sus límites, pero no existían. Me sentí atrapado por la fuerza centrípeta del dibujo, por su vértigo abrumador, mientras que la voz de mi padre se debilitaba hasta desaparecer en un inexistente horizonte. La voz de Lucía me llegó desde el centro de la espiral: llamaba, como quien busca a alguien, y yo quería dirigirme hacia ella sin la menor confianza en conseguirlo. Después hubo un vacío, un vacío absoluto, sin luces, sonidos, olores, imágenes, tacto, ni movimiento. Ni siquiera yo mismo estaba en ese vacío; era ajeno a él, y pensaba que algo así debía de ser la muerte. Tal vez era la muerte. Un soplo rígido me llegó como un latigazo. Al abrir los ojos noté un sudor frío a lo largo del pecho. Cuando me incorporé sobre la piedra me di cuenta de que la calentura había subido, y me reproché esa inoportuna siesta en un sitio tan húmedo, por mucho que hubiese caído en poder de los recuerdos. Había estado casi una hora allí abajo; mi cuerpo me lo echaba en cara y la cabeza me pedía abandonar, correr en busca del abrazo maternal de una cama caliente. Pero aquel descubrimiento era más fuerte que todos los consejos.

Albilla era una aldea pobre, de casas pobres y desvencijadas, casi una ruina encaramada sobre la ladera de un pequeño macizo de pizarra. Cuando entré en la plazuela, despertaron en mí imágenes de la infancia que dormían, hasta entonces, en archivos abandonados en el sótano de mi mente: en aquel lugar había pasado mi último verano en compañía de mis padres. La agrietada espadaña de la pequeña iglesia; la fuente de tres caños con aspecto de boca de león en los que me refrescaba la cabeza y la garganta después de culminar nuestras caminatas bajo el tórrido sol castellano; las eras que se extendían a las afueras, donde por vez primera y única había vivido la experiencia de revolcarme entre la paja trillada… Todas esas escenas llegaban como efervescencia antigua hasta cada célula de mi cuerpo, provocándome una extraña

y bulliciosa emoción; cuando bajé del coche, el olor a humo de chimenea me transportó definitivamente a otro tiempo.

No había gente por la calle. Tan sólo un vejete, sentado junto a la puerta de casa y escondido tras su bufanda, parecía haber observado mi llegada. Su cuerpo encogido, confiado en la aparente solidez de una cachava, sugería que ya había dejado atrás los noventa.

—Buenas tardes, abuelo —intenté mostrarme cordial—. ¿Qué tal vamos?

—Si me comparo con la mayoría de los de mi quinta, no me puedo quejar —bromeó, sin abandonar el refugio de su bufanda.

—¿Lleva muchos años en el pueblo?

—¿Y no he de llevarlos? Nací aquí, y sólo he faltado para hacer el servicio militar.

—Entonces, a lo mejor puede ayudarme. Necesito localizar a los descendientes de un señor que vivía aquí hace muchos años, más de los que tiene usted. Se llamaba José Cornejo. ¿Le suena?

—Coño, ¿no me ha de sonar el tío Cornejo?

—¿Sabe quién es? —reiteré, animado por su respuesta.

—Ya murió.

—Lo sé. Vivió hace más de cien años.

—Pues ese que usted mienta debió de ser el abuelo del abuelo del que yo digo. A todos los han conocido como el tío Cornejo desde que yo recuerdo a esa familia. Son dichos que pasan de padres a hijos, como el tío Murgas, que vive ahí bajo, o el tío Mellao, que soy yo, para servirle.

—Encantado. Yo me llamo Ricardo —le ofrecí la mano y él la estrechó con el extremo de su apéndice huesudo—. Y la familia del tío Cornejo, ¿dónde vive?

—Siga recto la calle y luego a la derecha. No tiene pérdida.

Claro que no la tenía: era la única calle de la aldea; naturalmente, sin asfaltar. Cuando tomé la primera calleja a la derecha volví a darme de cara con el pasado. Fue como ese momento mágico en que el revelador sugiere lentamente las primeras siluetas, las manchas más evidentes de un positivado fotográfico. Yo no necesité esperar al revelado completo, porque bastaron esos primeros apuntes para comprender que la casa del tío Cornejo era donde yo había vivido aquel verano del cincuenta y

ocho. Su fachada, la puerta de madera gruesa con batiente superior y la gatera en la parte baja actuaron como una espita que abrió el grifo de la memoria. Frente a ella, sin necesidad de entrar, me atrevía a adivinar buena parte de su distribución interior: la cuadra a la derecha y el comedor a la izquierda; la cocina al fondo y, arriba, los dormitorios. Boquiabierto, rememoré la plácida rutina de aquellos despertares sin hora fija, cuando el cuerpo lo decidía, y la impresión, al salir del letargo, de flotar entre las notas de una balada cuya cadencia era definida por el cacareo de las gallinas, los sonidos de las labores de la casa o del acarreo de la mies en la calle. Eran ésos los momentos más gozosos del día. Nunca después había experimentado tal sensación de familiaridad, de refugio, de paz, de bienestar. No podía revivir la experiencia en el útero materno, pero debía de ser muy parecida: si existía un paraíso, estaba alojado en aquellos instantes olvidados.

Abrió una mujer, de unos setenta años. Aunque desde el primer momento intenté aparecer amable y merecedor de confianza, su actitud era de lógico recelo ante un desconocido llegado de improviso a un lugar tan perdido como aquél. No la reconocí, no podía asociar su cara a ninguno de los retazos infantiles que ahora intentaba traer hasta el presente, y decidí que la única posibilidad de vencer su desconfianza era identificarme como aquel niño, hijo de Carlos y Carmen, que se había hospedado en aquella casa cierto verano. Ella pareció aturdida al escucharme, como si rebuscase entre los meandros del recuerdo.

—¿Usted es Ricardito? —dijo, al fin.

—Sí, yo soy Ricardo Asensi.

—¡Cuántos años! ¿Cómo no vino por aquí antes?

—No sabía nada de Albilla hasta hoy. Sólo tenía siete años cuando me trajeron. He pasado por casualidad y, ya ve, he reconocido el sitio. Como mis padres murieron…

—Sí, hijo. Aquella desgracia, ¿verdad? Nos enteramos mucho tiempo después. Aquí no llegan las noticias tan fácil, y en aquellos años, peor. Ahora, por lo menos, podemos escuchar la radio, pero por aquel entonces no había siquiera luz eléctrica. Pase, pase, no se quede en la puerta, que hace frío.

Me acompañó hasta la cocina, donde ardía un fuego hospitalario bajo la gran chimenea. Tras interesarse por mi trayectoria de

huérfano, me explicó que vivía sola desde que sus tres hijos habían decidido escapar de aquella prisión sin futuro para buscarse la vida en Barcelona y en Madrid; a uno de ellos, de mi edad, lo retenía yo vagamente en el recuerdo como compañero de aventuras entre las ruinas de los corralones abandonados. Refirió con orgullo que ya tenía cinco nietos, y que durante los veranos se le llenaba la casa de chiquillos. Acepté mi segundo café con leche del día; seguía en ayunas, pero el estómago no me pedía alimento sólido. La bebida y el calorcillo del hogar me reanimaron ligeramente, aunque no podía quitarme de encima los escalofríos. Dejé de lado los preámbulos.

—¿Cómo es que mis padres vinieron aquí ese verano?

—A su padre, a quien Dios tenga en su Gloria, le gustaba mucho este sitio. Había venido dos o tres veces antes, aunque no pasó aquí más que unos días. La primera vez que vino fue de soltero, allá por el cuarenta y tantos. Buscaba unos papeles antiguos que le parecían muy importantes. Como era profesor de la universidad… —me hizo gracia la coartada.

—¿Qué papeles eran?

—Mi Juan, que en paz descanse, los guardaba arriba, en el granero, en el arca de los trastos. Digo yo que serían de su abuelo, o más viejos, de la época de la francesada, según decía. Don Carlos se los compró, y nos pagó por ellos unas buenas pesetas que bien nos vinieron. Él buscaba otras cosas, además de los papeles, pero, por lo que yo sé, el abuelo de mi marido, o puede que fuera el padre de su abuelo, había vendido lo que faltaba. Ya sabe: a nosotros esas cosas no nos dicen nada; además, debían de estar escritos en francés.

—Entonces —dije, decepcionado—, ¿no sabe de qué hablaban esos papeles?

—¡Ay, no!, hijo. Eso para los estudiados. Pero ya le digo que a su padre le parecieron muy requetebién. Los tendrán en un museo, o algo así.

—Ha dicho que vino dos veces antes del cincuenta y ocho.

—Sí. La segunda vez mucho más tarde, ya casado. Fue como la visita del médico: llegaron y se fueron.

—¿Venía mi madre con él?

—No, vino con otro señor que quería hablar con mi marido sobre lo mismo: que si los papeles por aquí y por allá. Era algo antipático; me refiero al otro señor. Debía de ser su jefe en la

universidad o algo así.

—¿Quién era? ¿Recuerda su nombre?

—¡Ay, hijo! No tengo yo memoria para eso.

—¿Le suena Julián Santiuste?

—¿Santiuste? No creo. Pero sí que me suena que debía de empezar por ése.

—¿Por ése? —repasé rápidamente todos los nombres aparecidos en las referencias a mi padre durante los últimos días. ¡Silverio Monzón!—. ¿Puede ser Silverio?

—Silverio… Puede ser, hijo, pero no se fíe mucho de mi memoria. A lo más que llego es a la vez siguiente, cuando vino a apalabrar lo del verano, y si me acuerdo de la fecha en que estuvieron aquí es porque fue el mismo año en que falleció mi Juan. La víspera de Nochebuena me dejó con los tres críos. Murió sin enterarse de lo que les había pasado a sus padres de usted.

—¿Conoce un pueblo que llaman Cuevas de San Martín?

—No he salido nunca de estas aldeas. Bueno, hace tres años mis hijos me llevaron una temporada a Barcelona para que me viera un médico unos dolores en la espalda que no me dejan vivir. Pero si me pregunta cómo es Barcelona, ni me acuerdo, con tanta gente por la calle y tanto ruido.

Comprendí que no tenía sentido seguir interrogando a aquella mujer, cuyo nombre no conseguía rescatar del olvido. Le pedí que me permitiera ver el lugar donde habían guardado esos papeles durante tantos años, y aceptó gustosa. Subimos al desván, una planta oscura y sin tabiques con el suelo de madera combado por el antiguo peso del grano; un par de bombillas en los rincones permitían intuir algunas siluetas en la penumbra. Mientras nos abríamos paso entre telarañas, todo tipo de artilugios se repartían, desordenados, en nuestro trayecto: palanganas herrumbrosas, un reloj de pared sin esfera, cajas de cartón o de hojalata llenas de clavos y herramientas, cencerros de oveja, una balanza romana y un par de fanegas de madera.

El arcón estaba al fondo y era una pieza antigua, quizá de más de doscientos años, con tapa abovedada y remaches metálicos. Le pedí permiso para curiosear dentro y no puso objeciones. Al abrirlo, me visitó un curioso hormigueo. Supuse que esa misma emoción la habría experimentado mi padre; aunque no exactamente igual,

porque él, al menos, había cerrado su investigación con éxito, y un momento así tuvo que ser especialmente satisfactorio. Yo sólo seguía sus pasos, intentando recorrer una senda ya descubierta, caminando a través de una tierra yerma por el paso previo de sus zapatos. Me consolé pensando en que mi meta no era lograr objetos materiales, sino seguir la huella de sus pies, por mucho que eso me hiciera sentir como el que reza una oración robada a otro, como quien plagia un poema nacido en corazón ajeno. El baúl contenía cortinas y colchas, y unas cuantas ropas de hombre que supuse serían del difunto Juan, pero nada más. Había albergado la absurda esperanza de que allí pudiese quedar alguna pista, pero la zafiedad de la lógica se imponía, una vez más, a la ilusión. Prometí a la mujer que volvería a visitarle, y dejé atrás aquella casa modesta, entre cuya piedra, adobe y madera un niño ya inexistente se había sentido durante unas semanas el rey del mundo.

Aquella casa era el punto final. Ya no quedaba nada por intentar: el cabo que me unía a la esperanza se había cortado allí, y lo que hiciera mi padre con esos documentos sólo él lo sabía. Cierto que quedaba el indicio de su relación con la Operación Niebla, pero las raíces de aquel hecho eran demasiado profundas e inaccesibles. El malestar físico acentuaba mi sensación de descalabro. Sólo quedaba regresar al coche y conducir durante más de dos horas hasta el nido, hacia el ambiente al que pertenecía, y del que, quizá, pensaba ahora, no tenía que haber salido nunca.

Al llegar a la placita pasé ante el portalillo de la iglesia; en el acelerado rescate de mis imágenes infantiles lo recordaba como un oasis de sombra y frescor donde refugiarme, sudoroso, de los juegos bajo el calor picante del verano. Bajo su techo, y casi sin ser consciente de ello, dejé escapar un sonido gutural que reverberó, un eco ronco, en las paredes: sonaba igual que entonces. La puerta del templo tampoco había cambiado; un poco más vieja, tal vez, su madera claveteada. De más adentro no recordaba nada, porque todavía no había hecho la comunión y quizá ni siquiera iba a misa; aparte de la entrada, el afilado sonido de las campanas era mi único recuerdo de aquel edificio.

El tío Mellao me hizo señas desde su poyete. Quería saber si yo tenía intención de visitar la iglesia, lo único del pueblo que interesaba a los forasteros, según dijo. Pensé que no estaría mal

poner a prueba, por última vez, mi ya entrenada capacidad de regresión.

El viejo se perdió en el interior de su casa y regresó al poco con una gran llave. Seguí sus pasos y, una vez dentro, se activó de nuevo la memoria, o puede que fuera la imaginación lo que completó el proceso y me hizo rememorar el coro destartalado, las escaleras hacia el campanario, el modesto retablo barroco con sus hornacinas ocupadas por imágenes, la docena de bancos corridos con sus reclinatorios correspondientes, y el suelo, en buena parte cubierto por losas de pizarra con una estrecha abertura en su centro, esquema típico de los antiguos enterramientos en el interior de los templos.

—Es pequeña y tiene goteras —aclaró el tío Mellao—. Pero para los cuatro gatos que somos, nos basta y nos sobra.

—Algunas de esas imágenes deben de tener un montón de años —comenté por halagarlo, aunque parecían realmente valiosas.

—Más que yo, y ya son años. Es una iglesia pobre, como nosotros, aunque tenemos un príncipe enterrado aquí.

—¿Un príncipe?

Me hizo señas y lo seguí hasta el pie del altar. Allí se extendía una alfombra roja, cenicienta de polvo, que el tío Mellao desplazó para mostrarme lo que había debajo. Era una lápida.

—Ésta sí que tiene años, ¿eh? —dijo, satisfecho.

La lápida estaba orientada de tal modo que para leer sus inscripciones había que colocarse de espaldas al altar. Me llevó tiempo acostumbrar la vista a la escasa luz y distinguir algunos de los trazos esculpidos en la piedra. En la parte central de la lápida algo se me destacó como un faro en una noche penumbrosa y, en un momento, el corazón empezó a botarme sin control: ¡Allí ponía 1568! Y el ocho, como en el dibujo de mi padre, tenía la parte superior cortada en línea recta. Me consumía la impaciencia, así que le pedí al anciano que aguardase y corrí hasta el coche a por una linterna. Estaba seguro de haber dado con algo importante, con una de las ideas que mi padre había intentado expresar en sus dibujos. Allí podía estar la solución de una historia tan extraña. Intenté rememorar la estructura del dibujo de lo que habíamos intuido como una lápida y que, en realidad, lo era. Sí, lo retenía perfectamente: allí había escrito VITRIOL y aquella frase en

celtíbero que significaba algo así como la guarida del gusano de fuego. Regresé corriendo a la iglesia y, entusiasmado, me dediqué a anotar cada letra que conseguía descifrar bajo la luz de la linterna, aunque el trabajo era más engorroso de lo deseable. El tío Mellao, que me había observado en silencio durante un rato sentado en el primer banco, se ofreció a ayudarme.

—Si quiere, yo le cuento lo que pone.

—¿Lo sabe?

—¿Y no lo he de saber? —respondió con suficiencia—. Desde que era mozo. Ahora está muy desgastado y la cera de las velas tapa casi toda la piedra.

—¿Qué es lo que pone?

—AQUÍ ESTAN CONRADO SEÑOR DEL CASUAR SU ESPOSA ANA Y SUS PADRES. —Lo recitó de corrido, como un romance de ciego—. Y, además, hay una fecha: 1568.

—¿Y eso del Casuar?

—Un lugar donde había un convento, que hoy está en ruinas, lindero con el río Riaza, más abajo del pantano de Linares. Se conoce que ese Conrado era el príncipe de todas estas tierras y, mire usted por dónde, con ser ésta una aldea perdida en el mundo, eligió que lo dieran sepultura aquí, con toda su familia.

—¿Eso es todo lo que pone ahí?

—Para ser una sepultura ya es mucho, ¿no?

—Quería decir que si no hay otras inscripciones; por ejemplo, ¿le suena que en algún sitio esté escrita la palabra VITRIOL?

—No, ya no hay más letras en esta iglesia —afirmó, terminante—. Cuando era monaguillo fisgaba hasta debajo de las faldas de las abuelas buscando ratoneras y nunca vi más letras que ésas.

—¿Le importaría explicarme, para que yo lo dibuje, cómo están ordenadas las palabras en la lápida?

Me acerqué al banco a echarle una mano y, cuando estuvo a la altura de la losa, me señaló, palabra por palabra, la posición que ocupaban en la piedra. Yo le mostraba mi dibujo para que lo corrigiera si me equivocaba. La frase comenzaba arriba a la izquierda y continuaba hacia la derecha en el sentido de las agujas del reloj. Al llegar a la esquina inferior derecha, las letras mantenían la simetría respecto al centro de la losa y, por lo tanto,

aparecían invertidas. A medida que se acercaba al ángulo inferior izquierdo, mi atención se excitaba: allí estaba escrita la palabra CASUAR. Y ésa era la posición exacta que correspondía a los supuestos signos celtíberos, trazados también boca abajo, según Güemes, en el dibujo de mi padre: él había representado esa idea en la cartulina por una razón desconocida, pero yo había dado con ella.

Estaba eufórico por el éxito y me daban ganas de abrazar al tío Mellao por haberme sugerido la visita cuando yo estaba dispuesto a huir como un idiota derrotado. Era evidente que aquella aldea tenía mucho que ver con la historia de mi padre, y quizá guardaba más sorpresas. Pero ya eran demasiados datos para mi cabeza calenturienta y no me sentía con lucidez suficiente para clasificarlos.

Cuando salimos de la iglesia quise gratificar al viejo y éste, ofendido, se negó a recibir dinero por algo que, según él, hacía con mucho gusto. Le ofrecí un cigarro.

—¿Rubio? Bueno, igual da una mariconada más que menos —le arrancó el filtro y aceptó el fuego de mi encendedor.

—Me ha ayudado mucho, tío Mellao. Espero que siga usted tan bien y que nos veamos pronto. Por cierto, estoy buscando un pueblo que ya no sé si existe; desde luego, en el mapa no lo encuentro. ¿No sabrá usted dónde está Cuevas de San Martín?

—¿Y no lo había de saber? Pues en el mismo sitio que antes le expliqué: no es un pueblo.

—No le entiendo.

—Ya le dije que el Casuar es una tierra pegada al Riaza. Por aquí todo el mundo lo llama la ermita del Casuar, pero no es una ermita ni nada que se le parezca. Es un convento medio roto, muy viejo, y como de verdad se llama es San Martín del Casuar. Las que dicen cuevas de San Martín están allí. Hay muchas.

—¿Cómo se puede llegar?

—Siga la carretera, todo tieso, y cuando cruce el segundo pueblo, coja una senda de tierra a la derecha. Y vaya con cuidado, que no es un camino para coches; aunque el suyo no parece que lo cuide mucho.

No podía evitar darle vueltas a la simbología de la lápida y al nombre del lugar al que me dirigía. La posición del término Casuar

sobre la piedra casaba perfectamente con aquella palabra celtíbera dibujada por mi padre. Y no sólo en la posición; también guardaba una similitud fonética que en absoluto podía ser accidental. Casuar, a mi entender, carecía de significado en castellano, de modo que bien podría ser la aberración de otro término más antiguo. De *Kabisuaar* a *Kabsuaar* no había tanta distancia lingüística, y de ahí a *Kabsuar* mediaba un paso. La comodidad de pronunciación habría liquidado tarde o temprano esa «be» y ya teníamos el sonido *Kasuar*. La grafía castellana sustituyó después la sílaba «ka» por «ca» y ahí estaba Casuar.

Todo sonaba muy bien, pero no aclaraba el batiburrillo de claves, nombres, dibujos y personas. Preguntas y respuestas me trepaban a la mente para entablar un combate desigual en busca de coherencia en tanto atravesaba una orografía irregular alternada de pinares, tierras de labranza y baldíos. Como había dicho el tío Mellao, el camino de tierra no era apto para coches, y pronto se hizo insoportable conducir por aquel suelo descarnado, un terreno que descendía paulatinamente hasta convertirse en un angosto desfiladero: a la derecha, la pared adquiría cada vez mayor altura; a la izquierda, un barranco dejaba entrever a veces el curso de un arroyo. Temía por los bajos del coche, castigados por las piedras que rebotaban de un lado a otro, y la perspectiva de una avería en semejante rincón perdido; o que otro vehículo apareciese de frente en aquella senda constreñida donde no había posibilidad de girar ni apartarse; por fortuna, esa vereda diabólica no debía de ser muy frecuentada.

Cada vez me notaba más tenso, más impaciente. Detuve el coche y bajé a estirar las piernas. Era un lugar salvajemente bello donde uno podría pasar horas ensimismado si se obviaban las ráfagas heladas que recorrían a sus anchas el pasillo de piedra. El cielo abría y las nubes avanzaban veloces, proyectando sobre la tierra sombras corredoras que le disputaban al sol su derecho a calentar el suelo; y tan sólo se escuchaban los esporádicos graznidos de las rapaces que sobrevolaban su territorio profanado. Era imposible ver más allá de una docena de metros, porque la montaña entraba abrupta sobre el camino obligándolo a serpentear caprichosamente. Revisé las llantas y el tubo de escape, que había recibido unos cuantos impactos y restregones; al parecer, todavía gozaba de buena

salud, aunque era imposible saber cuánto tiempo duraría aquel calvario, y menos sus consecuencias. Anduve hasta la siguiente curva para comprobar cómo la garganta seguía bastante más allá, siempre descendente. Resignado, decidí alcanzar el objetivo antes de que el sol se ocultara tras los picachos.

Debieron de ser apenas un par de kilómetros desde allí, pero los más lentos de mi vida. Por fin, la quebrada se fue ensanchando y un minúsculo vallecillo apareció en el horizonte. En su centro se alzaba el volumen rojizo de un edificio que apenas contrastaba con el inmenso farallón que le cubría las espaldas. Al llegar a la zona llana, la senda se dulcificaba y pude alcanzar sin dificultad las ruinas. Me encontraba en el interior de una hoz, un cruce de caminos entre desfiladeros de altas paredes agujereadas por docenas de cuevas. El edificio parecía, efectivamente, un convento románico, a primera vista del siglo XII o XIII, aunque su campanario, semihundido, era muy posterior; los huecos de sus paredes revelaban la antigua existencia de atrios laterales o habitáculos de los que no quedaba rastro; en algunas de sus piedras se distinguían las marcas características de los constructores medievales. Disponía de dos puertas, orientadas al norte y al sur, con arcos de medio punto y escasos ornamentos. La techumbre había desaparecido y el interior estaba destrozado, ahumadas las paredes por hogueras y pintarrajeadas con frases obscenas, aunque todavía sobrevivía una parte del altar, algunos capiteles y restos de lo que pudo ser el brocal de un pozo.

De nuevo en el exterior, fisgué por los alrededores. El río, aunque no muy ancho, era allí turbio y caudaloso, y parecía muy profundo. Corría prácticamente pegado al murallón de piedra, y éste exhibía sin disimulo los efectos de desgaste que el agua había dibujado en su piel caliza durante milenios. Avancé por la orilla siguiendo la corriente, cuyo ruido ensordecedor sepultaba cualquier otro sonido, hasta llegar a un punto donde resultaba imposible seguir, porque el agua penetraba en un recodo de la roca y se perdía de vista. Me senté allí, con el deseo de disfrutar la carantoña tibia de los primeros rayos de sol que había visto en los últimos días. Desde aquella pequeña elevación, el lugar se antojaba casi mágico. La gente que decidiera vivir en ese rincón de la tierra, apartada de todo vestigio de civilización, tenía que ser muy

especial, pensé. Nada más que locos o santos serían capaces de algo así; tal vez también fugitivos. Porque no sólo estaba el convento. En los farallones, algunas a seis o siete metros de altura, se abrían cuevas excavadas sin duda por la mano del hombre. Y, teniendo en cuenta el ritmo de erosión, aquellas gentes tenían que haber habitado esos parajes en tiempos prehistóricos. Ese sitio parecía haber sido muy especial durante muchas generaciones.

Sentía frío, como si la piedra quisiera atraparme, fundirme con el suelo a través de su temperatura, pero el espectáculo me tenía embrujado. Aquél era el lugar donde el tal Pablo Cañas había tenido la visión, si había que concederle crédito al libro de Gavira. Tal vez resultaba creíble, a la vista de semejante entorno y con un personaje del XIX, pero no podía hacerme a la idea de Carlos Asensi, el avezado investigador franquista, persiguiendo experiencias místicas. ¿Qué más tenía de peculiar aquel pequeño edén escondido entre los pliegues de una tierra ruda y pobre? ¿Qué papel representaba esa porción de espacio, inexistente para los cartógrafos, en la crónica oculta de mi padre? Como de costumbre, faltaban respuestas, y el dolor ya no era patrimonio exclusivo de mi cabeza: se había extendido a todo el cuerpo, especialmente a las piernas; la gripe se cebaba en serio y la sensación de borrachera tonta de la fiebre iba en aumento.

Atajaba en busca del coche a través de una cerca de piedra para cruzar luego una zona de espinos y arbustos, cuando un repentino gruñido me inmovilizó: a mi derecha, un perrazo que se me antojaba gigantesco exhibía su dentadura babeante en un gesto que sugería cualquier cosa menos confianza. No tenía dónde ir, ni me atrevía a intentar nada, así que me detuve sin perder de vista aquel bicho inmenso que rompió a ladrar, amenazador, a un par de metros de distancia. Por suerte, no estábamos solos: un tipo malcarado con ropajes de cazador apareció entre la maleza y me reprochó que anduviera por allí.

—Está en una propiedad privada —gruñía, casi como su perro—. ¿Es que no ha visto la valla?

—Lo siento; pensé que esto estaba deshabitado. Sólo quiero llegar hasta mi coche y marcharme.

El tipo sujetó al perro por el collar y retuvo los impulsos de un nuevo animal que apareció tras él.

—Pase usted por aquí —me señaló—. Allí está la salida.

Giramos hacia una pequeña arboleda tras la que se podía entrever una casa de dos plantas parcialmente oculta por setos y árboles frutales. Me sentía ridículo en el papel de prisionero, pero no era cuestión de hacer tonterías y seguí al pie de la letra las instrucciones de un hombre que, en realidad, me protegía del ataque de sus bestias. Cuando alcanzamos la puerta de la finca —una alta reja pintada de verde y encastrada en un muro de ladrillo y piedra—, advertí que otros dos hombres esperaban nuestra llegada. La diferencia de edad entre ambos era muy patente: el más joven aún no debía de haber cumplido los cuarenta, era robusto y de pelo crespo, con patillas que le llegaban casi hasta la barbilla; el mayor era mucho más viejo, muy delgado y canoso, con ojos saltones y escudriñadores que se clavaron en mí cuando estuve a distancia suficiente. Apoyaba su ligero peso en un bastón y enseguida se veía que él era quien daba las órdenes.

—¿Algún problema? —dijo, al vernos llegar.

—Aquí, el joven, que se metió por la valla de atrás.

—Ya le expliqué a este señor que no sabía que se tratase de una propiedad privada —me excusé—. Ese bicho casi me mata del susto.

—Son muy buenos estos perros, pero no aceptan bien a los desconocidos —explicó, mientras el vigilante volvía con sus bestias al interior de la finca y el más joven me franqueaba la puerta—. ¿Ha estado viendo el convento?

—Pues sí, ése es el motivo que me ha traído aquí, pero no sabía que hubiera viviendas por la zona.

—Ésta es la única casa. Hace muchos años que la levanté. Para mí es un retiro necesario; a mi edad, la vida urbana se hace demasiado insoportable —me tendió la mano—. Soy Martín —le devolví el saludo al tiempo que me identificaba—. Espero que no me guarde rencor por la sorpresa de mis guardianes.

A un paso más lento de lo que yo habría deseado, me acompañó hacia el coche, en tanto el otro caminaba a su lado, silencioso y pendiente de que el anciano no perdiese el equilibrio y diera con sus huesos en la tierra.

—Es un lugar formidable, ¿no le parece?

—Tiene algo de mágico —admití.

—Cierto: ésa es la mejor definición, porque, efectivamente, es un

lugar mágico. Sí, así como suena. Es un hecho históricamente constatado.

—Al hablar de magia lo decía en un sentido estético, afectivo. No me diga que ha visto por aquí duendes, ninfas o enanitos.

—¿No me cree? —sonrió ante mi escepticismo—. Pues es verdad. Allí mismo, detrás de donde se alzan los restos del convento, se levantaba hace tres mil años un dolmen. ¿Sabe lo que es un dolmen, no? Las antiguas civilizaciones los erigían donde la tierra es poderosa, en las grandes acumulaciones energéticas. No me mire con esa cara: he encontrado sus restos.

—¿Arqueólogo?

—Un poco de todo, pero no se puede decir que me dedique profesionalmente a la arqueología. Sencillamente, investigo lo que me interesa. Y este sitio me interesa mucho.

—¿Qué pasó con el dolmen, se derrumbó?

Soltó una carcajada de energía impensable en aquel cuerpo débil, y su eco corrió por el desfiladero.

—Los dólmenes nunca se han derrumbado. Es el hombre quien los levanta y el que los derriba. Aquí estuvo el símbolo milenario de una cultura megalítica, heredado durante generaciones por otros pueblos que llegaban y se iban o, por desgracia para ellos, desaparecían… —Una tos frenética cortó su discurso y, por un momento, creí que acabaría ahogado—. No se asuste; es el asma: una razón más para escapar de la ciudad. Le decía que hubo dolmen aquí casi hasta principios de nuestra era, cuando la cultura romana lo sustituyó por un pequeño templo a Júpiter levantado con los restos de la vieja tradición. Ya sabe: las culturas emergentes fundan sus lugares sagrados sobre las ruinas de los anteriores; ruinas, por supuesto, deliberadamente provocadas.

—Por desgracia, no hemos perdido esa costumbre, y no me refiero sólo a las tradiciones religiosas. La gloria de nuestros héroes se levanta sobre el polvo de los vencidos: no sé quién lo dijo, pero tenía razón.

—Toda la razón. Ese edificio ruinoso que ve ahí delante sustituyó en su día al demonizado culto pagano. Y, tal vez, dentro de años o siglos, una nueva concepción del mundo se encargará de derribar lo que quede de esas paredes para levantar un nuevo templo a quién sabe qué deidades. Porque lo importante, ¿sabe

usted?, no es el culto, ni la deidad, sino el lugar. Y este lugar es especial. Lo mismo da lo que construyamos sobre él o el nombre que le pongamos. Cada cual bautiza al sitio donde llega según su lengua, pero, antes, ya le dieron nombre otros. Por ejemplo, ese río que todo el mundo llama Riaza fue desde siempre el río Casuar, al menos hasta 1891, según he podido comprobar en documentos oficiales de aquella época.

—Me parece muy interesante —intenté disculparme—, pero necesito ponerme en viaje antes de que anochezca.

—Siento haberlo entretenido con mis circunloquios. Espero verlo pronto por aquí y, por cierto, no olvide que si alguna vez necesita pasar una prueba especial, digamos fuera de lo corriente, este lugar es el elegido. Pero no vuelva por ese camino infernal por donde ha venido.

—No sabía que me hubiesen visto llegar.

—En este silencio nada pasa inadvertido. Cualquier lagartija que llegue por esos senderos llama la atención aunque no quiera. Tome usted el camino del otro lado: es de tierra, pero bastante llano. Todavía habrá luz cuando llegue al pie de la presa; desde allí sale una carretera que lo conducirá hasta algunos pueblos cercanos a la vía principal.

Cuando llegué a Madrid eran casi las ocho, tras un viaje dominado por reflexiones dispersas sobre los inesperados encuentros del día, experiencia que me había mantenido absolutamente al margen de lo que hubiera podido suceder durante aquel tiempo en el resto del planeta. Aparte de algún suave control de carretera y la continua emisión de música sacra en la omnipresente Radio Nacional, nada sugería lo sucedido durante la jornada, y la ciudad vivía con aparente normalidad las primeras horas de lo que todos presumíamos una nueva época para el país. El dictador muerto, el ejército acuartelado, la oposición camuflada a la espera de acontecimientos, y los grises dispuestos en sus cubiles para reprimir cualquier asomo de algarada: ésa era la realidad más allá de las apariencias.

Dejé el coche en el taller del barrio, donde podía confiar en una rápida sustitución del cristal y las cerraduras, y me encerré en casa físicamente derrotado, como si regresase de una larga y extenuante marcha por el fin del mundo. Ni siquiera encendí la luz antes de

dejarme caer en el sofá del salón: sobre la cama quedó la ropa de abrigo y por el suelo los zapatos húmedos. Tenía que llamar a la emisora; mi pacto con Esteban Lera había expirado y llevaba casi veinticuatro horas desaparecido. Pero me faltaban fuerzas y ganas de afrontar una discusión, y Tomás Ciges parecía el mejor intermediario.

—¡Coño, Ricardito! —gritó al reconocer mi voz—. Me da que tu aventurilla te puede costar cara. Lera está que echa las muelas.

—Ojalá fuera una aventurilla, Tomás. Estoy en casa con un gripazo de caballo. La cabeza me da vueltas y no puedo mover un dedo.

—Inadecuada fecha para una gripe, macho. Por lo menos podías haber contestado al teléfono, que llevamos todo el día intentando localizarte.

—Ya sabes que no tengo teléfono en el dormitorio —repuse, a sabiendas de que era una mala excusa—. Tampoco he contestado al timbre de la puerta: no estoy para nada ni para nadie. Dile a Esteban que a primera hora me paso por ahí. Vuelvo a la cama y espero encontrarme mejor por la mañana.

—Métete un par de copas y suda.

Sabía que Esteban Lera no iba a renunciar por nada del mundo a volcar sobre mí la carga de cólera que llevaba dentro cuando Tomás le contase nuestra conversación, así que dejé el teléfono descolgado para evitar cualquier insistencia por su parte. Cerré los ojos dispuesto a no pensar en nada y disfrutar de la única ventaja de la fiebre: ese estado de somnolencia pasiva que te conduce sin proponértelo al medio camino entre el infierno y el paraíso, entre los espectros del inconsciente y las hadas de la imaginación. Y de una y otra orilla me llegaban señales, tan contradictorias que tan pronto se me antojaban un lúdico espectáculo de fuegos artificiales como bengalas surgidas desde trincheras enemigas durante una noche cerrada.

Yo tenía en las manos la materia con que se fabrican los sueños, y trabajaba con ella igual que si se tratase de papel maché. Al principio era un juego de colores donde el verde, el rojo y el negro predominaban sobre todos los demás. Más adelante me hice más y más atrevido, y las formas que creaba se tornaban sumamente complejas, hasta transformarse en trozos de realidad palpable.

Paulatinamente, fui perdiendo ese poder sobre los elementos, y éstos se independizaban de mi voluntad para escapar de un campo visual convertido en magma lechoso que apenas conseguía aclarar a manotazos.

Me vi entonces tumbado sobre la piedra del arroyo, como si la secuencia que había vivido a mediodía hubiese sido grabada en película desde la altura de la carretera, y en aquel momento alguien la proyectara en estreno exclusivo para mí. Yo estaba allá abajo con los ojos cerrados, metido en mí mismo, ajeno al paisaje, y un sudor frío me manaba de las sienes. Una presencia anónima se acercaba lentamente por el camino, entre las zarzas, en dirección a la orilla; parecía inocente, pero yo sabía que no llevaba buenas intenciones. Contemplaba la escena con ansiedad, porque la llegada de aquella sombra no era percibida por mi cuerpo inerte. Una vez aquélla cruzó sobre las húmedas piedras y estaba a punto de llegar a mi altura, me sentí absorbido hacia el interior de esa réplica de mí mismo, y pasé a experimentar el proceso desde dentro. Sabía que esa entidad indefinible estaba muy cerca, que su hálito malintencionado se aproximaba segundo a segundo, pero yo era incapaz de moverme o de abrir los ojos: no podía obtener la menor reacción por parte de mis músculos. La tensión se hacía insoportable y estaba empapado de sudor. Tenía necesidad de gritar, pero mi garganta seguía tan atenazada como el resto del cuerpo. Sólo podía respirar; respirar y escuchar cómo aquel jadeo estaba a punto de alcanzarme. En ese momento, un sonido agudo, insistente, llegado desde ninguna parte, me mortificó los oídos.

Abrí los ojos sobresaltado para descubrirme en brazos de una inconcebible oscuridad. Me costaba hacerme a la idea de lo que ocurría, hasta que comprendí que aquel sonido era el timbre de la puerta. Tambaleante, busqué el interruptor, pero no pude dar con él. El reloj decía que eran más de las diez de la noche. Por fin, pude encender la luz del pasillo y abrir la puerta casi a ciegas.

—¿Te encuentras mal? —dijo Lucía, al enfrentarse a mi aspecto.

—Un poco de fiebre. Me he quedado dormido. ¿Qué haces en Madrid a estas horas?

—Intento localizarte desde mediodía. ¿Puedo pasar?

—Claro, lo siento.

Le franqueé la puerta mientras intentaba poner orden en mi

anárquica pelambrera.

—Tienes una pinta lastimosa, Ricardo. —Pasó al salón y encendió la luz.

—He andado todo el día de acá para allá. Llegué sobre las ocho y me quedé dormido.

—Cuando observé que faltaba el libro de Gavira supuse que habías decidido seguir la pista de Hornuez. ¿Has cenado?

—No me apetece tomar nada.

—Yo tampoco he cenado. Te vendrá bien algo ligero; voy a ver qué tienes en el frigo. Tú, mientras tanto, te podrías dar una ducha y recuperar un poco de tu aspecto original.

Fue directamente a la cocina sin posibilidad de discusión. Yo, perezoso aunque obediente, me sumergí en una cortina de agua templada que me fue entonando poco a poco. Ella dejó abierta la puerta del baño y, entre ires y venires a la cocina, me explicó los motivos de su visita. Quitapesares había recibido conmocionado la muerte de Lizarbe y se les había ido la mañana en declaraciones policiales y trámites burocráticos. El asesinato apenas había merecido un pequeño recuadro en las páginas interiores de la prensa local, volcada en la muerte de Franco, y la línea de investigación consideraba el robo como móvil, sin descartar la lejana conjetura de una venganza por parte de algún antiguo paciente. Lucía, tras los obligados trámites, había alegado sentirse indispuesta para abandonar el sanatorio a mediodía. Ante mi ausencia, y como en la emisora tampoco sabían de mí, decidió venir a Madrid. Durante la última hora, tras hablar con Tomás Ciges e intentar infructuosamente conectar conmigo por teléfono, había optado por presentarse en casa.

Limpio, con el pelo todavía húmedo y en pijama, me sentía un poco más aliviado, e incluso pude dar cuenta de la cena mientras intentaba explicar a Lucía con el máximo detalle el balance de mi agotadora jornada.

—Ha debido de ser apasionante —dijo, emocionada—. Descubrir de repente todos esos rincones enterrados de tu infancia, y que aquella lápida existe en el mundo real. Y ese sitio entre los desfiladeros… Me habría gustado mucho haber estado allí contigo. En fin, eso aclara algunas dudas, ¿no?

—¿Tú crees?

—Al menos nos lleva a una conclusión: Carlos no fabulaba cuando hizo sus dibujos. Hasta hora, todos sus elementos se corresponden con sucesos ciertos: el avión, la lápida, Torcia, las inscripciones, Orianne…

—No exageres. Ya sabes que hay algunas de esas conclusiones que no comparto contigo. Además, nos falta lo más importante: la ligazón que les pueda dar un sentido. Es como tener que interpretar una canción sin nombre ni melodía ni letra: algo imposible. Hoy he recorrido varias veces el camino de ida y vuelta entre la depresión y la euforia; ahora mismo me siento títere en un juego de sombras cuyas reglas, de haberlas, parecen dictadas por otro. Y eso me saca de quicio.

—Pues haz acopio de calma antes de leer esto.

Lucía sacó un papel de su bolsillo y lo puso en mi mano. Estaba escrito con letra clara y grande:

ORIANNE SIEBETZ. SIEBETZ EDITEURS.
MARCHÉ AUX PUCES. PARIS

—¿De dónde lo has sacado?

—Estaba en mi buzón cuando llegué a mediodía.

—¡Genial! —protesté—. No paramos de dar tumbos, intentando desembrollar toda esta historia y, entretanto, hay quien mueve las piezas a su gusto. Lo que te acabo de decir.

Cogí el teléfono para pedir el número de información de Iberia. El primer vuelo a París salía a las nueve y media de la mañana.

—¿Piensas ir allí?

—Mañana mismo. Estoy harto de este lío, y cuanto antes lo aclare, mejor.

—No sé, Ricardo, pero tengo miedo. —Me sorprendió la gravedad de su expresión.

—¿De qué?

—Es difícil concretarlo. Si alguien nos ha ofrecido este papel es porque tiene interés en que encontremos a Orianne, pero, si no va por las claras, no me fío. Me da el pálpito de que esa Orianne ha tenido mucho que ver en la desventura de tu padre. Y temo que a ti también te pueda hacer daño.

Se acercó para tomar mi mano entre las suyas. Su gesto de

afecto me conmovió, la estreché junto a mí y le acaricié el pelo mientras intentaba tranquilizarle con palabras.

—No creo que haya por qué temer —dije—. Nada de paranoias, ¿recuerdas?

—Me gustaría ir contigo, pero tengo el pasaporte caducado. ¿Por qué no esperamos unos días hasta que arregle los papeles?

—Podemos ir a París cuando tú quieras: será fantástico. Pero este viaje es cosa mía.

Acurrucada bajo mi barbilla, permaneció en silencio unos instantes que yo disfrutaba empapándome de su aroma y acariciando la curva de su hombro.

—En la última semana —susurró— me he preguntado un montón de veces qué habría sucedido de haberte conocido en circunstancias normales, como la gente se conoce habitualmente: en una fiesta, en la parada de un autobús o a través de unos amigos…

—Es una pregunta sin sentido —alegué, cariñoso—. Las cosas suceden como suceden, y no como a uno le habría gustado que sucedieran.

—Tienes razón, pero es distinto en el caso de una araña que teme enredarse con su propia tela.

—Ayer estaba yo algo raro, y no fui nada justo con lo que te dije.

—Pues en ese ejemplo acertaste de lleno: es cierto que tengo miedo. —Alzó su cabeza de mi pecho para mirarme a los ojos, como si se enfrentase por vez primera a mi presencia próxima—. No he sido del todo sincera contigo.

—Todos tenemos alguna que otra máscara. Al fin y al cabo, tampoco hemos intimado lo suficiente como para…

—No, calla; déjame que te explique. Te conté un poco por encima mi extraña vinculación con Carlos: cómo me sentía atrapada por la misteriosa profundidad de su mirada, por la sensación agridulce de su cara, y cómo se convirtió, día a día, sin yo quererlo, en un fabricante de ilusiones que me mantenían embrujada.

—Nunca fuiste tan explícita.

—Pues ahora lo soy; necesito serlo. Por favor, no me interrumpas. Aquel día, cuando hizo los dibujos, yo estaba entusiasmada, porque había conseguido algo así como hacer hablar a las piedras. Antes de fijarme detenidamente en lo que había

expresado en la cartulina, me acerqué a él y lo miré con descaro, como lo hacía casi siempre que estaba a su lado. En sus ojos quedaba aún el rescoldo del esfuerzo y, por primera vez desde que llegó allí, su expresión parecía liberada de barreras. De pronto, me habló: «Veo en sus ojos un cariño peligroso», me dijo. Me quedé helada, como comprenderás, tanto por el hecho de que hubiese hablado como por lo que había dicho, y lo único que se me ocurrió fue una pregunta: «¿Por qué peligroso?, —dije—. ¿Sería capaz de amar a un loco?», me soltó…

Ella desvió su mirada, o quizá fui yo quien cambió el rumbo de la mía para no afrontar la nueva y desconcertante confidencia.

—… Quise seguir su discurso lo más lejos posible y le respondí: «Usted no está loco, y sí, tal vez podría amarlo». Es la única vez que lo vi sonreír. Me tomó la mano y la besó; fue sólo un gesto, un trato delicado, pero contenía un montón de impresiones nuevas para mí: afecto, pasión, ternura, no sé. Después, su semblante cambió, camino de nuevo hacia un interior oscuro e inamovible. Yo me sentía como quien despide desde el muelle a una persona querida, segura de que el barco nunca volverá. Le rogué que no se marchara, y me respondió casi entre dientes algo que no conseguí entender. Luego, se fue, definitivamente.

Lucía hizo una pausa, madurando bien su siguiente frase.

—Desde entonces llevo conmigo ese recuerdo —añadió—, y aunque los años me han curtido debo confesarte que la víspera de su muerte, cuando apenas era ya un cuerpo abandonado en la cama del sanatorio, subí a su habitación, acaricié su mano y pasé un buen rato allí sentada, mirándolo con el sentimiento de una madre o el de una enamorada. No sabría explicártelo bien, porque algo de todo eso había en mi interior. Me despedí de él con un beso y no volví a verlo.

Un abrumador silencio cayó a plomo en la habitación. Yo no tenía qué decir, y cualquier cosa que hubiese intentado habría sido sin duda una sandez, pero mi capacidad de admiración y sorpresa con Lucía había quedado, una vez más, sobrepasada. Casi sin ser consciente de ello, besé sus manos, y de pronto caí en la cuenta de que estaba reproduciendo una escena de su narración. Me sentí indeciso, incapaz de comunicar con mis labios las, al parecer, extraordinarias sensaciones que en ella había provocado mi padre.

Me negaba a aceptar un antagonista como él, y no estaba dispuesto a arriesgarme con comparaciones.

—Gracias por contármelo —dije, al fin—. No tenías ninguna obligación de hacerlo.

—Tenía la necesidad de hacerlo, porque quiero que entiendas lo que me pasa. Hace apenas una semana habría dado media vida por saber algo más de Carlos. De repente, apareciste tú, y decidí que no podía desaprovechar esa casualidad: eras lo único que me unía a él. No te podía contar esto el primer día, porque te habrías formado una idea equivocada. Ahora, mis prioridades son inestables, parecen un péndulo; siempre vi sus ojos en los tuyos, y en este momento me considero a mí misma sospechosa; quizá estoy proyectando en ti las sensaciones que percibí en tu padre y que guardaba como un tesoro desde los dieciocho años. Y tengo miedo de equivocarme. ¿Lo comprendes?

—No soy tan torpe como para no entenderlo —me defendí—. Aunque mi ego está que rabia, para qué nos vamos a engañar. En fin, siento haber sido tan pelmazo e impertinente contigo desde el primer día; no suelo actuar así, y siempre intento ser respetuoso con los sentimientos de las mujeres que he conocido. Además, tampoco estoy dispuesto a establecer una competencia esquizoide con la memoria que guardes de mi padre, ni en este terreno ni en ningún otro.

—Es una actitud muy sensata y te la agradezco, porque me ayuda.

—Yo sí que tengo las cosas muy claras respecto a ti, y lo sabes. Sabes que ando agilipollado como quien contempla el primer arco iris de su vida, impaciente como un zángano ante la cámara de la reina. Por eso, si de verdad te hace feliz escarbar en el recuerdo, haré cuanto esté en mi mano para entregarte la forma más real de mi padre que pueda conseguir; después, la enmarcas o la quemas, según tu gusto. Y ahora, si la visita me lo permite, me gustaría descansar —señalé el sofá que ocupaba ella—. Tengo que estar a las ocho y media en el aeropuerto.

—¿Sigues pensando ir a París?

—No veo por qué iba a cambiar de opinión; ambos sabemos que tengo que ir. Y después de la promesa que te acabo de hacer, con más razón.

—Resultas encantador cuando adoptas el papel de caballero andante. Y por eso deberías acostarte en la cama.

—No voy a aceptar que pases otra noche en mi sofá —alegué, concluyente.

—No pensaba hacerlo.

Se abrazó a mi cuello. El encuentro sorpresivo con sus labios se fue transmutando en una húmeda brasa descendente que, instalada en el vientre, crecía imparable, mientras el contacto apretado de nuestros cuerpos dejaba vía libre a mis sueños más salvajes.

—Vaya día que has elegido —dije tontamente—. Te voy a contagiar la gripe.

—Esta noche espero recibir de ti mucho más que unas décimas de fiebre.

Madrid, 16 de diciembre de 1936

Los alrededores de la recoleta plaza de Lavapiés, en el corazón del más rancio casticismo, rebosaban de banderas rojinegras. El mercado, como cada sábado, se extendía hacia la Ronda a lo largo de la calle Valencia desde las mismas puertas del Círculo Socialista, aunque en las últimas semanas se había hecho más notoria la escasez de productos en oferta. El mitin, previsto inicialmente en el cine Olimpia, había desplazado su celebración al exterior por la excesiva afluencia de público. El mediodía madrileño, a pesar del frío seco y áspero, parecía dispuesto a respetar el acto y concentraba la nubosidad sobre la sierra vecina mientras las trincheras de Carabanchel y la Ciudad Universitaria apenas disimulaban su acostumbrado y sordo retumbar.

Todos esperaban al tercero y último de los oradores: Camilo Berneri, un anarquista italiano a quien muchos consideraban más extremista que la propia FAI. Había participado desde el principio en el movimiento popular que abortó el golpe militar en Barcelona, el 19 de julio último, y en la toma del poder por parte de los partidos y sindicatos de izquierda. Apenas un mes antes, en noviembre, había llegado a Madrid acompañando a la columna Durruti; regresó luego a Barcelona para enterrar al líder entre el homenaje de las multitudes y volvió de nuevo a la ciudad asediada para prestar su apoyo a los resistentes. Era su última tarde allí antes de reintegrarse a la ciudad catalana. Y un acto así no podía pasar inadvertido; en primer lugar para los propios anarquistas, pero tampoco para los socialistas que, desde luego, recibirían más de un varapalo dialéctico frente a las ventanas de su sede; ni para los servicios de información; ni siquiera para los activos quintacolumnistas que trabajaban a favor de los sublevados.

—La guerra ha entrado en su tercera fase —decía, y el acento italiano perdía en su boca fina y retadora su tópico encanto lírico para adquirir, en un castellano casi perfecto, una potente convicción dramática—. La primera es la del pronunciamiento militar fascista, rechazado por las fuerzas revolucionarias, con la

CNT
y la
FAI
en cabeza, y por la resistencia obrera. La segunda es la propia guerra, una guerra civil con aspectos de guerrilla en la que los acontecimientos sociales revisten un carácter revolucionario y colectivista, sobre todo en Cataluña, Aragón y Levante, bajo la influencia de nuestras organizaciones anarcosindicalistas. Y acaba de sobreponerse una tercera fase, de carácter internacional, por la intervención abierta del fascismo italo-alemán, por un lado y, por otro, del bolchevismo ruso. La guerra civil va a adquirir un ritmo más rápido, un cuadro de acciones cada vez más amplio, un carácter más decidido, en tanto que la intervención rusa fortalece la hegemonía de las fuerzas social-comunistas que estaban, hasta el presente, completamente dominadas por las fuerzas anarquistas.

Un griterío con consignas a favor de la
CNT
abortó la intervención, y el orador demandó silencio agitando las manos, avivando unos ojos decididos, aunque casi recónditos en un rostro enjuto bajo su frente holgada.

—Escuchad con atención lo que dice el *Ami du Peuple*, un periódico francés, sobre el envío a España de cinco divisiones alemanas.

Berneri sacó un recorte de su bolsillo y leyó con voz pausada:

—«Si nos atenemos a la continuidad de los desembarcos alemanes en la península, habremos de convenir que se nos presentan dos puntos donde montar nuestra guardia. No es ya sólo a lo largo del Rhin: será también necesario hacerlo en los Pirineos. Que se deje el libre hacer al Führer y Francia correrá el riesgo de verse cercada o, por lo menos, ante dos fronteras alemanas. Ésta es la dura realidad, que sobrepasa de manera singular las preferencias doctrinales por el uno o por el otro de los dos partidos ibéricos».

Dejó que sus palabras penetrasen a fondo en el auditorio, pero antes de que tomara cuerpo una nueva oleada de murmullos, recobró la dirección y acentuó la potencia de su voz.

—El gobierno italiano enrola voluntarios —dijo, con un irónico énfasis en el término— para Franco y los desembarca por millares en Portugal y en el Marruecos español. Ahí delante, sobre el frente

de Madrid, se ha desplegado una brigada italiana completa, en el sector de Carabanchel. Podéis escuchar sus ametralladoras desde aquí… Si las divisiones de esos moros rubios y de los camisas negras continúan reforzando los cuadros de Franco, España entera será un teatro de luchas desesperadas. Y una responsabilidad enorme pesará sobre aquellos que, no queriendo el incendio, no han sabido ahogarlo en sus orígenes.

Berneri permitió a la multitud expresar su ira contenida y se tomó un breve respiro en tanto los eslóganes contra el fascismo y la pasividad internacional resonaban en la plaza.

—Pero no os engañéis, compañeros: no podemos tener ninguna confianza. Madrid está torturado por los Fiat, los Caproni y los Junkers, pilotados por los aviadores italianos y alemanes. Las llamadas cursadas por el gobierno español a la Sociedad de Naciones encuentran una asamblea de sordos voluntarios, grotescamente ocupados en embrollarse por memeces de procedimiento. La política de no intervención no ha impedido a Bolivia atacar a Paraguay para disputarle el Chaco; no ha impedido la anexión de Manchuria por parte de Japón ni la feroz conquista de Etiopía realizada por Italia. El pacifismo sigue un camino asfaltado de buenas intenciones, como el del infierno, pero ese camino conduce al abismo.

El italiano aprovechó la contundencia de su última idea para refrescarse la garganta. Luego, reanudó el discurso en un tono casi presbiterial:

—Una rápida intervención por parte de Inglaterra, Rusia o Francia no es nada probable. Pero no es imposible que la realicen cuando España esté a punto de morir. Sería la intervención de los leones contra las hienas. Ojalá así fuera, compañeros, pero aun en ese caso los capitalismos inglés y francés no tienen interés alguno en ver triunfar la revolución ibérica. Sería la intervención que tal vez arrancara a España de las garras del imperialismo italo-alemán, pero lo harían para ahogar el incendio de la Revolución Española. Decía *Le Populaire* del pasado 27 de noviembre, y esto no os lo leo porque, desgraciadamente, me lo sé de memoria, que una vez aplastado el fascismo, es posible que los anarcosindicalistas de la
CNT
y de la

continúen luchando para realizar su programa social. Cierto, digo yo, pero en este caso, el bloque social-comunista se opondrá.

Alzó ahora la voz, para que penetrase bien por las ventanas entreabiertas de la sede socialista.

—Os repito que no os engañéis, compañeros: los republicanos, los jefes socialistas y los comunistas están ya de acuerdo para establecer una llamada plataforma constitucionalista. El Comité Ejecutivo del Partido Comunista Español ha insistido en que en la lucha actual se propone defender la democracia y salvaguardar la propiedad privada. Flota en el ambiente un cierto mal olor a traición, y si Madrid no se hallara en llamas, nos veríamos obligados a recordar viejas historias parecidas. Esa política está a punto de triunfar. El gobierno ha rechazado dinero y armas de Cataluña y se ha entregado en manos de la Unión Soviética, que ha proporcionado armas y cuadros destinados a controlar la lucha antifascista y a detener el desarrollo de la revolución social en su lucha armada contra el fascismo. Hoy mismo, España se halla entre dos fuegos: Burgos y Moscú.

Una sirena dejó escapar sus amenazantes gritos de histeria. Y luego otra, y otra, hasta que la ciudad se movilizó hacia los refugios. A pesar del movimiento de retirada en la plaza, mucho más lento entre los tenderetes de la calle Valencia, Berneri dejó en el aire sus últimas palabras intentando sobreponerse a la estridencia.

—¡Compañeros: el dilema «O Madrid, o Franco» ha paralizado al anarquismo español! Espesos nubarrones nos ocultan el horizonte y la niebla nos ciega. Agudicemos nuestra mirada y apretemos el timón con mano de acero. Estamos en alta mar y la tempestad arrecia, pero no podemos todavía hacer milagros. ¡Y nunca lo olvidéis: aunque sitiada entre los prusianos y Versalles, la Comuna alumbra un incendio que aún ilumina al mundo!

Una avalancha humana corría hacia las escaleras del metro de Lavapiés mientras se dejaban oír las primeras explosiones secas, contundentes, aunque todavía lejanas. Dos hombres ayudaban a una mujer entrada en años y cargada con una bolsa a descender a lugar cubierto, a pesar de sus protestas.

—¿Cómo os tengo que decir que mis piernas me valen para

ponerme a salvo de los fascistas? —mascullaba—. ¡Dejadme en paz, par de borricos, que al final me tiraréis!

—Está bien, camarada —aceptó el más joven con una sonrisa de complicidad—. Anda, sigue tú sola hasta abajo; pero con cuidado, no te rompas la crisma. Nosotros nos quedamos por aquí.

—Pues muy mal hecho —los regañó ella—. El otro día cayó una bomba en las escaleras, en la Gran Vía. Menos mal que no había nadie.

—No te preocupes. Ya sabes que mala hierba… —sentenció el mayor, en tanto la mujer desaparecía en las profundidades—. Bueno —dijo al compañero—, ¿qué te ha parecido el italiano?

—Que resulta admirable el empeño de los anarquistas por crear algo nuevo en esta tierra. Y su pelea por no renunciar a la utopía.

—Así es, pero nosotros no defendemos algo nuevo, sino mantener una República parlamentaria, algo que otros países han conseguido hace más de cien años y que los propios anarquistas ponen en grave peligro con su actitud.

—Conforme, aunque tampoco en eso le faltaba razón a ese hombre: estamos solos ante el mundo. Y cada día que pasa, más desunidos.

—Eso parece; este país se empeña en ser tan especial que se enzarza en dos guerras civiles al mismo tiempo. Como si no bastara con los facciosos, abrimos un nuevo frente en nuestra propia retaguardia. Pero de ésta, mejor que se encarguen los políticos, si pueden. Nosotros ya tenemos bastante con una. Por eso te llamé.

—¿Más problemas con los quintacolumnistas?

—No, los habituales. Esa quinta columna que el bocazas de Mola dice tener entre nosotros no pasa, de momento, de ser un deseo. Sabemos que la mueven los falangistas; conocemos sus movimientos, incluso quiénes son sus jefes: uno de ellos, Raimundo Fernández Cuesta, está escondido en la embajada de Argentina y no saldrá de allí a menos que nos convenga. Sabemos cuáles son sus sistemas de información a través de algunas embajadas y de la sede de Telefunken, donde reciben emisiones en clave desde Portugal. De momento, no son peligrosos y su labor se limita a pasar peces gordos al otro lado: no tienen capacidad de hacernos daño. Pero si no actuamos como es debido, si nos dormimos, pronto los habrá infiltrados en partidos, sindicatos y, ¿quién sabe?, hasta en el

propio Servicio de Información Republicana.

—No lo creo. Sois…, quiero decir, somos muy selectivos.

—Mucho, pero en el mejor cocido puede haber un garbanzo negro. Por el momento, no son estos negocios los que interesan a la Brigada Especial, más preocupada por las interferencias con los servicios de información de los partidos, que hacen la guerra por su cuenta, y por el descontrol de la propia Policía. El otro día descubrieron a un grupo que hacía su agosto a costa de fascistas incautos. Los hay que, por pasarse al otro lado, son capaces de ofrecer todo lo que tienen; el miedo, ya sabes, guarda la viña, aunque no siempre la guarda bien: después de dejarlos sin un duro, les dan un paseo y cuatro tiros en el cogote. Cuando se descubren los cadáveres en cualquier cuneta, ya tienes a los socialistas acusando a los anarquistas, y éstos a los comunistas, y los biempensantes a todos los anteriores.

—Algún chisme he oído: ese lío del tren de la muerte, ¿no?

—Es uno de los casos: les hacen creer que los ayudarán a cruzar el frente de Usera en un tren y se los quitan de en medio después de haberlos desvalijado. Lo peor de todo es que, a veces, en estos episodios también hay implicados policías o militantes de algunas organizaciones que suelen ser protegidos por una u otra razón, conque resulta difícil aplicar un criterio ecuánime en este mar de desconfianza.

Un estruendo cercano agitó el suelo.

—Ésa ha debido de caer por Atocha. O más cerca.

—Seguro.

—A veces pienso si esto va a durar mucho.

—Normal, chico. Y piensas en tus seres queridos, y en el sabor a escombros, a polvo y a sangre que se te queda pegado al paladar después de cada bombardeo. Y en si esta vez te habrá tocado a ti vestir luto o si la próxima vez lo vestirán por ti. Es natural.

—¿A ti no te dan ganas de salir corriendo hacia tu casa, con la esperanza de encontrarla en pie?

—Siempre. Pero el sentido común dice que es peligroso cometer locuras en este mundo de locos. Nuestra obligación es perdurar, dentro de lo admisible. Para eso, aunque pueda resultar inhumano siquiera pensar en ello, tienes que hacerte a la idea de que los ojos de los cadáveres son todos iguales, pertenezcan a quien

pertenezcan, esperen a quien esperen. Todos te miran igual, todos expresan la misma miseria, el mismo error. Estamos de este lado porque no aceptamos esas miradas perdidas. Estamos en esto porque aún creemos en el ser humano. No lo olvides.

—Es difícil asumirlo cuando miras alrededor.

—Lo es, francamente; muy difícil. Pero sé que lo harás. Cuando te recluté para el

SIR

sólo tuve en cuenta tres cosas: que no estuvieras comprometido con ningún partido al que obedecer, que creyeses que la República es lo único que representa en la España de hoy la legalidad, la garantía de justicia, los derechos del hombre y el progreso. Ahora mismo, apenas los más jóvenes podéis cumplir estas condiciones. Sabemos que es un riesgo, porque os enfrentamos a gente profesional o fanática, pero es una contingencia que tenemos que aceptar.

—¿Y la tercera cosa que valoraste?

—¡Ah! Pues a ti mismo: tu valor personal, tus convicciones, tu formación universitaria.

—Sólo media formación.

—Una consecuencia más de esta puta guerra. Ya la completarás cuando acabe. Eres muy joven y, a este paso, envejecerás antes de que liquidemos este asunto, así que vamos a lo nuestro. Tienes… ¿veinte años? Bien, dentro de unos meses llamarán a tu quinta y tendrías que incorporarte a filas. No nos interesas en las trincheras, ni conduciendo camiones de suministros, ni en un despacho. Quiero pedirte algo, pero, antes de contestarme, tómate un tiempo. Y quiero que sepas que, sea cual sea tu respuesta, mi opinión sobre ti y nuestra relación futura no variarán. No se trata de un juego; es muy peligroso y, aunque pongas todo de tu parte, no hay garantías de que salga bien.

—Déjate de misterios.

—Sabemos que los fascistas andan muy aplicados en una investigación que podría tener influencia decisiva sobre la guerra. No tenemos muchos datos pero, para que me entiendas, investigan sobre el cerebro humano; en una línea un tanto alocada, creo yo, aunque, por los medios que han puesto a su disposición y el apoyo que recibe por parte de algunos gerifaltes, parece que tienen un interés muy especial en ella. Uno de los centros es un manicomio de

Salamanca. Otro puede estar en Valladolid, en dependencias anejas al Cuartel de Caballería. Poco más te puedo decir. La Brigada Especial se ha tomado muy en serio los informes que nos llegan desde allí. Necesitamos saber qué se cuece en aquella olla y voy a proponer tu nombre para la operación, pero antes tengo que saber si estás dispuesto.

—Joder…

—Te prepararemos un contacto con unos falangistas que tenemos controlados. Tu hermano también es falangista y está al otro lado; y tú no tienes militancia política, de modo que no te será demasiado difícil explicar, por ejemplo, que el SIR intentaba captarte y, ante esa presión, te pasaste en cuanto se presentó la ocasión. Les ofrecerás una buena información que aumentará su confianza en ti. En el frente de Guadarrama hemos descubierto varios agentes nazis infiltrados en el grupo alemán de la XIV Brigada Internacional; tú les avisarás del peligro que corren, aunque deberemos ajustar las fechas para poder detenerlos antes de que les llegue el soplo.

—Soy casi novato en esto. Apenas he intervenido en un par de informes de poca monta. ¿No temes que tu confianza en mí resulte excesiva?

—Sí que lo tengo, para qué engañarte. Pero tú das el mejor perfil de todos nuestros agentes: es algo así como el destino.

—¿El destino? No sabía que creyeses en esas cosas. ¿Dónde queda tu apreciada lógica en este caso?

—Mi apreciada lógica no es ajena al caso, ya que lo dices. En las investigaciones que te he referido tienen mucho que ver, según parece, la electricidad, el magnetismo y asuntos de ese estilo. Nadie mejor que un físico como tú… Bueno, mejor medio jodido físico que nada, ¿no?

París, 21 de noviembre de 1975

A pesar del odioso timbre del despertador, emerger del sueño junto a Lucía había sido la experiencia más gratificante que podía recordar. Somnoliento aún, enlacé de nuevo mis formas a las suyas en un intento de demostrarme que la noche había sido auténtica, y su respuesta me lo había confirmado. Fue difícil desprenderme de la sensual adherencia de su piel, pero lo compensamos tomando juntos una ducha. El café preparado por Lucía tenía un sabor especial y, cuando me despidió en el aeropuerto, sabía que parte de mí se quedaba con ella. Había pasado las dos horas y pico de vuelo sin poder quitarme su huella del pensamiento, y sólo al aterrizar empecé a ser realmente consciente de lo que hacía allí.

Me recibió una mañana fría con el cielo cubierto de una pátina cenicienta, pero habían desaparecido los síntomas febriles del día anterior: definitivamente, Lucía obraba en mí prodigios inesperados. Había viajado a Lisboa, Amsterdam y Roma, pero París era uno de mis viejos asuntos pendientes. Expliqué al taxista la dirección, aunque mi francés no debía de ser tan aceptable y, finalmente, tuve que mostrarle el papel. El Mercado de las Pulgas estaba al norte y, mientras atravesábamos la ciudad de una punta a otra, mi chófer intentaba explicarme cada uno de los hitos del recorrido. Me sentía como un paleto ante la formidable estructura urbanística que un imperio megalómano había erigido a lo largo del siglo anterior.

Tardamos casi una hora en llegar al mercado y el taxista me sugirió que buscase la dirección por mi cuenta, porque él no podía concretar más entre tal maraña de puestos, tenderetes y cuidadores de cajas colmadas de baratijas. Ambas aceras estaban tomadas, y lo mismo sucedía con las calles paralelas y laterales: bolsos, zapatos, prendas de vestir, adornos, discos, diarios antiguos, cuadros, muebles… cualquier cosa cabía en aquel Rastro gigantesco, toda una miscelánea de ofertas para el comprador. Tras preguntar varias veces y unas cuantas vueltas inútiles, siempre arengado por los vendedores y animado por éstos al regateo, llegué hasta una tienda

con fachada de madera y un pequeño escaparate. Su cartel no ofrecía dudas: SIEBETZ EDITEURS. Sentí un cosquilleo nervioso cuando, al franquear la puerta, un juego de varillas metálicas anunció mi llegada. Era una librería de viejo, más espaciosa y desahogada de lo que aparentaba desde la calle. Tres o cuatro personas curioseaban entre las estanterías, y un joven atendía en el mostrador. Le pregunté por Orianne Siebetz, de parte de Ricardo Asensi. El chico desapareció por una puerta del fondo y, al rato, volvió acompañado.

Aquella mujer apenas llegaba a los cincuenta o, al menos, esa apariencia daba. Era alta, con su pelo castaño muy corto y, enfundada en un suéter ancho y pantalones vaqueros, se mantenía esbelta y hasta atractiva. Cuando se me acercó, pude confirmar que era bonita, de ojos claros, tal vez azules; aunque una cicatriz, posible recuerdo de una quemadura, le atravesaba de arriba abajo buena parte de su lado derecho reduciendo la oreja a un dramático muñón oscuro.

—Usted debe de ser el hijo de Carlos, entonces —dijo, en un castellano suave y muy aceptable.

—Lo soy. —Hice el gesto de tender la mano y ella la recibió entre la suya con un ligero apretón.

—¿Cómo se encuentra su padre?

—Murió la semana pasada.

—¿Murió? —La noticia pareció afectarle de verdad—. Lo lamento, no se imagina cómo lo lamento. Bueno, ya sabe que fuimos muy buenos amigos.

—No sé apenas nada de mi padre. La última vez que lo vi, yo tenía ocho años. Y de usted, lo único que conocía hasta ayer es que participó con él en la Operación Niebla.

Parecía contrariada, y guardó silencio durante unos segundos antes de reaccionar.

—¿Sería usted tan gentil de compartir conmigo el almuerzo? Creo que tenemos mucho de qué hablar.

Acepté encantado. Ella se interesó por mi alojamiento en París y le expliqué que llegaba directamente del aeropuerto con la intención de volver inmediatamente a Madrid. Pidió un minuto para prepararse, volvió al interior y, al poco, reapareció con un bolso al hombro.

—Sígame —sugirió—. Tengo el coche por aquí cerca.

Condujo en silencio hasta que dejamos atrás el barrio del mercado y desembocamos en una avenida más descongestionada. Se interesó, al fin, por la muerte de mi padre y le expliqué los detalles imprescindibles.

—Así que no supo nada de su padre hasta entonces… Pobre. Aunque, tal vez, haya sido mejor así: se ha ahorrado muchos años de sufrimiento. —Había pena sincera en sus palabras.

—He venido aquí en busca de respuestas.

—Yo puedo darle algunas, aunque bien seguro que no todas. ¿Le importa que nos tuteemos?

—No, al contrario. ¿Cuándo lo conociste?

—Eso ya lo sabes tú. En el verano del cuarenta y tres, a finales de junio, una fecha desgraciada. Yo militaba en la Resistencia y en el pcf; era muy joven, más que tú hoy: aún no había cumplido los veinte. Nos informaron de que un grupo de camaradas españoles que iban a dar un golpe en París necesitaban apoyo. A mí me encargaron enlazar con ellos en la frontera. Eran tres, y tu padre estaba al mando. Los traje hasta aquí, y en uno de nuestros pisos francos preparamos todo para el asalto. Hasta ahí, todo salió perfecto.

—Pero ellos eran agentes fascistas.

—Luego lo supimos; de la peor forma imaginable: días después de haberlos devuelto a España sanos y salvos, la Gestapo arrasó buena parte de nuestra organización; mataron a dieciocho personas en el asalto al edificio, entre ellas cuatro niños. Después cayeron otros muchos compañeros. ¿Ves mi cara? Es sólo una muestra del recuerdo de aquello; el resto no lo ves porque estoy vestida, pero la mayor parte de mi costado derecho tiene el mismo aspecto —lo decía sin complejos, como si sus horribles cicatrices fuesen medallas al valor—. Una bomba, pero me sacaron de allí y me salvaron la vida. Durante muchos años no fui capaz de perdonar a los que me ayudaron a seguir viviendo en este estado. Hoy lo veo de otro modo.

—Ellos también lo pagaron caro. Uno murió, y el otro lleva en una silla de ruedas más de treinta años. Y mi padre fue herido.

—Sí. Los camaradas españoles se encargaron de ello.

—¿Para qué todo eso? ¿Qué buscaban?

No respondió. Parecía más interesada en los pormenores del tráfico. Poco después, frenó junto a la acera de una calle ancha y señorial, bordeada de palacetes decimonónicos y edificios más modernos con sus bajos habilitados como comercios, bancos o restaurantes.

—Ésta es la avenida Kléber —dijo, al fin—. Ahí detrás queda el Arco de Triunfo y allí, al fondo, puedes ver la plaza de Trocadero. Enfrente, en ese edificio, fue donde dimos el golpe. Todavía se me ponen los cabellos de punta cada vez que paso por aquí. —Observé aquella mansión de dos plantas, y el amplio portalón con sus escaleras cubiertas por una alfombra, igual que me lo había descrito Ballesteros—. Aún está habitado y pertenece a la misma familia. También existe el pequeño museo privado, aunque no es fácil visitarlo.

—¿Qué buscaban en ese museo?

—Del comando, sólo Carlos lo sabía —arrancó de nuevo—. Nadie más. Era una caja con algunos objetos, puede que documentos. Después de ponernos a salvo fuera de París, me entregó a escondidas una pequeña bolsa de fieltro con algo dentro y me dijo que aquello era lo más valioso del botín, que lo guardase como si se tratara de mi vida, durante todos los años de mi vida, si fuera preciso. Y ahí terminó mi primer encuentro con Carlos Asensi.

—¿A qué te refieres con el primer encuentro? —dije, confuso.

—Es lógico que no entiendas nada. Tú buscas la historia de tu padre, y yo sólo te puedo dar alguna visión desde mi propia experiencia, de modo que, si te parece, dejaremos de dar saltos en el tiempo y te contaré la historia de Orianne Siebetz. Puede que sea un poco más largo, pero mucho más claro para ti.

—Como prefieras.

—Pues volvamos al día en que me hirieron. Para mí fue como el fin de todo, como la misma muerte. Me trasladaron a un pueblito del sur con la familia de mi madre, y tardé muchos meses en recuperarme, tantos que llegó el final de la guerra. Todos me trataban como a una heroína, pero yo, a los veintiún años, había dejado de ser una mujer, no sé si me comprendes. Apenas me atrevía a salir de casa porque mi aspecto me causaba repulsión a mí misma. Me hice cada vez más retraída y, a pesar de que los amigos se desvivían por ayudarme, terminé por abandonarlo todo, incluida

la política. Crecía en mí un resentimiento agrio hacia el mundo, hacia mí misma y, muy especialmente, contra aquellos tres hombres que me habían provocado tal desgracia. Me hicieron visitar a un montón de médicos y pasé los diez años siguientes convertida casi en un animal de laboratorio, cliente asidua de quirófanos y consultas. El gobierno me concedió una pequeña pensión como mutilada de guerra y aproveché ese dinero para escapar de París y de mi círculo familiar: necesitaba sentirme una persona anónima, empezar una nueva existencia sin recuerdos por mi parte y, sobre todo, por parte de los demás. Alquilé una casita en las afueras de Colomiers, un pueblo cerca de Toulouse.

Orianne aparcó el coche al final de una avenida, frente a un gran parque.

—Éste es el Bois de Boulogne, la joya natural de París —me explicó—. En realidad, es lo que queda del viejo bosque de Rouvray. Pasear por sus caminos es muy gratificante; fue uno de mis refugios solitarios durante aquella horrible época, mientras los demás disfrutaban de la etapa más gozosa de sus vidas. Después de tomar algo, si te parece, daremos una vuelta.

Asumí gustoso su propuesta. Entramos en un restaurante frente al Bois para sentarnos junto a una larga cristalera desde la que se podía contemplar el juego infinito de colores diseñado por el otoño. Pedimos algo ligero, y sólo entonces Orianne recuperó su narración:

—Pasé tres años en Colomiers, y ese retiro me sirvió, al menos, para aceptarme un poco a mí misma. Me ayudó mucho la lectura: devoraba cuanto caía en mis manos. No podía quitarme de encima el complejo, pero al menos acepté ciertas relaciones sociales, algo que, hasta entonces, me había creado un verdadero drama interior sólo con pensarlo. Estuve allí hasta finales del cincuenta y seis, cuando me surgió una oferta que no quise desaprovechar. A través de militantes del partido me llegó la sugerencia de viajar a Praga para enseñar francés en la universidad. Yo no tenía experiencia, ni siquiera como profesora, pero eso no parecía ser un obstáculo. Viajé al año siguiente y me dediqué casi en exclusiva a aprender un poco el checo; en el cincuenta y ocho empecé mi primer curso. —Siempre tenía que aparecer aquella fecha trágica, pensé—. Espero no aburrirte —dijo, sonriente.

—No me aburres, Orianne, todo lo contrario. Te confieso que,

cuando venía a verte, temía lo que pudiera encontrar, pero tienes la virtud de hacerme sentir cómodo a tu lado.

—Eso es *feeling*, como dicen ahora, y te aseguro que la sensación es recíproca. Mejor así, porque será más fácil para ambos.

Escondió la sonrisa, una sonrisa tristona, antes de continuar:

—En noviembre del cincuenta y nueve, mi vida dio un giro inesperado. Una tarde estaba en casa, un modesto apartamento del centro de Praga, preparando las clases del día siguiente. Llamaron a la puerta y, al abrir, creí que el techo se me caía encima: Carlos Asensi, tu padre, estaba allí, en el pasillo. Lo reconocí enseguida, a pesar de su aspecto enfermizo y descuidado: aquel hombre estaba tan vinculado a mi desgracia que no se podían despegar ambos recuerdos. Creo que estuvimos una eternidad así: yo apoyada en el quicio, taladrándolo con una mirada de odio y desconcierto, y él de pie, sin decir palabra. Pero algo había quedado pendiente entre nosotros dieciséis años antes, y lo invité a pasar.

—Fuiste muy generosa, pero no lo entiendo: ¿Qué pintaba un agente franquista en Praga en aquellos años? ¿No temiste algo malo?

—¡Pero, cariño!… —me desorientó ese afecto—. Es terrible, ¿tan poco conoces de tu padre? Carlos no era un agente fascista. Trabajaba para el servicio de información republicano.

Fue como si una coz de Cassius Clay me hubiese alcanzado de lleno en el mentón y el cerebro rebotase alocado por el cráneo. No podía hablar y ella tomó la iniciativa ante mi cara de estúpido.

—Volvamos atrás entonces. Cuando supimos que la Operación Niebla la habían organizado realmente los fascistas y vivimos las dramáticas consecuencias de su denuncia, pasamos la información a España. Yo no podía creerlo por parte de Carlos: tenía los ojos limpios y, desde que me lo encontré en la frontera, sabía que no podía haber doblez en su mirada, que no podía estar engañándome —otra vez su mirada, pensé, siempre presente su mirada, otra mujer colgada de sus ojos—. Pero la realidad se imponía y el maquis en España decidió eliminarlos. Más tarde, después de que Carlos sobreviviera al atentado, supimos que era un agente doble, infiltrado en las filas de los fascistas durante la guerra civil, y se dio la orden de respetar su vida. La verdad es que tuvo mucha suerte. En ese momento comprendí por qué me había encomendado la

custodia de aquel objeto: no quería entregarlo al enemigo.

No me dejó pagar. Yo, absorto aún en la nueva imagen de mi padre, tampoco estaba en condiciones de insistir. Abonó la cuenta y salimos al exterior. Entramos en el Bois por la puerta de Auteuil y caminamos entre robles y castaños oscurecidos por las sombrías luces de la temprana tarde de noviembre.

—¿Entiendes por qué no acabé con Carlos ese día? —dijo Orianne—. Era casi uno de los nuestros, aunque su visita me hiciese revivir la penosa condena que me había deparado la casualidad de haberlo conocido. Él tampoco había tenido suerte: estaba enfermo y agotado. Llevaba buscándome casi diez meses; primero, en París, donde subsistió con muchas dificultades; después por media Francia, donde mis huellas habían quedado borradas largo tiempo atrás. Finalmente, supo que me encontraba en Checoslovaquia y hubo de remover cielos y tierra para conseguir el permiso de entrada y el dinero necesario para el viaje. Tuve la sensación de acoger a un mendigo en mi casa. Más tarde supe que ese mendigo llevaba a cuestas un drama irreparable. Supongo que tampoco conoces detalles.

—No conozco nada de él, Orianne.

—Era un hombre extraordinario, y no lo digo por halagarte. La primera tarde me contó lo sucedido. En resumen, había sido descubierto en su doble juego y lo sometieron a un chantaje criminal. Primero mataron a Carmen, tu madre, para demostrarle la seriedad de sus amenazas.

—¿Cómo fue?

—Nunca me lo dijo y, como comprenderás, jamás me atreví a preguntarle por algo tan delicado. Luego, le ofrecieron respetar tu vida si aceptaba colaborar.

—¿Mi vida? ¿Le amenazaron con matarme?

—Sí, Ricardo. Tu padre fue desde entonces un hombre acosado, anímicamente roto y en lucha constante consigo mismo.

—¿Él lo aceptó?

—¿Qué podía hacer, él? Era inteligente, y estaba dispuesto a todo para protegerte, aunque ese empeño le obligaba a vivir en el filo de la navaja, tú me entiendes.

Eso significaba que yo había crecido vigilado. Y, seguramente, todavía perduraba esa amenaza. Pensé en las llamadas anónimas, en

lo sucedido durante los últimos días, y temí por Lucía: aquella voz nos había advertido de la conveniencia de retirarnos del asunto.

—¿Cuál era el precio de mi vida?

—El objeto que Carlos me dejó en custodia, pero no creo que debas temer. Su muerte ha puesto punto final al drama.

—Me temo que no, Orianne. Hay manos ocultas que me conducen en cierta dirección y ya empiezo a entender el motivo. —Alguien parecía muy interesado en que despertase de mi ignorancia infantil y persiguiera la senda de mi padre, aunque la razón última de este proceso quedaba aún oscura—. Por favor, háblame de ese objeto.

Dejábamos atrás un paseo con cascadas para aventurarnos por un camino entre arbustos y recodos sugerentes desde donde se vislumbraban algunas isletas vacías que salpicaban un estanque.

—Carlos estaba obsesionado con recuperar lo que me había entregado tantos años antes —prosiguió—. Yo no sabía lo que era; fiel a sus instrucciones, lo había escondido antes de regresar a París, y durante los años siguientes estuve demasiado ocupada como para acordarme de aquella maldita bolsa de fieltro. Pero yo no podía satisfacer su necesidad desde Praga. Comprendía perfectamente su urgencia, su angustia, pero no podía abandonar mi trabajo y era absolutamente imposible que él encontrase sólo el lugar donde lo había ocultado. Quise convencerlo de que Europa Oriental era el territorio más seguro para él, y de que nadie se atrevería a hacerte daño mientras él pareciera dispuesto a entregarles lo que querían. Pero estaba obcecado con la idea de que podrían dar con él tanto en Praga como en Francia. Cuando argumenté que el brazo del franquismo no llegaba tan lejos, me confesó que no se trataba del dictador, sino de un grupo con poder internacional.

—¿No sería la Torcia? —pregunté, temiendo la respuesta.

—Así dijo que se llamaba: la Hermandad de la Antorcha.

—Eso es absurdo.

—Él no lo opinaba lo mismo. Había tenido contactos con esa gente tanto durante la guerra civil como después; parece que sabía bastante sobre ellos. De hecho, la Operación Niebla salió de ese entorno, según Carlos.

—Y el asesinato de mi madre, también.

Cada vez veía más nítido el mensaje de mi padre en aquella

cartulina amarillenta. Aunque me costase reconocerlo, Güemes no era tan cantamañanas como yo había supuesto. Y el hijo de perra de Silverio Monzón tenía que ser el culpable de todo.

—Sí, parece que también fueron ellos los autores. Y Carlos no vivía, pensando en que a ti te podría suceder lo mismo. Era muy difícil estar junto a una persona angustiada hasta tal punto, llamando cada dos por tres al teléfono de contacto en Madrid para dar explicaciones, inventando excusas para ganar tiempo. Así pasamos varios meses, y en esa etapa pude comprobar la calidad humana de tu padre. Yo nunca había tenido la oportunidad de vivir junto a un hombre, y ésa era una idea que había desterrado para siempre de mis proyectos. Pero con él recuperé mi naturaleza de mujer: él me supo devolver el valor de la intimidad, del abrazo, del amor; porque supo tratarme como a una mujer sin importarle para nada mis taras físicas.

Imaginé la mano de mi padre recorriendo, dulce, aquellas cicatrices y, por un segundo, me asaltó la tentación de reeditar sus caricias, sin ardor las mías, sólo compasivas, sobre el contorno castigado que tenía delante.

—Intimamos, ¿comprendes? —quiso aclarar, sin necesidad ante lo que resultaba evidente—. No era fácil, porque ambos cargábamos con mundos muy dramáticos, y a menudo saltaban chispas de nuestra convivencia. Pero, para mí, Carlos se convirtió en una posibilidad inesperada que merecía la pena mantener. Y yo creo que para él, en cierto modo, sucedió algo parecido. No debes juzgarlo mal por una relación así, fruto de una desesperanza común en un medio muy hostil. La soledad, a veces…

—No lo juzgo, Orianne. Creo que eligió una buena compañera.

Me dedicó una de sus tristes sonrisas y se agarró a mi brazo mientras nos encaminábamos al Racing Club.

—A finales de enero conseguí un permiso de una semana y aproveché para viajar a Francia. Carlos siguió como único inquilino de nuestro apartamento en Praga: no podía abandonar el país sin correr el riesgo de quedarse fuera; era preferible esperar a la concesión del estatus de refugiado político que estábamos gestionando. A mi vuelta, lo encontré muy agitado y extraño. Le entregué aquella bolsita y, por primera vez, pude ver su contenido: un pequeño cilindro, como un tubo de latón o bronce, no más largo

de medio dedo, con inscripciones en el exterior y una especie de cristal irisado en el interior.

—¿Qué era?

—La verdad, no lo sé, nunca lo he sabido. Sólo las pocas vaguedades que me contó Carlos. Y no era muy explícito al respecto. Él lo llamaba la Mirada de Saturno. —Incrédulo, le hice repetir el nombre—. Así decía que se llamaba y, una vez lo tuvo en sus manos, cambió, mutó en otra persona. No de inmediato; sucedió poco a poco, como si ese objeto lo hubiese atrapado y fuera devorándolo lentamente.

Me vino a la memoria la imagen de Lucía, del primer día en su casa, hablándome de mi padre como un rey expulsado de su país, encadenado para siempre al olvido como castigo por la osadía de haber aguantado, cara a cara, la mirada de Saturno. Sí, así exactamente lo había definido Norberto, aunque lo negara luego en mi presencia.

—A partir de ese momento —continuó Orianne— se aisló del mundo para dedicarse a estudiarlo minuciosamente. Me pedía libros que él pudiera entender, en francés, español o inglés, relacionados con viejas culturas y alfabetos. Pasaba horas, días, noches enteras revisándolos, dando vueltas a aquella cosa, tomando notas o simplemente ensimismado, mirando al vacío. Adquirió también la costumbre de dar largos paseos a solas por la ciudad, algo que nunca se había atrevido a hacer. Siempre con aquel chisme encima. Apenas me comentaba al respecto, y si yo me interesaba, recibía de su parte confusas divagaciones sobre la importancia de la investigación que había emprendido. Nuestros momentos de intimidad se hicieron cada vez más espaciados; cuando le hacía notar este alejamiento, me pedía perdón y se mostraba más cercano durante unos días, pero siempre volvía a lo suyo. Le hice notar que quizá era el momento de entregar ese objeto a cambio de tu inmunidad y recuperar así su vida familiar, pero él no se fiaba de aquella gente y argumentaba que era una irresponsabilidad poner en sus manos una cosa así. Antes tenía que idear un plan, decía.

—¿Nunca pensó en llevarme con él?

—Sí que lo pensó, seguro. Lo hablamos varias veces, pero siempre lo descartaba: no quería meter el infierno en tu vida, como lo estaba en la suya. Creía que te protegía mejor manteniéndote en

la ignorancia. Estaba convencido de que no te harían daño, porque, en tal caso, ya no podrían ejercer ninguna presión sobre él. Permanecer alejado garantizaba tu protección. Aunque sufría mucho por ti, créeme. Mira: aquél es el árbol de París.

Señalaba hacia una gigantesca copa de colores pardos que se abría camino hacia el cielo en medio de una despejada extensión de césped.

—Es un haya purpúrea —precisó—: su ramaje ocupa más de quinientos metros cuadrados y tiene, al menos, dos siglos. Y este sitio se llama Pré Catelan, en honor de un trovador provenzal que fue asesinado justo aquí por algún amante esposo ofendido por sus cortejos.

Yo no estaba para otros sucesos que no fueran los que me habían conducido hasta allí.

—Pero, al menos, me podía haber comunicado que estaba vivo —insistí—. A mí, o a mi familia.

—¿Crees que habría sido mejor? Piénsalo con frialdad. Él tuvo muchos años para hacerse esa pregunta, pero te habría destrozado la vida.

—¿Tanta desolación por ese trozo de metal?

—Él decía que era de piedra. Pero sí, es una cuestión que me he planteado cientos de veces. Para él, sin embargo, su investigación era algo decisivo, precisamente por la sangre y el sufrimiento que había detrás. Te decía lo de su descabellada indagación, pero no fue nada comparado con lo que vino luego. Mes a mes, su estado mental decaía. Dejó incluso de alimentarse adecuadamente, y el invierno del sesenta fue muy duro, porque una neumonía estuvo a punto de acabar con él. Cuando se recuperó, le hice prometer que cambiaría y cumplió su palabra, incluso aceptó entrar en contacto con otros españoles exiliados y recuperamos un poco nuestra relación afectiva. Pero fue todo un espejismo…

Un espejismo, mi padre. Eso buscaba yo en la historia a través de aquel nombre de mujer escrito en un papel y convertido ahora en amante anónima y confidente. Un espejismo a través de sus palabras, de su carne herida y sin rencor.

—… Llevaba muchos meses queriendo visitar la sierra de Sumava, al suroeste de Bohemia, pero mi trabajo nos lo había impedido. En la primavera siguiente tuve que desplazarme tres días

a un congreso lejos de Praga. Cuando volví, él había desaparecido y nadie, en nuestro círculo de conocidos, sabía nada de él. Regresó dos días después, arrepentido como un chiquillo después de una travesura, que no era otra que haber viajado a ese lugar que deseaba. Lo que le sucedió allí nunca lo supe, pero volvió muy cambiado. Las semanas siguientes fueron muy duras para él, con picos extremos de euforia y depresión. Y para mí, como puedes comprender. Consumido por la absurda idea de que estaba siendo vigilado, entró en una vorágine de la que creí no iba a salir nunca; lo consiguió, por fortuna, aunque con altibajos y dominado por una idea recurrente: eliminar a Franco.

—¿Qué me estás diciendo?

—La verdad. Nunca le había escuchado algo parecido; siempre me había dado la impresión de haber aceptado el drama de la guerra civil y sus consecuencias como un suceso inexorable. Esa ausencia de odio en su corazón me ayudó mucho en nuestras primeras semanas juntos y me permitió perdonar a mi propia historia. Sí, Ricardo, el perdón es un paso decisivo, porque te limpia por dentro: sucede como con los fardos de arena que se lanzan al vacío cuando quieres que tu globo tome altura; perdonando a tu historia te perdonas a ti mismo. ¿Nunca has pensado en ello? Todavía eres demasiado joven.

—También tengo detrás una historia que perdonarme, no creas. Pero antes necesito conocerla completa.

—Sí, me parece que estoy dando demasiadas vueltas; es que no he tenido muchas oportunidades para hablar de ello. En fin, intentaré ser más concisa. Aquella descabellada y morbosa idea y cuanto la rodeaba minaron hasta tal punto la salud mental y física de Carlos, que tuve que admitir su internamiento apenas un mes después de su escapada.

—¿En un manicomio?

—Sí. Busqué todas las soluciones, pero no había alternativa. Hablé con amigos y éstos lo hicieron con otros, para que su estancia allí fuera lo menos dolorosa posible. No pude quitarme de encima un horrible complejo de culpabilidad durante los cuatro meses que pasó allí dentro; aunque, gracias a las influencias, se le permitían privilegios que para otros estaban terminantemente prohibidos, como disponer de papel, bolígrafo, e incluso algunos libros. Cuando

lo iba a ver me parecía tan distante… Y en la hora de la despedida, dejarlo allí dentro se me antojaba un crimen. Al volver a casa después de las visitas siempre tenía la tentación de tirar ese objeto odioso a la basura: era como la materialización del mal, la causa de la enajenación de Carlos, no sabría explicarte.

—Pero no lo tiraste.

—No, no lo hice por respeto a Carlos, y porque en nuestra pareja alguien tenía que poner algo de sentido común para darle una oportunidad al afecto que nos unía. Y ese buen sentido me decía que Carlos tenía suficientes motivos de tensión dentro de sí como para haber perdido el rumbo sin necesidad de culpar a una mierda como aquélla. La verdad es que cuando le dieron el alta volvimos a vivir momentos deliciosos durante un par de semanas. Después reapareció el infierno. Tuvo otros dos ingresos: entre febrero y junio del sesenta y dos, y entre noviembre de ese mismo año, creo recordar, y mayo del siguiente. Cada vez eran más prolongados.

Lo decía con una melancolía reprimida que no podía evitar reflejar en sus ojos. Sentí ganas de abrazarla, pero no tuve valor para hacerlo y hube de conformarme con palabras:

—Creo que eres una mujer admirable, Orianne. No sé si mi padre te agradeció suficientemente lo que hiciste por él, así que permíteme que lo haga yo.

—Eres muy gentil, Ricardo, pero sí que lo hizo. Cada vez que recibía el alta, sus primeras palabras hacia mí eran de gratitud. Y en el fondo me dolían, porque habría preferido oír de su boca que todo estaba olvidado y que la vida empezaba de nuevo para ambos. Una esperanza vana: tanto él como yo lo sabíamos. Su estado era más delicado cada día, a pesar de la intensiva medicación. Apenas mencionaba ya la amenaza que se cernía sobre ti, e incluso tenía lagunas mentales muy prolongadas sobre tu propia existencia y su pasado en general. Su único interés era esa Mirada de Saturno y regresar a España para acabar con el dictador. De nada valían mis palabras. Un día, desesperada, lo amenacé con hacer desaparecer aquella cosa; se me encaró y me acusó de estar contra él, aunque se arrepintió al momento y no paró de pedirme perdón durante horas. Era deprimente verlo humillarse de ese modo.

—Fuiste fuerte y generosa —dije por consolarle, aunque mis palabras eran sinceras—. Pocas aguantarían al lado de una persona

así.

—No podía abandonarlo. Aquel hombre, Ricardo, me había devuelto a la vida y, aunque después me la estuviera quitando a trozos, no podía renunciar a ayudarlo. Ya me habían avisado de que un nuevo ingreso sería mucho más largo, y eso, en su estado, equivalía a su pérdida definitiva. Decidí cambiar de aires. Cuando acabó el curso del sesenta y tres, aproveché las facilidades de un convenio bilateral y nos marchamos a Cuba.

Habíamos rodeado el Racing Club y nos encontrábamos frente un embarcadero. Orianne sugirió sentarnos en uno de los bancos del paseo y mis pies le agradecieron la propuesta. Un par de barcas parsimoniosas se deslizaban hacia la isleta más cercana peinando la opaca superficie.

—¿Sabes que mi padre murió en un sanatorio psiquiátrico?

—Supe que estaba internado, pero desde hace cuatro o cinco años no tenía noticias sobre él. Es duro decirlo, pero ya, por fin, puede descansar. Cuando me lo comunicaste esta mañana, noté que algo se me había roto dentro, pero inmediatamente pensé en cuánto había sufrido, y ese dolor se hizo alivio.

—Tuvo que ser una experiencia muy dura compartir tu vida con él, en esas condiciones.

—Si lo veo de una forma fría y objetiva, tal vez —confesó—; pero los afectos no son ni fríos ni objetivos, y en el balance final puede más esta parte. No creas que tu padre era una persona deprimente: tenía un sentido del humor fuera de lo común y lo utilizaba con habilidad para rescatarme de mis peores momentos. Enfermó gravemente, eso es todo.

—Estábamos en Cuba…

—Ya. El Caribe pareció devolverle la vitalidad y, más despacio, la razón; aunque yo ya sabía, porque me lo habían explicado con toda crudeza los médicos, que su estado era irreversible y que en cualquier momento podía presentarse un cuadro más agudo, especialmente si se veía sometido a estados de tensión. Pero volvía a interesarse por ti y por mí. Parecía haber firmado un pacto de no agresión consigo mismo; incluso volvió a ponerse en contacto con aquella gente que lo chantajeaba y supo resolver la situación con habilidad. Parece que lo amenazaron con secuestrarte y se mostró rotundo: si sufrías el menor daño, él se quitaría de en medio y

acabaría la búsqueda de lo que tanto deseaban. No obstante, les garantizó que pronto estaría en sus manos y se lo haría llegar. Le sugerí la posibilidad de traerte con nosotros, a un ambiente mucho más llevadero que el frío de Praga; al fin y al cabo, con trece o catorce años habrías podido encajar los hechos con más madurez. Pero no quería correr riesgos: dijo que necesitaba un tiempo para restablecerse y, cuando tuviera fuerzas suficientes, él mismo volvería a España a por ti.

—Y volvió. Cumplió su palabra.

—Sí, algunos años después de aquello. El caso es que todo parecía acompañarnos desde nuestra llegada a la isla. Recuperamos el remoto sabor a felicidad y las cosas mejoraron en líneas generales a primeros del sesenta y cuatro. Fidel había conseguido una importante ayuda económica de la URSS; y también moral, hasta el punto de que se atrevió a cortar el agua potable a la base norteamericana de Guantánamo como respuesta al apresamiento de unos pesqueros cubanos. Todo iba bien por allí. Carlos encontró un trabajo en marzo. Figúrate lo que significaba eso para ambos: su primer trabajo en tantos años. No era muy importante, administrativo de segunda fila en un hospital, pero era el comienzo de algo nuevo. Su interior parecía encarrilando y, aunque no abandonó sus delirantes estudios, la ansiedad raras veces aparecía. Son los momentos más felices que recuerdo a su lado, aparte de las primeras semanas en Praga.

—Elegisteis tiempos movidos para ir a Cuba, con la crisis de los misiles, el bloqueo…

—Lo de los misiles ya era agua pasada allí, pero es cierto que fueron años muy movidos, por desgracia. En octubre, Breznef sustituyó a Jruchef en la Secretaría del PCUS, y ese cambio crispó las relaciones entre las diferentes tendencias del socialismo cubano. Che Guevara se había distanciado de lo que Fidel llamaba política de coexistencia pacífica, y era un secreto a voces que abandonaría el gobierno tarde o temprano, y los trotskistas del Partido Obrero Revolucionario no cejaban en su propaganda contra la línea que había tomado la Revolución. Entre finales de ese año y primeros del sesenta y cinco hubo una dura

represión contra la gente del
POR
, y en marzo cayeron un par de compañeros de trabajo de Carlos; alguien lo involucró, no sabíamos con qué intenciones, y pasó más de tres meses en la cárcel sin que pudiera hacer nada por él. En julio lo pusieron en libertad sin cargos, pero el mal ya estaba hecho. A partir de ese momento, entró en una profunda depresión de la que salía muy raramente, con esporádicos episodios agudos que lo llevaron a nuevos ingresos y medicación casi constante.

Orianne se quedó con la vista absorta en el estanque, como si quisiera rescatar del recuerdo las palabras más exactas, los sentimientos más fieles. Le ofrecí un cigarrillo y fumamos en silencio durante un rato.

—Estuve tentada de localizarte más de una vez —dijo—, pero me parecía más cruel presentarte un padre resucitado en esas condiciones que mantenerte en la ignorancia. Además, él jamás me lo habría perdonado. Ahora era de nuevo un ser solitario, huidizo, que se refugiaba en su vieja fijación e hizo de nuestro pequeño hogar un santuario de estudio. Maldije un millón de veces ese siniestro objeto, pero, paradójicamente, eso era lo único que lo mantenía asido a la supervivencia y me permitía conservarlo a mi lado. Así pasó casi dos años y, aunque las circunstancias no eran ni mucho menos tan insufribles como en Praga, me fui acostumbrando a su pérdida paulatina.

—¿Y su manía con lo de Franco?

—Según le daba. Cuando yo pretendía hacerle ver lo absurdo de la idea, me argumentaba que tan sólo había sido una frase metafórica, pero ya lo conocía lo suficiente como para saber que aquel fuego seguía encendido dentro de él. Un día, en el verano del sesenta y siete, lo encontré asomado a la ventana, algo extraño en un hombre que intentaba mantener el más estrecho aislamiento. Su expresión era muy distinta a la habitual, como si repentinamente hubiese recuperado varios años y la sangre empezara a fluir de nuevo por sus venas. «Voy a volver, —me dijo—. ¿Al trabajo?», le pregunté yo. «No, a España. Tengo que quitarme de encima este peso: es la única manera de devolverte la vida que te he robado y restituir la seguridad a mi hijo». Su lucidez me sobresaltó: presentía que, cualquiera que fuese el rumbo de los acontecimientos a partir

de ahí, lo había perdido para siempre. Pero él parecía estar bien, y nada en este mundo deseaba yo más que la felicidad del hombre que me supo amar y enseñarme a amarme cuando me despreciaba a mí misma. No le pregunté cuáles eran sus planes, pero desde ese día dejó de tomar su medicación.

—¿Es creíble que un hombre hasta tal grado enfermo se recupere de la noche a la mañana?

—Yo no lo creía. Y los médicos tampoco, como es lógico. Acentué mi observación sobre él a partir de entonces, pero no dio motivos para pensar que el cambio fuera falso. Tardamos tiempo en organizar el regreso a París: si él se iba, yo ya no tenía nada que hacer allí y prefería volver a mis orígenes, desandar un camino, quizá recuperar una juventud perdida, ¿quién sabe? A primeros del sesenta y ocho ya estábamos aquí. Nos instalamos en un piso de la rue de Seine, al sur del río, y las primeras semanas vivimos tranquilos haciendo planes de futuro. Pero no había facilidades para entrar en España: el ambiente allí era muy agitado, con clausuras de facultades universitarias, detenciones y purgas. Y en el País Vasco eran frecuentes los tiroteos entre etarras y policías, además de los atentados. No parecía un clima muy adecuado para intentar el regreso, y Carlos se impacientaba.

Orianne me pidió otro cigarrillo. Esta vez no esperó a consumirlo para seguir hablando:

—A la espera del momento propicio, los acontecimientos en París nos fueron enganchando. A primeros de mayo hubo enfrentamientos entre estudiantes y Policía en el Barrio Latino y cerraron todas las universidades de la ciudad. Hubo dos noches especialmente duras, con veinte mil policías cargando contra las barricadas: un millar de heridos y otros tantos detenidos; auténticas batallas. Aquello era un hervidero, y los viejos camaradas parecían chiquillos entusiasmados con la revolución, aunque rebasados por los acontecimientos y por los verdaderamente jóvenes.

—Recuerdo vagamente las noticias que nos llegaban entonces a España, supongo que debidamente filtradas, pero nunca pude imaginar que mi padre estaba allí en esos momentos. Es una sensación extraña descubrirlo así.

—Pues allí estábamos los dos. Carlos, alterado porque no veía llegar el día de su marcha, y yo, emocionada por un reencuentro

tan fuerte con mi país. Cuando se convocó la huelga general por parte de los sindicatos y se ocuparon universidades y centros públicos, pensé que una nueva era se abría paso ante mis ojos, pero luego Georges Séguy, el líder de la
CGT
, aprovechó la situación para reclamar aumentos salariales y reducción de jornada, al tiempo que rechazaba la unidad de acción con los estudiantes. «Pas
d'aventure»,
decía el imbécil. Ese día me di cuenta de que algo iba mal, de que mi generación estaba perdiendo el tren de la Historia y que tenía que volver a la actividad política. En Carlos, entretanto, asomaba de nuevo el amago de una regresión; no era grave, aunque la urgencia se lo comía. Por fin conseguimos la documentación necesaria y una confirmación fiable para pasar la frontera, pero el asesinato de un guardia civil en Guipúzcoa a primeros de junio puso la situación muy fea en España y obligó a retrasar la fecha varias veces y cambiar el lugar previsto. Finalmente, el diecinueve de julio, el contacto lo recibía en Port Bou. Fue la última vez que estuve con él.

—¿El diecinueve? Él ingresó en el psiquiátrico de Segovia sólo dos días después. ¿Sabes quién era el contacto?

—El mismo de siempre: un tal Ulloa.

—¿Norberto Ulloa?

—Así lo llamaba él: Norberto.

—¡Dios!

Me sentía ridículo, engañado como un niño sin destetar.

—¿Lo conoces? —se interesó ella.

—Pues claro que lo conozco, pero no me imaginaba esa relación con mi padre; supongo que habrá tenido sus razones para actuar así.

—Poco más te puedo contar, Ricardo. Desde que Carlos se fue, intenté rehacer mi vida a través del negocio editorial de mi familia paterna y me impliqué en los problemas de mi país. Todo lo que tengo y soy se lo debo a él. Fue un paréntesis en mi camino, un largo paréntesis de casi diez años, una etapa de redención que me devolvió la confianza en mí misma y en el ser humano. Aún eres joven, pero cuando rondes el medio siglo de vida y conozcas el sabor de la nostalgia, habrás aprendido también el valor del amor,

del compañerismo y de la gratitud.

Estaba visiblemente conmovida y me contagiaba la carga de ese sentimiento. Tuve que tragarme la emoción para poder hablar.

—Orianne: estoy seguro de que habrías sido una encantadora madre adoptiva para mí, de haber tenido la oportunidad.

Me incliné sobre su mejilla roturada y deposité en ella un beso silencioso. Ella lo recibió con una sonrisa al tiempo que metía la mano en su bolso. Pensé que necesitaría un pañuelo, así que le ofrecí el mío.

—No, Ricardo —dijo con afecto—, no lo necesito: hace mucho tiempo que no lloro —sacó del bolso un sobre grande y lo puso encima de mis rodillas—. Esto es para ti. Ábrelo.

Estaba cerrado y tuve que rasgar el papel. Dentro había una gruesa agenda, sobada y sucia.

—¿Qué es?

—Siempre la llevaba consigo. Pasó años a su lado, y algunas reclusiones. Tal vez te ayude a comprender un poco mejor al padre que andas buscando. Creo que ahí anotaba los resultados de sus estudios, y cualquier cosa que se le ocurriera, supongo.

—¿Supones? ¿No lo has leído?

—No era para mí: sencillamente, la dejó en casa al marcharse. Cuando vivía conmigo, no lo leí por respetar su intimidad; tampoco me invitó nunca a hacerlo. Una vez se fue, tuve miedo.

—¿Miedo a qué?

—Creo que al riesgo de que se me rompa su recuerdo. Pero, sobre todo, porque debe de contener la memoria de su obsesión, de aquella cosa horrible que lo apartó de mí. Quiero conservar viva la imagen de su mirada limpia y serena, y no la de su metamorfosis, la de aquella marchita estatua de sal que escudriñaba sombrías y extravagantes entelequias. No, Ricardo: echar un vistazo a esas hojas sería como repetir una vivencia demasiado cruel.

Me devolvió el beso al tiempo que acogía cariñosamente mis manos entre las suyas.

—Conocerte ha sido un gran acontecimiento, Ricardo. ¿Sabes que tienes los mismos ojos que él, la misma mirada?

—No eres la primera que lo dice.

—Nunca la pierdas, por favor. Y escríbeme, si te apetece.

—Lo haré.

La vi alejarse por aquel paseo solitario entre la arboleda, y se me antojó una parábola de sí misma: Orianne, siempre sola, incluso cuando convivió con mi padre.

La claridad había decaído y los rincones del inmenso parque adoptaban ahora sombras opacas entre el follaje y el embarcadero. Respiré el aire frío de la tarde imaginando cómo habría de ser la primavera en aquel rincón junto a Lucía, y de la mano de esa idea me llegó la añoranza de su cuerpo acogedor y el deseo de sumergirme en él una vez más, de rebuscar secretos entre su risa y caer por sorpresa dentro de sus sueños. Pero, como Orianne en su retirada, me encontraba solo en aquel paisaje abierto; sólo frente a lo que había buscado desde el principio: un padre resucitado. Había ido recogiendo pequeños trozos de su paso por el mundo, imágenes parciales ofrecidas por testigos de credibilidad más o menos fiable; me había esforzado por descubrir una silueta en la oscuridad y, en ese empeño, cada cual había proyectado sobre ella ráfagas de luz desde posiciones inverosímiles e instantes inesperados. Ahora tenía la ocasión de escuchar la voz de ese busto silente y orientarme hasta casi, quizá, tocarlo con mis dedos. Y no me atrevía a abrir aquella agenda.

Me dominaba, sin duda, el mismo temor que a Orianne ante la posibilidad de revelar el rostro más sombrío de una existencia vapuleada por la injusticia. Pero sabía que no era un momento para postergar; intuía que los mismos oscuros intereses que me habían conducido hasta allí podían mostrar hoy igual brutalidad que la empleada en el pasado. Fue ese mismo miedo lo que me dio valor para seguir adelante.

La agenda era española, del año cincuenta y nueve, y sus pastas azules, de tamaño cuartilla, estaban tan desgastadas que apenas se podían distinguir los caracteres que antaño fueron dorados. Las primeras páginas estaban llenas de dibujos, presumiblemente del objeto odiado por Orianne. Era un cilindro alargado, seccionado en nueve anillos. Mi padre lo había reproducido en varias perspectivas y, más adelante, desarrollado las proyecciones planas de cada uno de esos anillos, de modo que el conjunto podía contemplarse como un rectángulo, dividido a su vez en nueve rectángulos iguales inscritos en él. El primero de ellos aparecía en blanco, pero los sucesivos contenían en su interior una serie de caracteres,

distribuidos irregularmente en su superficie, muy parecidos a los que años más tarde había dibujado para Lucía en Quitapesares. Los recordaba muy bien, y confirmé que todos los que formaban parte de la frase escrita en rojo figuraban en aquel revoltijo de la agenda. Había ocho signos o espacios en blanco por anillo, así que sumaban sesenta y cuatro elementos.

Las páginas siguientes parecían ser un análisis minucioso de cada uno de los rectángulos, con cortas anotaciones ilegibles y tachaduras que pertenecían a distintas épocas, a juzgar por la diferencia de los tonos y, a veces, del color de la tinta empleada. Más de veinte hojas estaban dedicadas a estos estudios antes de que apareciese, por vez primera, un texto y una fecha:

18-I-60

Una vez distinguida la función activadora del primer anillo y la función giratoria del resto, determinar:

1) El orden de interpretación de los signos.

2) El posible valor de los sonidos.

3) Los riesgos de la experimentación aleatoria.

Este esquema parecía ser la base de las siguientes páginas, donde se desarrollaba una serie de combinaciones de signos, la mayor parte de las cuales estaban tachadas, en algún caso con evidentes rasgos de frustración. Más adelante aparecían nuevas reflexiones, aunque no todas fechadas:

El megalitismo es pura geometría, y se comporta en sus nodos, en su vórtice, igual que la boca de una fuente, manantial por tanto de energía telúrica, fuerza que las razas del pasado llamaban gusano de la Tierra, el *Kabisuaar* que citan los viejos textos.

No es descabellado pensar, como hacían los antiguos, que esas potencias telúricas, descritas a veces como el dragón o la serpiente, puedan funcionar como nexos de unión entre el espacio y el tiempo.

Conmueve pensar que fue aquí, en Praga, en vísperas de la Primera Gran Matanza, de la horrible primera guerra europea, y pisando las mismas piedras que hoy piso yo, donde Einstein llegó a la convicción de que el espacio no es ni uniforme ni recto. Al fin y al cabo, nada en la Naturaleza lo es, y la línea recta no deja de ser una mera invención humana.

El espacio es, naturalmente, curvo, maleable por las masas presentes en el espacio-tiempo, de modo tal que las masas menores se precipitan sobre las mayores por efecto de esa curvatura.

Los seres y elementos materiales estamos sujetos a la Tierra merced al hueco que ella misma se ha procurado en el espacio-tiempo. No obstante, si se presentase una distorsión de suficiente importancia en ese entono, no es insensato pensar en la aparición de un agujero, de una puerta abierta a otro universo, a otra realidad. Basta con disponer de la energía necesaria para abrirlo.

La Mirada parece ser, según todos los indicios, una fuente

energética adecuada. Cuestión más compleja es cómo activarla.

7-II-60

Primera experimentación aleatoria: El cementerio judío de Josefov ofrece resultados positivos, como buena parte de Stare Mesto, la ciudad vieja, especialmente en torno a la iglesia de Týn y junto al Moldava. Había mucha nieve. Probar en primavera.

Plank, Heisenberg y Einstein, a través de sus teorías cuántica, de indeterminación y de la relatividad, han marcado el rumbo de la nueva especie humana.

Un camino, sin embargo, lleno de obstáculos, dispuestos, paradójicamente, por la propia mente humana, demasiado perezosa a la hora de admitir una idea distinta de la realidad.

Porque no resulta cómodo aceptar esta nueva representación del Universo, una tesis que destroza los conceptos de causa y efecto, de continuidad de los acontecimientos. Significa acabar de un plumazo con nuestra idea de orden: una revolución en nuestros cerebros, una locura para la mente tradicional.

Cazamalli y Vassiliev, cada cual por su cuenta y en países tan distantes como Italia y Rusia, llegaron a conclusiones similares en su investigación neurológica: el cerebro humano funciona como un oscilador emisor-transmisor. El criminal estaba en lo cierto…

¿El criminal? La aparición de la que suponía una referencia explícita al culpable de la muerte de mi madre me hizo estremecer. Pero las reflexiones escritas de mi padre podían en aquel momento más que los sentimientos.

… El poder de nuestras ondas cerebrales sería en tal caso, y teóricamente, imparable, no conocería obstáculos. Teóricamente, y una vez superado el bloqueo al que lo somete una individualidad que nos ha separado del origen natural de la especie.

En 1944, Guisseppe Calligaris, neuropatólogo de la Universidad de Roma, escribió: «La telepatía es una ley universal. El fenómeno telepático es como el fenómeno acústico: la nota de un piano hace vibrar en otro la cuerda que da la misma nota». ¿Cuál es la nota, la frecuencia vibratoria o, más exactamente, el acorde que permite activar de forma correcta la Mirada?

La tarde empezaba a disolverse y apenas podía ya distinguir los detalles de la escritura. Las páginas siguientes aparecían saturadas de cálculos y garabatos. Estiré las piernas entumecidas por la fría humedad y regresé a paso vivo hacia la salida. No paraba, entretanto, de rememorar la narración de Orianne y el acibarado regusto que me había dejado. Por una parte, tenía casi completo el rompecabezas de la memoria de mi padre, y eso me llenaba de indiscutible satisfacción, tanto porque el objetivo estaba cumplido como por haber redescubierto un rostro humano en boca de aquella mujer. Sin embargo, muchos de los elementos barajados en la descripción resultaban sorpresivos, increíbles, y su proyección en el presente me causaba desasosiego. Pensé en Lucía y en el bien que me haría compartir con ella un estado de ánimo que ahora corría alocado entre la embriaguez del éxito y el abatimiento por la desgraciada historia que acababa de descubrir; pero a esas horas me iba a resultar difícil encontrar avión de vuelta y decidí buscar alojamiento por allí cerca, en un pequeño hotel junto al Pont Mirabeau.

Me faltó tiempo para acomodarme en la habitación y recuperar la agenda. Pasadas las páginas de incomprensibles anotaciones, había nuevos textos:

23-IV-60

Orianne me ayuda en lo que puede: me trae libros y me recuerda constantemente mis promesas, pero ella no puede entenderlo. Tampoco yo me entiendo a veces, por eso tengo que conseguir resultados satisfactorios antes de que mi hijo crezca.

Sentí su recuerdo hacia mí como una caricia física, y leí con avidez en busca de nuevas referencias:

Ayer lo vi con claridad, en una prueba aleatoria más: la Mirada funciona, aunque debo tener cuidado.

Conocemos el tiempo como la referencia que define los conceptos antes, ahora y después, fundamento de la idea de pasado, presente y futuro. Pero Einstein dijo que el tiempo es sólo una ilusión, por muy persistente que se manifieste ante nosotros.

Se trata de una percepción dependiente de nuestra idea del espacio, pues sin espacio desaparece el movimiento. La quietud es, por tanto, la negación del tiempo, ya que no ofrece referencias de cambio alguno.

Es precisa la existencia de un tiempo distinto al que concebimos, sin relación alguna con el movimiento y el espacio, un tiempo con sus propias y privativas dimensiones.

7-VII-60

Cada paso en la investigación confirma que me hallo frente a una singularidad en potencia, según la definición física ortodoxa.

Sobre las cualidades de esa singularidad tan sólo puedo especular, profundizar en la experimentación en zonas de energía telúrica acumulada. Aunque el riesgo de tal ensayo es excesivamente elevado, y el error puede ser fatal. Bien sé que el miedo es enemigo del progreso, pero apenas soy un ser humano, y pienso a veces si mi empeño no será una utopía vedada a los de nuestra especie.

El método es sintonizar correctamente la Mirada, como debió de sucederle, tal vez de forma casual, al ermitaño Cañas. Pero la combinatoria es demasiado amplia y mis medios de traducción todavía insuficientes. Busco con perseverancia, con pasión, pero esos signos y su significado se esconden como conejos entre la espesura del bosque.

Místicos, fabuladores, predicadores y embaucadores han preparado para la Humanidad un cuadro de elementos fantasmales que ha acabado por cercarla, de tal forma que la especie humana vive hoy sitiada por ese ejército invisible. Se trata de elementos que no pueden hallarse en nuestras tres dimensiones conocidas, y por eso los sitúan en un más allá donde no existen límites al movimiento, ni a la materia, ni a la sabiduría.

Esa cuarta dimensión ya fue demostrada desde la Física por Theodor Kaluza y Oskar Klein antes de los años treinta, e incluso la existencia de un número superior de dimensiones, reducidas a partir de la cuarta a tamaños tan pequeños que resultan invisibles a nuestros ojos.

El tiempo tiene que ser allí una palabra hueca, un juego, porque, en esa dimensión, los desplazamientos a lo largo de lo que llamamos historia no pueden ser medidos en unidades conocidas, de tal modo que mi mano podría permitirse la audacia de palmear la espalda de Homero en tanto que la otra acaricia el velo de Isadora Duncan.

26-IX-60

Más de dieciséis millones setecientas mil combinaciones. Más de dieciséis millones setecientas mil hipótesis de significado. Más de dieciséis millones setecientas mil noches en vela. Infinitamente más de lo que un ser humano es capaz de dar de sí a lo largo de una vida, por larga que ésta sea.

Así es la Mirada, la mirada del tiempo, indescifrable y plana, inerte, silenciosa y muerta para mi inteligencia. Con ella, la única opción es el azar, pero jugar al azar con Saturno es garantía de derrota. Nadie como él conoce la paciencia y domina los entresijos de la necedad.

Siento, al tocar este raro objeto, los desgarros que ha provocado en la especie humana, auténticas huellas dactilares de impulsos oscuros y trágicos errores. Posee una energía condensada desde tiempos tan remotos que los arqueólogos lo considerarían un ultraje a la razón.

Después de tal confesión de impotencia, muchas páginas de signos entremezclados, enmiendas y anotaciones al margen, la mayoría indescifrables o sin sentido en aquel contexto, antes de encontrar de nuevo un párrafo coherente.

10-IV-61

Pierdo trozos de mi historia, sin la menor garantía de que, más temprano que tarde, no vaya a desaparecer por completo.

Nada es más fácil que activar la Mirada: basta con presionar su anillo vacío de signos. Pero me desespera la idea de tener que interpretar tal cantidad de probabilidades para hallar un modo fiable de hacerlo. Por eso me he dejado llevar de la imprudente ocurrencia de que un lugar bien cargado de energía telúrica sería suficiente para obtener resultados satisfactorios. Y no hay error más horrible que esa creencia.

Tal y como afirman los viejos textos, la que antiguamente llamaban Gábreta y hoy se conoce como sierra de Sumava, es refugio del más antiguo conocimiento. Lo muestran las permanentes marcas en sus rocas del dios ciervo Cerunnos y de la culebra, la reina del subsuelo.

El que aquí llaman Castillo Gigante, en lo alto de una de sus más elevadas cimas, es un residuo ciclópeo de los albores celtas, lugar idóneo para mi experiencia más importante hasta la fecha. Lo hice a escondidas, tanto por la necesaria reserva, como porque a nadie quiero implicar en la desbocada carrera sin brújula que me consume. Elegí, por tanto, un lugar solitario, apartado de la vista de las pocas personas que por allí paseaban.

Actuó de inmediato. Tuve la sensación de que giraba en torno a mí mismo, y a mis espaldas el espacio parecía mucho más extenso y asequible que cuanto tenía delante.

Como una serpiente que me recorriera por dentro en infinitas direcciones, sentía llamaradas de calor por todo el cuerpo, y el corazón bombeaba con fuerza desconocida. En un momento, todo se tornó de color rojo, cada vez más intenso, prueba de una indiscutible pérdida de energía a causa de la gravedad.

En este agobiante escenario se desarrolló ante mí un inédito espectáculo, una especie de torbellino de fuegos fatuos que surgía de las entrañas de la tierra. Su superficie empezó a cobrar vida y pude distinguir claramente en ella los caminos de luz que marcan el

nervio de la Madre Tierra, el *Kabisuaar* de los antiguos.

Atrapado por semejante maravilla, apenas si podía sostenerme en pie: caía y me levantaba, para acabar nuevamente en el suelo. El cuerpo se hizo más y más torpe, más pesado. Un sentimiento depresivo se fue apoderando de mí, y entonces apareció el horror de aquellas presencias agresivas y un suplicio punzante en la cabeza. Ni siquiera podía controlar las manos, pero la convicción de que me estaba yendo de la vida me ayudó en un esfuerzo decisivo: apreté la Mirada contra mi pecho y aquella corte espectral se diluyó en la nada, lentamente.

Cuando logré incorporarme, era noche cerrada. Me pregunto qué habrá podido ver un hipotético observador cercano a mi experiencia. Ciertamente, estuve a punto de atravesar el horizonte de sucesos en condiciones inadecuadas. Y eso habría significado el fin.

29-IV-61

No puedo detener el dolor de la cabeza. Me persigue desde la desgraciada experiencia de Gábreta. Por momentos resulta enloquecedor; cada vez más a menudo, me conduce a un estado en que sólo deseo abandonarme en brazos del sueño, si es que consigo llegar a él.

Creen que estoy loco. Tal vez no se equivocan, porque lo que yo he visto, lo que yo conozco, ninguno de ellos podría concebirlo en sus cerebros mutilados. Y también sé por qué lo hago, ya que la historia puede ser encarrilada por caminos sorprendentes, como una obra de ingeniería es capaz de desviar el curso del río o abrir las entrañas de la cordillera. Tampoco me importa demasiado pagar ese precio. El doctor Habdzjel tiene mucha paciencia conmigo. No es mal hombre, pero está preso de su manicomio interior.

Me revolvía el estómago descubrir hasta qué punto un ser humano podía retratar su descenso al abismo sin el menor asomo de rebeldía. Su nueva referencia a la historia hizo aparecer entre mis recuerdos la cara de lo excéntrico, de lo paranoide, pero la obligué a esconderse de nuevo para poder seguir adelante en la lectura.

7-I-62

Si fuera capaz de conseguirlo; si de verdad esta minúscula máquina tuviera entre sus virtudes la de romper la dirección unívoca del tiempo; si el mundo pudiera ser realmente un pasillo de tren con mil puertas, dispuestas para apearte donde la voluntad te guíe; si mudar los acontecimientos fuese así de elemental, sería como pasear a la vez por todas las orillas de la Historia.

De tener en mis manos ese don, no sería justo permitir que los hechos pervivan tal y como han sucedido. No me mueve la venganza, sino la reparación. Aunque, a menudo, pienso que lo que realmente me mueve es este ingenio generador de impaciencia, de desesperanza.

16-II-62

A veces, sólo a veces, me doy cuenta de que penetro en un escenario de sombras, en una obra de actores malditos, en una siniestra tramoya diseñada por un artista diabólico.

Aquí dentro, en este encierro, somos iguales todos los que somos diferentes; aquí no hay mayor mentira que la propia existencia.

La degradación humana puede alcanzar las cotas más insospechadas entre estas paredes, por mucho que algunos la tengan ya como compañera natural, cotidiana. No es locura, en circunstancias tales, considerar la muerte como algo venial, sin más transcendencia que un parpadeo.

Desde aquí saludo cada amanecer como una bendición que me aparta del mundo sórdido de la noche, del rostro insaciable, de la mano criminal.

2-VI-62

Hoy he salido a pasear después de muchos días sin hacerlo.

Sólo necesito seguir trabajando. No puedo, no me permito detenerme. El doctor Habdzjel dice que no debo caer en la tentación de la esquizofrenia, pero yo sé lo que he visto, yo sé lo que hay más allá de sus gafas de doctor erudito y sabelotodo.

También sé quién me persigue, de modo que la batalla está abierta, aunque los especialistas opinen que esa guerra paranoide existe nada más que en mi interior.

Yo tengo la llave. Sólo necesito tiempo para seguir sumergido en este insano desciframiento de claves desconcertantes. Saturno, como siempre, sólo necesita tiempo.

Efectivamente, se había tomado su tiempo. Salvo otro bloque de anotaciones ilegibles, parecía haber abandonado las confidencias al papel durante casi tres años. Las siguientes notas correspondían ya a su etapa cubana, aunque muchas de ellas eran pensamientos corrientes respecto a sí mismo, a Orianne o al papel vivificante que el sol había obrado sobre su alma helada. Una de sus reflexiones —de su peor época, según había contado ella, la que pasó tras la cárcel—, me hizo sentir muy cerca su aliento al confirmar que mi madre y yo aún éramos entonces protagonistas de su intimidad:

12-VIII-65

Las esquinas de la calle estaban soleadas y me he atrevido a mirar por la ventana con el libro entre los dedos. Pocas cosas me devuelven la quietud como leer: es lo único que me seda y me aparta por un rato de los espectros interiores. Aunque a veces, como hoy, me tropiece entre las líneas con mi propia imagen buscando en la nada a la de mi inolvidada Carmen, y fabule con la idea de que Miguel Hernández escuchó mi historia antes de escribir su canción del esposo soldado:

Es preciso matar para seguir viviendo.
Un día iré a la sombra de tu pelo lejano
y dormiré en la sábana de almidón y de estruendo
cosida por tu mano.
Para el hijo será la paz que estoy forjando.
Y al fin, en un océano de irremediables huesos,
tu corazón y el mío naufragarán, quedando
una mujer y un hombre gastados por los besos.
Cada paso es un distanciamiento. No puedo llegar.

Como le sucede al aprendiz de brujo, el instrumento de mi magia se transforma en un ser vivo que me devora: está muy por encima de mí, me somete, me humilla, me demuestra que un paso sobre el abismo es casi siempre tan peligroso como un paso sobre mí mismo.

Me falta tiempo. Es como contar los granos de arena de la playa y, una vez clasificados, pedir a cada uno de ellos que te narre su historia personal. La vida humana no es lo suficientemente larga como para aspirar a entenderlo.

Nada puedo hallar ante mí que no sea la locura, como peldaño previo a la muerte, a la desaparición.

25-VI-67

¡He atrapado el sueño! Nueve años después del crimen, lo tengo ante mis ojos.

Junto a esa frase figuraba una nueva combinación de caracteres: los mismos signos y en igual orden que los que, un año más tarde, reflejaría en aquella cartulina que dibujó para Lucía.

La Mirada me ha cedido su llave: *Okus goga tokuko*. Contemplaré el alma de la Tierra, y ella me enseñará el camino.

Ahora llegará la restitución de lo desaparecido, el cumplimiento de la justicia. Y esa rehabilitación alcanzará territorios más lejanos, hasta cambiar por completo la faz del siglo. Porque no actuaré como un dios cobarde.

Mi padre había conseguido, por fin, lo que creía un orden adecuado para esos signos ancestrales. Releí una y otra vez su confesión de esperanza apocalíptica. Comparé sus proyectos con la realidad, con los hechos verdaderamente sucedidos, y el contraste se me antojó insoportable. ¿Era Quitapesares el reino adecuado para un dios sin miedo? ¿Acaso había cambiado la Historia su curso después de aquel sueño al fin atrapado y mudado luego en pesadilla? El saldo era demasiado patético. Pasé página para afrontar el punto final, el testamento de una epopeya deshilvanada, escrito la misma víspera de su viaje a España, su último exilio hacia la demencia:

18-VII-68

Sin la esperanza de que alguien lea estas líneas, quiero aprovechar este momento de especial lucidez, puede que el último antes del final.

Si lo hicieras tú, Orianne, es importante que sepas que nunca te apartaré de mi pensamiento, aunque éste sea débil y cambiante. Para ti sólo he sido fuente de problemas y tú me has pagado con ternura, comprensión y una paciencia infinita que me han permitido, durante mucho tiempo, mantener mi esperanza alta a pesar de las dificultades. Te lo he dicho muchas veces, sé que nunca suficientes, pero quiero que quede escrito. La palabra escrita permanece y, gracias a ella, los hombres hemos podido recuperar sendas que otros habían abierto antes y fueron después cegadas por el tiempo.

Como el epitafio de Pablo Cañas suscrito por el párroco de Moral, como el libro de Eleuterio Gavira, como la lápida de Albilla y tantas otras palabras escritas en el papel, sobre la piedra o en el aire que acompañaron tu senda hacia el delirio, padre. Lo pensé en voz alta mientras leía.

Lo que me propongo no es fácilmente explicable con palabras, por eso me las ahorro. Suceda lo que suceda, quiero dejar muy claro que no es una locura. Puedo aceptar que se trata de una empresa arriesgada, pero nunca una locura, a pesar de que sea un loco quien la emprenda.

Es muy posible que fracase, a pesar de mi convicción de haber hallado el camino correcto; me ha costado la salud y la razón averiguarlo, pero es correcto. Sólo falta el último paso: demostrarlo en el lugar adecuado. Si una vez funcionó, no hay motivo para que no lo haga en la siguiente.

Con igual justicia debo ser autocrítico y admitir que la investigación de estos años me ha modelado como un ser egocéntrico, insoportable y tal vez peligroso para mí mismo y para los demás. En mi defensa alego que cualquiera que conociese las peculiaridades de esa búsqueda sabría excusar mi capitulación ante

un poder tan absorbente como el que he tenido conmigo durante los últimos nueve años.

Tampoco albergo la esperanza de que estas notas lleguen a manos de mis seres queridos, especialmente de Ricardo, mi hijo, que es hoy un hombre de casi dieciocho años. No creo tener el valor necesario para mirarlo de frente, pero si he recorrido este itinerario de dificultades ha sido por él, para ofrecerle una oportunidad en un mundo diferente. En este momento previo a la metamorfosis sólo pido que nada sepa de mi conducta, que permanezca en la ignorancia de un padre que quiso dar el paso hacia el otro lado con la misma fe y parecido temor que el primer anfibio que se atrevió a descubrir su dimensión aérea.

Sentado sobre la cama y bajo la amarillenta luz de la mesilla de noche, el mundo parecía reducido a los límites de la pequeña habitación, un proscenio adecuado para aquel monólogo enfermizo y deprimente. Por primera vez desde que podía hacer memoria, notaba la vibración de una lánguida simpatía hacia esa persona casi anónima. De su propia mano había descubierto sentimientos humanos en lo que hasta entonces no había sido para mí sino un concepto abstracto o rechazable. Había enloquecido, presionado por la urgencia, buscando una combinación exacta entre millones de probabilidades, combinación que, por irracional que pudiera parecer, le permitiría dar un paso decisivo en su vida tal y como me había explicado de pequeño: el renacuajo se iba a convertir en rana y empezaría a operar en un plano superior, inconcebible hasta entonces. La metáfora utilizada para hacer entender a un niño el concepto de dimensión se me presentaba ahora con un tinte bien distinto, no ya como una transición mágica entre dos esperanzas, sino como balanceo trágico entre el sufrimiento y la muerte. Y me había contagiado su sensación de angustia.

Pero esa transfusión de sentimientos no era del todo pura: disuelta junto al dolor, flotaba una buena dosis de rabia, y no faltaban algunas gotas de esperanza. Mi padre creía haber dado con lo que suponía era la clave correcta para usar el maldito artilugio, aunque probablemente ni siquiera había podido utilizarlo. ¿O es que fue, precisamente, su certeza temeraria lo que le había llevado a la enajenación definitiva en España?

No era fácil sacar conclusiones, especialmente en un terreno

que, para mí, sobrepasaba los límites de lo razonable. Quise buscar explicaciones más sensatas para hechos tan incongruentes, explicaciones más cercanas al mundo en que se mueven a diario los seres humanos, donde las pasiones y las ideas pelean en la arena de lo real, de lo palpable. Pero la prueba parecía aplastante: una mente mórbida había creído, treinta años antes, que aquel objeto era poseedor de propiedades físicas excepcionales, y esa convicción lo había llevado a concebir primero una operación bélica descabellada, y después el asesinato y el chantaje. Y mi padre palpitaba en medio de ambos acontecimientos, convencido casi desde el primer momento de la veracidad de ese poder irracional, hasta el punto de poner en manos de Orianne lo que presentía un elemento delicado. Sólo se me ocurrían dos opciones: o aquella rareza era verdaderamente extraordinaria o quien concibió la idea de obtenerla era un psicópata peligroso. Tal vez ambos supuestos tenían visos de verdad. Silverio Monzón y la Hermandad de la Antorcha parecían elementos extraídos de leyendas góticas, de un universo ajeno a la simpleza de la vida cotidiana; pero, al fin y al cabo, figuras criminales, fuera cual fuese su naturaleza. Un escalofrío me empujó al teléfono para marcar el número de Lucía. Su voz al otro lado me devolvió de nuevo la confianza.

—Tengo buenas noticias para ti —anuncié—. Tus intuiciones sobre Carlos eran acertadas.

—Lo presentía; sus ojos no podían mentir.

—Es curioso. Eso mismo dice de él Orianne.

—¿La has visto?

—Pues sí. Y, en este caso, tus temores han fallado: es una mujer extraordinaria que me ha ayudado a conocer esos diez años de la historia de mi padre que teníamos perdidos. Ya te contaré mañana con más detenimiento. Hasta entonces, dos peticiones y un consejo.

—Tú dirás.

—Tenemos que hablar con Norberto Ulloa. No es tan inocente como parece: conoce a mi padre desde antes de que lo ingresaran. Llámalo y di que lo queremos ver mañana mismo. La segunda: ¿me puedes dar el número de Güemes?

—¿Te ha subido la fiebre?

—No, me encuentro bastante mejor. ¿Por qué lo dices?

—Por lo de Queco: tienes que estar muy enfermo si es que

quieres hablar con él. —Me hizo reír su indirecta.

—Pueden ser los síntomas de una enfermedad llamada irracionalidad; entre todos me la estáis contagiando.

Escuché su risa al alejarse en busca del dato que le había pedido y lamenté no tenerla allí, junto a la almohada. Me dictó el número y lo repitió después, cifra por cifra.

—¿Y el consejo? —reclamó luego.

—El consejo es que tengas cuidado. No salgas si no es imprescindible.

—¿Sucede algo?

—No sabría explicártelo, porque aún no soy capaz de encajar todas las piezas, pero te diré que lo de la Hermandad de la Antorcha es cierto, y que fueron ellos los que mataron a mi madre para chantajear a mi padre. Según están las cosas, no hay razones para pensar que el peligro haya desaparecido, ¿me entiendes?

—Te entiendo. Y siento mucho no poder estar en este momento a tu lado, Ricardo.

—Ojalá pudieras. Estoy en una pequeña habitación de hotel, con el Sena allá abajo. Las luces de las farolas crean sobre el agua un efecto hipnótico. Sólo me faltas tú.

—¿Cuándo vuelves?

—Mañana, en el primer avión que salga. Paso por Madrid y te llamo al sanatorio.

—No, no me llames allí. Voy a intentar cambiar el turno y hablar con Norberto por la mañana. Mejor llámame a casa.

—Ten cuidado —insistí.

—Preocúpate sólo de soñar algo agradable.

—Contigo.

—Esta vez cuentas con mi permiso.

Lucía tenía razón. Hablar con Güemes desencadenaba en mí una reacción similar a la urticaria, aunque en ese momento por razones distintas a las de ocasiones anteriores. Su verborrea me parecía un inútil gasto de energías, una pirueta permanente entre la lógica y la fantasía. Aunque los acontecimientos habían terminado por darle la razón en lo de la Hermandad de la Antorcha y en lo de *Kabisuaar*; y, ahora, mi padre coincidía con su interpretación de la frase en tartésico o turdetano, cualquiera que fuese la lengua de esos signos. La confirmación de sus aciertos era difícil de digerir, porque

significaba aceptar mi propia necedad. No estaba, ni mucho menos, dispuesto a asumir que los planteamientos generales de Güemes tuviesen base racional, pero en lo que se refería a aquella cuestión, tenía que rendirme a la evidencia. Y nadie mejor que él para sacarme de mi nuevo atolladero. Respondió al teléfono una voz femenina que identifiqué al momento.

—¡Susana! ¿Qué haces tú ahí?

—¿Desde cuándo te interesa lo que hago o dejo de hacer? —protestó, cortante.

—Quiero decir que no esperaba…

—Estoy de vacaciones; forzosas, pero vacaciones al fin y al cabo. Durante tres días, hasta el lunes, no hay programa. Por lo de Franco, ya sabes. He venido con unos amigos a cenar a casa de Queco. ¿Satisfecho?

—Vale, no te pongas así. Me gustaría hablar con él.

—Enseguida te lo paso. Por cierto, ¿has encontrado ya trabajo?

—¿A qué trabajo te refieres? —empecé a temer lo peor.

—Por la emisora todo el mundo comenta que te has ido, aunque otros dicen que te han despedido. No parece muy normal que en estos momentos no se le vea el pelo al redactor jefe. Así que nadie mejor que tú para terminar con los rumores.

—Pues no, Susana, ni me he ido, ni me han despedido, que yo sepa. Estoy pasando una racha complicada y necesito tiempo, eso es todo.

—No es eso lo que cuenta Tomás.

—¿Qué es lo que cuenta Tomás?, si puede saberse.

—Pues que estás encoñado con aquella… ¿Lucía se llama? —Resultaba irritante su sinceridad.

—Sí, se llama Lucía, y es verdad que estoy encoñado; no te puedes hacer idea hasta qué punto. Por ella sería capaz de dejar el trabajo o cualquier cosa que se me ponga por delante. Aunque mi ausencia de la emisora nada tiene que ver con ella. Te lo puedo decir mil veces o de mil maneras distintas, pero a ti te da igual, ¿no es cierto?

—Bueno, hombre, no es para tanto; si tú lo dices… —Pocas veces, desde que la conocía, Susana había retrocedido como en ese momento, aunque tampoco era habitual en mí una actitud tan firme: estaba irritable, tenso, probablemente insoportable, y sus

insinuaciones me habían sacado de mis casillas—. No era por hacerte daño, de verdad, cielo. Estaba sinceramente preocupada por ti.

—Pues, a partir de hoy, preocúpate de tus asuntos. Y recuerda que yo no formo parte de ellos.

No hubo respuesta al otro lado. Tal vez me había excedido. Pensé que iba a pagar su enfado dejándome pegado eternamente al teléfono sin avisar a Güemes, pero cuando al fin escuché su voz me reproché un pensamiento tan mezquino.

—Encantado de volver a oírte, Ricardo.

Imposible de tragar ese tono de edulcorada educación, aunque me propuse esta vez ser un poco más humilde, más amable que en situaciones anteriores.

—Lo mismo digo, Queco. Siento interrumpirte, no sabía que tuvieras una reunión en casa.

—Ni pienses en ello, amigo. Estábamos tomando unas copas antes de la cena y tenemos luego mucha noche para charlar. ¿Qué tal tu preciosa Lucía? —me sorprendió que utilizara el posesivo.

—¿Has dicho mi —subrayé el monosílabo— preciosa Lucía?

—Sí. ¿Es que no salís juntos?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Ella misma, el día que vino a verme aquí, cuando me trajo ese galimatías.

—¿Así de explícita fue?

No podía creer que Lucía hubiera dicho algo parecido precisamente en la fecha de nuestra primera discusión, en los momentos en que pesaba sobre mí aquel ultimátum afectivo.

—Bueno, chico, me lo dejó entender. ¿Qué importancia tiene?

—Ninguna, la verdad. Oye, me gustaría abusar otra vez de tu sapiencia, si no es molestia. ¿Te suena la Mirada de Saturno? He oído sobre ella, pero no tengo las cosas claras.

Hubo un silencio en el auricular sólo respondido por el retorno de mi voz. Creí que no me había escuchado, pero se adelantó antes de darme la oportunidad de insistir.

—Es fantástico. ¿De dónde has sacado ese nombre?

—Ya te digo que alguien me contó hace tiempo un par de vaguedades. Pensé que tú sabrías algo, aunque si no…

—No sé que juego os traéis Lucía y tú con todos estos misterios.

¿Estáis escribiendo un libro, o algo parecido? Si es así, dejad de marear la perdiz y decídmelo sin tapujos.

—Es pura curiosidad. Pero comprendo que no es materia para hablar por teléfono. Sólo quería saber si puedo pasar a verte mañana.

—¿Mañana, sábado? De acuerdo, si no es demasiado temprano. Esta noche nos acostaremos tarde.

—Como prefieras. Me gustaría invitarte a comer; en San Rafael habrá algún sitio que merezca la pena.

—Los hay, y muy agradecido por el detalle, pero prefiero que charlemos en casa. Tomaremos algo ligero aquí, ¿de acuerdo?

—¿Te importa si viene Lucía?

—Encantado.

—Un favor más, Queco: que esta conversación quede entre nosotros. En fin, te diré que hasta hace poco he tenido una relación bastante cercana con Susana Quiroga y prefiero que ella se mantenga al margen.

—No hay problema.

Tebtunis, 948

a.

C.

Aún no había nacido el dios del día, el que da sentido y valor a todas las cosas de la corta existencia de un hombre. Marepsemis, el sumo sacerdote del templo de Tebtunis, ya había recibido el informe del encargado de vigilar los cielos: como cada noche, había anotado con detalle las evoluciones de los dioses estelares, observando tanto sus costumbres inalterables como las anomalías y rarezas que pudieran amenazar al mundo inferior que dominan. Nada nuevo parecían haber decidido en las últimas horas y el observador había ganado bien su descanso.

Marepsemis se había purificado en el lago sagrado antes de que los demás sacerdotes empezaran a despertar. También había rociado sus ropas con los vapores del incienso y rezado las plegarias necesarias hasta llegar a la puerta del santuario. Esperó a que se incorporasen los servidores del culto y sólo cuando todos estuvieron dispuestos rompió el sello de arcilla que él mismo se había encargado de colocar la víspera. Abrió la puerta: al fondo, en la más absoluta oscuridad, podía adivinar la urna de piedra donde Sobek pasaba cada noche, rodeado por la barca sagrada con cabeza de cocodrilo en proa y popa, y las ofrendas del día anterior. Avanzó a ciegas hasta el umbral de la casa de su señor para romper el segundo sello. Sólo cuando el primer rayo del sol iluminó sus manos franqueó el acceso al recinto. El coro de sacerdotes cantó el himno de bienvenida del nuevo día. Marepsemis dio un sincero abrazo a la efigie de dios y pronunció las palabras necesarias para devolverle su alma, secuestrada por el espíritu de la noche. Luego permitió pasar a los asistentes, que renovaron las bandejas de ofrendas. Una vez cumplido su servicio, y aquéllos abandonaron la sala, tres sacerdotes prepararon a Sobek para el nuevo día: lo lavaron, ungieron su larga frente de cocodrilo con aceites y lo vistieron con sus prendas de lino. De nuevo a solas, Marepsemis repartió sal y

resina por cada rincón del santuario para limpiar los restos de impureza de la visita, colocó un velo sobre el rostro de Sobek y salió del lugar sin darle la espalda y borrando las huellas de sus pisadas.

Sobek podía reinar durante un día más. Marepsemis había cumplido con la parte más importante de su trabajo: devolverle la vida a su dios. Pero quedaban muchas horas por delante hasta que tuviera que preparar al señor de Tebtunis para una nueva noche, y otras tribulaciones rondaban su cabeza.

La Casa de la Vida rebosaba actividad. Tras el desayuno, sus largas mesas se llenaban de un apetito frenético por aprender, al menos en la zona común, donde varios maestros se encargaban de enseñar la magia de la lectura y la escritura a jóvenes y adultos. En la parte reservada al sacerdocio el trabajo era diferente, aunque no menos apasionado. Repartidos ante luminosos ventanales, una treintena de clérigos se encargaba de actualizar viejos pergaminos, preparar los textos de la liturgia y copiar docenas de ejemplares del Libro de los Muertos, cuya venta contribuía al sustento diario del templo.

Marepsemis entró, como de costumbre, sin anunciarse. Al recibir la reverencia de los presentes, los animó en silencio a seguir trabajando mientras se interesaba, individualmente, por algunas actividades concretas.

Pakebkis estaba en un rincón, sin compañía; tenía los ojos casi pegados al papiro y sólo la leve y calmosa ondulación de su caña mostraba que no dormía. Cuando el sumo sacerdote se sentó junto a él, necesitó de su voz para abandonar el quehacer.

—Disculpa, mi señor, la distracción de no haberte visto llegar —se excusó Pakebkis, sin apenas levantar la vista del papiro—, pero, como dice la plegaria, me ha llegado el momento de la decrepitud; me ha caído la vejez, me ha venido la debilidad; ha vuelto la chochez, uno yace todo el tiempo en una segunda infancia. Los ojos se debilitan, se endurecen los oídos y el corazón late cansado. La boca está callada y apenas puede hablar.

—Lo sé, amigo —admitió, comprensivo, Marepsemis—. Hace ya tiempo que tendrías que dedicar tu vida a Sobek en otros menesteres menos gravosos para tu estado. Eres un ejemplo para los más jóvenes, mas debes aceptar que cada estación tiene sus afanes.

—No sé de siembras ni recolecciones; los trabajos de la forja o la carpintería siempre han sido una lengua extraña para mí; no valgo para tejer o llevar cuentas. Sólo de tinturas, papiros e historias escritas por otros he vivido hasta hoy.

—Una larga existencia. —Marepsemis posó afablemente su mano sobre el hombro del anciano, gesto poco habitual por parte de tan alta magistratura—. Una vida dedicada a copiar y transcribir, a rescatar para el presente y el futuro el alma de otros, hasta entonces roída por las ratas, carcomida por los gusanos o ennegrecida por la humedad. Pero ha llegado el momento de que cedas también parte de tu alma a las próximas generaciones.

Pakebkis volvió su rostro hacia el gran sacerdote con un gesto en su boca casi desdentada que era una pregunta, pero no pronunció palabra.

—Tengo el presentimiento —añadió Marepsemis— de que tu memoria no es tan flaca como dices. Seguro que todavía eres capaz de repasar buena parte de los títulos guardados en los nichos de nuestra Casa de los Libros.

—No sé, quizá si se me ayuda un poco… Veamos primero las materias: agricultura, arquitectura, astrología, estrategia, farmacia, geometría, historia, literatura, liturgia, magia, cálculo, medicina, navegación…

—Más que suficiente. ¿Recuerdas, quizá, la relación de los pergaminos de cuero?

—Eso es más sencillo: el saber de los pergaminos de cuero está repartido entre los libros de los poderes y los de la liturgia. Entre los primeros, el de abatir al demonio, proteger a la ciudad, a la casa, al trono; el libro de apaciguar a diosa leona Sejmet; el libro de cazar al león; el libro de conocer todos los secretos del laboratorio; el libro para la intimidación de los hombres; el libro de todos los escritos del combate; el de las fórmulas para rechazar el mal de ojo; el libro del conocimiento de los regresos periódicos de los astros; el de la enumeración de los lugares sagrados y conocimiento de todo lo que se encuentra en ellos, y el libro de la Mirada de Sobek… Entre los de liturgia, el libro de proteger la hora; el de preservar la barca; el de hacer salir al rey en procesión; el de la dirección del culto; el libro de cómo momificar al cocodrilo… Y los inventarios de las formas secretas de Sobek y de todos los aspectos de los dioses

asociados, copiados a diario para el templo, uno tras otro, para que las almas de los dioses habiten en este lugar y no se alejen de este templo jamás.

—Ningún joven de Tebtunis podría haberlo hecho con mejor memoria —celebró Marepsemis, que prosiguió en voz baja—. Escúchame bien, estimado Pakebkis: mi alma está inquieta por el futuro. Ningún augurio detectado en el cielo, ninguna señal en las aves o en las aguas, pero yo sé que Sobek está intranquilo. Lo noto desde hace tiempo cada vez que lo abrazo para devolverle su alma. Cuando regresa de la noche, su corazón no late con la paz de siempre y la sangre celestial que recorre su cuerpo deja escapar un humor frío. Y no puedo vivir solo con este tormento. Sé que debería hacerlo, que ésa es mi obligación y que debería limpiar mi interior, porque, ¿sabes?, también he pensado que quizá sea yo la causa del malestar de Sobek. —Pakebkis negó silenciosamente, con la cabeza—. Agradezco tu confianza en mí, amado amigo; aunque, en buena parte, así sucede.

—Sobek siempre palpita a favor de un hombre que ha sido honrado y sincero. Ciertamente, lo pondrá a prueba, pero Sobek sabe bien cómo empieza y cómo termina una vida; Sobek conoce la Historia más allá del entendimiento, porque para él una vida humana es menos que un suspiro.

—Hay sabiduría en tus palabras, por eso me atrevo a confesarte mis dudas. Hace diez días que recibí un correo de la casa real de Tanis, enviado por el propio faraón, nuestro amado señor Psusennes —Pakebkis no se alteró con la noticia—. Va a entregar a su hija Ifnatis al harén del rey de Israel y Judá. Considera que el reino del oriente puede ser un buen aliado y quiere concederle la dote que merece, los mejores regalos.

—Es una de las más antiguas estrategias.

—Sí. Y algunas veces da resultado. Pero lo que pretende de nosotros en este caso es excesivo. Lo que el faraón me pide, Pakebkis, es… —a Marepsemis le tembló la voz— la Mirada de Sobek.

El anciano se revolvió en su asiento, como si dos decenios hubieran escapado milagrosamente de su cuerpo, y empezó a farfullar:

—Eso no puede ser. No, no puede salir de aquí. La trajeron para

que Sobek la proteja, para apartarla de la ambición de los hombres.

—Lo sé, lo sé. Y ésa es mi prueba, buen amigo. Si la entrego, Sobek acabará reclamándomela. Si no lo hago, la exigirá el faraón y la obtendrá por la fuerza, tomándose venganza contra esta tierra.

—Sucederá lo que dice el libro —murmuró Pakebkis, con voz trémula—: «La mirada es mala, el ojo es hostil. Mirada de mujer, ojos de hombre, mirada de enemigo, ojos de lo que sea… Ojo, tú te has apostado delante de la puerta y el umbral ha temblado, las vigas han crujido. Tú has penetrado en la casa, has roto el horno del alfarero, has hecho hundir la barca del barquero, has resucitado una querella entre hermanos que vivían comprendiéndose. ¡Romped la mirada, echad al ojo!».

—Probablemente suceda. Por eso debo tomar mi decisión, y no ha de ser silenciosa. Quiero que tú, Pakebkis, traduzcas mi pensamiento y mi voz en el papiro, y que los tiempos que hayan de venir recuerden mi sincero compromiso con Sobek.

Madrid, 22 de noviembre de 1975

La impaciencia me había impedido dormir con naturalidad: apenas lograba conciliar el sueño cuando una especie de dispositivo interno me expulsaba de nuevo a la vigilia y acababa sentado en la cama con ojos de lechuza, abiertos como platos. Había llegado al aeropuerto con dos horas de antelación y esa malsana intranquilidad adherida al cuerpo. Desde allí, y tras confirmar la cita con Lucía en la estación de San Rafael, devolví a Orianne, por correo, la agenda de mi padre, porque no quería correr el riesgo de llevarla encima en mi regreso a España.

Esta vez el viaje se me hizo interminable, y al aterrizar en Barajas sólo pensaba en llegar cuanto antes. Cuando recogí el coche del taller, la radio y la televisión ofrecían en directo el juramento ante las Cortes de Juan Carlos de Borbón como nuevo Jefe de Estado. Tenía tiempo suficiente para llegar a la cita, y decidí pasar por casa para adecentarme un poco.

Estuve a punto de no contestar la llamada telefónica, pero no podía aceptar el riesgo de desoír un posible mensaje de Lucía. Decisión equivocada, porque la larga mano de Esteban Lera que con tanta habilidad venía esquivando me alcanzó precisamente en ese momento.

—Asensi, me tienes hasta los cojones —gritó, antes de confirmar siquiera que yo era su interlocutor—. Y no le consiento a nadie esas confianzas conmigo.

—Lo siento, Esteban.

—Oye, chico —ese trato de superioridad despectiva no presagiaba nada bueno—: he conocido a periodistas cojonudos que se han perdido por el alcohol, por su sectarismo o por motivos aun peores, pero eres el primero que conozco que se pierde por unas bragas.

—Escucha, no es lo que piensas…

—No es lo que pienso; es lo que sé, como lo sabe todo el mundo en la emisora. Creo que era Jardiel Poncela quien decía que hay dos formas de conseguir la felicidad: una, hacerse el idiota, y otra, ser

un idiota. Me importa un huevo la que elijas, pero no nos consideres idiotas a los demás.

—Esteban, si eres capaz de escucharme dos minutos entenderás perfectamente lo que sucede.

—Dos minutos son demasiados para un periodista radiofónico. Intenta ser convincente en treinta segundos.

—Se trata de mi padre. Ha muerto.

—Eso es un titular, joder.

—Llámalo como quieras, pero es la verdad.

—Entonces te acompaño en el sentimiento, pero dime: ¿cuántas veces se ha muerto en los últimos cuatro días?

—¿No me crees?

—Insisto en que no me trates de imbécil. Y es la segunda vez que te lo digo.

—Da igual; olvídalo.

—¡Qué coño lo voy a olvidar! Eres tú el que se va a tener que olvidar si sigues un día más con tu escaqueo. Escúchame, y escúchame bien, porque es la última vez que te lo digo: mañana entierran a Franco, y mañana quiero tener aquí el reportaje más cojonudo de los que has montado hasta ahora. En caso contrario, no te molestes en aparecer por aquí.

Como de costumbre, no me dejó posibilidad de responder. Había cortado.

El encuentro con Lucía en la solitaria estación de San Rafael me ayudó a distanciar por completo las amenazas de Lera. Tenía algo de romántico aquel lugar encajonado entre la montaña y una prolongada arboleda, vecino de las nubes que bajaban rodando de lo alto de la sierra. Ella se había arreglado como el primer día que la conocí en el despacho de Machuca: el vestido gris que, con su roce, me rescató de la perplejidad, la cinta oscura en su melena negra, su boca encendida levemente por el pintalabios, sus ojos verdemiel… Todo estaba allí, igual que aquella primera vez, y lo tomé como si fuera mío, en un abrazo que pretendía recuperar el tiempo perdido desde aquella fecha. Hasta que la catadura reprobatoria del jefe de estación nos hizo descender de nuevo a la tierra.

—Estás preciosa —confesé, camino del aparcamiento.

—Son tus ojos, bobo.

En el breve tiempo que nos llevó llegar a la casa de Güemes intenté ponerle al corriente de mi visita a París, aunque había demasiados detalles en el tintero y decidimos dejar las explicaciones para más adelante. Sin embargo, había algo que quería dejar claro antes de entrar allí.

—¿Es cierto que le dijiste a Güemes que tú y yo estábamos liados?

—¡Ah, eso! Sí, es verdad —reconoció con naturalidad.

—No era verdad aquel día, precisamente. ¿Por qué lo hiciste?

—Me pareció oportuno. —Mi cara dejaba ver la insatisfacción por su respuesta y se vio obligada a concretar—. Cosas de mujeres. Tal vez una tontería, pero me dio la impresión de que Queco tenía cierta inclinación hacia mí y creí necesario poner una barrera entre ambos. Con algunos, esa barrera se convierte más bien en un acicate, aunque, en este caso, parece que funcionó.

—¿Le gustas? La verdad es que no me extraña. Ya lo intuía desde el día de la fiesta: es una de las razones por las que me cae un poco gordo. Pero eres increíble, siempre vas dos pasos por delante de los acontecimientos. —Me premió el cumplido con una sonrisa y volví a saborear sus labios antes de llamar a la puerta.

Güemes parecía enamorado de su pequeña casa en las afueras del pueblo. La tenía primorosamente decorada, aunque el exceso producía una cierta sensación de agobio contraria al buen gusto pretendido. En sus habitaciones se exhibían todo tipo de insólitas, preciosistas o estrambóticas artesanías: máscaras del Africa negra, Asia o Sudamérica, estatuillas y utensilios de cualquier rincón del mundo y fascinantes instrumentos musicales. Las paredes estaban prácticamente cubiertas por mapas, tapices y documentos antiguos que supuse en su mayoría cuidadas reproducciones. Tras el recorrido por aquel pequeño museo, y antes de servir la comida, nos invitó a acomodarnos en el salón y tomar un aperitivo.

—Bueno, amigos; antes de nada, por favor, decidme en qué andáis metidos.

No parecía el mejor modo de abrir una charla amable, y yo no estaba dispuesto a compartir con él mi experiencia; no, al menos, hasta tenerla mucho más clara, así que evité circunloquios.

—Ya te dije que no hay nada raro. No tenemos intención de sacarte información con fines lucrativos, si eso es lo que piensas.

Simplemente, somos una pareja curiosa que acude a ti porque te considera el tío más informado en todas estas materias, digamos raras. Pero si te molesta y, aun a riesgo de que me tomes por un impresentable, agradezco tu hospitalidad —me puse en pie—, y ya nos veremos en otra ocasión.

Lucía me miraba sorprendida, pero también se levantó.

—Vamos, vamos. No creo que haya que ponerse así —el cóctel de adulación y firmeza empezaba a hacer efecto en Güemes—. Quiero que me entendáis: hay gente que sólo busca cuatro datos y publica un supuesto reportaje sin tener la menor idea de lo que habla.

—¿Crees que nosotros somos de ésos? —insistí.

—No, mi amigo. Sentaos, por favor —obedecimos ambos, satisfechos—. Es que lo de la Mirada de Saturno es algo muy poco estudiado, ¿sabéis? Y me pica la curiosidad por conocer de dónde habéis sacado esos datos.

—Si todo sale bien, te garantizo que tendrás la mejor información al respecto. Y en exclusiva para ti. Pero, por favor, acepta que no pueda ser más explícito por el momento.

—De acuerdo —tomó un trago de su vermú con seltz—. Lo primero que debo deciros es que la denominación real de la Mirada de Saturno es, exactamente, la Mirada de Sobek. Quiero que veáis algo.

Se dirigió a una estantería al fondo del salón y extrajo de entre los libros un tomo de buen tamaño que, por su elegante aspecto, imaginé perteneciente a alguna limitada edición de lujo.

—Es un catálogo del Instituto Papirológico Vitelli, de Florencia. Quiero que leáis esto.

Lo dispuso abierto sobre la mesa, entre vasos y patatas fritas. La página impar contenía la foto en color de un papiro egipcio bastante deteriorado; en la par figuraba lo que parecía ser la traducción del mismo, con interpretaciones entre paréntesis de las zonas más dañadas o afectadas por elipsis gramaticales:

Yo, Pakebkis, hijo de Apokratios, en el cuarto día de la primavera del tercer año del adorado faraón Psusennes ii, siendo Sumo Sacerdote del templo de Sobek en Tebtunis el honorable Marepsemis, hijo de Panesis, escribo éste (documento) proclamando que cuanto digo se ajusta a lo verdaderamente (sucedido).

Cierto es que (mi) señor Marepsemis, ante la petición hecha sobre la entrega de la Mirada de Sobek como (regalo de) bodas a la princesa Ifnatis, se negó desde el primer instante a ultrajar a dios y decidió (obedecer) el mandato del sagrado Libro (de la Mirada) que nuestros antepasados del poniente entregaron al mundo hace treinta generaciones.

Y que, como consecuencia de esta firmeza, Psusennes tomó Tebtunis a espada y fuego, acabando con la vida de Marepsemis y de muchos sacerdotes (de su templo), rompiendo los sellos que separan el lugar sagrado del público y violando así (el espacio de) dios. Y no satisfecho con tan abominables acciones, poseyó la Mirada de Sobek y la llevó consigo. De lo que hizo (con ella) nada sé, pero la razón lleva a pensar que cumplió sus deseos.

Juro que cuanto escribo es verdadero, porque lo vi, y mis carnes lo vivieron, y que estos hechos son narrados (a petición) de mi señor Marepsemis, que me encareció a contarlos antes de que la muerte se lo llevase a las fauces de Sobek.

A la espera de que Sobek reclame su Mirada y los (acontecimientos) terribles se ciernan sobre nuestras cabezas por el usufructo insano que de ella hagan los hombres, quede (salvada) la voluntad de Marepsemis y su memoria, (así) como la mía.

—Habla de esa Mirada de Sobek —dijo admirada Lucía.

—Así es. Lo que acabáis de leer es conocido entre los arqueólogos como «Libro de Pakebkis». En realidad, como veis, se trata de un único papiro, escrito en hierático y encontrado por una expedición italiana en 1930 mientras investigaba los restos de la antigua ciudad egipcia de Tebtunis. Este libro es una recopilación de buena parte de los papiros obtenidos entonces, guardados por la Fundación Vitelli.

—Pero ¿es un libro serio? —objeté.

—¿Quieres decir que si está debidamente censurado por la ciencia oficial? —dijo, jocoso, Güemes—. Sí, hombre: está editado por una prestigiosa fundación. No forma parte de esas ediciones especulativas que tanto pareces temer.

—No temo a nada, Queco. Vengo dispuesto a escuchar de tu boca las mayores barbaridades.

—Me alegro, aunque hoy no tengo muchas. Te voy a hablar de hechos comprobados. Y cuando no sea así, te lo haré notar.

—Dejaos de discusiones y vamos a lo que interesa —sugirió Lucía.

—Tienes razón, mi niña, como siempre. Vamos allá: la colección de papiros de Tebtunis comprende más de veinte mil originales y está muy repartida por el mundo. Los primeros hallazgos se producen en 1900, cuando los británicos Hunt y Grenfell dirigieron una expedición que financiaba la Universidad de California. La mayor parte de esos documentos son trozos en muy mal estado que corresponden al período de dominación grecorromana. Pero Tebtunis tiene una historia mucho más amplia, que abarca desde principios del segundo milenio antes de nuestra era hasta el siglo VII. Era una ciudad, al sureste del actual Lago Fayum, relativamente importante, sobre todo por su peculiar culto a Sobek, el dios cocodrilo, al que también se conocía como Soknebtunis, que significa «Sobek, señor de Tebtunis».

—Nunca oí hablar de ese dios —alegó ella.

—No es extraño. Siempre han tenido mejor prensa los dioses solares, las grandes deidades promocionadas por dinastías poderosas. Pero su importancia fue tal que dos faraones del Imperio Medio, unos mil ochocientos años antes de nuestra era, se llamaron Sobekeemsaf, es decir, «Sobek es protección. —Y otros seis faraones de la misma dinastía llevaron el nombre de Sobekhotep, o sea—, El dios Sobek sea servido». Este bicho fue tan importante para aquella gente que se descubrieron entre las ruinas más de un millar de momias de cocodrilo.

—¿Momificaban a los cocodrilos? —salté, incrédulo.

—Eran dioses para ellos, o representaciones de un dios. Si momificaban a sus congéneres, ¿por qué no a los seres sagrados? Y, además, lo hacían con papiros usados, así que muchas de esas momias han sido una fuente de investigación muy valiosa. Entre 1902 y 1938 se publicaron cuatro libros que recogen el resultado de las excavaciones, tanto en lo referente a las momias como a los papiros hallados en la ciudad, en el templo y en los sarcófagos humanos.

—Ya, pero nos decías que fueron unos italianos…

—La paciencia no es una de tus virtudes, mi amigo. Pues sí, en el año treinta se reanudaron las excavaciones oficiales, a cargo, esta vez, de tres italianos… —Güemes consultó un cuaderno donde

debía de haber tomado sus apuntes—. Bagnani, Vogliano y Anti se llamaban. Ellos encontraron más textos del templo en escritura demótica, es decir, en griego popular; pero también algunos en hierático, el lenguaje de los sacerdotes. Y entre ellos, el «Libro de Pakebkis» que acabáis de leer, el primer texto que se refiere a la Mirada de Sobek.

—¿De qué época es? —se interesó Lucía.

—Unos mil años antes de nuestra era. Psusennes ii fue faraón de la dinastía XXI, por lo que se trata de un documento de casi tres mil años de antigüedad, según las dataciones oficiales. Pero permitidme un poco más sobre esos documentos. Ya os he dicho que la mayor parte de los papiros hallados corresponden a la época grecorromana, casi todos dedicados a asuntos cotidianos, como contratos, peticiones de ayuda a las autoridades, pago de impuestos y actividades del templo. Unos pocos se referían a la preparación de los novicios y de los sacerdotes que aspiraban a cargos de mayor importancia, y en ellos se habla textualmente del «famoso templo de Soknebtunis, también llamado Crono». Es la primera vez que se identifica a esa deidad egipcia con el señor del tiempo de los griegos, entre los cuales tuvo numerosos adoradores durante la época de Tolomeo II.

—Magnífica lección de Historia —se lo dije con sinceridad, señalando a sus chuletas—. Veo que lo has preparado a conciencia y te lo agradezco, pero, aunque vuelvas a llamarme impaciente, me gustaría saber en qué consiste esa extraña mirada del dios cocodrilo que, según ese texto, robaron para regalo de bodas de una princesa.

—Ifnatis —puntualizó—. Esa hija de Psusennes fue entregada a Salomón como muestra de paz entre los dos reinos rivales. La pobre debió de perderse en el harén, entre las concubinas del rey judío, porque nada más se sabe de ella. Y aquí es, don impaciente, donde empieza a mezclarse la Historia con la leyenda. Presta atención. Parece que la Mirada de Sobek había llegado a Tebtunis unos dos mil años antes de nuestra era, si hacemos caso de las treinta generaciones que menciona el papiro. Puede que como botín de guerra, ofrenda, o simple hallazgo. Lo que parece cierto es que no era de origen egipcio…

—Perdóname de nuevo por ser tan explícito —volví a interrumpirlo—: ¿qué coño es la Mirada de Sobek, o de Saturno, o

como diablos quieras llamarla?

—No se sabe a ciencia cierta —repuso, sin que mi obstinación causara mella en su tono distendido.

—¿Tanta erudición para contar las idas y venidas de una cosa desconocida? —protesté.

Lucía me llamó la atención, aunque repartió responsabilidades.

—He venido a pasar un rato agradable y a escuchar una historia que, según parece, nos interesa a los tres. Si seguís manteniendo esa actitud de pique infantil, me largo. ¿Puedo servirme otro vermú hasta entonces?

No esperó la respuesta del anfitrión, que permanecía boquiabierto mientras yo me veía obligado a reconocer que, una vez más, Lucía estaba en el lugar correcto. Me juré no hacer más comentarios estúpidos: bastaba con oír y callar. Verbalicé una disculpa, y Güemes, haciendo gala de su maestría en las relaciones públicas, sugirió tomar algo sólido. En un momento preparamos la mesa con tazas de consomé y un menú frío, y el cambio de conversación relajó el ambiente; en apariencia, porque mi irritación subterránea seguía ahí dentro y, aunque me avergonzase admitirlo, la verdad es que no me gustaba nada el modo en que aquel tipo le echaba el ojo a Lucía. Fue ella quien reabrió el asunto.

—¿Qué se supone, entonces, que es la Mirada de Sobek?

—Algunos autores la han definido físicamente —aseguró él—, aunque hay versiones para todos los gustos, así que igual podemos admitir que se trata de una esfera metálica, o un anillo, o un cilindro. No es muy grande, en eso coinciden todos, y tiene inscripciones en su superficie, al parecer en un alfabeto desconocido.

—¿Es que nadie la ha visto? —insistió ella.

—Los hay que parecen haberla visto, y otros que hablan por boca de ganso. Su itinerario histórico es tan extraño y huidizo como el propio objeto.

—Cuéntanos esa historia, entonces —dije, conciliador.

Güemes se refugió nuevamente en sus notas. Sin ellas, confesó, olvidaría detalles jugosos que no quería dejar de lado. La Mirada, según dijo, fue a parar como regalo sangriento a la corte de Salomón, en torno al 948 antes de Cristo. El rey judío la incorporó al templo de Jerusalén como uno de los elementos sagrados, más

por ocultarlo, como objeto pagano que era, que por veneración. Treinta años después, Sheshonk, sucesor de Psusennes y fundador de la dinastía XXII, invadió Judá e Israel bajo el reinado de Jeroboam y saqueó el templo de Salomón, recuperando la Mirada de Sobek, que pasó a formar parte de su tesoro privado. Se cree que allí permaneció hasta que Alejandro Magno conquistó Egipto. El Gran Iskander, como le llamaban los egipcios, ordenó transformar en ciudad una pequeña aldea de pescadores llamada Rakotis, y en ese espacio nació Alejandría, una de las maravillas de la antigüedad. Los herederos del conquistador añadieron belleza y cultura al lugar, hasta hacer de él la joya del Mediterráneo. Tolomeo II creó la biblioteca y el museo, donde se reunieron miles de piezas; entre ellas, la Mirada de Sobek, que ya para entonces era conocida como la Mirada de Crono. La historia seguía paralela a las efemérides ya acreditadas: a la muerte de Tolomeo VII, los romanos se hacen con el control, llega la célebre época de Octavio, César, Marco Antonio y Cleopatra y, finalmente, Alejandría es designada capital de la provincia romana de Egipto.

—Y un centro intelectual de primer orden en torno a la biblioteca —agregó Lucía.

—Intelectual y religioso. Allí se daban cita todas las religiones de oriente y occidente, para convivir en llamativa concordia.

—Igualito que ahora —comenté con ironía, y de inmediato me di cuenta de que volvía a meter la pata.

—Había tal libertad —agregó Güemes, pasando por alto mis palabras— que de allí surgieron buena parte de las herejías cristianas. Su patriarcado se convirtió en una seria competencia para los de Jerusalén y Constantinopla, cuando el de Roma apenas tenía importancia. Aunque eso fue después de lo que nos interesa.

En el siglo II, prosiguió Güemes, la biblioteca y su anexo, el Serapeion, contenían más de setecientos mil volúmenes, pero en 295 Diocleciano atacó la ciudad e hizo desaparecer, junto a centenares de ciudadanos, todos los libros de magia y alquimia que pudo hallar. A medida que la influencia cristiana crecía en la corte imperial, se prohibieron las actividades en templos paganos bajo pena de destierro, y la muerte se convirtió en el castigo por inspeccionar las entrañas con fines adivinatorios. De ahí a la destrucción de esos templos sólo había un paso, dijo, y refirió

algunos casos trágicos de ese tránsito forzado del paganismo al cristianismo, como el sucedido en la ciudad siria de Apamea en 384, donde el obispo Marcelo hizo destruir el santuario de Júpiter y lo pagó con su vida ante las masas enfurecidas.

—¿Y la Mirada? —Lucía parecía deseosa de avanzar.

—Lo que os contaba es importante para entender su destino. En 391, Teodosio ordenó la destrucción completa del Serapeion. Todos sus metales, la mayoría preciosos, fueron fundidos y entregados a Teófilo, el obispo de la ciudad, quien utilizó las piedras del arruinado edificio para levantar un templo a sus mártires cristianos. En el Serapeion estaba la obra completa de Manetón, sacerdote e historiador egipcio que vivió bajo los dos primeros Tolomeos y había escrito sobre los secretos de su país. Entre sus obras estaba el llamado «Libro de la Mirada de Sobek» o, al menos, reproducciones del mismo, donde figuraban las normas para su correcta utilización y consejos pertinentes respecto a su poder; en cuanto al objeto en sí, atestiguaba que le sirvió a Crono para conocer los acontecimientos del Olimpo una vez fue expulsado a la tierra. Naturalmente, se trataba de una helenización de los datos. El caso es que esa obra se convirtió en ceniza junto a unos cuantos miles de documentos decisivos para la evolución científica e intelectual de la Humanidad.

—Pero la Mirada no se pudo perder, ¿verdad? —Lucía parecía haber asumido la iniciativa del interrogatorio.

—Si así hubiera sido, punto y final. Pero no, no cayó en la destrucción del Serapeion, aunque desaparecieran los documentos referentes a ella. Alguien, a quien la tradición llama Irión de Alejandría, aunque bien podría ser un nombre bajo el que se ocultaba un grupo heredero de los adoradores del dios cocodrilo, logró sacarla de allí. La pista se recupera en Roma pocos años después de aquel saqueo: el tal Irión habría escrito una versión latina del Libro de la Mirada hacia 397, en la que, por vez primera, se identificaba a Sobek con Saturno. La supervivencia de ese culto debió de limitarse a círculos muy restringidos, porque Teodosio había ordenado que los templos paganos fuesen destruidos o purificados con la presencia de la cruz, lo que significaba una total declaración de guerra a las creencias antiguas. De hecho, a primeros del siglo V, cuantos quedaban en pie habían sido convertidos en

iglesias cristianas, y Juan Crisóstomo se vanagloriaba de que las celebraciones en favor de los dioses eran ya cosa del pasado…

El teléfono cercenó el parlamento de Güemes, que se desplazó al lado opuesto del salón para contestar.

—No seas borrico, Ricardo. —Lucía parecía enfadada, aunque me hablaba en voz baja para que nuestro anfitrión no se enterase—. Ya le has echado un órdago y lo has ganado. Si fuerzas la situación con esa actitud nos mandará a hacer gárgaras. ¿Qué te pasa?

Antes que confesar la verdad sobre el motivo de mi susceptibilidad, prefería dar mi brazo a torcer.

—Tienes razón, lo siento: ya ves que no he vuelto a abrir la boca —susurré, mientras Güemes regresaba a la mesa.

—Perdonad la interrupción. ¿Por dónde íbamos?

—Por Roma —dije—. Estábamos con Irión de Alejandría.

—Desde luego. Bueno, pues ahí encontramos un nuevo paréntesis en la involuntaria peregrinación de nuestra protagonista: como el Guadiana, brota y se esconde a lo largo de su recorrido. Con las invasiones bárbaras se pierde todo vestigio del grupo de Irión, y sólo siglos más tarde se vuelve a hablar de aquella versión del Libro de la Mirada. Pero eso vendrá luego; ahorita lo que nos interesa es seguir el trazado que esa extraordinaria figurilla ha dejado en la Historia, una huella muy evasiva, difusa y hasta contradictoria. Habría que hacer referencia a algunos autores de los siglos XVI y XVII para encontrar un nuevo guiño de la Mirada, pero os evitaré datos superfluos. Según esos comentarios, el objeto tomó la dirección de Centroeuropa tras la destrucción del Imperio, tal vez a la grupa de una montura nómada. Se habla de Chesky, que es el nombre eslavo original de Bohemia. Allí, desde mil años antes de nuestra era, vivían los boios, un pueblo celta que ocupaba las zonas de sierra…

—¿Gábreta? —no pude evitar la pregunta.

—Así la llamaban entonces. ¿La conoces?

Sólo por referencias, aclaré, y le pedí que prosiguiese. Esos pueblos celtas, según Güemes, fueron expulsados por los marcomanos, una tribu germánica, y a partir del siglo V confluyeron en la región varias naciones eslavas, uno de cuyos jefes, Chech, dio nombre al pueblo predominante. Esas referencias situaban ahí y en ese momento la ya denominada Mirada de Saturno, en algún lugar

de Gábreta. Pero se trataba, en su opinión, de argumentos poco consistentes, basados en leyendas de origen altomedieval de dudosa credibilidad. Aquella gente fue sometida a finales del siglo VIII por Carlomagno y debidamente cristianizada, y la Iglesia pudo tener mucho que ver en la demonización de las creencias originales, porque las versiones al respecto llegadas de esa fuente más parecían imágenes catequéticas que interpretaciones medianamente realistas.

—¿A qué versiones te refieres? —volví a insistir.

—La Mirada de Saturno sería algo así como la puerta del infierno, si hemos de hacer caso a ese tipo de leyendas relacionadas con Gábreta.

La figura fantasmal de mi padre, experimentando consigo mismo en ese rincón de Bohemia catorce años atrás, se encarnó ante mis ojos. La experiencia de Gábreta había significado para él el principio de la locura, una verdadera puerta hacia el infierno, y no jugaba con metáforas en este caso. Tenía muy frescas las sensaciones que me habían provocado sus palabras encadenadas al papel: su descripción de los efectos de aquel llamativo objeto en ese lugar perdido no era una leyenda, sino la vivencia real de un drama tangible. Perdí el hilo de la conversación para navegar por los márgenes de lo absurdo durante un tiempo indefinido, el tiempo necesario para aceptar los hechos, para convencerme de que lo real y lo legendario podían darse la mano con asombrosa facilidad. En ese relámpago de tiempo percibí con claridad que la Historia es nieta de los mitos, que el instinto es un recuerdo del conocimiento y que mi mente dura y rígida podía quebrarse como un muro de barro seco ante un leve soplo de ficción. Quise aceptarlo de ese modo, y me sentí diferente: más leve, más maleable, más poroso.

—… nada en las referencias a Carlomagno habla de ello —decía Güemes cuando regresé de mi viaje interior—. Desde entonces, siglos de oscuridad. La Historia, a veces, se construye a tirones, como cuando sacas agua de un pozo: no puedes obtenerla sino a base de brazo o de polea. A menudo, como en este caso, hay que esperar siglos para hallar vagos testimonios que apenas permiten fantasear. Algunos de éstos provienen de la biblioteca de Córdoba, antes de que el fundamentalista Almansur favoreciese su destrucción por sus contenidos impíos, pero la mayoría de los investigadores no dejan de considerarlos poco más que leyendas

que en ocasiones adoptan características de mito local, con sus variantes. Por ejemplo, algunos cronistas medievales quieren asociarla al Bafomet de los templarios, la cabeza parlante que aconsejaba a los maestros de la Orden, pero yo creo que se trata de una burda extensión de la alegoría.

—No es muy alentador investigar sobre la nada —opinó Lucía.

—Así sucede durante un período de varios siglos, pero en el Renacimiento, y sobre todo luego, una vez el racionalismo empieza a florecer, las cosas cambian. Es entonces cuando encontramos una mención implícita a Sobek-Crono-Saturno; de manos de la Iglesia y, por lo tanto, convertido en un dilema maligno: fue en *Oculus Malleficarum*, el «Ojo de las Brujas», publicado en 1487 por un grupo de dominicos alemanes para aconsejar a los tribunales de la Inquisición. Ahí se habla de nuevo del «Libro de la Mirada de Saturno», aunque los autores no tienen el menor reparo en llamarla la Mirada de Satán. Hay algunas referencias más en los dos siglos posteriores —hojeó su libreta antes de confirmarlo—: el italiano Gerolamo Cardano, en correspondencia privada, dice haberla visto en Roma en 1572, y también el inglés Robert Fludd, a quien se asocia con la masonería, casi cincuenta años después. Pero la fuente más convincente es el jesuita alemán Atanasio Kircher.

Güemes se dirigió de nuevo hacia la biblioteca en busca de documentación. Lucía aprovechó la breve ausencia.

—¿En qué mundos andas, Ricardo? —Apenas tuve tiempo de responderle con un gesto evasivo. El anfitrión llegaba con un nuevo volumen.

—Ésta es una copia facsímil del *Ars Magna*, de Kircher.

La puso en manos de Lucía. Yo parecía haber pasado a un segundo plano con mi actitud casi marginal, pero empezaba a cogerle el gusto a la posición de espectador. El tal Kircher, tal y como nos explicó Güemes, debió de ser un verdadero portento, experto en arqueología, matemáticas, lingüística e ingeniería. Le ofrecieron ocupar el puesto que Kepler había dejado vacante en la corte de Viena, cargo envidiado por cualquier científico de la época, pero lo rechazó para dedicarse a la excavación y posterior traducción del obelisco de la Vía Apia. Fue, además, inventor, creó el primer museo público de la era moderna y tuvo tiempo para escribir cerca de cuarenta libros, buena parte de ellos dedicados a la

alquimia, lo que resultaba sorprendente tratándose de un asalariado vaticano. Según Güemes, en una de sus obras, *Mundus Subterraneus*, escrita en 1668, dijo haber tenido entre sus manos el ojo de Crono, otra de las denominaciones de la Mirada. Y que, gracias a él, había tenido acceso a muchas de las ideas que luego aplicaba. El jesuita habría sido el primero en describir más o menos detalladamente el artilugio, aunque fuera en su literatura epistolar: lo definió como un pequeño cilindro de ámbar cuya superficie podía ser desplazada. Ese movimiento, de acuerdo con sus palabras, podía parir tanto el conocimiento como la devastación. También recomendaba abstenerse de su contacto, pero no aclaraba quién era el poseedor de tan extraordinario objeto.

Güemes se disculpó para servir el café. Rechazó educadamente la ayuda de Lucía y desapareció rumbo a la cocina.

—¿Te pasa algo? —me insistió ella.

—Espero que no, aunque, en cualquier caso, nada grave. Algunas de las cosas que ha contado me han hecho reflexionar, eso es todo. Este hombre me parece un magnífico teórico, pero te puedo asegurar que anda bastante bajo de intuición. Ya te contaré luego. De momento, prefiero mantenerme en segundo plano, ¿te importa?

—Mejor así, pero creo que París te ha cambiado.

Me hizo gracia la observación.

—No ha sido París. He empezado a cambiar aquí, hace un momento. Es como si algo hubiera saltado dentro de mí, algo que se mantenía callado, intocable hasta entonces. Y ha sido una de sus explicaciones lo que ha activado el resorte.

—¿Lo de Grábeta?

—Es Gábreta. Tú sí que tienes intuición: ya me enseñarás cómo lo haces.

—Basta con abrir los ojos.

—Entonces es que no todos los ojos son iguales. Bueno, desde luego los tuyos no se parecen a ninguno que conozca —acaricié su mano sobre la mesa—. ¿A qué hora quedaste con Norberto?

—Entre cinco y media y seis.

—Es una pena. Me gustaría pasar antes un rato por tu casa. Te eché de menos en París, ¿sabes?

Empezaba a acaramelarme con el trato de su piel cuando el corpachón de Güemes apareció con la bandeja. El anfitrión nos

invitó a acomodarnos en un tresillo, y al catar mi taza tuve que admitir que hacía un excepcional café.

—Eres muy amable, Queco. Asaltamos tu casa, nos das un completo seminario y nos tratas a cuerpo de rey —Lucía parecía sincera—. Es un abuso por nuestra parte tenerte aquí, secuestrado, un sábado por la tarde.

—No me importa, de veras. Tengo tiempo, y lo que me queda por contaros lo haré en dos minutos.

—Pues vamos allá —lo invitó ella.

—Ya os dije que las pistas se van perdiendo y vuelven a surgir. Desde la referencia de Kircher pasan casi cien años hasta el siguiente registro de los investigadores. ¿Habéis oído hablar de Messerschmidt?

—¿El de los aviones? —preguntó.

—No, me refiero a Franz Xaver Messerschmidt, un escultor alemán del XVIII. Para la posteridad quedó como un demente —otra vez la locura como denominador común en aquella historia, pensé—, aunque con ramalazos de genio. Un psicoanalista, Ernest Kris, publicó un magnífico trabajo sobre él hace unos cuarenta años. Franz era de una familia modesta del sur de Alemania. Estudió en Munich y marchó a Viena donde, a los veinticuatro años, ya era un artista famoso y cotizado en la Corte. Antes de cumplir los treinta viajó a Roma y, cuatro años después, ya era profesor en la academia de Viena. Pero una enfermedad lo apartó del trabajo y su plaza quedó vacante. El conde Kaunitz, responsable de la academia, argumentó para retirarle su confianza que Messerschmidt padecía un desorden en su cabeza que se manifestaba de vez en cuando en una imaginación no del todo cuerda. Parece que ese desorden consistía en sentirse constantemente perseguido y vigilado.

—A eso lo llamamos hoy paranoia —apuntó Lucía.

—Algo así. El caso es que Franz rechazó la pensión que le ofrecieron y marchó a Bratislava, donde empezó a trabajar en bustos que podríamos llamar preexpresionistas, desde luego absolutamente innovadores para la época. Obtuvo gran éxito, al tiempo que se acentuaba su excéntrica personalidad. Para unos, era un estudioso de cabezas egipcias y un gran vidente; otros se deshacían en elogios con él y destacaban que su carácter huraño era consecuencia de sus deseos de soledad; algunos aseguraban que en

Viena había sido asediado por gentes que decían tener contacto con espíritus invisibles y poder sobre las fuerzas de la naturaleza. Hubo también quien lo relacionó con los Rosacruz.

—Y ahí entra en juego de nuevo la Mirada, sospecho —aventuró ella.

—Estás en lo cierto. Messerschmidt había creado una teoría muy compleja sobre las proporciones humanas, y un estudio asombroso de las muecas que, aseguraba, le había revelado Hermes, de quien tenía un busto en su taller. Decía que sus obras eran imágenes del «espíritu de la proporción», entidad que lo asediaba día y noche. Según testimonios epistolares aparecidos diez años después de su muerte, Franz mantenía un cierto poder sobre el pasado y el futuro a través de una joya que él llamaba la Mirada y que, al parecer, había obtenido en Roma de una noble cortesana a cambio de una escultura y quién sabe qué más. Apenas nada se conoce desde entonces, aunque hay autores que han especulado sobre historias oscuras, poderes magníficos o grupos innombrables durante los fascismos. Sin ninguna base, en mi opinión.

—Según lo que cuentas —abundó Lucía—, esa cosa tendría un poder extraordinario, algo así como la facultad de romper la barrera que nos separa de la cuarta dimensión, la barrera del tiempo.

—Algo parecido, si damos crédito a esa parte de la leyenda. Sería como poseer la llave del pasado, del presente y del futuro, tener al alcance de la mano lo que enseñan algunas filosofías o escuelas esotéricas bajo nombres tan variados como el despertar de Kundalini, el viaje astral u otras interpretaciones.

—Un objeto mágico, por tanto —puntualizó Lucía.

—¿Mágico? Nada de eso. —Güemes parecía molesto con el calificativo—. Ni el Grial, ni la Piedra Filosofal son objetos mágicos. Tampoco la Mirada. Los tres casos son el objetivo final de un proceso, de un trabajo, de un esfuerzo personal. Su poder no es algo que se obtenga gratuitamente, sino el premio a una obra correctamente realizada. Y en ese camino te pueden sorprender el fracaso, la vejez, o la muerte.

O la locura, pensé. Mi padre había hecho frente a todo aquello, para su desgracia. También parecía haber culminado ese proceso; al menos, eso creía él. Nunca tuvo en sus manos el mítico Libro de la Mirada donde, supuestamente, se encontraban todas las respuestas.

Lo había hecho él solo y ahora, en aquel preciso instante, yo era la única persona que conocía su obra: yo era su herencia, el legado de su angustia. ¿O tal vez no era yo el único? Güemes debería saberlo:

—Así que no hay más datos sobre la estructura de ese cilindro, esfera o lo que sea —rompí mi silencio—; sobre su apariencia o sus peculiaridades físicas. Quiero decir datos escritos, fiables, algo así como un diseño.

—Conozco los trabajos de algunos estudiosos extranjeros y he mantenido con ellos correspondencia relativamente fluida, pero nadie sabe nada al respecto.

—¿Ni siquiera sobre esos supuestos signos de los que hablan algunos? —porfié.

—Nada más que lo que os he contado: no todos los autores los mencionan.

—Esto es tan sólo una especulación, pero ¿tú dirías que los signos que nos tradujiste de aquella cartulina pueden ser de un modelo similar?

—Los de color verde, los que estaban boca abajo, definitivamente no: son celtíberos, no hay duda. En cuanto a los otros… —reflexionó—. Los otros yo diría que son tartésicos, pero muy primitivos y, en fin, siempre que lo consideréis como una teoría arriesgada…

—Sigue —lo animó Lucía.

—Estoy pensando en voz alta, ¿eh? Por un lado, el «Libro de Pakebkis» dice que la Mirada de Sobek fue entregada al mundo por sus antepasados de poniente. Por otro lado, están las dos hipótesis sobre el origen de los pueblos ibéricos. La primera los sitúa entre los pueblos egeos y sostiene que, ante una nueva oleada indoeuropea, se dividieron en dos ramas allá por el 1300 antes de nuestra era: unos, derrotados por los egipcios, marcharon hacia la península ibérica, donde se encontraron con la civilización de Tartesos; otros se establecieron en el Cáucaso, en lo que hoy es la república soviética de Georgia.

—¿Y la segunda hipótesis? —requerí.

—Es mucho más radical. Es en la que creo y, como yo, otros pocos investigadores no muy ortodoxos. Veamos: las razas peninsulares autóctonas llegan por el estrecho de Gibraltar escapando de la progresiva desertización del fértil valle sahariano;

otra parte importante de esos pueblos se mantiene en el norte de África y, en menor medida, viaja hacia el nordeste de ese continente. Luego, la expansión neolítica en la península se acomoda en buena parte del territorio, de sur a norte, tanto en el interior como en las costas. Allí, por grupos relativamente independientes, se desarrollan en diferentes niveles, llegando a ser los tartésico-turdetanos la entidad más unida y próspera. Y todo eso mucho antes de que tengan contactos exteriores con civilizaciones como la fenicia o la griega. Estrabón decía que los iberos hablaban lenguas similares, con un mismo alfabeto, y que tenían leyes escritas con una antigüedad de seis mil años. ¿Os imagináis?

—Eso nos lleva a pensar —dijo Lucía— en la hipótesis de que ese supuesto alfabeto pretartésico fuera coetáneo de un presumible preegipcio.

—Y no sólo coetáneo —se animó Güemes—, sino que podrían tener un mismo origen, aunque es una hipótesis poco demostrable. No es descabellado pensar, sin embargo, que tuvieran raíces comunes con las lenguas norteafricanas, las que hablaban y, posiblemente, escribían esos antepasados de poniente que se citan en el «Libro de Pakebkis».

—Nunca he oído de esos supuestos antepasados egipcios —alegué.

—Pero quizá sí hayas oído sobre los amazig. Es el nombre que se dan a sí mismos los beréberes, que consideran despectivo este último término, una variante de bárbaro asignada hace siglos por los invasores árabes. Amazig significa hombre libre, y hoy se encuentran comunidades de esta etnia desde Marruecos hasta el propio Egipto. Y su nivel tecnológico no tenía nada que envidiar a los grandes pueblos de la Antigüedad. A Herodoto no se le caen los anillos al admitir que los griegos aprendieron el manejo del carro de guerra de los asbites, un pueblo amazig que habitaba la zona que hoy conocemos como Libia. La idea de que hacia el 2000 antes de Cristo un elemento procedente de esta cultura, prácticamente desconocida y despreciada por los eruditos de hoy, llegase a manos egipcias, y que éstas lo considerasen un objeto divino no está, en absoluto, fuera de lo razonable…

Güemes disfrutaba como un niño con juguetes nuevos lanzando sus heterodoxas teorías a un auditorio tan propicio.

—… Según no pocos investigadores, los egipcios adoptaron del occidente algo fundamental para su existencia: el propio
dios-sol
Ra sería una adaptación doméstica del dios carnero que protegía un sol entre sus cuernos y que puede verse en muchos restos rupestres del Atlas. Y podríamos seguir estableciendo relaciones hasta que se haga de noche: según el *Asklepius*, texto del siglo y que hace referencia al sagrado y desaparecido *Libro de Toth*, los antepasados de la civilización egipcia conocían el arte de crear dioses. Y los dioses vivían en una gran ciudad de las montañas de Libia, así que las referencias egipcias al poder de poniente son constantes y palmarias.

—¿Conclusión? —pidió Lucía.

—Pues eso, mi niña, que es posible que esas inscripciones correspondan a la misma época y, por lo tanto, es aceptable que, si la Mirada de Sobek tiene alguna inscripción, pueda ser parecida. Pero digo que es posible, no que sea probable.

—¿Por qué no? —insistí.

—¿Y por qué sí? Igualmente podría ser preegipcio, o hierático, o fenicio, o griego, o etrusco. ¿Tienes algún argumento extra a favor de lo que dices? No conozco a nadie que la haya visto, y quienes aseguran haberla tenido cerca no son claros al respecto. —Por supuesto que tenía argumentos, sólidos como puños, pero no era asunto suyo—. Creí que eras un escéptico recalcitrante y resulta que defiendes hipótesis más arriesgadas de las que yo me atrevo a proponer; aunque hacerlo sin red, como tú, es pura fantasía. ¿O es que te guardas cartas en la manga?

Llegamos poco antes de las seis a las afueras de Segovia, a un mesón en la parte alta de la carretera de Valladolid. Para entonces ya había mostrado a Lucía todas las cartas que tenía en la manga: el asesinato de mi madre, la larga y misteriosa ausencia de mi padre, sus relaciones con Orianne y su vertiginoso camino hacia la locura. Pero ella parecía más interesada por mi repentino cambio de actitud.

—¿Dónde ha quedado tu racionalismo tenaz y militante? —preguntó, extrañada—. Lo has pulverizado en dos horas.

—Es la lógica lo que me ha llevado a esta posición, Lucía, aunque te parezca contradictorio. Sigo sin creer en fantasmas o

espíritus, si te refieres a eso, pero esta certeza es muy distinta. Mi padre llegó hasta la Mirada desde una posición tan racionalista y escéptica como la mía; era un hombre inteligente y, al parecer, con una sólida base científica. Si no hubiese encontrado en aquel pequeño tubo algo muy poderoso, lo habría entregado inmediatamente a ese Silverio y nuestra vida habría sido muy distinta. O puede que ambos estuviésemos muertos, quién sabe. Lo cierto es que no lo hizo, y el motivo para actuar así es que le pareció necesario investigarlo.

—Eso lo llevó a la locura, Ricardo. Y la locura es la ausencia, en mayor o menor grado, de lo que llamamos razón.

—Se vio abocado a ello por la urgencia. Desesperanzado de hallar una interpretación adecuada de su manejo, se dejó llevar por la experimentación. Él mismo se consideraba un aprendiz de brujo dominado por el objeto de su magia; y ese objeto parece especialmente peligroso si se utiliza de modo inadecuado.

—¿Crees de verdad que dio con el método correcto?

—A lo mejor fue casualidad, o premio a su constancia, pero quiero creer que sí.

—¿Lo ves? Ésa no es una respuesta racional, sino más propia de la fe del carbonero. Mira: allí está Norberto.

Ulloa esperaba sentado ante una mesa apartada, junto a un gran mirador desde donde se apreciaba la estructura luminosa de la ciudad recortada entre las primeras sombras del atardecer. No se levantó al vernos llegar, pero nos ofreció amablemente los asientos frente a él y esperó a que el camarero nos sirviera antes de abrir la boca.

—Perdonad que no os haya citado en casa —cuchicheó—: dos visitas en tan poco tiempo no serían normales.

—¿Qué valor tiene para usted la palabra normal? —dije con acidez. Pero él se lo tomó con humor e hizo caso omiso a mi comentario.

—Mejor nos tuteamos, ¿verdad? Al fin y al cabo, te conozco desde que naciste, conque vamos a simplificar un poco nuestra relación.

—¿De qué me conoces?

—Imagino que tienes, o que tenéis, mil preguntas que soltar de sopetón, pero no me gustaría que esta cita se convierta en algo

parecido a uno de esos jodidos concursos de televisión en los que hay que responder a una cuestión tras otra. Prefiero hablar sobre mí, sobre ti, sobre Carlos y Carmen, tus padres. De una forma lo más hilvanada posible. La verdad es que llevo muchos años pensando en que esta situación podía presentarse en cualquier momento, así que mi discurso para este acto está escrito y repasado, por decirlo de algún modo.

—Si lo prefieres así, adelante —admití.

—Me habría gustado que nunca llegases hasta aquí, que te mantuvieras al margen de todo esto, tal y como quería tu padre; pero las cosas han venido rodadas y no he tenido mucho éxito en mis intentos de apartaros del camino. En fin, empezaré por el principio, aunque quede tan lejos. Conocí a tu padre poco antes de la rebelión militar del treinta y seis. Él apenas tenía veinte años, once menos que yo, y era un joven universitario con una prometedora carrera por delante. Me recomendaron que intentara captarlo para el
SIR
, el Servicio de Información Republicano. En esos días, cada partido disponía de sus propios servicios de información, la Policía tenía el suyo… Aquello era una casa de putas, para que me entendáis, y el gobierno de la República pensó en organizar una buena estructura desde cero, integrada por jóvenes, profesionales e intelectuales comprometidos con la democracia; con un par de huevos, pero sin vinculaciones para evitar interferencias y garantizar una línea independiente.

—¿Y aceptó sin más? —pregunté, incrédulo.

—Carlos comprendió enseguida la importancia de esa labor y se integró bien. Ya en la guerra, a primeros del treinta y siete, se le encomendó un trabajo complicado: pasarse al enemigo y trabajar desde allí para nosotros. Y sí, aceptó, aunque sabía muy bien lo que se jugaba. Tuvo suerte, y supo llegar a las fuentes que nos interesaban.

—Las investigaciones sobre el cerebro.

—Eso es, Ricardo: ya veo que también tienes olfato. Nos habían llegado informaciones sobre ciertas experiencias psíquicas, mentales las llamábamos entonces. Según pudo averiguar Carlos, el objetivo era aplicar esos resultados a la guerra. Sus informes parecían a

veces novelas de fantasía: pensad que incluso llegaron a fotografiar alucinaciones.

—Nunca he oído nada parecido, Norberto —protestó Lucía—. ¿Seguro que no vuelves a tomarnos el pelo?

—No, doctorcita. Es tan cierto como que estamos aquí. Era un método muy ingenioso: ponían al fulano un casco de buzo y sustituían el cristal frontal por una cámara fotográfica de amplio fuelle; así, durante las crisis agudas, los pacientes se sentían completamente a oscuras y el objetivo quedaba aislado. Se hicieron fotos y algunas películas con las alucinaciones, que después eran confirmadas de cabo a rabo por los pacientes una vez habían superado el episodio crítico. Aparte de lo curioso de esa coincidencia, había algo más cojonudo: ¿cómo era posible que un negativo fuese impresionado por la oscuridad? Porque no había ninguna luz durante el experimento, de manera que la única respuesta es que esas alucinaciones rebasaban los límites físicos del sujeto como verdadera energía, algo así como una proyección al exterior de lo que se viene considerando como subjetivo.

Norberto Ulloa se vio obligado a rebatir nuestras caras de incredulidad:

—Coño, no me miréis así: os juro que es verdad. Y ése era sólo uno de los muchos experimentos que el propio Carlos tuvo ocasión de presenciar. Otro de los más espectaculares consistía en medir la diferencia de potencial eléctrico del cerebro. Parece que lo habitual es que un ser humano tenga en la parte posterior un voltaje cuatro o cinco veces superior al de la frontal, pero había ciertos tipos con diferencias sesenta veces superiores. Y con éstos experimentaron un sistema que pretendía transmitir esa potencia; se trataba de descubrir de qué manera un cerebro podría enviar o recibir ese influjo electromagnético. Practicaban con todo tipo de artilugios en busca del modo de sintonizar esta radiación con ondas cerebrales externas; como si fuera una radio, para que me entendáis. En fin, si cualquiera de esas investigaciones hubiese tenido éxito, tenían al alcance de la mano la transmisión del terror, el desconcierto, las alucinaciones, la misma esquizofrenia. Un arma desconocida y devastadora.

—Más parece brujería que investigación científica —objeté.

—No me extraña, teniendo en cuenta la personalidad de quien

dirigía el cotarro.

—Silverio Monzón —dijimos Lucía y yo al tiempo.

—Un psicópata, aunque no sé si empleo el término correcto, Lucía.

—Me temo que sí.

—A él le traía sin cuidado cualquier debate sobre ética o cordura; según Carlos, tan sólo actuaba en función de la utilidad de los resultados.

—Pero no consiguió el objetivo —apuntó Lucía.

—Afortunadamente. La medición de esa energía parecía sencilla, pero su aplicación práctica ya era otra cosa, porque necesitaba un amplificador, un modulador que nunca fue capaz de fabricar. Por eso, cuando leyó un libro del siglo pasado, se le reavivaron viejas ideas.

—¿*Caminos veraces de la vieja Castilla*, de Eleuterio Gavira? —dije.

—Chico, me da la sensación de que conocéis los hechos mejor que yo. No sé qué os pueda contar que no sepáis.

—Mucho, Norberto —lo animé—. Por ejemplo, qué es la Hermandad de la Antorcha.

—¡Ah, la Torcia! A eso iba. Silverio Monzón pertenecía a esa sociedad secreta, muy extendida entre el fascismo italiano. Esa vinculación le había permitido algunas influencias y, merced a ellas, viajar a Egipto con una expedición científica italiana.

—Tebtunis —presumí, pero Norberto optó por no atender a mis continuas puntualizaciones.

—Durante esa expedición había encontrado documentos que, al parecer, confirmaban una vieja leyenda italiana respecto a la existencia de una cosa que él llamaba la Mirada de Saturno. Muchos años después, llegó a sus manos el libro de Gavira, y se le metió en la cabeza que se refería al mismo objeto que citaban los documentos egipcios y la tradición italiana, el modulador que necesitaba para el éxito de su fracasada experiencia. Encargó a tu padre una investigación sobre el libro; cuando Carlos me lo contó, parecía habérselo tomado a broma, aunque sabía muy bien que no se debía bromear con cualquier idea de aquel demente. Y, con la habilidad de un mago circense, sacó un tesoro de una chistera vacía. ¡Ojalá nunca lo hubiera conseguido! Siguió el rastro de aquellas líneas

escritas hasta una aldea, donde dio con una pista decisiva: en un desván, arrumbadas entre ropa vieja y cacharros destartalados, había varias cartas del correo privado de Napoleón.

—¿El legado de Pablo Cañas? —se interesó Lucía.

—Sí, efectivamente, pero nadie sabe cómo llegaron a manos de aquel santón esos documentos y otras cosas del mismo ilustre propietario. El hecho es que Carlos compró aquellas cartas y se las dio a Silverio. Todas, menos una. ¿Sabéis francés?

Ulloa escondió la mano en el interior de su chaqueta y, tras cerciorarse de que no hubiera curiosos alrededor, extrajo un papel doblado, curtido por el paso del tiempo; lo desplegó con mimo para extenderlo sobre la mesa, de manera que pudiéramos leerlo. No era fácil, porque aquella carta estaba escrita a mano, y la tenue luz del aplique no daba para mucho. Empecé a traducirla a media voz para que Lucía se enterase, pero Norberto me hizo callar con un gesto y tuvimos que conformarnos con la lectura individual:

Sire: Como os había prometido, y anteponiendo vuestro interés a los asuntos diarios, nuestros agentes han dado con la joya llamada la Mirada en el mismo Turín. No fue sencillo: hubo que pagar con algunas vidas y un alto precio en oro, aparte de un pequeño escándalo con la familia Di Federigo del que me ocuparé personalmente para que sea prontamente olvidado.

Como veis, también aquí el brazo del Emperador es más largo y ágil que el de La Torcia.

Con la convicción de que tan preciado objeto os será útil, os lo hago llegar con los respetuosos saludos de vuestro servidor y cuñado,

Camillo Borghese. Turín, 17 de noviembre de 1808.

—¿Lo entiendes? —consulté a Lucía.

—Más o menos —aseguró, mientras Norberto devolvía cuidadosamente la carta a su bolsillo—. Significa que Napoleón y la Hermandad andaban tras este negocio y tuvieron sus más y sus menos.

—Esta carta —puntualizó Norberto— convenció a Carlos de que la pista era buena y que, por lo tanto, debía ocultársela a Silverio.

Me la entregó a mí, y la guardo desde entonces. Pero él siguió investigando, porque los aldeanos le contaron que el resto de la herencia de Pablo Cañas, en la que supuestamente habría de figurar la Mirada, había sido vendida por uno de sus antepasados; debió de ser en torno a 1861, en una casa de empeños de aquí, de Segovia. Desde ese establecimiento, y todo eso lo averiguó Carlos tras patearse dos ciudades, fue a parar a un anticuario de Madrid que a su vez lo había vendido a un coleccionista francés encaprichado con un cofrecillo que tenía grabadas las insignias de Napoleón. Hasta ese punto llegó tu padre, que pasó su informe a Silverio y se desentendió del asunto.

—¿Y lo de la Operación Niebla?

—El paso siguiente de aquel hijo de perra. Silverio debió de poner en marcha sus contactos alemanes hasta averiguar que los restos del legado de Pablo Cañas podían estar en el París ocupado. Cuando Carlos me contó el plan no podía creerlo, pero yo le serví de contacto con los republicanos exiliados en Francia y con la Resistencia, y la operación salió relativamente bien. Ya te habrá explicado Orianne lo sucedido, y lo del atentado. Costó convencer a aquella gente de que tu padre no había tenido nada que ver en la delación, y que lo necesitábamos vivo allí donde estaba. Carlos se había ganado un prestigio en las entretelas del Régimen y se le abrían cada vez más puertas; puertas que, naturalmente, quedaban abiertas también para nosotros. Tras la derrota fascista en Europa hubo un continuo éxodo de alemanes en busca del anonimato en España y América. Gracias a Carlos podíamos avisar a nuestra gente en el exterior y, de rebote, a los aliados.

—¿Seguía con Silverio?

—Menos implicado que antes; buena parte del núcleo pronazi se fue colocando en puestos de la administración y abandonó lo que podríamos llamar primera línea. Silverio estaba muy dedicado a las operaciones de socorro a los huidos, y en ese sentido mantenían el contacto, pero en el cuarenta y ocho se separaron. Ese año se casaron tus padres y Carlos fue destinado a la embajada en Buenos Aires, lo que le permitió acercarse a una de las zonas calientes de los huidos.

—¿Conocía ella sus actividades? —se interesó Lucía.

—Sí, desde luego que lo sabía, incluso ayudaba a Carlos a su

manera. Él nunca habría elegido compartir su vida con una persona engañada.

—Creí que mi madre estaba resentida contra los rojos por el asesinato de su padre —alegué.

—Eso fue una coartada —sonrió Ulloa—, un invento que le hacía encajar perfectamente en un tipo de mujer tradicional y sumisa; pero tu madre no tenía nada que ver con esa imagen. Su padre había muerto, efectivamente, durante la guerra, pero de enfermedad; así que se marchó a Madrid y, tras la caída de la capital, se creó ese falso pasado para desenvolverse mejor en la nueva situación. Conoció a Carlos en el cuarenta y cinco, justo cuando él convalecía del atentado. Recuerdo cuando me lo contó: estaba radiante como un chiquillo. La verdad es que tenía veintinueve años y yo, con cuarenta ya cumplidos, me sentía como su hermano mayor. Le aconsejé ir con cuidado, pero pronto comprobé que había hecho una buena elección. Ambos realizaron un trabajo estupendo en Buenos Aires, uno de los principales nudos de la red de acogida a los que escapaban de la justicia internacional. Cuando ella se quedó embarazada decidieron regresar a Madrid. Y allí naciste tú. Poco después empezó el drama que ya debes conocer.

—Relativamente —objeté—. Apenas tengo recuerdos de los primeros años y, cuando empezaba a ser consciente de mi entorno, desaparecieron mis padres. Soy lo más parecido a un árbol sin raíces.

—Ya supongo cómo lo has debido de pasar. No creas que no he pensado en ello durante tantos años. Personalmente, me habría gustado provocar este encuentro hace mucho tiempo, pero tu padre no quería que corrieras peligro.

—Hablas del drama, del peligro, pero ¿por qué?

—Cuando uno anda a diario sobre el alambre existe el riesgo de que se rompa, o de dar pasos en falso, cometer errores. Y Carlos cometió uno. A mediados de los cincuenta, Silverio descubrió su doble juego. De hecho, le tendieron una trampa con ciertos documentos sobre la presunta acogida de un grupo de nazis en los alrededores de Málaga, un dato que sólo le ofrecieron a él; como de costumbre, nos pasó la información. Cuando los agentes nazis en Alemania Occidental, que no habían desaparecido, localizaron

nuestros informes, sólo tuvieron que seguir la pista inversa: cosa fácil. Silverio dedujo entonces que, si Carlos trabajaba para el enemigo, seguramente lo habría engañado también con la Operación Niebla. Supongo que investigaría en fuentes afines del ejército alemán, tal vez con los propietarios del pequeño museo; el caso es que aquel enajenado no era gilipollas, y concluyó que Carlos le había escatimado la Mirada. Empezó a presionarlo, y tu padre buscó una salida oficial hacia la embajada en París, donde podría pedir asilo político y empezar una nueva vida. Pero no tuvo tiempo y, a pesar de que negaba sistemáticamente las acusaciones e intentaba actuar con naturalidad, la coacción de Silverio se hizo insoportable.

—Pero mi padre ya estaba interesado entonces por esa cosa. He visto libros suyos de esa época.

—Fue a raíz de las presiones de Silverio. Carlos sabía que, tarde o temprano, debería enfrentarse con aquel maldito objeto y prefirió informarse lo mejor que pudo. Creo que, antes de que llegase a tenerlo en sus manos, ya conocía muchos detalles al respecto. Pasar esos días de verano en Albilla no fue causal: le permitió estudiar un terreno que creía propicio para sus planes; aunque, por desgracia, de nada le sirviera.

—¿Por qué no escaparon directamente? —intervino Lucía.

—Sólo habría contribuido a acelerar la crisis. Entonces no era tan fácil mover una familia hacia la frontera y, menos, pasarla. La gente de Silverio los tenía muy controlados, y Carlos lo sabía. Así, llegó el viaje del aniversario de boda…

—El asesinato de mi madre, quieres decir. Y el de otros muchos inocentes.

—Ambas cosas, sí. La misma mañana que debían tomar el vuelo de vuelta, Carlos recibió una llamada en el hotel citándolo a una reunión para hablar de la Operación Niebla. Al negarse, le aseguraron inmunidad, aunque no ofrecieron las mismas garantías para Carmen y para ti en caso de eludir la cita, así que accedió a asistir, ahorrando a tu madre los detalles. Tras interrogarlo, y bajo la misma amenaza contra su familia, lo obligaron a llamar a tu madre para explicarle que un imprevisto lo obligaba a quedarse en Vigo durante unas horas, y que regresaría después, en coche; ella debía entregar el billete sobrante, en el mismo aeropuerto, a un

conocido que necesitaba viajar a Madrid con urgencia. Carmen no quedó muy conforme con las explicaciones de tu padre, pero aceptó. Luego, aquella gente…

—¿Eran de La Torcia?

—Parece que se trataba de un grupo vinculado a esa organización a través de Silverio, aunque él no dio la cara. Tanto antes de llamar a tu madre como durante el interrogatorio que continuó después, le exigían lo que ellos llamaban la joya, lo que hace suponer que ni siquiera sabían bien de lo que se trataba. Ante las evasivas de Carlos, le anunciaron que su mujer pagaría las consecuencias de su silencio. Con frialdad criminal, aquellos cabrones le explicaron que el tonto útil que viajaba junto a ella en el avión llevaba en su bolsa de mano una bomba que explotaría antes de llegar a Madrid.

Las manos cálidas de Lucía estrechaban las mías mientras Ulloa desvelaba aquella devastadora verdad. Y su contacto me insuflaba una sobredosis de valor para seguir afrontándola.

—Imaginaos la impotencia de Carlos y las horas que pasó hasta que llegaron las primeras noticias del supuesto accidente —decía Norberto—. En ese momento se derrumbó, y ellos le advirtieron de que el próximo en caer serías tú, Ricardo, de modo que se comprometió a buscar esa supuesta joya a cambio de tu vida y del silencio sobre el asunto.

—Pero ¿por qué esa masacre? —protestó Lucía—. No sé… Podían haber matado a la pobre Carmen sin necesidad de… Murió mucha gente.

—Aquella masacre, en apariencia gratuita, era un plan perfecto desde la retorcida mente de un psicópata para cobrarse una venganza y al tiempo borrar del mapa a Carlos Asensi y cuanto de bueno y honorable pudiera tener ese nombre. Si se consideraba un accidente, sería un fallecido más. Si se descubría que había sido un atentado, tal y como aquel loco esperaba, mucho mejor, porque de mera víctima Carlos pasaba a convertirse en asesino, el culpable directo de aquella carnicería.

—Pero quizá podría haber denunciado…

—¿Ante quién, doctora? ¿Y para qué? Nunca lo admitirán oficialmente, pero estoy seguro de que supieron que fue un atentado. —Claro que lo saben, pensé, y que la bomba iba en su

asiento, tal y como me había confesado Santiuste—. Que se jodan con sus secretos; al menos, con su silencio interesado frustraron los planes de Silverio Monzón de presentar públicamente a su víctima como un criminal. En todo caso, a Carlos sólo le quedaba esconderse, retirarse de la circulación. ¿O acaso esperabas que diera una rueda de prensa?

Lucía se encogió de hombros. Norberto Ulloa cabeceó, tomó aire y reanudó la narración de los hechos, ya sin la vehemencia precedente:

—Cuando vino a verme, era una persona oficialmente muerta y emocionalmente destrozada. Tras el tiempo necesario para prepararle una nueva identidad, pasó la frontera para emprender una búsqueda azarosa que, finalmente, lo condujo a la locura. Al principio, sus comunicaciones conmigo eran muy frecuentes, interesándose por ti a cada momento. Creo que le tranquilizaba saber que estabas bajo nuestra protección y eso le daba ánimos. Pero luego, a medida que fue enfermando…

—De modo que tú has sido para mí algo así como un ángel de la guarda —lo interrumpí, incrédulo.

—Un poco cursi la comparación, pero sí: desde el primer momento hemos vigilado tus pasos, con lógica discreción, para garantizar que el cerco no se hiciese peligroso. También intentamos atajar el problema de raíz localizando a Silverio a través de los teléfonos de contacto que ofrecían a Carlos cada vez que llamaba para dar cuenta de su investigación. Pero ese cabrón se movía como un pez, bajo identidades falsas y cambiando de domicilio con frecuencia; lo tuvimos a tiro un par de veces, pero se nos escapó.

—¿Por qué hablas en plural?

—Hablo del

SIR

, naturalmente; aunque no voy a explayarme al respecto.

—¿Insinúas que aún existe esa organización?

—¡Coño, pues claro que existe! —Parecía ofendido por mi desconfianza—. Después de la guerra mantuvimos activos a bastantes de nuestros agentes gracias a su desvinculación de los partidos, como ciudadanos del montón. Dependíamos directamente del gobierno de la República en el exilio e hicimos importantes labores de información, sobre todo durante la guerra mundial y en

años posteriores. Aunque era una infraestructura que no se podía renovar fácilmente, de tal manera que nuestras conexiones y células quedaron cada vez más aisladas. Y como el tiempo no perdona, la organización fue envejeciendo, igual que sus miembros. Hoy somos un grupo residual que colabora con partidos y sindicatos clandestinos, siempre al margen de acciones reivindicativas, lo que nos ha permitido sobrevivir sin dificultades. Ya no estamos para muchos trotes, la verdad, pero seguimos en la brecha. Yo tengo un interés particular en mantenerme: Carlos fue uno de mis mejores amigos y no puedo defraudarlo.

—Y la Torcia, ¿sigue viva?

—Creo que sí, aunque no sé si tiene la misma consistencia que antaño. Han pasado casi veinte años del asesinato de Carmen, de aquella salvajada del avión. Muchos de sus miembros, ya os digo, se aburguesaron bajo las ubres del Régimen o hicieron fortuna fácil a su sombra, y eso los apartó de sus objetivos teóricos. La derrota de los fascismos debió de ser un golpe muy duro para ellos, pero seguro que habrán encontrado acomodo en organizaciones ultraderechistas o religiosas.

—Oye, Norberto, ¿tú crees que mi padre pudo pertenecer a la Masonería?

—¿Masón, Carlos? No; rotundamente, no. A mí no me lo habría ocultado. Ambos tuvimos amigos masones, pero él nunca se interesó por esa organización.

—¿Ya podemos hacer preguntas? —dijo, con ingenuidad, Lucía.

—No habéis hecho otra cosa desde que llegasteis —repuso Norberto—. ¿A qué te refieres?

—Sabes que conocí a Carlos en Quitapesares, donde te conocí a ti también. Necesito saber qué sucedió desde que lo recogiste en la frontera hasta que ingresó.

—Es verdad, no había hablado de eso. Es algo confuso y dramático, bastante jodido, para que me entendáis. Viajamos durante casi todo el día, en mi coche. Hacía casi diez años que no lo veía, pero había cambiado demasiado, y no era sólo algo achacable al paso del tiempo. Me habían comunicado desde Francia que su estado era aceptable, pero no era cierto: hablaba de forma incoherente y parecía afectado por un ansia desmedida de llegar a su objetivo, por cumplir con lo que él creía un destino inaplazable.

Conduje hacia Madrid por la carretera de Burgos, hasta que me hizo detenerme a la altura de la desviación de un camino rural.

—El de Hornuez —apunté.

—Ése era. Me dijo que lo dejase allí. Yo no quería abandonarlo en su estado enfermizo, y menos después de tanto tiempo. Pero me montó una escena algo violenta y muy desagradable para ambos. Cuando se calmó, argumentó que no quería mezclarme más en aquella incertidumbre, y que ya me buscaría él en Segovia si todo salía bien.

—¿Qué es lo que tenía que salir bien?

—En fin, Carlos, durante esos años, había sufrido una serie de episodios, ¿cómo os diría?

—Habla con claridad. Orianne me dio todos los detalles y ya sabemos dónde acabó sus días. Aunque, según dijo ella, llevaba una temporada muy mejorado.

—Eso creíamos todos. Sabrás, entonces, que uno de sus arrebatos obsesivos era acabar con Franco.

—Lo sé, pero parece que hablaba metafóricamente.

—Yo no diría tanto. La primera vez que Orianne me contó esa idea, temí que hiciese una gilipollez y le advertí de que no pensaba participar en su suicidio. Pero no se trataba de un atentado exactamente. Él estaba convencido de que, a través de ese artilugio, se podía regresar al pasado, hacer unos cuantos trabajos de ajuste, digamos, y obligar a la Historia a cambiar su línea de acontecimientos. Sinceramente, Ricardo, y te lo digo con verdadera pena porque lo quería de verdad: estaba completamente trastornado. Lo cierto es que no volví a verlo hasta casi dos meses después. Los dos días siguientes a su llegada recorrí la zona, pero no pude dar con él y tampoco apareció por Segovia. Supe en Carabias del hombre que encontraron y, por la descripción, supuse que se trataba de Carlos. Una vez confirmé su internamiento, y aprovechando que mi hermana pertenece al ámbito de influencia del sanatorio, conseguí que me internaran por depresiones continuadas.

—Y mitomanía —agregó Lucía.

—También —aceptó con una sonrisa, que desapareció al proseguir su narración—. Carlos no me conocía: estaba en algún lugar interior donde no conocía a nadie, donde no podía, o tal vez

no quería, comunicarse con nadie. No sé si se trataba de un estado del que no era capaz de escapar o una decisión voluntaria. Con el paso del tiempo, se hundió cada vez más en ese jodido mundo frío y fantasmal.

—¿Nunca te dijo qué le había sucedido, o dónde había estado? —insistió ella.

—Pasaba todo el día junto a él y jamás le escuché una palabra. Sólo una vez reaccionó. Yo intentaba hacerle ver su situación, pero era un esfuerzo inútil. Le sugerí que me contestase con movimientos de cabeza; en dos palabras: sí o no. Después de horas de tan absurdo monólogo conseguí averiguar, creo yo, algo de lo sucedido. Cuando lo dejé, lo primero que hizo fue poner a buen recaudo ese artilugio que le traía mal de la cabeza. Luego Silverio dio con él, y quién sabe las putadas que le hicieron. Supongo que eso le hizo perder definitivamente la razón. Muchas veces me he reprochado ese desenlace, porque es posible que yo sirviera de gancho para aquel psicópata: no pudo enterarse de su vuelta, así que más bien creo que era yo quien estaba vigilado.

Resultaba conmovedora la pena de aquel anciano confesando su impotencia, pero igualmente admirable su capacidad para hacer abstracción de ella y recuperar el hilo de la realidad:

—Bueno, así fue mi única conversación con Carlos, si se le puede llamar de ese modo. Aproveché para sugerirle que sería conveniente avisarte, Ricardo; aunque habría supuesto un choque, tu contacto podía ayudarlo a recobrar una ilusión por vivir que ya no tenía, la esperanza de regresar a su verdadero mundo. Él me miró fijamente: no sabría explicar bien de dónde llegaba esa mirada, pero era una orden tajante enviada desde un mundo desolado. Negó con un movimiento de cabeza antes de regresar a su cueva silenciosa —Norberto contemplaba el vacío, como si reviviera la experiencia—. Hace un par de años decidí no volver más por Quitapesares; no tenía sentido pasar una y otra vez aquel trago, intentando salvar cada día una sima más profunda. Sólo me queda el consuelo de que Silverio tampoco consiguió sacarle una palabra a través del sanguijuela de Lizarbe.

—¿Lizarbe? —salté.

—¿Qué tenía que ver con Silverio? —se alarmó Lucía.

—Pensé que a estas alturas ya lo sabíais. Lizarbe era un canalla

al servicio de Silverio; gentuza, para que me entendáis. Consiguieron colocarlo allí para obtener lo que pudiera de Carlos. Sabíamos lo que hacía con él, pero no podíamos denunciarlo sino a costa de que se descubriera la identidad de tu padre; además, no creo que hubiésemos logrado nada, aparte de ponernos al descubierto. Pero su propia voracidad acabó con él.

—¿No fue un atraco? —dijo, incrédula, Lucía.

—¿Atraco? Nada de eso, doctora. Lizarbe quería obtener a toda costa una información por la que Silverio debía de haberle prometido mucho dinero. Muerto Carlos, se le acabó la esperanza, pero cuando Ricardo entró en escena se le abrieron de nuevo las puertas. Aunque su labor, ahora, iba en contra de los planes de su jefe.

—No entiendo nada —protesté.

—Tuvo que ser Silverio, o alguien en su nombre, quien te avisó de la muerte de tu padre. ¿Por qué? En mi opinión sólo hay un motivo: su fuente de información había desaparecido y tú eras el único punto de contacto, la última posibilidad de conseguir el objetivo. Si todo iba correctamente, tú te interesarías por una noticia tan inesperada, y tal vez podrías conducir a esa gente al punto en que lo dejó tu padre. Silverio tenía que respetar al máximo tu investigación, y hasta facilitarla. Pero Lizarbe quería hacerlo por sí mismo: era un tonto intrigante que no se resignaba a perder protagonismo y, en lugar de allanarte el camino, estableció contigo una competencia poco útil para los objetivos de su amo. No podía acabar de otro modo.

—Así que están dispuestos a todo.

—Siempre lo han estado. Por eso intenté disuadiros de esta aventura, aunque sólo conseguí picaros la curiosidad. En casa de mi hermana quise convenceros de que Carlos se reconocía a sí mismo, y que había enloquecido por la muerte de Carmen. Pensé que esa versión, más cercana a lo que ya sabíais, os dejaría satisfechos, pero reconozco que tenía demasiadas lagunas. Cuando os vi decididos a llegar hasta el final, me pareció que lo más conveniente, a estas alturas, era la información completa. Por eso os pasé la dirección de Orianne. Por cierto, Ricardo, ¿piensas visitar la tumba de tu padre?

Buena pregunta. Llevaba tantos años convencido de que mi padre estaba muerto que la noticia de su verdadero fallecimiento y

sus extrañas circunstancias me habían provocado más intriga que dolor. Nunca había encontrado el menor consuelo ante la lápida bajo la que supuestamente descansaban mis padres; tal vez ahora, un desconocido rincón del cementerio de Segovia podría reconciliarme con el pasado.

—Lo haré en cuanto pueda —prometí a Ulloa.

—Entonces, os dejo: llevo demasiado tiempo con vosotros y ya conocéis la verdad. —Se puso en pie y nos saludó con un movimiento de cabeza—. Gracias por invitarme.

—¡Un momento! —no estaba dispuesto a cerrar en falso aquel asunto—. No sabemos la verdad, Norberto. ¿Qué ha sido de la Mirada?

—¿La Mirada? —me contempló, atónito—. ¿Y qué coño os importa eso? Hace diez días no tenías raíces, Ricardo, según acabas de reconocer. Ya tienes, cuando menos, el recorrido de esas raíces en la tierra: has reconstruido la biografía de tu padre; te gustará o no, pero ésa es la verdad. Asúmela, y vive tu vida a partir de este momento; olvídate de lo demás. Eres joven y tienes al lado un presente envidiable —miró a Lucía con dulzura—. No lo malogres con una inútil y malsana curiosidad.

—¿Malsana curiosidad? —protesté—. ¿Crees que conocer el destino de lo que causó la desgracia de mi familia es un interés inútil?

—Desconocer lo sucedido con aquel cachivache es, precisamente, tu salvoconducto a la felicidad. No fue la ignorancia lo que sembró de dolor la vida de Carlos, sino el conocimiento, la posesión de algo deseado por una mente enferma. Y no olvides que esa inteligencia mórbida te observa, tal vez lo está haciendo ahora mismo. Si alguna vez llegaras a tener en tu mano ese condenado objeto, habrías firmado un futuro de sangre y sufrimiento. ¿A cambio de qué? De una puta especulación. Tú sabrás si merece la pena —alzó su mano su mano y dio media vuelta.

—¡Norberto! —dijo Lucía, mientras le lanzaba un beso al aire—. ¿Nunca has pensado en dedicarte al teatro?

—Mira, doctorcita: llevo actuando casi cuarenta años, cuarenta jodidos años. ¿Te parece poco?

Las calles de Segovia no reflejaban luto alguno en la temprana noche del sábado, y el viento helado de la sierra tampoco parecía

obstáculo suficiente para sujetar en casa a los más jóvenes. Pasear con Lucía por las limitadas arterias comerciales o por las infinitas callejas penumbrosas se había convertido para mí en un placer irrenunciable. Tras tomar unas cañas y un par de raciones cerca de la plaza Mayor compramos algunos dulces que devoramos sentados frente a San Millán como colegiales en un día de novillos. Ambos teníamos la sensación de habernos desembarazado de una agotadora carga, y desde la despedida de Norberto Ulloa tan sólo habíamos hablado de nosotros, de nuestros pequeños secretos, de lo que suele charlar una pareja que desea conocerse y rasca un poco en los recovecos de la intimidad. Fue ella quien afrontó la situación.

—Hemos llegado al final de la vía, Ricardo.

—Eso parece, aunque tú y yo sabemos que nada más lo parece, que no es cierto.

—Tú has recuperado el recuerdo de una familia, y yo he cumplido una fantasía casi adolescente. ¿No crees que el viaje ha dado sus frutos?

—Sí, y mucho más que eso —admití—: también nos hemos encontrado mutuamente, y con eso bastaría para justificarlo. Lo que no tengo claro es si debo apearme. Tú misma dijiste que cuando se acaba la vía se puede seguir a pie.

—Norberto lo planteó con una claridad abrumadora.

—Es verdad, pero él nunca vio los dibujos de mi padre.

—¿Y qué tiene que ver?

—Después de haber repasado una y otra vez sus dibujos, los percibo como un todo. Es cierto que bastante indefinido, pero tengo la sensación de que mi padre te regaló un mundo completo, el único que pudo vomitar a través de las ceras y el papel.

—No fue un regalo para mí —dijo, cortante—. Fue una necesidad compulsiva: allí tenía los medios para expresarla, y yo sólo observaba la sesión.

—Creo que no quieres verlo como es. Y yo tampoco lo he visto hasta hace un rato, cuando paseábamos y te sentía más cerca que nunca. Me vino la imagen de mi padre, de sus relaciones con mi madre y con Orianne, y está muy claro que en los momentos más críticos de su vida tuvo a su lado mujeres especiales. Tú eres una de ellas. Para él, fuiste como una reencarnación de aquella Orianne de diecinueve años a la que confió algo que había costado la sangre de

mucha gente, y que ella debía proteger hasta su regreso. Ya no tenía ese objeto, pero a ti te dejaba cuanto quedaba de él en su cabeza, un legado tan peligroso como aquel otro. Y me da la sensación de que, como entonces, estaba dispuesto a recuperarlo.

—Es muy halagador que me hagas protagonista de esa imagen romántica, de valedora de un rey encadenado a la confusión a causa de su osadía, y todo eso… Pero no estoy dispuesta a recoger el testigo de nadie —se abrazó a mi cuello y me miró con ternura—. Carlos es sólo un recuerdo cariñoso para mí —susurró—. Comprendo que estés hecho un lío; acabas de descubrir a un padre y no quieres renunciar a él tan pronto. Pero déjame que te diga algo, aunque te duela: tienes que enterrarlo dentro de tu corazón; en un lugar hermoso al que puedas regresar cada vez que quieras dirigirle la palabra, pero bien enterrado. En todo caso, Carlos debe dejar de ser nuestra razón común de existir, nuestro vínculo, si es que queremos que nuestra relación sea como ambos queremos que sea.

—Sé sincera, Lucía: te da miedo aceptar lo que te acabo de decir.

No se inmutaron sus ojos al recibir mi pregunta:

—Claro que tengo miedo, pero no de eso. Te puedo decir un montón de cosas que me dan miedo. Me da miedo que tú y yo estemos viviendo una ficción que se evapore ante el reto de lo cotidiano; me da miedo que la historia de Carlos nos trague; me da miedo el futuro incierto de la sociedad que me rodea; me da miedo que no tengas miedo tú también.

—¿A qué debería tener miedo?

Retiró sus brazos, incómoda por mi respuesta.

—¿Por qué no nos dejamos de rodeos y hablas con claridad? —dijo, muy seria—. No te consideras satisfecho con lo que hemos averiguado hasta hoy. No quieres renunciar a saber qué le sucedió a Carlos en los dos días previos a su ingreso en el sanatorio.

—Lo que te he dicho de las intenciones de mi padre no son metáforas románticas. Estoy convencido de que te ofreció aquello como si entregase algo muy importante, que te hacía única depositaria de un poder que lo sobrepasaba y al que él ya no podía acceder porque la enfermedad se lo estaba comiendo. En esa cartulina no sólo figura parte de su historia, también está la Mirada.

—¿Dónde?

—Tú misma definiste las relaciones entre los colores de los dibujos. Y ahí está la respuesta.

Se mantuvo en silencio, sus ojos firmes en los míos, a la espera de argumentos más convincentes.

—Vamos a ver… —intenté razonar—. En negro está la experiencia personal de su drama: el avión que explota, la Torcia, causante de la barbarie, y Orianne. En verde, un lugar: *Kabisuaar*, o sea, Casuar. Y en rojo, la frase que define la operatividad y la esencia de la Mirada: *Okus goga tokuko*. Nos queda VITRIOL entre paréntesis, que tiene también el color rojo y, por lo tanto, está relacionado directamente con ella. ¿Lo entiendes? Negro: hechos y personas. Verde: lugares. Rojo: el objeto, la Mirada.

—Interesante, pero ¿adónde nos conduce, al interior de la tierra? Vale, aceptemos que está enterrada. Explícame dónde.

—Yo qué sé. Si seguimos adelante daremos con ello.

—Tal vez —parecía preocupada—. Pero, si así fuera, ¿estarías dispuesto a poner en peligro tu vida o tu salud mental a cambio de esa rareza?

Me faltaba valor para contestar una pregunta así. Ya me la había hecho a mí mismo sin obtener respuesta clara. Acaso si estuviera solo, si mi decisión no implicase a terceros, no tenía mucho que perder. Pero Lucía se había convertido inopinadamente en punto de referencia en mi vida, y adoptar en este caso una decisión individual me parecía injusto.

—¿Hasta tal punto estás colgado de esta historia como para considerarla sólo un juego? —insistió.

—Ya sé que no es precisamente un juego. Aunque reconocerás —protesté con frustración— que abandonar ahora es como si me negase a leer el último capítulo de una novela o renunciara al *socarrat* de la paella, algo así como un *coitus interruptus*.

—Sí, puede ser —su risa me sonó a regalo—, pero a veces hay que saber frenar a tiempo en todos los terrenos. Debes de estar rendido con el día que llevas. ¿Subimos?

Había esperado esa invitación durante horas, pero ya era tarde y no podía pensar en dormir en Segovia si quería mantener mi trabajo.

—No me voy a quedar esta noche, Lucía. Tengo que estar

temprano en la plaza de Oriente. En caso contrario, mañana despertará en tu cama un nuevo desempleado.

—Tampoco me importaría demasiado acogerlo en casa —bromeó—. En serio, me parece lo más sensato. Procura descansar y, si quieres, me llamas a mediodía, o cuando termines. Tengo el domingo libre, ¿recuerdas?

Nos besamos frente al portal. No me resignaba a la separación de su contorno, al despegue de nuestros cuerpos abrigados. Asun llegó desde el otro lado de la calle y saludó con su tímida jovialidad.

—¡Buenas noches! Siento ser tan inoportuna como de costumbre.

Dejé atrás la ciudad con dos ideas peleando en mi cabeza en un duelo equilibrado, porque ambas tenían fuerza suficiente para resistir el embate de la contraria. Una de ellas estaba encarnada por Lucía y un presente ilusionado, por la normalización de una vida que en los últimos días se había enredado en complejos derroteros, por un potencial futuro feliz: era una idea razonable y mágica al mismo tiempo. La otra era oscura e irracional, representada por la inercia de las últimas experiencias, por el misterio sin desvelar, por la atracción absorbente de llegar hasta el límite: era la idea inconsciente de la herencia, del atavismo, de la tentación bárbara y descontrolada. Ni siquiera me atrevía a declarar vencedora a una de ellas, pero giré el volante para tomar la salida a Soria, destino a la carretera de Burgos.

Intentaba convencerme de que Norberto Ulloa había exagerado respecto al riesgo mientras repasaba mentalmente el mensaje de mi padre en el papel, el sentido del acrónimo masón entre paréntesis. Todo lo demás estaba claro; sólo esa palabra seguía siendo un misterio. Descartada la relación de mi padre con la organización masónica, aquello quedaba reducido a un mensaje, al igual que las anotaciones en tartésico e ibero, o el resto de sus dibujos. Di docenas de vueltas al sentido gramatical del paréntesis, esa cuña ideada para poder introducir en la oración una observación marginal o una aclaración. VITRIOL debía de ser, indudablemente, eso: un comentario respecto a la lápida en la que se encontraba parcialmente inscrito. Puede que fuese un guiño al lector, como las anotaciones que el autor teatral incluye junto al diálogo, un

mensaje que el actor entiende e interpreta, pero oculto para el espectador. Sí, eso tenía que ser: una acotación en el guión, una apostilla para el entendido, como una frase en voz baja, un soplo de confidente.

Muy distinto era captar el alcance de ese soplo. Había que frecuentar las partes interiores de la tierra y actuar correctamente para encontrar la piedra. Me vino a la memoria lo que Orianne había comentado sobre la Mirada: ella creía que era metálica, y mi padre le aseguró que era de piedra, de modo que bien podía tratarse de una reafirmación de la esencia del mensaje. Frecuentar las partes interiores de la tierra equivalía a no quedarse en la superficie, y esa superficie era, ni más ni menos, que la lápida de aquella pequeña iglesia. Por un momento temí que mi padre hubiese escondido esa cosa bajo la losa, pero no parecía muy razonable: una operación semejante habría organizado un escándalo y llevado demasiado tiempo. Eso no tenía sentido, pero había que confirmarlo. Estaba casi seguro de que mi padre había confiado a aquellas paredes la custodia de su obsesión antes de comprobar si tenía el camino libre, tal vez a punto de caer en manos de quienes lo acosaban. Necesitaba volver a ese lugar antes de rendirme, antes de aceptar que el viaje, como prefería creer Lucía, había terminado.

La solitaria carretera era una referencia equívoca a esas horas, y los rasgos del paisaje aparecían y desaparecían según el capricho de las nubes que, sin previo aviso, jugueteaban con una luna aún potente camino del cuarto menguante. Llevaba más de una hora conduciendo y apenas faltaba una veintena de kilómetros para llegar al desvío cuando observé de nuevo los faros que me seguían, a unos trescientos metros de distancia. No les había dado importancia hasta entonces, pero debían de llevar ahí un buen rato. Tal vez era pura coincidencia y se trataba de otro viajero desplazándose a esas horas intempestivas por un asunto urgente, pero un hormigueo me anidó bajo el ombligo. Reviví la mañana en que fui a ver a Santiuste tras conocer el asalto a casa, y cómo el miedo había mutado un viaje aburrido en un lance paranoide. Contrario a repetir aquella sensación, insistí en la creencia de que la casualidad también existe.

Era fácil de comprobar, no obstante; bastaba con apretar el acelerador y observar la reacción de aquel coche. Así lo hice

durante unos minutos y los faros acabaron por desaparecer tras una curva. Pero la calma duró escasamente un kilómetro, justo hasta que volví a ver esas luces pegadas a mi espalda, manteniendo la distancia anterior. El siguiente paso era reducir la velocidad inopinadamente y poner en evidencia la actitud del perseguidor. Tampoco varió la situación, porque al cabo del rato la distancia que nos separaba era parecida. Quienquiera que fuese aquel tipo, tenía un objetivo ante sus narices y no parecía dispuesto a perderlo. Quise apartar esa idea, creer que el conductor sólo pretendía un punto de apoyo visual sobre el trazado de la ruta en una noche oscura, la comodidad de unas luces rojas abriendo camino entre lo desconocido. Sí, podría ser eso, aunque la distancia que nos separaba era excesiva para usarme como guía fiable. Decidí atajar definitivamente los recelos y, en un momento en que los faros todavía no habían aparecido tras un cambio de rasante, salí de la carretera por una pista de arena semioculta entre la arboleda. Apagué las luces y el motor y contuve la respiración hasta que el coche pasó a mis espaldas; esperé un tiempo prudencial, el necesario para fumar un cigarrillo y rebajar mi leve taquicardia. Al regresar a la vía principal, no quedaba rastro de mi supuesto perseguidor, y sólo algunas luces lejanas mostraban la posición de Aranda de Duero en el horizonte.

Recorrí los últimos kilómetros hasta el desvío reprochándome mi enfermiza suspicacia. Cuando entré en el sendero de tierra, el mundo cambió ante mis ojos: lejos de cualquier referencia visual en el pasillo abierto entre los pinos, las sombras parecían tener vida propia alimentadas por las luces del coche. Más por prudencia que por placer, reduje la velocidad hasta hacer de la marcha un paseo. Repentinamente, un reflejo en el retrovisor me devolvió la inquietud: los faros estaban otra vez a mi espalda. Aquel conductor había imitado mi propia maniobra de distracción y ya no cabían más interpretaciones casuales: él era el cazador y yo la presa, un papel en el que no me sentía especialmente cómodo. Aceleré para distanciarlo a riesgo de salirme del camino en cada una de las cerradas curvas, pero era la única posibilidad. Me desvié hacia una senda forestal y el vehículo siguió casi pegado a mi matrícula, sus faros entre la nube de polvo, durante un par de kilómetros.

Una vez pude regresar de nuevo a la carretera y alcancé una

recta, apreté al máximo: al fondo estaba aquel puente soñado de mi infancia, y de su curva salían varias sendas en dirección a los montes cercanos. Era mi última oportunidad antes de llegar a Albilla y decidí aprovecharla. Entré a toda velocidad en uno de los desvíos, intentando mantener la dirección entre pedruscos y matojos. Frené tras un peñasco, quité el contacto, saqué la linterna de la guantera y corrí hacia una altura que dominaba la curva. Antes de llegar arriba escuché un impacto chirriante, estrépito de cristales y un largo quejido de ramas desgajadas. Desde mi cota sólo podía ver el efecto del choque en uno de los malecones de piedra, del que apenas la mitad inferior quedaba unida al suelo.

Alcancé la carretera para asomarme al puente: de la penumbra ascendía una polvareda alborotada y entre sus grumos se distinguía con dificultad la parte del coche que no había quedado cubierta por el follaje. Descendí el terraplén hasta alcanzar el lugar, muy próximo a la roca plana donde jugaba de niño. El eco del impacto parecía aún reverberar cuando encendí la linterna. En el vehículo había un ocupante, empotrado literalmente entre la puerta del conductor y el parabrisas, del que apenas colgaban algunos restos de cristal cuarteado. Intenté sacarlo, pero sólo una grúa podría elevar el coche lo suficiente como para rescatarlo. Entré como pude por la puerta del copiloto y me aproximé al cuerpo con la convicción de que era un cadáver. La idea de tomarle el pulso para confirmar su muerte me revolvía las tripas, pero lo hice, sin hallar latido alguno en su muñeca. Quise intentarlo en su cuello, y lo que reveló la luz de la linterna me provocó un respingo: aquel hombre era el acompañante de Martín, el robusto y silencioso patilludo que vigilaba la estabilidad física del viejo del Casuar. No había duda, a pesar de que una profunda brecha sangrante le cruzaba la cara desde la sien hasta la boca. Retiré la mano instintivamente, como si me hubiera abandonado cualquier rescoldo de piedad por él, y rebusqué entre su cazadora algo que me diera pistas sobre su identidad. El primer encuentro fue concluyente: en una sobaquera de cuero, disimulada junto a las costillas, guardaba un cuchillo de monte capaz de degollar a un jabalí de un solo tajo. Me vino a la memoria el cuello de Lizarbe y algo por dentro me hizo clic, como si de repente encajaran las piezas de un rompecabezas.

Y no me gustaba nada el resultado de ese encaje. Si el tipo que

me perseguía era lo que yo imaginaba, Martín dejaba de ser un anciano achacoso y amable para revelarse como el gran hijo de perra que había arruinado la vida de mis padres y quería hacer otro tanto con la mía. De ser así, resultaba coherente la idea de que mi padre hubiera caído en las redes de aquella gente en su intento de experimentar en el Casuar, en las cuevas de San Martín, como lo había hecho el ermitaño Cañas ciento setenta años antes. En un acto más de cinismo, el ya viejo Silverio había elegido el nombre de Martín para ocultar su identidad: Norberto nos acababa de advertir sobre su habilidad para escurrir el bulto. Y también cobraba sentido su oscura frase de despedida, convocándome en cierto modo a aquel entorno si necesitaba pasar alguna prueba fuera de lo corriente. Estaba un tanto perplejo por mi falta de sensibilidad, por no haber tenido aquella tarde los reflejos suficientes para percibir tras la máscara de Martín el verdadero rostro de un psicópata. Aunque, de haberlo adivinado entonces, tal vez ahora no estaría vivo. En el fondo, había tenido suerte, tanto en aquella ocasión como ahora.

Me dirigí a campo traviesa en dirección a Albilla. Era un terreno ingrato, entre pedregosas ondulaciones y quebradas sobre la carretera, azotado por un viento helado que atacaba a rachas, pero no podía presentarme allí abiertamente a unas horas en las que resultaba difícil justificar mi visita. Lo que iba a hacer no era precisamente un acto público, y la presencia de testigos me impediría cualquier movimiento. Los escasos cinco minutos que me habría llevado llegar en coche se convirtieron en casi media hora de marcha por las lomas hasta alcanzar una senda que unía la aldea con un denso pinar en la cima del cerro. Hacía frío, pero el reciente suceso del puente, lejos de apocarme, me había dado ánimos, porque significaba un obstáculo menos en el plan que me había trazado.

Eran más de las once. Las callejas de la aldea estaban tan silenciosas como cuando la había visitado días antes, y un par de bombillas de baja potencia rebajaban su oscuridad a una sucia penumbra. Esperé un rato antes de decidirme a llegar a las primeras ruinas. No había señales de movimiento y las ventanas de los pocos edificios aparentemente habitados permanecían apagadas. Era una invitación a entrar, aunque el riesgo de que algún perro me olisquease podía echarlo todo a perder. Avancé despacio hacia la

plazoleta, pegado a los muros, observando a cada paso cualquier elemento que pudiera delatarme, vigilando el terreno que pisaba para evitar ruidos. La aldea parecía profundamente dormida y sólo el ulular del viento daba la sensación de que algo vivo pudiera existir allí. La puerta de la iglesia estaba cerrada y era inútil intentar forzar su antiquísima y enorme cerradura metálica; además, en el dudoso caso de que conseguirlo, el ruido pondría en pie a todo el vecindario. No era ésa la solución, como ya me temía. Y sólo quedaba otro agujero por donde entrar.

Los muros eran sólidos e irregulares, y elegí la parte posterior a la plazuela, donde no había luz y las probabilidades de ser visto por ojos humanos eran casi nulas. Reflexioné una vez más antes de decidirme. Lo que estaba a punto de hacer podía cambiar mi rumbo de manera fatal; tal vez allí dentro sólo me esperaba la frustración, pero, de tener éxito, me convertiría automáticamente en objetivo de una banda criminal. Los acontecimientos me habían demostrado que ya lo era, aunque, como bien había explicado Norberto, tenía a mi favor la ventaja de la ignorancia.

Dejé el chaquetón en el suelo y empecé a escalar el muro. Pronto me despreocupé del frío; había oquedades suficientes como para trepar, y el esfuerzo me hacía sudar. Antes de lo previsto estaba en el tejado, por donde me deslicé casi arrastrando hasta la agrietada espadaña. Escalar ésta fue más duro y complicado, porque a esa altura las ráfagas de aire frío eran un enemigo tan poderoso o más que los resbaladizos huecos de la piedra. Sólo cuando pude poner los pies sobre el crujiente suelo de madera del campanario, respiré tranquilo. Todo seguía detenido alrededor, salvo los árboles agitados. Desde allí arriba se me antojaba un paisaje sombrío; no tanto, sin duda, como el trecho que me quedaba por recorrer: cada peldaño de aquella escalera carcomida era un peligro, y no me atrevía a usar la linterna por el riesgo de que alguien pudiera ver sospechosas luces en el campanario. Por un momento, me pareció divertido imaginar al vecindario atemorizado por candelas fantasmagóricas en su iglesia, y los supersticiosos temores que involuntariamente podía provocar en aquellas gentes. Si aún guardaba algo de sentido del humor en tales circunstancias es que todo iba bien.

Cuando llegué al coro sabía que lo iba a conseguir. Me llevó

tiempo atravesar a tientas aquel pequeño espacio chirriante bajo los pies, y la escalera que conducía a la planta baja, donde el suelo de piedra permitía más desahogo al caminar. Allí encendí la linterna, dirigiéndola siempre en dirección contraria a la puerta. El contacto de la luz con los perfiles del retablo, las sombras de las imágenes, los escuálidos bancos de madera y los espectrales cuadros colgados de los muros producían un resultado tenebroso. Fui directamente al pie del altar y retiré la alfombra, tal y como había hecho el tío Mellao. Repasé de nuevo la lápida, intentando crear una doble imagen con ella y el dibujo de mi padre. No, no tenía sentido creer que allí debajo pudiera haber algo más que los restos de aquella familia, si es que quedaba algún resto; la piedra estaba perfectamente encajada en todos sus bordes y nada permitía pensar que hubiera sido removida en los últimos cuatrocientos años. Por primera vez, me llamó la atención la fecha: desde 1568 hasta que mi padre regresó a España y algo destrozó definitivamente su razón habían pasado exactamente cuatrocientos años. Aparté de inmediato ese juego de mi cabeza: no eran coincidencias lo que había ido a buscar allí, sino hechos tangibles.

Me repetía una y otra vez la necesidad de no quedarme en la superficie, de no ser superficial, de profundizar. Pero ¿hacia dónde? Hice un recorrido con la linterna alrededor de la lápida y por detrás del altar, pero nada indicaba la más mínima relación con aquella frase, con aquella idea. De nuevo ante la losa, con el altar a mis espaldas, quise ver la piedra tal y como mi padre la había reproducido. Había escrito la palabra VITRIOL en el lado opuesto, y mirando al centro de la pequeña nave. Seguí esa dirección con la linterna, aunque al momento topé con una hilera de reclinatorios individuales sobre el enlosado de pizarras desgastadas, todas con un hueco en su centro. De pronto, lo vi diáfano: allí había espacios en los que profundizar, al menos uno por cada losa. Empecé el recorrido por la fila más próxima al altar, justo bajo el pequeño púlpito. Apenas me cabía la mano, y la profundidad no era mayor que unos pocos centímetros. Aparte de revolver polvo, tierra y pelusas formadas por restos orgánicos, no pude hallar nada más; la linterna me ayudó a completar el examen sin más éxito que el obtenido al tacto. Con parecido sistema, revisé todas las losas de la primera fila, pero, nada había salvo acumulaciones de basura.

Estaba a punto de empezar por la segunda fila, acurrucado entre los bancos de madera, cuando un ruido lejano me hizo detenerme y poner en él todos mis sentidos. El sonido era creciente y, a medida que se hacía más audible, se podían distinguir perfectamente las revoluciones de un motor. Apagué la linterna. Impaciente, escuché al coche acercarse hasta llegar a la aldea. Por un momento, temí una nueva visita peligrosa, pero afortunadamente pasó de largo. Su ronroneo fue debilitándose poco a poco, mientras yo repasaba mentalmente su trayecto. Temí que pudiera descubrir el espectáculo del fondo del terraplén, pero no se detuvo y el eco del motor se alejó hasta desaparecer.

Cuando el silencio se impuso de nuevo proseguí la búsqueda, infructuosa en las dos primeras losas; en la siguiente, y antes de que alcanzaran el fondo, mis dedos toparon con una superficie suave y compacta. Retiré la mano instintivamente, como si hubiese rozado el lomo de un animalejo desconocido. Al aplicar la linterna pude verla, entre restos de paja y suciedad: una pequeña bolsa parda. Una agitación nerviosa me impedía reflexionar con claridad, pero sabía que allí estaba aquella cosa. Lo había conseguido, mi curiosidad había quedado satisfecha y ahora se presentaban ante mí dos opciones: dejarla ahí y largarme o seguir adelante. Tuve la sensación de que el agujero me absorbía, que tiraba de mí. No era una sensación física, naturalmente, pero algo mío se escapaba en dirección a aquel cuerpo extraño. Tal vez fuera la encarnación subjetiva del deseo, o la tentación de cien ángeles traviesos encerrados en aquel recinto sagrado. Cualquier explicación me parecía buena, pero sólo me interesaban sus consecuencias.

Saqué la bolsa de fieltro; al sujetarla en mi mano cerrada noté la superficie dura y rugosa de un cilindro que extraje casi con mimo. Sobre mi palma, y a la luz de la linterna, aquel objeto parecía una joya única, inimitable. Su configuración externa era tal y como la había definido mi padre en sus escritos, y en ese momento entendí su complejidad: parecía un volumen compacto salvo en su extremo, donde se distinguía claramente una hendidura que separaba un anillo del resto. Su superficie estaba cubierta de aristas que dibujaban un desordenado conjunto de signos en relieve. La parte interna del cilindro parecía ser un vidrio que devolvía la luz convertida en formas irisadas muy potentes. Al cabo de un rato, me

di cuenta de que estaba absorto, contemplando idiotizado aquella cosa mientras pasaban minutos preciosos. Guardé la bolsa y subí al campanario. El descenso era mucho más complicado, pero una euforia desconocida se me había aposentado en el pecho y concedía a mis músculos una vivacidad extraordinaria. Cuando llegué abajo y me puse de nuevo el chaquetón fui consciente de que me había quedado helado. Recorrí al trote el camino inverso hacia el sendero de los cerros, sin saber muy bien si era el frío lo que me movía o la necesidad de comprobar cuanto antes las virtudes de mi hallazgo.

Esta vez no utilicé la senda rocosa del desfiladero. Viajé hasta el pie de la presa y desde allí, por el camino de tierra que ya conocía, hasta los pilares de un elevado viaducto que soportaba la línea de ferrocarril Madrid-Burgos, donde se abría una superficie llana antes de convertirse en una trocha angosta entre la vegetación. Detuve el coche tras una de las gigantescas columnas de hormigón, de manera que quedase oculto a la vista de cualquiera que pudiese pasar por el camino. Saqué de su bolsa aquella reliquia del pasado. Había que fijarse mucho para apreciar la existencia de los ocho anillos grabados como entidades independientes, pero yo ya conocía ese detalle por las anotaciones de mi padre y pude manipularlos hasta ordenar la frase correcta; cada uno de ellos giraba en torno al eje central, de tal modo que formaba con los otros, según la posición, mensajes diversos y desconocidos en los signos alineados en su superficie. Su giro no era suave, ni se producía por casualidad: cada vez que se completaba un movimiento, un mecanismo interior parecía encajarse por dentro. Era silencioso y sutil, como un juego.

Me puse en marcha hacia el convento. Por delante tenía tal vez un par de kilómetros entre el bosquecillo. El rumor del río apagaba cualquier otro sonido, y sólo a ratos podía obtener una visión medianamente clara de lo que me esperaba enfrente, porque no quería encender la linterna. A ese paso, podría tardar una hora en recorrer aquel trecho; siempre era preferible a ser descubierto por la gentuza de Silverio. Quizá los perros me olisquearan, pero para entonces ya habría terminado. La verdad es que no sabía muy bien qué es lo que tenía que terminar; posiblemente el trabajo que mi padre no pudo hacer. Me hizo gracia la idea de verme allí como si fuese una reedición suya, yo que siempre lo había considerado un punto negro en mi vida, un pasado que había que relegar al olvido.

Me preguntaba ahora qué hacer en caso de que sus especulaciones fueran ciertas, de que, verdaderamente, se pudiera uno encontrar ante un acontecimiento tan poderoso como el de un renacuajo metamorfoseado en rana, traspasando los límites hacia la nueva y desconocida dimensión. Sentí verdadero miedo ante ese reto. No por el supuesto viaje de ida, que se presentaba, intelectualmente al menos, apasionante, pero sí respecto al regreso; porque se suponía que debía de haber un regreso. Me estremeció la idea de que no fuera así, de no ver nunca más a Lucía. No encontraba otro motivo para regresar: ella era realmente lo único que me ataba a este espacio y a este tiempo. Por otra parte, quizá mi padre se había equivocado y yo me dirigía hacia un callejón sin salida, hacia un mundo de arenas movedizas en mi cerebro. Pero había algo en mi bolsillo que me daba una confianza ciega, como si los ojos de antiguos dioses se hubiesen posado sobre mí y nada de cuanto yo pudiera hacer, decir o sentir fuera excusa suficiente. Empezaba a comprender por qué mi padre lo había definido como un ingenio generador de impaciencia.

Llegué a las cercanías del calvero sin más percance que un par de restregones con las zarzas. Una sombra negra a mi derecha, que la luna convertía a ratos en reservada silueta, era el único referente de mi destino. Aproveché la ocultación de la luminaria entre las nubes para aproximarme por la zona cercana al río. Cuando alcancé la puerta norte del viejo convento apenas se veía, pero no necesitaba la linterna: todo estaba perfectamente dispuesto. Avancé casi a tientas hasta la zona central del edificio, donde el rumor apagado de la corriente creaba una atmósfera envolvente con el cielo como infinito techo. Por fin había llegado. Y todo dependía en ese momento de mi decisión o, al menos, así lo quería creer. Sólo tenía que sacar aquella cosa del bolsillo.

Yo no la saqué: estaba aterrado. Fue mi mano derecha. El cilindro resbalaba en la palma sudorosa, pero no era una reacción exclusiva de mis manos, porque la transpiración me empapaba todo el cuerpo a pesar del frío. Me sentía al borde de un precipicio, sobrecargado de adrenalina, a punto de tomar una decisión fatal. Era muy fácil: bastaba con empujar hacia fuera el primer anillo, como si abriese un simple tubo de aspirinas. Una fuerza desconocida me obligaba a hacerlo; tal vez era yo mismo, pero no

podía jurarlo. Salí al exterior y caminé hasta la orilla del río donde la corriente apagaba todos los sonidos excepto el de mi cabeza, el murmullo chirriante de mi propia batalla.

Quise racionalizar la situación aferrándome a todas las opciones posibles. Realmente, sólo eran dos: sí o no. El estruendo del río me abrió los oídos en una percepción similar a los momentos previos a la lipotimia, cuando se está a punto de abandonar el reino de la consciencia. Sin embargo, no había riesgo de desmayo, porque el efecto era precisamente el contrario: como si todos los sonidos del mundo se presentaran sumisos ante mí, dispuestos a ser percibidos cuando y como yo lo desease. Los había humildes y sublimes, lastimeros y gozosos, musicales y rechinantes; tan próximos como un susurro o tan lejanos como el latido de las estrellas.

Imaginé qué sucedería de dar el paso. Tal vez vería colores ignotos o brillos espectaculares rebotando entre aquellas inmensas paredes de piedra agujereadas como un queso, y ellas los devolverían a mis pies cargados de nueva energía. O quizá todo se transformase, como decía mi padre, en un gran vacío rojo, vertiginoso, donde se dibujarían líneas vivas de luz, lo que él llamaba el alma de la Tierra. Seguro que en ese instante dejaría de percibir el paso del tiempo, todo sucedería en un eterno presente y cualquier deseo estaría al alcance de la mano, como lo estuvo en las de Pablo Cañas. Desde esa insólita perspectiva, el tiempo habría perdido su sentido para convertirse en aliado insobornable. El viejo Saturno, testigo permanente del misterio, disfraz del ancestral Sobek, me mostraría su reino con gratuita satisfacción: el sonido inaudito de los mundos interiores, las sinfonías de amor y odio interpretadas desde el caldo primordial hasta la eternidad, el generoso impulso de la fuerza vital, el óvulo que inventó la sangre y el terror, la génesis de las traiciones, la matriz de la melancolía.

Era una oferta tentadora. Todo quedaba a mi disposición y yo podía cambiarlo con el esbozo de un capricho, con un leve y cómplice pestañeo. Desaparecería el cruel pasado para reintegrarme la infancia robada. Desaparecería la muerte para devolverme unos padres vivos. Desaparecerían la responsabilidad, la culpa, el dolor, la duda. No, la duda no podía abandonarme por completo, sería como renunciar a mí mismo, a mi propia esencia. Dudar era lo único que me identificaba como ser vivo. Renegar de la duda era

morir.

Y fue la duda lo que me hizo descubrir restos de su olor perfumado escondidos entre los pliegues del recuerdo. Aferrado a este pensamiento, volví a ser consciente de la oscuridad que me rodeaba, del rumor del río, de la noche helada. Y mi fantasía protestó dolorida, sabedora de su expulsión del Paraíso.

No fui yo. Fue mi sudorosa mano derecha la que, en una reacción casi animal, se proyectó hacia delante y dejó escapar aquel objeto hacia el espacio oscuro, hacia un chapoteo apagado por el rugido de la corriente. Lo imaginé luego descendiendo en una calmosa trayectoria oblicua entre las turbulentas aguas hasta alcanzar el profundo lecho de lodo y piedras.

Me senté y encendí maquinalmente un cigarrillo mientras empezaba a adquirir noción de lo sucedido, a despegarme del dominio adherente de aquella presencia; un influjo que primero fue psíquico y después, una vez la tuve entre mis manos, había tomado cuerpo merced a un magnetismo aparentemente físico y tangible. Reviví la canción que había escuchado en casa de Lucía: «… Se deslizó por el aire como una tormenta. Oscura era la noche, porque había reunido todas las estrellas en su mano para iluminar una senda a través del cielo, mientras las pezuñas de su caballo fabricaban cometas de fuego que hechizaban los ojos de quienes se atrevían a mirarlos».

Nadie puede saber dónde va, dónde habita el Señor de los Tiempos. Vi con claridad lo cerca que había estado de la ambición, del poder absoluto y de la muerte: las tres caras de un mismo y siniestro personaje. Me había salvado la duda, esa vieja amiga que un día me presentó el tío Agustín frente al Ángel Caído y que, como un lazarillo invisible, me había conducido ahora hasta el íntimo recuerdo del aroma a Lucía, el único camino de regreso posible.

Los lejanos aullidos de los perros del falso Martín me hicieron volver al tiempo presente. Había perdido el miedo, o puede que solamente fuera una convicción insensata. Caminé decidido hacia la casa al tiempo que los ladridos se hacían cada vez más violentos y convertían la nebulosa placidez del lugar en una bronca histérica. Cuando llegué a la puerta enrejada y dirigí la linterna a sus mandíbulas pendencieras, un ataque de cólera los sacó definitivamente de sus casillas y empezaron a saltar contra la valla,

demasiado alta para permitirles saciar sus deseos de sangre. Se encendió la ventana del porche y apareció la figura de aquel gañán con su escopeta en las manos. Parecía desorientado y miraba, como un animal deslumbrado, la luz de mi linterna.

—¿Quién anda ahí? —balbució—. ¿Eres tú, Luciano?

—No, no soy Luciano —grité sobre los ladridos—. Quiero ver a Silverio.

—¿Quién es? ¿De qué Silverio habla?

—Hablo de Martín, si prefiere llamarlo así.

—¿Está usted chalado? El señor Martín está durmiendo. No son horas…

—Dígale que viene a verlo Ricardo Asensi, el hijo de Carlos Asensi.

—¡Lárguese de aquí! —berreó irritado—. El señor Martín no puede atenderlo ahora.

—El señor Martín me va a atender ahora mismo. No pienso irme en toda la noche, y estas dos bestias no lo van a dejar dormir ni a él ni a usted.

Sin fuerza, con la intención de provocar, lancé una piedra hacia los perros.

—O se larga, o le pego un tiro —se echó la escopeta al hombro y me apuntó.

—No creo que tengas pelotas para hacerlo.

Me arrepentí inmediatamente de ese envite. El disparo impactó contra el muro, a más de un metro de mí, pero una de las postas rebotadas me surcó la cara como una brasa ardiente. Apreté la herida mientras aquel tipo seguía con sus advertencias.

—El próximo te lo meto entre las cejas, cabrón —amenazó—. Aunque lo vas a pasar mejor con los perros.

Avanzó hacia la puerta, dispuesto a correr los cerrojos y dejar libres a los animales. Yo intentaba buscar una salida al apuro en que andaba metido cuando se encendió la luz de una de las ventanas superiores.

—¿Qué coño pasa ahí abajo?

El vigilante se volvió hacia la casa.

—Lo siento, señor Martín. Es un loco que está provocando a los perros.

—Soy Ricardo Asensi —grité—. Y tú eres el hijo de puta de

Silverio.

—Que suba —ordenó el viejo.

El guardés obedeció sin rechistar. Ató a los perros, abrió la puerta y me condujo al interior de la casa sin apartar sus ojos de mí, casi tan agresivos como su arma. En el piso superior, el tipo tamborileó suavemente en una puerta antes de abrirla. Allí estaba Silverio, tendido en una tumbona de cuero, con un batín sobre el pijama y sujetando en su mano una mascarilla conectada a una bombona de oxígeno.

—¿No ha venido Luciano? —preguntó el viejo, sorprendido, a mi acompañante.

—No, señor Martín, todavía no ha llegado.

—¿Tampoco ha llamado?

—No, señor, tampoco.

—Si ese Luciano es el de las patillas —intervine, hiriente—, no va a volver.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —dijo Silverio, antes de aspirar de su máquina.

—Le gusta demasiado la velocidad y es imprudente conduciendo: una mezcla explosiva por la noche en caminos tan peligrosos como éstos.

Pareció entender el mensaje. Hizo una seña al de la escopeta y éste nos dejó a solas. Un pensamiento único se apropió de mí frente al causante de tanta desolación, de tanta ruina. Nunca habría podido soñar que sería tan fácil, que el propio asesino me brindase una oportunidad así. Avancé hacia él mientras evaluaba el tiempo que un hombre necesita para morir, y de qué color se vería el mundo durante la agonía. Una infinidad de ideas y recuerdos me pasaron por la cabeza en el corto espacio entre aquellos pasos: no sólo estaban mis padres y toda esa gente inocente del avión, y Orianne, incluso Lizarbe. También aparecían ante mis ojos, como en una película muda, cuantas cosas había oído sobre el pasado: miles de rostros anónimos de fusilados, asesinados en la cuneta, desgarrados por los obuses, abrasados por el infierno… Todos ellos cargaban aquella habitación de una espesa y agria sentencia capital. Una heterogénea mezcla de sentimientos me revolvía el estómago. La fuerza de la sangre me pedía más sangre, pero era todo tan fácil que me asqueaba la idea de acabar con él, de tocarle siquiera con

mis manos. Cuando llegué a su altura, aún no me había decidido.

—Siéntate —me dijo.

Fui incapaz de distinguir si era una orden o una sugerencia, pero la ignoré y permanecí en pie, callado frente a su cara de sapo.

—No puedes matarme, ¿verdad?

Me irritó su cinismo, y más porque tenía razón. Nada me habría resultado tan sencillo como terminar con aquel fósil achacoso y débil, pero no iba a hacerlo, de momento. Y él lo sabía.

—Sería tan fácil y asqueroso como aplastar una cucaracha —le escupí frente a sus narices—. No soy como tú, y doy gracias por ello.

—¿Y cómo soy yo? —dijo, jadeando.

—¿Tú? Tú eres un cabrón criminal, un enfermo de ambición, un iluminado despreciable, una absoluta mierda.

—Te equivocas. Soy un vencedor. Recuerda… ¿cómo era eso?, algo así como que la gloria de los héroes se alza sobre el polvo de los vencidos. Tú mismo lo dijiste.

—Sólo eres un asesino vencido por tus víctimas.

—¿Qué te hace creer que estoy vencido?

—¿Acaso eres incapaz de verte a ti mismo, ahí tumbado, decrépito y cerca de firmar tu finiquito? —Toqué su pierna con la puntera de mi zapato, en un gesto de desafío—. Has fracasado; a pesar del reguero de muerte y dolor que has dejado a tu paso no pudiste doblegar la voluntad de mi padre.

Buscó, ansioso, un nuevo hálito de vida tras su mascarilla antes de responder.

—Tu padre fue un traidor, un imbécil que nunca supo qué hacer con el poder que tenía en sus manos. Pero todavía estás tú.

—¿Crees que voy a poner a tus pies lo que te negó mi padre? Estás completamente loco si piensas perpetuarte en el dolor de gente nueva. No eres más que un espectro del pasado. Sobre él tenías el poder del chantaje criminal, pero sobre mí ya no tienes nada.

—Deduzco que es inútil intentar persuadirte de que podemos ser socios en esto. En ese caso, tal vez sirva contigo la misma terapia que con tu padre: esa bonita doctora de Quitapesares…

Un ataque de cólera me lanzó hacia él. Casi abarcaba su cuello con mi mano y percibía nítidamente el palpitar tembloroso del

miedo en sus ojos, en su garganta. Ahora sí que temblaba, el muy cabrón. Algo me exigía no detenerme, una voz parecida a la que poco antes había tenido en mi bolsillo, entre mis dedos.

—No me des una razón como ésa para seguir apretando.

Solté la presa, que se retorció en un ataque de tos y ahogos mientras luchaba por recuperar del suelo su mascarilla. Lo dejé hacer, y cuando logró revivir parecía apenas un cadáver a la espera de una segunda oportunidad. Pero sacó fuerza de algún lugar.

—Demuestras —tartajeó— que serías capaz de matar por alguien. ¿Ves como no somos tan distintos? —y dejó escapar algo que se parecía a una risotada.

—Eres un enfermo, Silverio, pero no tengo nada que pueda interesarte —dije, antes de dirigirme a la salida—. El objetivo que persigues está perdido en algún lugar. Y yo ni sé cómo llegar a él ni tengo interés en hacerlo, así que no puedes chantajearme. Mi padre te venció, mamarracho.

Abrí la puerta y aparté a un lado al guarda armado. Desde el fondo de la habitación, Silverio gritaba, apenas un hilo de voz:

—Puede que creas que hoy he perdido poder sobre ti; pero no olvides que sigo vivo después de haber estado, indefenso, a solas contigo. Pregúntate de qué lado está el poder.

Abandoné la sala intentando quitarme de encima la repugnante sensación de haber compartido el mismo aire infecto con aquel enajenado. Dejé atrás la casa con esa última frase en la cabeza, y me sentí poderoso, porque había tenido la posibilidad de elegir y lo había hecho. Pensé en la ironía del azar: en tanto Silverio boqueaba entre estertores, a pocos metros de su agonía y acunado por la corriente en la profundidad del río, descansaba inalcanzable, anónimo, el motivo de su codicia.

A pesar del frío, caminé de vuelta con el placer de un paseo, disfrutando cada árbol, cada guijarro del sendero, cada curva del río, de las nubes que abrían irregulares retales estrellados sobre mi cabeza. Me sentía transmutado; más que eso: reconciliado conmigo mismo.

Tal vez esa noche había aprendido a perdonar al niño que llevaba dentro, y él, a su vez, había perdonado a los padres que lo abandonaron en un mundo ajeno a sus sueños. Quizá había conseguido por fin enterrarlos en un lugar accesible de mi corazón

como me sugirió Lucía. Antes de arrancar el coche, me despedí de aquel paisaje como si lo hiciera de un amigo, y con la promesa de regresar algún día.

Los semáforos, con sus palpitaciones de color ámbar, eran lo más parecido a un ser vivo a las cinco de la mañana por las solitarias calles de Madrid. Yo tampoco debía de aparentar mucha más vida que ellos: un agotamiento creciente me había ido atrapando en la carretera y ahora luchaba penosamente contra la modorra con la esperanza de no cerrar los ojos antes de alcanzar la cama. Sólo aspiraba a dos o tres horas de descanso antes de ir a la plaza de Oriente en busca del gran reportaje que habría de significar mi redención profesional. Con el deseo de alejarme del volante cuanto antes, aparqué en el primer hueco que vi en la calle y caminé hasta casa. Cuando intentaba abrir el portal, una voz me sobresaltó.

—¿De dónde llegas a estas horas?

Lucía asomaba por la ventanilla de su coche. Creí que estaba soñando y no reaccioné. Fue ella la que vino hacia mí.

—¿Ha pasado algo? —acerté a decir.

—Tú sabrás lo que ha pasado —me acarició la herida de la cara—. ¿Vamos a estar aquí lo que queda de noche?

Abrí la puerta como un autómata; estaba sonado, sin saber qué decir, pero sí sabía qué hacer, así que la estreché en un abrazo suave mientras subíamos las escaleras; necesitaba tener cerca su pelo, volver a sentir su piel o, al menos, su vestido como algo propio.

—¿Por qué me has mentido? —me soltó a bocajarro.

—No vengo de juerga, si eso es lo que crees.

—Si tú lo dices… ¿Te duele?

—Sólo es una rozadura.

—¿Tienes alcohol y algodón? —preguntó en cuanto entramos en casa.

—Sí, en el baño.

No dijo palabra hasta que volvió con la caja de medicamentos. Me hizo sentar en el sofá y se dispuso a desinfectar la herida.

—¿Por qué me has mentido? —insistió.

—Lo siento. He hecho una tontería, ¿sabes? Cuando te dejé en Segovia tenía la intención de volver a casa. Pero no paraba de darle vueltas a lo de la Mirada.

—Sí, lo del *coitus interruptus* —dijo, esta vez sin la menor sonrisa.

—Eso; bueno, pues fui a buscarla —no parecía impresionada: su atención estaba centrada en soplar la herida para suavizar el escozor—. La encontré en la iglesia de Albilla y luego fui al viejo convento, ya sabes…

—El Casuar.

—Allí he tenido una experiencia que no voy a olvidar.

—¿Ah, sí? —Había un reproche disfrazado bajo su desinterés. Y no podía verla así—. A estas horas podías estar muerto. Con que esta bala hubiese ido un poco más a la derecha…

—No era una bala, sólo una posta; pero claro que lo sé. He actuado como un necio y no voy a ponerte excusas.

Devolvió las medicinas a la caja y acerqué mis labios a su boca: aquella sensación me restauró el ánimo, y mis brazos escaparon en busca de sus perfiles en un intento por adivinar el color de su intimidad.

—¿Sabes? —le dije—. Cuando, al fin, tuve en mis manos ese objeto tan peculiar, comprendí un poco lo que mi padre había sentido: no es fácil renunciar a él.

—La renuncia es lo único que te salva en ciertas situaciones. Hay demasiadas manos voraces a su alrededor y tu existencia puede ser, a partir de ahora, una pesadilla como la de Carlos. Ya te lo advirtió Norberto.

—Es algo que debo asumir con cierta naturalidad, Lucía, como una parte más de la herencia de mi padre, de la propia Historia que nos ha moldeado a todos. Mañana, quiero decir, dentro de unas horas, cuando me encuentre como un náufrago entre una marea de camisas azules y brazos en alto que despiden para siempre a su caudillo, lo habré olvidado todo. Porque aquella gente y sus intereses ya no forman parte de mi vida.

—Pareces muy sereno; tal vez demasiado confiado, ¿no?

—Soy consciente de que permanecerán agazapados, quizá tentándome de vez en cuando. Pero ninguna oferta, ninguna amenaza será tan fuerte como la que hoy he vencido: lo que no ha logrado el sacrificio de mi padre no lo va a conseguir una banda de iluminados venida a menos. Porque no poseen ningún poder sobre mí excepto el de la venganza, y en ese aspecto cada cual tenemos

nuestro Silverio particular, al fin y a cabo. Estoy seguro de que todo se disolverá en el tiempo y Saturno dará buena cuenta de ellos. Y tú, ¿qué haces aquí a estas horas?

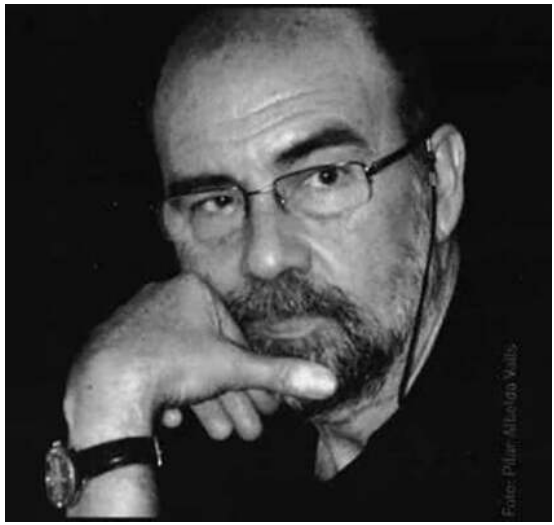
—Tú mismo dijiste que voy dos pasos por delante. Y la intuición me decía que no ibas a renunciar a seguir tu viaje hacia cualquier parte que te condujese. Esta noche era muy importante para mí; desde mañana espero recuperar una cierta normalidad en mi vida, y antes necesitaba saber qué Ricardo voy a encontrar a partir de ahora. Confieso que no tenía mucha confianza en volver a verte. He esperado horas ahí abajo, y a ratos pensaba lo peor. Cuando te vi me dio la impresión de que se abría de nuevo la esperanza, pero aún no sé muy bien qué Ricardo ha vuelto.

—Pues un Ricardo muy cansado —admití—, pero libre de una espinosa carga. Fue un duro combate, no te lo niego. Aquel objeto me conducía por un terreno demasiado atractivo. Y yo me preguntaba si sería capaz de dar el paso, de entrar en lo que parecía ser una dimensión que invitaba a permanecer, a perpetuarte; un ámbito donde caos y orden no tenían significado, donde yo era lo más importante, algo así como un dios con todo a mi servicio: el conocimiento absoluto, la fuerza primordial, el placer más inalcanzable… No sé, todo. Incluso mi sentido común, ése al que tú llamas mi pequeño dictador, lo entendía razonable. Pero no hice honor a la voluntad de mi padre, y me porté como un dios cobarde. De repente, me entró una duda: probablemente podía alcanzar todo eso, pero a cambio perdería algo mucho más importante: tu aroma.

—¿Mi aroma?

—Sí. Nunca te lo he dicho, pero la primera vez que fui a tu casa me recibiste con el pelo húmedo de la ducha y, al acercarte, fue como si me envolvieses en una caricia. Yo ya estaba enganchado a tus ojos, pero eso fue decisivo. Ya sé que es una fijación algo fetichista, pero no me importa: para mí no hay nada en el mundo ni fuera de él como el olor a ti, como el aroma de Lucía.

Su risa sincera iluminó los rincones oscuros que me quedaban dentro. Y el sofá aceptó, sin protestas, convertirse en testigo de una danza rítmica de caricias que culminó en una llamarada más vigorosa si cabe que la tentación de la Mirada, para hacer de nosotros, como mi padre había soñado en su locura, una mujer y un hombre gastados por los besos.



GUILLERMO GALVÁN nació en Valencia. Periodista. La mayor parte de su carrera se desarrolló en la agencia Efe, con diversos cometidos tanto en La modalidad escrita como en la radiofónica. Abandonó el periodismo activo en 2005 para dedicarse en exclusiva a la literatura, obteniendo premios importantes tanto en novela como en relato. Ha publicado las novelas *Cuida de Chester, Sombras de mariposa, Antes de decirte adiós, Llámame Judas, De las cenizas, Aislinn. Sinfonía de fantasmas, El aire no deja huellas* y *La mirada de Saturno*. Es también autor de relatos y ha participado en obras colectivas como *La Translatio Xacobea* y *Literaria, Muelles de Madrid* y *Cuentos solidarios III*.

El aliento del lobo es su primera experiencia en novela corta.